Magia lunar

Dicen que cuando un novelista imagina una situación provoca que ésta ocurra. Sea como fuere, cuando imaginé el personaje de Vivien Le Fay Morgan –o Lilith Le Fay, como ella a veces se hace llamar–, di vida a una personalidad, y en el segundo libro en el que ella aparece –o sea, el presente volumen–, dista mucho de ser una marioneta en mis manos; es más, *toma* el control de la situación.

Lilith se considera una sacerdotisa de la gran diosa Naturaleza y, como tal, puede reclamar el derecho divino ante todas las leyes hechas por el hombre. Es este un asunto que no puedo juzgar porque lo desconozco. Lo único que sí sé es que Lilith vive la vida a su extraña manera, vive tanto para los demás como para mí, y es muy posible que a algunos de los que lean este libro se *les aparezca* como una sombría figura apenas visible en la penumbra de la mente.

El punto de vista de Lilith Le Fay es puramente pagano, ella se rebela contra la sociedad y se muestra partidaria de reformarla. Por supuesto, tal vez represente mi subconsciente freudiano y admito que hay *mucho de mí en* Lilith Le Fay.

El escritor verdaderamente creativo anota el diálogo que oye emplear a sus personajes, pero, en el caso de Lilith Le Fay, yo he ido aún más lejos: la he dejado hablar a ella. Tras acabar La Sacerdotisa del Mar, Lilith no quiso permanecer en su tumba; su fantasma se empeñó en caminar, y lo hizo con tanta determinación que me obligó a escribir este libro. No le doy mucho valor como obra literaria, pero desde luego no deja de ser una curiosidad psicológica. Además, contiene cierta dosis de rarísimas tradiciones, la mayor parte de las cuales yo desconocía hasta que leí sus páginas. He puesto mucho en esta novela, pero aún hay más en ella de lo que yo he puesto. Incluso pudiera decirse que escribirla fue un acto de magia. Si fuera cierto que lo que se crea en la imaginación vive en el mundo interior, entonces, ¿qué he creado yo en Lilith Le Fay? ¿Qué y quién es Lilith? ¿Y por qué siguió viva después de que su libro fuera terminado e insistió en reaparecer? ¿Acaso me he provisto de un oscuro familiar?

No asumo la responsabilidad ni del argumento ni de los personajes; estos se crearon a sí mismos.

Dion Fortune

(Extracto de «consideraciones previas»)

9 788495 593290

Equipo Difusor del Libro, S.L.

Magia lunar — Dion Fortune

Magia lunar

Dion Fortune

OTRAS OBRAS DE DION FORTUNE:

PRACTICAL OCCULTISM IN DAULY LIFE.
*PSYCHIC SELF DEFENCE. (AUTODEFENSA PSIQUICA).
THE TRAINING AND WORK OF AN INITIATE.
*THE COSMIC DOCTRINE. (LA DOCTRINA CÓSMICA).
THE MYSTICAL QABALAH. (LA CÁBALA MÍSTICA. Kier).
ESOTERIC ORDERS AND THEIR WORK
*(LAS ÓRDENES ESOTÉRICAS Y SU TRABAJO).
SANE OCCULTISM.
THROUGH THE GATES OF DEATH.
SPIRITUALISM EN THE LIGHT OF OCCULT SCIENCE.
AVALON OF THE HEART.
MYSTICAL MEDITATIONS ON THE COLLECTS.
ESOTERIC PHILOSOPHY OF LOVE AND MARRIAGE.
*(FILOSOFÍA ESOTÉRICA DEL AMOR Y EL MATRIMONIO).
SECRETS OF DR. TAVERNER.
THE DEMON LOVER.
THE WINGED BULL.
*THE GOAT FOOT GOD. (EL DIOS PAN).
*THE SEA PRIESTESS. (LA SACERDOTISA DEL MAR).
*MOON MAGIC (MAGIA LUNAR)

* Publicados en español por *Equipo Difusor del Libro, S.L.*

MAGIA LUNAR

DION FORTUNE

Equipo Difusor del Libro, S.L.
VILLAVICIOSA DE ODÓN
(MADRID)

Titulo en inglés: **Moon Magic**
Copyright © Society of the Inner Light
Publicado primeramente por Samuel Weiser, York Beach, ME USA

© Copyright para el idioma español, España y demás paises de habla española, por acuerdo con Samuel Weiser:
Equipo Difusor del Libro, s.l.
Avenida Quitapesares, 33 - Nave 11
Tlf. + fax: 91 616 61 98
Apartado de Correos, número 4
28670 Villaviciosa de Odón (Madrid)

1ª edición **Enero de 2008**

www.equipodifusor.com
libros@equipodifusor.com

Traducción de Juan José Alonso
© de la traducción: **Equipo Difusor del Libro, S.L.**

I.S.B.N.: 978-84-95593-29-0
Depósito Legal: B-4865-2008

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

Imprime Editorial Humanitas, S.L.
Barberà del Vallès (Barcelona)

ÍNDICE

Consideraciones Previas 7

Primera Parte
UN CASO DE TELEPATÍA

Capítulo I 11
Capítulo II 24
Capítulo III 39

Segunda Parte
LA SEÑORA DE LA LUNA

Capítulo IV 53
Capítulo V 69
Capítulo VI 83
Capítulo VII 103
Capítulo VIII 111
Capítulo IX 124
Capítulo X 146
Capítulo XI 165
Capítulo XII 185
Capítulo XIII 200
Capítulo XIV 218
Capítulo XV 230

Tercera Parte
LA PUERTA SIN LLAVE

Capítulo XVI 249
Capítulo XVII 258
Capítulo XVIII 271

CONSIDERACIONES PREVIAS

Dicen que cuando un novelista imagina una situación provoca que ésta ocurra. Sea como fuere, cuando imaginé el personaje de Vivien Le Fay Morgan –o Lilith Le Fay, como ella a veces se hace llamar–, di vida a una personalidad, y en el segundo libro en el que ella aparece –o sea, el presente volumen–, dista mucho de ser una marioneta en mis manos; es más, toma el control de la situación.

Todo escritor de ficción sabe que los personajes pueden "cobrar vida", y que si no lo hacen la novela resultante es un pastiche. Cualquier lector con experiencia en el arte de escribir conoce la diferencia entre el diálogo que se expresa en estilo "indirecto" y el que sólo se transcribe al papel. El escritor verdaderamente creativo anota el diálogo que oye emplear a sus personajes; pero, en el caso de Lilith Le Fay, yo he ido aún más lejos: la he dejado hablar a ella. Tras acabar *La Sacerdotisa del Mar*, Lilith no quiso permanecer en su tumba; su fantasma se empeñó en caminar, y lo hizo con tanta determinación que me obligó a escribir este libro.

No tenía una idea clara del argumento. Seis veces empecé a escribir el libro y otras tantas deseché lo escrito; hasta que, finalmente, los capítulos rechazados alcanzaron el volumen de una novela corriente. Luego, por fin, decidí contar la historia en primera persona, y Lilith Le Fay tomó las riendas. Como digo, no tenía la más vaga idea del argumento y, para averiguarlo, tuve que escribir el libro.

Tampoco esperaba ni remotamente que acabara así. Quizá algunas personas lo consideren fruto de la escritura automática; no creo que deba dignificarlo con ese nombre; más bien diría yo que llevé a cabo las intenciones del personaje principal. De todos modos, no asumo la responsabilidad ni del argumento ni de los personajes: estos se crearon a sí mismos.

A mí me resulta extremadamente difícil juzgar sus méritos dadas las circunstancias. No le doy mucho valor como obra literaria, pero desde luego no deja de ser una curiosidad psicológica. Además, contiene cierta dosis de rarísimas tradiciones, la mayor parte de las cuales yo desconocía hasta que leí estas páginas.

El punto de vista de Lilith Le Fay es puramente pagano; ella se rebela contra la sociedad y se muestra partidaria de reformarla. Por supuesto, tal vez represente mi subconsciente freudiano y admito que

hay mucho de mí en Lilith Le Fay, pero hay aún más que no lo es. Al menos yo no tengo ciento veinte años de edad –aún no, desde luego. Malcolm procede de numerosas fuentes. Nunca he tenido el mal gusto de ridiculizar a mis amigos. En mi época he conocido a muchos Malcolms; y es probable que conozca a muchos más antes de que, como Lilith Le Fay, se disgreguen las partículas que me componen, esa fuerza que me mantiene de una pieza.

La casa sí es una realidad. Me cerraron sus puertas en las narices, y ya no he vuelto a ir por allí; sin embargo, es un lugar dedicado. Me temo que quienes lean esta historia por puro entretenimiento no la van a encontrar muy divertida. En realidad no la escribí para dotarla de ese valor, sino para descubrir de qué trataba. He puesto mucho en esta novela, pero aún hay más en ella de lo que yo he puesto. Incluso pudiera decirse que escribirla fue un acto de magia. Si fuera cierto que lo que se crea en la imaginación vive en el mundo interior, entonces, ¿qué he creado yo en Lilith Le Fay? Malcolm puede cuidar de sí mismo en este mundo y en el otro, pero ¿qué y quién es Lilith? ¿y por qué siguió viva después de que su libro fuera terminado e insistió en reaparecer? ¿Acaso me he provisto de un oscuro familiar?

Lilith se considera una sacerdotisa de la gran diosa Naturaleza y, como tal, puede reclamar el derecho divino ante todas las leyes hechas por el hombre. Es este un asunto que no puedo juzgar porque lo desconozco. Lo único que sí sé es que Lilith vive la vida a su extraña manera; vive tanto para los demás como para mí, y es muy posible que a algunos de los que leen estas páginas se les aparezca como una sombría figura apenas visible en la penumbra de la mente.

¿A cuántos como a Malcolm les habrán causado algún mal o injusticia innecesarios las leyes y los convencionalismos? ¿Y es que no puede haber para ellos una vía de escape hacia las colinas del sueño, lo mismo que lo fue Lilith para su amante? Estas preguntas debe respondérselas uno mismo, como Lilith cantaba a un hombre cansado: "Olvidados están los caminos del sueño y de la noche"; nada de extraño tiene repetir la oración de cierre de aquel himno de invocación:

> Abre la puerta, la puerta que no tiene llave—
> La puerta de los sueños por la que los hombres llegan a ti.
> Pastor de cabras, ¡Oh, oye mi súplica!

PRIMERA PARTE

UN CASO DE TELEPATÍA

> Vuelve y quédate a mi lado; arrúllame con el roce de olvidadas caricias,
> Cálido sueño envuelto en un fuego de vida que perdura;
> La delicia de tu rostro, y el sonido de tus pies, y el viento de tus cabellos,
> Y todo de lo que un hombre se arrepiente y todo lo que atrae de una dama;
> Pues a mi rostro cálido es tu pecho, y como flor múltiple profundo,
> Tu silencio como música, tu voz como aroma que perece en una llama;
> No es un sueño, no, el beso de tu boca, y la pródiga hora
> Que me hace olvidar lo que fue pecado, y me hiciera olvidar si vergüenza fuera.
> Tus ojos que están serenos, tus manos que son tiernas, tus labios que son tiernos,
> Reconfortazme y refrescazme como rocío en el alba de una luna como un sueño.
> Mi corazón anhela confuso y ciego, movido en vano hacia ti, y avanzando
> Como avanza la refluente alga marina en la lánguida y exuberante corriente.
>
> *Swimburne.*

CAPÍTULO I

EL suntuoso salón de actos de la Facultad de Medicina se encontraba abarrotado con motivo de la entrega de premios. Bajo la célebre placa conmemorativa de la obra benéfica del fundador, ocupaba los asientos de la tribuna un largo semicírculo de personalidades engalanadas con ropas de color escarlata, cuyo brillo contrastaba con el fondo oscuro revestido con paneles de roble; las mucetas de las diferentes universidades, de color carmesí, cereza, magenta y variadas tonalidades de azul, hacían la combinación cromática aún más extraordinaria y llamativa. Por encima de las bandas de las mucetas asomaba una hilera de rostros bovinos, abuitrados, vulpinos, y en el centro, con aspecto relativamente normal entre la distinguida selección de birretes que alojaban tan excelsos cerebros, se hallaba el presidente intitulado que acababa de hacer la entrega de premios. Abajo, en el cuerpo de la sala, la oscura masa del estudiantado, sus amigos y familiares, contemplaba ensimismada aquella colección de aves del paraíso.

—No debería llevar esa muceta un hombre con ese color de pelo, comentó una menuda y anciana señora, claramente de origen campesino, al desgarbado jovenzuelo sentado a su lado y abrazado al diploma que le otorgaba el derecho a hacerles lo peor a sus congéneres.
—No tiene más remedio. Es la muceta de su universidad.
—Entonces, un hombre con ese color de pelo no debería ir a esa universidad.
La mezcla de magenta y escarlata era una desacertada combinación para un hombre pelirrojo, pero su rostro agrisado y duro como el cemento, bajo el rojo pelo peinado hacia atrás que empezaba a mostrar algunas pequeñas entradas en las sienes, miraba al vacío, del todo ajeno e indiferente.
—Parece un auténtico carnicero —insistió la anciana.
—Se equivoca, madre: es uno de los doctores en medicina.
—No me gustaría que ése hombre me medicara.
—No creo que pudiera hacerlo: en su especialidad no se ponen muchos tratamientos.
—¿A qué se dedica entonces?
—No te da nada... nada que se pueda administrar. A veces los ciruja-

nos pueden operar y otras no. Él es quién les dice si pueden o no hacerlo. Es el único tipo del que reciben órdenes. Si él les dice que prosigan, prosiguen; si les dice que lo dejen, desisten.
—Pues espero que a mí no se les ocurra ponerme la mano encima, replicó la anciana señora.
—Yo también lo espero, madre -añadió su desfachatado hijo riendo entre dientes y tomando un apunte mental de la broma para soltarla en la sala de estudiantes. Luego, el himno de "Dios salve a la Reina" puso el broche final a la ceremonia y el objeto de su interés aprovechó la posición que ocupaba en el ala extrema del semicírculo para salir sigilosamente de la tribuna sin ser notado y libre de la aglomeración de sus colegas.

Sin embargo, dicho extremo del estrado era el más alejado de la sala de vestuario, y se encontró en el corredor que conducía al refectorio aún ataviado con su plumaje chillón y rodeado por una marea humana que salía en tropel en busca de refrescos. Apretada contra él por el tumulto, una pequeña anciana le observaba con el mismo interés absorto e impersonal con que se contempla a los soldados de caballería cuando montan guardia en el palacio de Whitehall.
Como no estaba acostumbrado a que le observaran con esa atención, concluyó que debía de tratarse de alguna antigua paciente.
—Buenas tardes. ¿Qué tal sigue usted? —preguntó con un seco movimiento de cabeza.
—Muy bien, gracias -respondió ella con voz dócil y bastante sorprendida, pues era obvio que no esperaba que le fueran a dirigir la palabra.
—Es mi madre, señor -atajó el joven que había a su lado.
—¡Ya...! -respondió de mala gana el hombre. Y, ante el asombro de todos los presentes, se despojó bruscamente de sus hermosas togas y se quedó en mangas de camisa. Hizo un rebujo con aquellas magníficas prendas y lo lanzó a las manos del asombrado estudiante.
—Deje esto en la sala de estudiantes de último curso, ¿quiere? -exclamó, y se fue empujando con los hombros y arremetiendo con los codos sin piedad para abrirse paso entre los periodistas.
—¡Qué hombre tan raro! -dijo la ancianita.
—Cuando alguien tiene una reputación como la suya puede permitirse ser raro -añadió su hijo.

—Creo que no me cae bien -insistió.
—A nadie le cae bien -respondió su hijo-, pero hay que confiar en él sin más.

Mientras tanto el objeto de su desaprobación subió corriendo un tramo de escaleras saltando los escalones de tres en tres; se coló en un laboratorio vacío, descolgó una vieja chaqueta de tweed de una percha y, así, vestido de manera incongruente y sin sombrero, salió por una puerta lateral que daba a un oscuro patio interior. Lo cruzó, pisando con fuerza la gravilla, lo que hizo que una enfermera se asomara a la ventana de una habitación y añadiera un episodio más a la leyenda de las famosas excentricidades del Dr. Malcolm. Éste, sin reparar en ello, prosiguió su camino por los callejones que conducían a la estación de Metro. Cuando hubo llegado, soltó una sarta de imprecaciones: su cartera, su billetera y el abono de temporada se habían quedado en el bolsillo superior de la americana que había dejado en el vestuario; y entre la miscelánea colección de objetos que contenían los bolsillos de su pantalón salieron exactamente tres monedas de medio penique.
Era de un temperamento demasiado impaciente para volver al hospital; hacía un tiempo excepcionalmente bueno para esa época del año y decidió regresar caminando, siguiendo el dique o embankment de la margen del río, en dirección a su habitación de Grosvenor Road – no demasiado alejada para un hombre tan activo y lleno de vitalidad como él.
Enfiló hacia un paseo adoquinado después de pasar los almacenes, hasta que, subiendo los peldaños del pilar de un puente, llegó al dique.
Había llovido y las personas que solían frecuentar los bancos del paseo al anochecer habían buscado refugio en fortuitos habitáculos y en la casa de beneficencia; a esa hora no abundaban los transeúntes, y el paseo de la margen del río era prácticamente sólo para él. Caminaba a zancadas, con su paso rápido usual, disfrutando de la frescura del aire lavado por la lluvia en contraste con el viciado y vaporoso calor del gran salón de actos donde acababa de pasar una tarde aburrida. Observaba el resplandor de las farolas reflejadas sobre el agua y las luces de los barcos amarrados acá y allá; un remolcador subía penosamente corriente arriba con sus barcazas y una lancha de la

policía fluvial descendía dando resoplidos; toda la vida familiar del río seguía su curso bajo la mirada del hombre, olvidándose por un momento de la gran ciudad, del gran hospital y del cotidiano yugo de su rutina, que alternaba entre Wimpole Street y los arrabales.

Con la brusquedad que caracterizaba todos sus movimientos, se detuvo tan de repente que otro transeúnte que caminaba justo detrás a duras penas pudo esquivarlo y evitar chocar con él. Acodado sobre el remate del muro de granito, siguió con la imaginación el reflujo de la marea que descendía bajo las dársenas y las embarcaciones, y pensó cómo sería él ahora de haber aceptado su primera oportunidad de empleo y haberse hecho a la mar. Ahora sería marino, y haría guardias –una vida nada cómoda, dura y mal pagada. Su vida actual también era dura, por lo muy estricto y exigente que era consigo mismo, pero no le pagaban mal y resultaba tan agradable como su inteligencia e ingenio se lo permitían.

Pero esto no significa que lo fuera mucho, porque Malcolm no era precisamente un hombre que supiera hacer las cosas fáciles ni para él ni para los demás. Su esposa, inválida desde el nacimiento de su hijo durante el primer año de matrimonio, había fijado su residencia en un lugar de la costa donde él la visitaba con bastante frecuencia los fines de semana. A ella le daban pavor esas visitas y él las detestaba, pero era un hombre con un inflexible sentido del deber. Así que continuaron de este modo, año tras año, hasta que sus rojos cabellos empezaron a perder el brillo y a volverse canosos, le salieron entradas en las sienes y, de la misma manera, su mal genio se fue calmando un poco, congratulándose de haber alcanzado pleno dominio de sí mismo.

Los años de semicelibato no habían resultado nada fáciles: dotado por la naturaleza de una integridad y rectitud férreas, la idea de mantener una relación ilícita le parecía abominable. Además, dentro de su imperiosa voluntad, había en él cierto orgullo que le hacía experimentar un perverso placer en luchar contra las bestias salvajes de Éfeso, y cuanto más trataba la Naturaleza de forzar la puerta de su código moral, con más fuerza se aferraba Malcolm a él. El resultado desde el punto de vista ético era admirable, pero no había endulzado su carácter ni logrado hacer de él un colega más amable ni un compañero más simpático. El pelo rojo no va bien con la represión y la virtud tuvo como recompensa una inquieta irritabilidad de carácter.

Además, no tenía horas fijas para dormir, lo que tampoco contribuía a mejorar las cosas, y sólo su tremenda vitalidad y resistente constitución física le permitían soportar el trabajo durante la temporada lectiva.

Sus alumnos le odiaban porque les intimidaba y les obligaba a trabajar sin misericordia; en cambio, podía provocar una acalorada discusión con cualquiera de sus colegas examinadores por haber calificado injustamente un examen final de licenciatura; tampoco a las enfermeras les hacía gracia porque era exigente, pero removía cielo y tierra para procurarles una baja por enfermedad si lo consideraba preciso; a los pacientes les asustaban sus modales bruscos y severos, mas no escatimaba esfuerzos tanto propios como del hospital en lo relativo a su asistencia. A todo esto ha de añadirse que una buena parte de su trabajo consistía en deslindar los casos de histeria de los casos de enfermedad real, y no favorecía mucho a su ya mal parada popularidad cuando, en cumplimiento de su deber, ordenaba a los paralíticos profesionales que recogieran la cama y se marcharan con viento fresco.

Hacía varios años que había asentado su campamento en una habitación amueblada de alquiler, acumulando a su alrededor toda clase de libros, periódicos y especímenes en diversos estados de conservación, dejando que su patrona le diera de comer lo que a ella le apeteciera y a su sastre que le vistiera como acostumbraba. Era menos de media vida, pero la media que vivía –aunque singularmente estéril para sí mismo– era fructífera para otros, es decir: los ciegos, los lisiados, los mudos, los epilépticos y los lunáticos eran liberados de sus ataduras y devueltos a una vida normal cuando este hombre, que nunca empuñaba el bisturí, se pegaba al costado del cirujano y le dirigía al lugar exacto del cerebro donde se encontraba la raíz del problema que con tantos y tan grotescos y extraños disfraces se manifestaba. Lo que Malcolm no supiese de la maquinaria de la mente no merecía la pena saberse, pero era bien poco lo que sabía de la mente misma.

Reanudó la marcha caminando a grandes zancadas, siguiendo el misterioso fluir del agua, y se preguntó por qué no se le había ocurrido antes tomar este camino en vez de hacerlo en el abarrotado Metro. Nunca le preocupó no disponer de coche propio en los últimos años: prefería los taxis, ya que un automóvil suponía un insufrible fastidio

en el centro de la ciudad y las plazas de aparcamiento del hospital estaban siempre ocupadas por los magníficos vehículos de los empleados más jóvenes, quienes malamente podían permitírselo pero, en cambio, tenían que mantenerlos para adquirir prestigio; y él, que gozaba de todo el que un hombre pudiera desear, acudía a la consulta en taxi.

Le gustaba andar y, siempre que iba a ver a su esposa, pasaba el día dando una larga caminata por las colinas. Cuando regresaba por la noche rendido, a causa del aire puro y el desacostumbrado ejercicio, quedábase dormido en un sillón junto al fuego, sin ocurrírsele pensar nunca en lo que aquello tenía de irónico. ¡Cuántas veces pensó en disfrutar de unas vacaciones en el campo! Pero al final nunca lo hacía y acababa realizando el trabajo de tres personas durante todo el mes de agosto, cuando el hospital se encontraba escaso de personal, para consternación de los viejos enfermos crónicos, acostumbrados a métodos más urbanos y corteses. Nada atraía a Malcolm fuera de su profesión ni nada le relajaba salvo leer las publicaciones internacionales sobre temas de su especialidad.

Llevaba una existencia lúgubre, triste y difícil. La mayor parte de su labor consistía en diagnosticar, pues dentro de su especialidad el tratamiento tenía poca cabida. Hubo un tiempo en que, por muy improbable que les pareciese a sus colegas, le preocuparon sus casos; pero en los últimos años había empezado a aceptar con cierta filosofía los actos de la naturaleza, vociferando un diagnóstico o un pronóstico y borrando después el asunto de su pensamiento –excepto si se trataba de niños. A veces pensó en negarse a tratar a los niños, pero eso no era viable en un hospital donde estaba obligado a atender todos los ingresos. Los niños le preocupaban. Detectaba el primer leve signo de trastorno en algún, hasta entonces, hermoso y robusto joven, y ante sus ojos se le aparecía el futuro que le aguardaba y quedaba obsesionado durante días. A consecuencia de esto, su manera de tratar con los niños era aún más desafortunada que la de tratar con adultos: los gritos del niño, la indignación de la madre y el rechazo de los alumnos creaban situaciones especialmente desagradables, sobre todo porque se creía que su dictamen era inapelable, ni ante Dios ni ante el hombre: si él decía que un niño sería tullido de mayor, tullido había de ser con toda certeza. A veces parecía más que estuviera dictando sentencia que expresando un juicio.

Era un hombre que acostumbraba andar deprisa, arremetiendo por los pasillos del hospital y obligando a los carritos y a los camilleros a apartarse a su paso; y ahora recorría el paseo que bordeaba el muro del río de su modo habitual, adelantando y dejando atrás a todos los demás viandantes que iban en su misma dirección, cuando de pronto advirtió que una vaga figura delante de él no era nunca rebasada, sino que mantenía la distancia. Debió de haberlo notado inconscientemente desde hacía rato, porque cuando fue consciente del hecho advirtió que llevaba siguiéndola un trecho considerable, y el despertar de dicha conciencia excitó su imaginación por su estrecha semejanza con un sueño recurrente que venía teniendo durante años cada vez que trabajaba más de lo acostumbrado.

En tales ocasiones, como en general no dormía lo suficiente, el descanso era tan insatisfactorio en calidad como en cantidad, y permanecía en un curioso estado intermedio entre el sueño y la vigilia: ni lo bastante dormido para sumergirse en su sueño ni lo bastante despierto para saber que estaba soñando. Pasaba la noche yendo y viniendo de un lado a otro de la frontera del sueño, encontrándose unas veces realmente en el reino de lo onírico y otras mirándolo más o menos conscientemente y observando su espectáculo de sombras como si de una película cinematográfica se tratara.

Los paisajes de estos sueños eran, invariablemente, montañosos y marítimos –con mucha frecuencia una combinación de ambos–, lo que él atribuía a sus largos paseos por las colinas cuando visitaba a su esposa; y en estas escenas nunca aparecían figuras, con una sola excepción: alguna que otra vez surgía una figura envuelta en una capa, con un sombrero de ala ancha, que él atribuía a un anuncio publicitario del puerto de Sandeman, con luces de colores que se encendían y apagaban sobre un edificio por el que tenía ocasión de pasar cuando iba desde su consulta en Wimpole Street a su lugar de residencia en Pimlico. Era perfectamente sencillo, absolutamente obvio y, aunque la psicología era para él una actividad complementaria sólo aplicable como diagnóstico diferencial, poseía el conocimiento básico suficiente de sus teorías para descubrir que un grupo de símbolos procedía de las colinas salpicadas de bungaloes, a espaldas de la ciudad costera, y el otro del anuncio publicitario que veía con frecuencia. Uno lo atribuía a la represión sexual, hipótesis segura en el caso de los ciudadanos más respetables y en especial en el de

un hombre cualificado de su posición; el otro, a su deseo subconsciente del estímulo tan pintorescamente anunciado –deseo muy comprensible en un hombre con exceso de trabajo y con tendencia a preocuparse. Al haberse reprimido ambos deseos sin ningún atisbo de consenso, incluso el Dr. Rupert Annersley Malcolm, neurólogo y endocrinólogo, comprendía que podrían haberse vuelto contra él manifestándose en sus sueños. Nunca se le ocurrió pensar que pudieran representar algo más que eso.

Excitaba su imaginación la visión de aquella figura onírica envuelta en una capa desplazándose delante de él en la penumbra, sobre el mojado pavimento londinense, tal como tantas veces lo había hecho en los paisajes de sus sueños. Con certeza sabía que sólo era una mujer vestida con una capa impermeable, y, sin embargo, encontrarse con su fantasía subconsciente así exteriorizada le hacía estremecer de emoción.

La figura caminaba unos veinte metros por delante de él, y mantenía la distancia. El Dr. Malcolm aceleró el paso con el fin de acercarse e inspeccionar más de cerca, pero aún moviéndose tan rápido como podía, su esfuerzo no aumentaba notablemente su velocidad ni reducía de manera perceptible la distancia entre él y la figura que ahora perseguía –pues el fracaso en llevar a cabo su intención, debido a su temperamento retorcido y obstinado, había convertido un interés pasajero en una decidida persecución.

Su primer impulso fue echar a correr, pero sabía que tal conducta no pasaría inadvertida para los guardianes de la ley y el orden, y no tenía ninguna gana de acabar siendo acusado de conducta indecente en una comisaría de policía, donde resultaba poco probable que aceptasen su explicación de estar sólo analizando uno de sus sueños.

Por tanto, siguió adelante con decisión y paso firme confiando en que podría, con tiempo, dar alcance a cualquier mujer. Era un hombre a quien no interesaban las mujeres y por quien éstas, que él supiera, tampoco mostraban interés. Pero, aquella seguía llevando la delantera y, a pesar de ir reduciéndose lentamente la distancia entre ambos, era evidente que, aun favoreciéndole los semáforos, no tenía probabilidades de alcanzarla a no ser que se alargara mucho el recorrido. El Dr. Malcolm vio que estaba haciendo el último esfuerzo posible sin atraer la atención de la policía; como así ocurrió, pues observó a una agente, a quien le sentaba horriblemente el uniforme, que le miraba con sospecha.

Entonces sucedió lo que más temía: el semáforo dio luz verde al objeto de su persecución y cambió a rojo antes de que pudiera alcanzarlo, el tráfico rodado comenzó a circular por el puente formando una masa sólida y compacta, y la figura desapareció entre las sombras de la oscuridad londinense, dejándole con una inefable sensación de pérdida, frustración y vacío. Cinco minutos más tarde, ya a un paso ligeramente más cómodo, llegaba a la habitación alquilada de Grosvenor Road, elegida por su bajo precio cuando aún luchaba por afianzarse en su profesión y conservada por la fuerza de la costumbre, la indiferencia y la falta de estímulo para mudarse. En su desaliñada comodidad, se desvistió y se dio unas friegas porque había sudado copiosamente a causa del esfuerzo realizado en el suave bochorno de la noche. Entonces, y sólo entonces, advirtió maravillado la excepcional velocidad a la que aquella mujer se había movido. En la cama, ya entrada la noche, se preguntó si la fatiga adicional del largo paseo a casa bastaría para hacer que la figura de la capa apareciese en el paisaje onírico en el que vagaba casi todas las noches durante las dos últimas semanas. Pero Malcolm pasó rápidamente a un sueño más normal del acostumbrado desde hacía días. Era como si todo el hastío reprimido de su triste existencia se hubiera volcado en su fantástico interés por la figura de una mujer apenas visible en la oscuridad.

Al día siguiente, finalizado el periodo de clases, fue a pasar el fin de semana con su esposa; pero la pobre sufría una de sus malas rachas de mala salud y no deseaba en absoluto su compañía, así que quedó libre para hacer su paseo habitual por las colinas y prolongarlo más allá de los límites acostumbrados. Volvió al casón de ladrillo rojo casi anochecido, exhausto, pues la excursión se había alargado demasiado debido a la inesperada liberación del compromiso de cenar con su esposa y su acompañante. Le habían dejado una botella de leche y unos sándwiches junto a la chimenea de su habitación, pero éstos estaban resecos y ondulados por los bordes, así que los dejó intactos y sólo bebió la leche. Luego quedóse ligeramente dormido en el sofá de mimbre situado junto al fuego.

El sillón no era especialmente cómodo; además, crujía al ritmo de su respiración y le importunaba el ruido. Pero, a pesar de todo, era consciente de que el sueño que le había esquivado toda la semana estaba

a punto de llegar, y resistiéndose a toda tentación de moverse y despertarse, permaneció atento, en la antesala del sueño, a las cambiantes imágenes que surgían, que se desvanecían y volvían a aparecer, adoptando formas cada vez más claras y definidas.

Al principio estaban relacionadas con escenas de la vida cotidiana: su patrona, la señora que limpiaba el laboratorio del hospital, la acompañante de su esposa, la sirvienta mayor que era mitad enfermera y mitad ama de llaves. Esperó pacientemente, sabiendo que era el típico engaño de la mente descargarse de impresiones superficiales antes de destapar las capas más profundas. Algunos persistentes restos de su mente consciente, disciplinada por su formación científica, observaban que estaba viendo una procesión de mujeres mayores y poco agraciadas. Luego, apareció la mujer policía que había visto en el dique del río, y sus esperanzas aumentaron, pero ésta no hizo más que sumarse a la procesión.

Cierta actividad y ajetreo en el descansillo le despertaron momentáneamente, y oyó la voz de su mujer, débilmente quejumbrosa, a través de la puerta abierta de su dormitorio. Era evidente que estaba pasando mala noche. Su primer impulso fue entrar y hacer lo que estuviera en su mano, pero por experiencias pasadas sabía que eso no haría más que inquietarla y disgustarla. El médico local que la atendía era competente y le diría de qué se trataba, y por medio de él podría hacer todo cuanto fuera posible por la infeliz mujer que, desde su malogrado intento de traer a su hijo al mundo, alternaba entre la cama, el sofá y la silla de ruedas.

La ligera interrupción bastó para desvelarle temporalmente y sacarle del sopor inducido por el largo día al aire libre. Encendió un cigarrillo y se quedó mirando fijamente el fuego, retrocediendo con el pensamiento a aquella noche de hacía veinte años que había convertido a la joven llena de vida, menuda y con cara de niña con la que se había casado, en una inválida neurótica, obesa y semiparalítica. No recriminaba al destino, eso lo había superado hacía mucho, tan solo se sentó y pensó en ello con el cigarrillo encendido entre los dedos amarillentos del tabaco.En realidad no culpaba al destino. Por alguna extraña razón, se culpaba a sí mismo como si hubiera cometido un grave error de diagnóstico. Era cierto que los dos deseaban con entusiasmo tener aquel hijo que lo había trastocado todo, pero eso no parecía importar. A fin de cuentas la responsabilidad era suya, pues

de no haber sido por él no habría habido niño –la lógica era aplastante. De nada servía ahora darle vueltas a lo que pudiera haber sido: eso era un caro lujo que pasaba factura los días de depresión. La única manera de dominar a las bestias salvajes de Éfeso era mediante un riguroso control mental e imaginación. Él mismo había descubierto ese truco hacía años, y le sorprendía que nunca se les hubiera ocurrido esto a sus colegas del departamento de psiquiatría.

Para apartar de su mente aquel peligroso asunto, evocó en su imaginación la escena del dique del Támesis en una noche de invierno suave y lluviosa, con las últimas hojas caídas de los árboles formando estampados sobre el pavimento y el río discurriendo rápido y oscuro y lleno de remolinos. Vivió el incidente una y otra vez con vívida imaginación, retrocediendo cada vez más hacia el comienzo, mientras su aroma se apoderaba de él. Podía ver la escena de la ceremonia de entrega de premios: los alumnos acercándose a recoger sus diplomas, jovenzuelos desgarbados, chicos inmaduros a los que se confiaba una responsabilidad demasiado grande para ser asumida por un ser humano sujeto a error. Él contemplaba sus rostros y se preguntaba a cuántos de ellos podría confiárseles siquiera colocar una ratonera, menos aún tratar con cuestiones de vida o muerte –había sido un error de cálculo de su profesor de obstetricia lo que tuvo como resultado la ruina de la habitación de al lado.

Volvió a retroceder con el pensamiento y pensó en el rostro perplejo de la anciana señora que confundió con una paciente, y en la sonrisa burlona dibujada en el rostro de su hijo, perfecto conocedor de algunas repercusiones de su especialidad que exigían una exclusión rutinaria; y recordó cómo el profesor de obstetricia, habiendo perdido los nervios, dio a entender en defensa propia una causa predisponente para justificar el desastre que su falta de madurez había precipitado, y pensó con amargura en los ideales y la autodisciplina de su juventud y en la joven virilidad que no le había servido para evitarle ni la humillación ni el autorreproche.

Una vez más recobró el control de su mente e imaginó el río y el dique y aquella misteriosa y veloz figura que, por un verso de un olvidado libro de poemas del colegio puso por nombre la "bella provocativa", aunque sabe Dios que no se había insinuado de ningún modo. De hecho, le habría indignado sobremanera que lo hiciera. Además, era problemático que fuera ni siquiera pasablemente hermosa.

Se imaginó a sí mismo caminando tras ella como aquella noche; pero esta vez sin sensación de prisa ni fracaso, sólo el vuelo fugaz y fluido del sueño. El dique y sus luces se desvanecieron y, una vez más, se encontró en el amplio paisaje onírico, incoloro como plata ennegrecida por la luz, que nunca estaba ni en la tierra ni en el mar.

Pero la visión no apareció. La mujer se había desvanecido. Aferróse desesperadamente al umbral del sueño tratando de penetrar en el sombrío paisaje, mas éste le eludió y amenazó con convertirse en pesadilla. Entonces la voz de la acompañante de su esposa que intentaba hacerse oír al teléfono en el recibidor rompió el encanto, y volvió a quedar completamente despierto.

Esperó un rato y oyó el ruido de un coche que llegaba, pasos en la escalera, un murmullo de voces en la habitación de al lado, pero no se estremeció. Sólo cuando oyó abrirse una vez más la puerta del dormitorio, y el sonido de unas fuertes pisadas en el descansillo, se levantó y, deslizándose con el sigilo de un felino, abrió la puerta de su propio cuarto y, en silencio, hizo señas a su colega médico para que entrase. Luego, los dos hombres se miraron cara a cara iluminados por el brillo mortecino del moribundo fuego, pues a Malcolm nunca se le ocurría encender la luz.

Sin embargo, el galeno, que conocía al marido de su paciente desde hacía años, estaba bastante acostumbrado a las muchas pequeñas excentricidades de las que era inconscientemente culpable. Sólo distinguía en la penumbra el pálido perfil de aquel rostro cuadrado y endurecido, con el pelo a raya peinado hacia atrás y el brillo de sus ojos vivos y pálidos que él solía creer que eran como los de una serpiente dispuesta a lanzarse sobre su presa. La perpetua actitud de alerta de aquel hombre siempre parecía ser su cualidad más sobresaliente, y ahora, a las dos de la mañana en un cuarto en penumbra, cuando obviamente había estado dormitando, estaba tan alerta como siempre.

—¿Y bien? -exclamó Malcolm, sin dejarse afectar por la necesidad de someterse al obligado protocolo que requería el trato social. Pero el Dr. Jenkins estaba acostumbrado a eso.

—Nada serio -replicó-. Son los nervios principalmente, pero desde luego eso acentúa la otra dolencia. Si no le importa que le hable con franqueza, creo que ha sido la perspectiva de su visita lo que la ha disgustado. La verdad es que ocurre cada vez que usted viene, sólo

que normalmente no llega la crisis hasta que se ha marchado. Yo, en su lugar, restringiría las visitas a lo estrictamente necesario: por Navidad, en su cumpleaños, etc. Ya me entiende...

—Comprendo -respondió el otro de manera cortante-. Muy bien. Seguiré su recomendación.

Ambos se despidieron y el Dr. Malcolm regresó a su sillón junto al agonizante fuego, y se preguntó por qué nunca antes le había sugerido aquella solución de su purgatorio mensual.

A la mañana siguiente, cuando llegó el momento de la despedida, la señora Malcolm todavía se encontraba bajo el efecto del somnífero. Malcolm cruzó unas palabras con la acompañante de ésta. Sus explicaciones fueron acogidas con tal aire de devoto agradecimiento que experimentó un agudo remordimiento de conciencia, como si siempre hubiera hecho todo lo que estaba en su poder para hacer aceptables las visitas.

En su viaje de regreso a la ciudad, mientras miraba a través de la ventanilla del tren, se preguntaba qué cabos podía haber dejado sueltos: porque, sinceramente, no creía haber hecho nada durante todos estos largos años que fuera motivo de reproche. Finalmente, dio por insoluble el problema y se dirigió al hospital, donde los alumnos se dispersaron delante de él como polluelos asustados y un administrativo dejaba caer el lápiz sin cesar y desordenaba los papeles por puro nerviosismo. Los pacientes iban un poco mejor pero no demasiado, y tras una mañana agotadora en todos los aspectos, tomó apresuradamente una taza de café y un sándwich en la cafetería de la estación de Metro, y prosiguió hacia su consulta de la calle Wimpole, donde, con variantes, se repetía la rutina de cada mañana. Algunos médicos se jactaban de que los pacientes de su hospital recibían exactamente el mismo trato que sus pacientes privados, pero el Dr. Rupert Malcolm, sin reflexionar nunca sobre ello, trataba a los pacientes de su consulta privada exactamente igual que a los pacientes externos. Era imposible que hiciera más de lo que hacía por ninguno de los dos grupos, pero era característico de él hacerlo exactamente de la misma manera. El príncipe tenía que entrar y salir de sus ropas con la misma celeridad que el mendigo, y arrancaba la misma aceptación renuente a la princesa que a la sirvienta, y con los mismos rotundos y absolutos métodos.

CAPÍTULO II

LAS distracciones y entretenimientos sociales que Rupert Malcolm se permitía consistían en escuchar o leer noticias sobre aspectos de su especialidad u otros temas afines en compañía de personas doctas; mas como siempre se esfumaba en cuanto la parte ilustrada de la reunión finalizaba y daba comienzo la parte social, el esparcimiento que obtenía era mínimo. Sus bruscos y adustos modales y su rostro severo e inexpresivo hacían poco probable, sin embargo, que hubiera disfrutado mucho más de haberse quedado más tiempo.

El largo día que sucedió a su regreso de la costa se vio coronado por una de aquellas veladas de enriquecimiento mutuo entre eruditos. Marchóse tan pronto como le permitió la cortesía, tomó un taxi para volver a su alojamiento y subió con aire cansino los ciento y pico escalones que conducían a la última planta del edificio. Su actual patrona era sobrina de la anterior, pero eso no había cambiado las cosas. De vez en cuando, ésta le amenazaba con arreglarle la habitación, pero desistía intimidada ante su ceño fruncido y se contentaba con irla pintando poco a poco durante sus ausencias, cuando viajaba a la casa de la playa.

Entró sin mirar en aquella sombría morada de anticuado mobiliario. Arrojó el sombrero y su maletín sobre la mesa y tras ellos el abrigo; dejóse caer sobre el sillón de piel que había junto a la chimenea; dio un puntapié a las brasas con la puntera del zapato para avivar el fuego y se sentó a contemplarlo. Fue el primer momento que tuvo para pensar desde que bajó del tren con aquel problema en mente al que no conseguía dar solución.

Le sorprendió descubrir que liberarse de lo que él siempre había considerado un deber ineludible hubiese dado al traste con todo. Durante todos esos largos años de matrimonio entre comillas, habíase apoyado en la creencia de que su esposa necesitaba de sus cuidados, y ahora descubría que aquella idea carecía de fundamento. Sabía que debería sentirse aliviado, pero en vez de eso sentíase como perro sin dueño. El hombre que había pronunciado aquellas palabras llenas de sentido común, en la habitación tenuemente iluminada por el fuego de la chimenea, no tenía ni la más vaga idea del efecto que causaron en este hombre al oírlas. Y, en cambio, ni el tono de voz ni el más leve temblor de su rostro dejaron traslucir nada: mostró la misma expresión de siempre, dura como el granito.

Sin embargo, una vida había tocado a su fin y había que encontrar el modo de comenzar una nueva. Rupert Malcolm se sentía como un barco a la deriva, sin ancla y a merced de los vientos que soplaran. Su código de honor aún le imponía la misma fidelidad inflexible, mas ahora sabía que todo cuanto la inválida de la playa necesitaba de él eran sólo las comodidades que su aportación económica satisfacía holgadamente, y que del hombre mismo nada quería salvo que la dejara en paz. Un perrito, unos periquitos y su fiel compañera suplían todas sus necesidades emocionales. Cuando el perro o alguno de los pájaros muriesen, los sustituiría, y la vida, tras un breve y emotivo paréntesis, seguiría su curso acostumbrado en la agradable y soleada casa con vistas al mar. La única influencia perturbadora —es decir, él mismo— había sido ya eliminada, e imaginaba a las dos mujeres entonando el mismo himno religioso de todas las tardes: "Ahora, démosle todos gracias a Dios".

Le irritó ver que las cortinas de la ventana no estuvieran echadas y, cruzando la habitación, corrió de una sacudida la polvorienta sarga de color verde. Con la mano aún puesta en la segunda cortina, se detuvo para asomarse a la iluminada bóveda de la noche y al triste río. De inmediato, justo enfrente, al otro lado de las oscuras aguas, apareció una calle sin salida que desembocaba en el lejano dique, al final del cual pudo ver algo en lo que antes nunca había reparado: la fachada iluminada de una pequeña iglesia. Veía el borde circular del ventanal del ala Oeste, pero la distancia le impedía distinguir si tenía la vidriera de colores de una religión extraña o la vidriera lisa de una convencional. Permaneció mirando con atención, sujetando aún la cortina con la mano, preguntándose qué credo sería aquél que celebraba sus ritos a altas horas de la noche. Supuso que se trataría de católicos, pues los protestantes asistían a sus servicios religiosos durante las horas diurnas. Contemplando la iluminada fachada detrás de la cual era de suponer que los fieles estarían adorando a su Creador, se maravilló de que alguien pudiera ver algún sentido en la religión. Supuso que algo debía de haber o no se adherirían a sus principios, mas escapaba a su comprensión qué podría ser. Entonces, mientras observaba, la luz de la lejana fachada se apagó y, dándose por aludido, se acostó. Allí, una vez más, vagó por el país de color gris plateado que emerge entre la vigilia y el sueño, pero sin hallar compañía alguna.

* * * *

El hecho de que ahora dispusiera de todos los fines de semana para hacer su voluntad daba a Malcolm una vaga sensación de libertad y de alivio. Y como echaba de menos los paseos por las colinas, pensó en hacer alguna escapada al campo los fines de semana; aunque, sin saber por qué, nunca se decidía. No sabía dónde ir ni qué hacer, ni por dónde empezar, así que volvió a caer en un círculo vicioso más cerrado que nunca. Hizo un frustrado intento de mejorar su estado mental leyendo alguna novela moderna, pero no tardó en descubrir que sería mejor no remover el asunto. Visitó la National Gallery de Londres, pero acabó analizando el equilibrio endocrino de los desnudos. Así que decidió que, en general, tendría que continuar como siempre: aceptando la vida tal como viniera y pensar en ello lo menos posible.

A pesar de que la Facultad de Medicina estaba cerrada por vacaciones y, por lo tanto, su volumen de trabajo se había reducido considerablemente, seguía soñando con paisajes. Esto le preocupaba un poco porque si ahora se encontraba así, ¿qué sucedería cuando el nuevo curso estuviera en todo su apogeo?

De pronto se le ocurrió que el cansancio adicional de las clases y las conferencias serviría para hacer que la figura de la capa volviera a aparecer en sus sueños, y empezó a esperar con impaciencia y un extraño entusiasmo el inicio del periodo lectivo. Comenzó a contar los días que faltaban y tuvo conciencia de la honda huella que había dejado en su imaginación la idea de la mujer cuyo rostro nunca había visto. Incluso empezó a consolarle el hecho de haber arrojado las pobres margaritas que poseía a alguien sin ningún interés en ellas. Descubrió que el modo más seguro de conciliar el sueño era recorrer con la imaginación aquel paseo por el dique siguiendo a la mujer de la capa. Nunca intentaba alcanzarla ni verle la cara: en realidad, le causaba pavor hacerlo, pues estaba seguro de la decepción; pero presentía que en aquella misteriosa figura había encontrado una especie de espíritu-guía para orientarle en las incertidumbres de la vida; porque en el fondo, a pesar de su inteligencia, Malcolm era un alma cándida.

La fantasía de la misteriosa figura crecía cada vez más en su interior, mientras noche tras noche, con una regularidad infalible, él se adentraba en el reino de los sueños por el mismo sendero –el sendero

del dique del Támesis, con los árboles desprovistos de hojas a un lado y las inquietas aguas de reflejos misteriosos al otro; y siempre, antes o después, aparecía delante de él la figura de la capa y la seguía con una sensación de intenso alivio en el país de los sueños.

Pronto advirtió un hecho curioso: justo antes de acostarse, siempre descorría las cortinas de la ventana para que entrara el aire, y cuando miraba al otro lado del río veía que la fachada de la iglesia, situada en el municipio de Surrey, unas veces estaba iluminada y otras no. El horario de aquella confesión no parecía tener pies ni cabeza: a menudo mantenía su actividad hasta la una o las dos de la madrugada, y en tales ocasiones notaba que no podía conciliar el sueño hasta que la luz al otro lado del río se apagaba. Otras veces en que el sueño le era esquivo, se incorporaba en la cama hasta que veía la luz por la ventana. La miraba y aguardaba, y en cuanto se apagaba se reclinaba sobre la almohada a esperar. En unos veinte minutos encontraba el rastro de la figura y se sumía en el sueño, y descubrió que el sueño así inducido era especialmente reparador: en ocasiones volvía de él con una extraña sensación de felicidad –sensación extraña para él desde hacía mucho tiempo.

A medida que pasaban los días, más se obsesionaba con la búsqueda de la mujer de la capa. Nunca deseaba alcanzarla, pero si pasaba una noche sin vislumbrar su misteriosa figura, al día siguiente se encontraba nervioso y abatido, y hasta que aquella fantasía no volvía a acompañarle en sus sueños, no recobraba la calma. Sin embargo, era algo más que una fantasía: podía imaginar el dique en la oscuridad, con sus árboles y las arremolinadas aguas del río, pero la representación de la misteriosa figura no significaba nada; sólo le proporcionaba satisfacción cuando aparecía espontáneamente en su fantasía. Luego, durante el tiempo que conseguía mantenerse en el umbral del sueño, ni despierto del todo ni abandonado por completo a la inconsciencia, experimentaba el gozo de tenerla a la vista, gozo que con el transcurrir del tiempo se iba transformando en éxtasis. Al día siguiente, el personal del hospital le notaba completamente distraído, pero, en cambio, mucho más tratable.

Finalmente, se acabaron las vacaciones, el curso comenzó de nuevo y Malcolm se volcó en su trabajo con una especie de desenfrenada energía, dispuesto a agotarse hasta el punto en que la visión apareciera en sus sueños con toda su intensidad. Entonces, cuando ya esta-

ba desempeñando el trabajo de tres personas, uno de sus colegas cayó enfermo y tuvo que sustituirle y atender su consulta privada.
Los días eran ya más largos, pero el trabajo extra le obligaba a permanecer hasta tan tarde en el hospital que tenía la sensación de que nunca llegaría de día a su casa. Se había prometido a sí mismo que, tan pronto estuviera un poco menos ocupado, todas las noches regresaría caminando para reemplazar los paseos por las colinas a los que estaba acostumbrado. Mas, sin saber por qué, nunca parecía quedarle energía después de permanecer de pie durante horas y horas en las habitaciones o en la sala de conferencias. La primavera siguió avanzando y no volvió a acordarse de ello.
Un día salió al patio del hospital y vio brillar el lucero de la tarde, Venus, sobre el cielo de poniente, a punto de ocultarse el sol; y, a pesar de estar fatigado, tomó la súbita determinación de volver a casa caminando junto al dique. Alguien le retuvo sin embargo con la firma de unos documentos en la oficina del distribuidor de limosnas, y para cuando subió las escaleras situadas junto al puente que conducían al dique, Venus ya había desaparecido entre la bruma vespertina y casi había anochecido.
Caminaba como en un sueño. Había imaginado aquel paseo tantas veces que apenas sabía si el de aquella tarde en particular era fantasía o realidad. Mirando fijamente hacia delante en la creciente oscuridad, buscó la misteriosa figura de la capa pero no apareció y, finalmente, decepcionado y con los pies doloridos, volvió a su habitación, más muerto que vivo, dejóse caer en el viejo sofá; y en el acto mismo de quitarse los zapatos de un puntapié, movido por un desconocido impulso, se levantó cansinamente de los desastrados cojines, cruzó la habitación, descorrió las cortinas y se asomó para ver si la fachada de la iglesia del otro lado del río estaba aún encendida. Con toda seguridad que lo estaba; eso lo explicaba todo: ella nunca venía mientras se celebraba un servicio y, tranquilizado en cierto modo, sin saber por qué, se acostó sin cenar y se durmió despreocupado de mujeres con capa.
Sin embargo, a medianoche despertó e incorporándose en la cama se asomó para ver si el ventanal de la iglesia estaba aún iluminado. Y lo estaba, pero mientras miraba la luz se apagó y al poco rato vio delante de él la figura de la capa y, una vez más, se adentró en su compañía en el país de los sueños.

Al día siguiente, muy complacido con el paseo por el dique, lo repitió a una hora más temprana, y volvióse a casa con la refulgente y esplendorosa puesta de sol de Westminster sobre su rostro; y a partir de ese momento el paseo a casa siguiendo la margen del río se convirtió en una constante rutina, a consecuencia de lo cual mejoró su salud. También estaba más tranquilo pero a sabiendas de lo dependiente que era de aquella visión nocturna.
Una vez ella dejó de aparecer durante una semana entera, y por poco se volvió loco. Nada le había inducido a consultarle a un colega ni a tomar tranquilizantes por su cuenta, así que empezó a sentirse mal. Entonces, cuando ya no podía soportarlo más, llegó el sueño, el auténtico sueño de la figura de la capa en el paisaje gris, el verdadero sueño que hasta entonces, a pesar de sus esfuerzos por agotarse, nunca había llegado. Tan desesperado estaba en su entusiasmo que, por primera vez, persiguió a la figura de la capa decidido a darle alcance. En el paisaje gris del sueño, avanzaba penosamente en una especie de pesadilla: hundiéndosele los pies a cada paso como si caminara sobre una ciénaga y latiéndole el corazón como si estuviera a punto de estallarle. Luego, cuando estuvo casi a su altura y alargó el brazo para agarrar el vuelo de la capa, se despertó, bañado en sudor y con un grito de mujer aún reverberando en sus oídos.
Saltó de la cama, abrió la ventana y asomó la cabeza, y mientras lo hacía, vio que la luz de la iglesia al otro lado del río seguía encendida. Sin embargo, en la calle iluminada por la luz de la luna todo permanecía tranquilo y todo estaba en silencio en el interior de la casa, cuando se puso a escuchar apoyado sobre el hueco de la escalera. Sabía que la pequeña señorita Humphreys, su patrona, vendría a todo correr si ocurría algo malo, sabiendo el miedo que le tenía en situaciones normales; mas todo estaba en silencio y volvió a acostarse con la conclusión de que quien hubiera gritado debía de estar muerto, a salvo, o no ser más que un fantasma de su imaginación.
Al día siguiente le retuvieron hasta tarde en el hospital. Aunque cansado, pues la noche anterior había dormido poco y mal, su mente estaba tranquila y pudo así llevar mejor las cosas. Sin embargo, a pesar de lo tarde que era, decidió volver a casa caminando: el paseo se había convertido ya en una especie de ritual, en parte de su veneración, y, por muy abatido que se encontrara, no estaba dispuesto a renunciar a él.

Ya había oscurecido casi tanto como cuando paseó la primera vez por el dique, y su peregrinaje de fe parecía tener aquella noche una especie de realidad peculiar. Mientras caminaba preguntóse qué clase de marido habría sido de haber seguido su matrimonio un curso normal. Habría sido un marido difícil: exigente, violento y celoso; pero sabía que podía haber dado un amor tan intenso que aquella alegre preciosidad con la que se había casado no habría tenido ni idea de qué hacer con él. Por primera vez fue consciente de que, aunque su matrimonio no hubiera resultado un desastre, tenía pocas posibilidades de haber sido todo un éxito, y comprender esto le proporcionó una sensación de alivio y de liberación. Y en el mismo instante en que se quitaba este peso de encima, divisó a unos treinta metros delante de él la figura de una mujer vestida con una capa, y esta vez no era fantasía sino realidad.

Por un momento se tambaleó como si estuviera ebrio, mas no tardó en recobrar la compostura. Nada había en aquella realidad comparable a la fascinación de la fantasía. Las capas impermeables eran prendas usadas por muchas mujeres y resultaba muy poco probable que se tratara de la misma mujer que se le aparecía en sueños.

Siguió caminando sin dejar de observar, con una hilaridad ligeramente cínica, a la figura que le precedía. La realidad era, de todas formas, inferior al sueño. No veía razón para armar tanto alboroto por una mujer vestida con un impermeable. Entonces, de pronto, se dio cuenta de la velocidad a que él y, en consecuencia, ella caminaban, y supo que aquella debía de ser en realidad la auténtica mujer de la capa, pues pocas mujeres tenían ese modo de andar sin aflojar el ritmo. Corriendo unos metros acortó la distancia, y pudo observar la manera en que se movía. Acostumbrado a diagnosticar por el modo de andar y la postura percibió muchas cosas. Vio que la mujer se movía como si fuera de una sola pieza, deslizándose sobre el suelo con un movimiento ondulante que iba de la planta del pie a la cadera, balanceando los pliegues de la capa que caían de sus hombros con el ritmo de un péndulo. Nunca había visto un cuerpo humano más perfectamente equilibrado y desenvuelto; y olvidando su romanticismo por el momento, observó su manera de andar con un interés profesional, calculando la coordinación perfecta de cada músculo en aquel cuerpo que se movía tan rítmicamente. Su figura y su complexión no pudo juzgarlas, porque los pliegues de la capa lo ocultaban todo. Pero aquellos andares no los olvidaría mientras viviera.

Se le ocurrió la disparatada idea de adelantarla y abordarla, pero fue desechada de inmediato; aparte de lo poco aconsejable de aquel proceder para un profesional de su posición, él era –y siempre lo había sido–, a pesar de su aspecto exterior, tan tímido como un colegial. Así que siguió caminando a grandes zancadas hasta que el semáforo volvió a jugarle la misma mala pasada y, una vez más, la perdió.

Subió corriendo las escaleras hasta su habitación, apartó las cortinas, miró al otro lado del río, y, mientras lo hacía, se encendieron las luces que iluminaban la oscura fachada de la iglesia. Y se dijo a sí mismo que algún día, cuando estuviera menos ocupado, cruzaría el puente, echaría un vistazo a aquella iglesia y se enteraría de qué confesión celebraba sus oficios religiosos de modo tan caprichoso.

Pero pasó algún tiempo antes de estar menos ocupado: en realidad, estuvo tan atareado que, temporalmente y muy a su pesar, hubo de abandonar los paseos por el dique. No obstante, su visión aún le siguió impidiendo dormir noche tras noche, con indefectible regularidad. Ya no tenía que visualizarla, pues, en cuanto apoyaba la cabeza sobre la almohada la mujer acudía por propia voluntad.

* * * *

La directiva del hospital, de la cual él formaba parte, celebró una reunión que no fue del todo pacífica. Alguien influyente había presentado una queja protestando por sus modales y sus métodos, y el asunto se sacó a relucir –con todo el tacto posible, desde luego, pero se sacó– y justo entonces, cuando el médico de su esposa le había pedido la suspensión de las visitas pues su presencia no era grata. Así que ahora estaba asustado, confundido y humillado al descubrir que había estado disgustando a la gente y haciéndose detestar por todos. El consejo, al que le horrorizaba la terrible prueba de tener que ponerle el cascabel a aquel imponente gato, quedó atónito al oírle rogar que le explicaran dónde había errado. Esto desarmó tanto a los miembros del consejo que acabaron por asegurarle que no había hecho nada malo y, en general, le aplacaron y hasta le tranquilizaron, y, cuando se marchó con su acostumbrada precipitación, quedaronse cruzados de brazos y mirándose unos a otros asombrados.

Había niebla cuando salió en la oscuridad al patio del hospital, pero eso no cambió su decisión de volver andando a casa. Presentía que

nada le tranquilizaría ni le consolaría tanto como la imaginaria presencia de su bella. Cuando a un hombre que ha dado durante un cuarto de siglo lo mejor que tiene dentro, de pronto le dicen que lo mejor que tiene no es lo bastante bueno, siente que el mundo se desploma bajo sus pies.

¿Qué hacía él para disgustar a la gente? Era cierto que nunca cultivaba el aspecto social de la vida hospitalaria, pero cumplía con su trabajo con toda la habilidad de que era capaz. Trató de consolarse con el recuerdo de sus extraordinarios éxitos, y desde luego que tenía muchos en su haber –pacientes rescatados de una muerte en vida a quienes todos los demás habrían abandonado como desahuciados; ¿Es que aquello no contaba para nada? Al parecer, no.

Herido, desconcertado y con la confianza en sí mismo minada en sus cimientos, caminó más despacio de lo que tenía por costumbre, y mientras lo hacía vio, como en un sueño, a la mujer de la capa que pasaba junto a él y le rebasaba.

Durante un instante le pareció que se le paraba el corazón y que luego comenzaba a martillearle las costillas. Ella se encontraba sólo a unos cuatro metros por delante en vez de a los veinte o treinta metros de siempre, y no podía escapársele ni siquiera con aquella espesa niebla. La siguió y fue acercándose hasta donde se atrevió, y, en el primer semáforo que se puso rojo, detúvose a su lado ligeramente retrasado. Sin embargo, la gruesa prenda de piel que cubría sus hombros y el ala ancha y caída de su sombrero le impidieron verle la cara.

La proximidad de su persona le embargaba de emoción y notó que empezaba a temblar. Cruzó la calle situado casi a la altura de su costado y, entonces, juzgó conveniente quedarse un poco atrás por miedo a que ella advirtiese su presencia y se molestara.

Ambos siguieron caminando. Pasaron el Saboya, el Templo y Westminster, y al llegar al viejo puente de cadenas, ella cambió de dirección para cruzar el río.

Por un instante el hombre dudó. Incluso con aquella niebla había suficientes transeúntes en el paseo del dique para pasar inadvertido. Pero, aún así, era poco probable que la mujer no se diera cuenta si la seguía hasta el otro lado del puente Lambeth. Sin embargo, decidió arriesgarse: no había nada en su conducta por lo que ella pudiera molestarse, incluso advirtiendo que la seguía desde el puente Blackfriars. Como él llevaba zapatos con suela de goma podía caminar sin hacer ruido a pesar de su fuerte complexión, y decidió tentar a la suerte.

La niebla se hacía más espesa a medida que se acercaban al centro del río, y una súbita punzada le vino a decir que estaba actuando como un ser despreciable: si aquella mujer detectaba su presencia le daría un susto de muerte. Pero allí estaba él, haciendo lo mismo de lo que le habían acusado en el hospital y, además, a la última persona en el mundo a quien hubiera deseado inquietar.

Ya habían rebasado el centro del río y ella seguía su camino sin volverse. A los pocos minutos, al salir del puente y adentrarse en el municipio de Surrey, Malcolm percibió el cambio de sonido de sus pisadas y lo mucho que se había acercado a ella en la niebla al notar que el sonido de las suyas también era distinto.

Ahora la niebla era más espesa, mucho más espesa, y no le quedó más remedio que acortar la distancia; pero como había más gente, su presencia pareció pasar inadvertida. Al menos ella no se volvió.

La mujer cruzó la calle y Malcolm se quedó ligeramente atrás por seguridad. Entonces, tras un angustioso instante en que creyó haberla perdido, pegóse de nuevo a sus talones, más de lo que antes se hubiera atrevido. Pero quedó completamente desconcertado cuando ella se detuvo tan bruscamente que por poco se le echó encima, y vio que estaba a punto de entrar en una iglesia. La mujer se detuvo un instante y buscó a tientas el pestillo de la puerta en la oscuridad. Si ella asistía a un servicio religioso, ¿por qué no podía hacerlo él también? Por tanto sujetó la puerta con la mano al tiempo que ella se volvía para cerrarla; se coló en su interior cerrando tras él la puerta, encontrándose en la más completa oscuridad y en el más absoluto silencio.

¡La iglesia, si es que era una iglesia, estaba vacía!

El hombre se quedó estupefacto, consciente del apuro en que se encontraba, y percibiendo con gran claridad la impresión que su comportamiento debía de causarle a la mujer que había estado siguiendo. Esforzándose en vano por encontrar las palabras para tranquilizarla, pues debía de estar muerta de miedo por su comportamiento –tratando en vano de encontrar una justificación, pues si ella le llevaba a la policía, como tenía todo el derecho de hacerlo, se vería en una situación extremadamente comprometida que implicaba sin remedio la pérdida de su reputación–, le pareció estar ante el fin de su carrera profesional. Un escalofrío le recorrió la columna al pensar en la gra-

vedad de su delito y, retrocediendo, buscó a tientas la puerta por la que había entrado, pero su mano no hizo más que deslizarse por la superficie de madera. Girando sobre sí mismo, esperó acontecimientos mientras apretaba un puño involuntariamente. Entonces, sin prolongar sus dudas por más tiempo, el foco de una linterna eléctrica iluminó su rostro.

—¿Qué quiere usted? —inquirió una voz en tono tranquilo y desapasionado. El hombre dio un suspiro de alivio.
—Yo, esto..., creí que era una iglesia y he entrado para asistir a la ceremonia —respondió tartamudeando.
—Ya no es una iglesia: es mi casa —replicó de nuevo con voz sosegada—. La puerta está detrás de usted. Tenga la bondad de marcharse.

Malcolm se dio la vuelta y ella dirigió el haz de luz hacia la manilla de la cerradura. Él la apretó con la mano y la puerta se abrió. Luego, en el mismo umbral de la entrada, se detuvo y se volvió de nuevo, incapaz de resistir la atracción que la mujer ejercía sobre él. Pero la luz de la linterna le enfocó directamente a la cara y le cegó. Ella le reconocería si volvía a verle, pero él ni siquiera había podido ver su rostro. Malcolm dudó un instante, pero ella no apartó la luz de sus ojos, y sabiendo que llevaba todas las de perder y que cualquier explicación que diera sería tan poco creíble como indeseable, se encasquetó apresuradamente el sombrero y, a trompicones, se internó en la niebla que ahora, de repente, parecía haberse hecho más espesa y semejaba una impenetrable masa de enmarañada oscuridad. Por una de esas casualidades, oyó que un taxi soltaba un pasajero unos portales más abajo de la calle y, dirigiéndose hacia él apresuradamente, pidió al chofer que le llevara a casa lo antes posible. Éste al final le condujo a casa, pero siguiendo un circuito bastante largo que llevó su tiempo. Mucho antes de llegar al quicio de su puerta, el Dr. Malcolm había tenido ocasión de sobra de recapacitar sobre la clase de líos en que podía verse envuelto si continuaba actuando de aquel modo; y entre la reprimenda del hospital y la clase de loco y de ser despreciable y ruin en que era consciente de estar convirtiéndose, el concepto que tenía de sí mismo era bajísimo. Cuando entró en su lóbrega habitación halló bien poca cosa que le infundiera nuevos ánimos.

Un hombre poco sociable y sin amigos, sin aficiones en que entretener el tiempo y a quien no le interesaba nada aparte de su trabajo, cuando algo conseguía perforar la dura epidermis con la que se había recubierto, sentíase herido en lo más vivo, pues nada podía mitigar el dolor: ni un amigo con quien poder discutir las cosas, nada con lo que distraer su mente; además, un hombre de un entusiasmo tan funesto y con un sentido del deber duro como el hierro fundido era incapaz de reírse de sus propias flaquezas. El único consuelo que le quedaba en la vida era la mujer de sus sueños –aquella que acababa de deslumbrarle con la luz de una linterna y quien le había lanzado una indirecta muy clara: que si no se marchaba le denunciaría a la policía. Demasiado bien conocía él el móvil de esos sátiros depravados entrados en años que molestan a las mujeres, y probablemente ella también lo sabía, si era la clase de mujer con experiencia de la vida que indicaba la calma con que había manejado una situación tan desagradable. ¿Cómo iba él a explicarle que no era uno de esos brutos? No podía darle ninguna explicación –lo único que podía hacer era dejarla en paz. Debía sacrificar su sueño junto con todos los demás sacrificios que la vida le había pedido, y ceñirse estrictamente a la única cosa que conocía, la única que sabía hacer bien: su trabajo. En cuanto abandonaba aquel estrecho sendero, surgían los problemas.
Avanzó hasta la ventana y apartó las cortinas. De alguna manera, asoció a la mujer de la capa con la iglesia encendida –Nunca lograba imaginar por qué, salvo que sólo la encontraba cuando apagaban la luz de la iglesia. Se quedó mirando fijamente en la oscuridad de la niebla nocturna, pero hasta el consuelo de ver aquella luz familiar le fue negado. La niebla lo anegaba todo y lo único visible era un débil resplandor de las luces más próximas.
De pronto, le asaltó un pensamiento: la mujer a la que había seguido cruzó el río y entró en una iglesia del municipio de Surrey. Ella le dijo que ya no se utilizaba como iglesia sino como casa particular. ¿Sería por casualidad posible que la fachada iluminada a la que él tanto miraba fuera el lugar donde ella vivía? Teniendo en cuenta la curva del río y la calle por la que había girado después de cruzar el puente, la idea parecía perfectamente posible. Además, eso explicaría el caprichoso horario con que se encendía y apagaba la luz del ventanal.

El Dr. Malcolm se acodó sobre el alféizar de la ventana y trató de penetrar la insondable negrura con pura concentración. Era un hombre acostumbrado a concentrarse con mucha intensidad. En su trabajo podía fácilmente sucederle lo mismo que a Isaac Newton: que sus papeles se prendieran fuego sin notarlo. También era un hombre de una imaginación gráfica muy viva, que podía dibujar cualquier ramificación del sistema nervioso y de su substrato anatómico sin fijarse de libros ni especímenes. A pesar de la niebla, podía distinguir la fachada iluminada de la iglesia al otro lado del río con tanta claridad como si la tuviera delante mismo. Vio su puerta ojival tachonada con clavos de hierro al estilo gótico moderno convencional; sintió bajo su mano el frío del pasador de la puerta, mojado por la condensación de la niebla; sintió en su rostro el aire cálido cuando entró en la iglesia pisándole los talones a la mujer de la capa –pero en vez de con el doloroso descalabro de la realidad, se encontró no dentro de una iglesia sino en una habitación hermosa y de techos altos, con una magnífica chimenea donde ardían unos troncos. Durante algunos instantes, percibió la escena como si realmente la estuviera viendo con sus propios ojos. Luego se desvaneció.

Se apartó de la ventana y dejó caer la cortina contra la oscuridad del exterior. Sabía que no era más que una mala pasada de su imaginación, un curioso e involuntario producto de la fantasía, en el que su mente racional no tenía nada que ver; pero le acababa de quitar el desagradable sabor de boca que le había dejado su sórdida aventura, y no sólo le tranquilizó sino que, curiosamente, le levantó el ánimo. Malcolm sabía perfectamente bien que, según todos los cánones aceptados por la psiquiatría, estaba jugando a juegos peligrosos con su mente. Sin embargo, después de cada contacto se encontraba más tranquilo y feliz de lo que había estado desde hacía muchos días.

Dejóse caer en el sillón de piel situado junto a la chimenea y trató de considerar la situación lo más objetivamente que pudo. Había construido una fantasía en torno a la figura de una mujer a la que había visto dos o tres veces en la oscuridad. El asunto no tenía nada de particular. Muchos hombres imaginativos hacían cosas similares. Él mismo llegó a hacerlo de joven, antes de contraer matrimonio. Pero cuando se comprometió formalmente con Eva lo cortó de raíz, o más bien limitó sus imaginaciones sólo al rostro y a la forma, y entonces sólo dentro de los más estrictos límites del decoro. Jamás creyó que

se dejaría llevar, ni siquiera con la imaginación, por asunto de mujeres. Lo había compensado con algunas magníficas batallas científicas y no era reacio a escándalos personales con cualquiera que estuviera dispuesto a hacerle frente.

Sin embargo, comprendía que se hallaba muy cerca de infringir su propia norma, porque aunque se trataba de un sentimiento idealizado que rayaba con la falta de fundamento, era no obstante un sentimiento sorprendentemente fuerte e impropio de un hombre casado. Y cuando le llevó a seguir a una mujer de carne y hueso durante más de un kilómetro por las calles de Londres, a entrar en su casa por la fuerza y, en definitiva, a convertirse en un auténtico pelma, aunque no se aplicara un término más fuerte, decididamente era un sentimiento al que un hombre de su profesión, con cierto respeto por su carrera, no debería ceder. Tenía que cortar de raíz con aquel sueño; eso era lo que tenía que hacer. Ya lo hizo antes y no supuso ningún problema. Hubo una enfermera del hospital, una estudiante de medicina en una de las clínicas y –de la que más se avergonzaba– una de las criadas de la señorita Humphrey. Las dos primeras nunca llegaron a sospechar, de eso estaba seguro, qué clase de sentimientos despertaron en él. La tercera -la muy desvergonzada- se había propuesto despertar esos sentimientos en él deliberadamente, y, para su vergüenza y asombro, lo consiguió con la mayor facilidad. Pero tan pronto se percató de lo que estaba ocurriendo, bajó muy ofendido al cubil de su patrona y le dijo tajantemente: "!O se va esa chica ahora mismo, o me voy yo!", y, acto seguido, le entregó a la asustada e indignada patrona la paga reglamentaria de un mes.

Pero cortar con esta obsesión iba a ser un asunto completamente distinto. Llevaba varios meses disfrutando de su compañía, en realidad la había cultivado con diligencia. Y aunque ella era sólo una fantasía, se le había enredado en las mismas raíces de su ser. No obstante, Malcolm se había entrenado, como Napoleón, para obligar a su mente a centrarse sólo en los temas de su interés, y a este le dio portazo resueltamente, pidió la cena, sacó los papeles para un discurso que estaba preparando, y cuando llegó la cena comió ésta con una mano y escribió sus notas con la otra, no dando así ocasión de salir a las bestias salvajes de Éfeso.

Trabajó hasta tarde, pero cuando fue a abrir la ventana antes de meterse en la cama, vio, a través de la niebla que se iba levantando, que

la iglesia al otro lado del río estaba aún encendida. Se apartó de la ventana y trató de sacarse todo el asunto de la cabeza repasando determinados puntos de sus apuntes; mas cuando apagó la lamparita de noche supo que tenía tantas posibilidades de conciliar el sueño como de llegar volando a la luna. Le esperaba un día duro, y un discurso presidencial que pronunciar por la tarde, y las perspectivas no eran muy agradables.

Se echó de espaldas sobre la cama, con los brazos cruzados sobre la cara, tratando de poner su mente bajo control. Pero no sirvió de nada: las bestias de Éfeso se habían escapado de sus jaulas.

Se levantó de la cama y, cubierto por un fino pijama, se dirigió a la ventana abierta por donde la húmeda niebla se colaba en la habitación. Sin querer, miró al otro lado del río. La luz de la iglesia del municipio de Surrey estaba apagada –si cedía a la tentación, podía estar con su dama en cuanto él quisiera. Se volvió a la cama otra vez y se sentó en el borde, con los codos sobre las rodillas y la cabeza hundida en las manos, y gruñó en alto. ¿Sería ella sin duda mejor que las bestias de Éfeso? Pero aquello era una tontería, sólo sofistería. Era únicamente cuestión de tiempo que ella acabara también en Éfeso. Malcolm tenía suficiente sentido común para saberlo. Lo único que podía hacer era cortar todo de raíz –cortarlo –cortarlo.

Y de pronto, a través de los dedos que presionaban sus globos oculares, vio a la mujer de la capa cara a cara: de pie en la habitación, ante él. Ella le dijo estas palabras: "No te preocupes: todo está bien". Levantó la cabeza aturdido, sudando y agitado, pero ella ya no estaba. Se había marchado igual que había venido.

Temblaba como un chiquillo. Podía sentir que el sudor le corría por el pecho y la empapada camiseta del pijama pegada a la espalda. Era demasiado sensato para arriesgarse a coger una pulmonía, así que volvió tambaleando a la cama y se echó en ella jadeando. Luego, entre el calor de las sábanas, le llegó la más extraordinaria sensación de paz y relajación. Músculo por músculo, el alterado hombre se fue relajando. Casi dormido, se volvió de un lado y le pareció, por alguna extraña configuración de la almohada, que su cabeza reposaba sobre el hombro de una mujer.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente la niebla ya había levantado y el aire desprendía una fragancia primaveral. En el hospital encontraron al imponente facultativo especialmente jovial, hecho que no les sorprendió más de lo que debió de sorprenderle a él mismo, pues nadie mejor que el Dr. Malcolm sabía la clase de naufragios que dejaban tras de sí tormentas como la de la noche anterior. Mostróse de buen talante con todo el mundo, encantado de echar una mano a sus alumnos –dándoles explicaciones en vez de maldecirles por no saber lo que habían ido a aprender allí. Incluso llegó a exhibir una especie de macabra simpatía con sus pacientes.

"¡El solterón se ha enamorado!", comentaban perspicaces los alumnos. Cuán poco sabían éstos lo lejos que se hallaba el Dr. Rupert Malcolm del enamoramiento –que la dama en cuestión le había echado a cajas destempladas de su casa, como a un perro vagabundo, y que él había resuelto asimismo expulsarla de su vida y de su pensamiento para siempre.

Sin embargo la mujer seguía allí, como algo que acompañaba todo cuanto él hacía a cada momento. No le había visto la cara, así que su imaginación corría desbocada. Como era hombre de tez clara, naturalmente se le antojaba morena. Y aunque se lo impedía la capa, no la veía como una muchacha grácil –y, en cualquier caso, un hombre endurecido de cuarenta y cinco años nada tenía en común con las muchachas jóvenes–, sino como una mujer en la madurez de su belleza, algo muy distinto al ingenuo encanto de una jovencita. Intentaba traer a su mente imágenes que tuvieran algún parecido con ella, resucitando el recuerdo de sus frustradas visitas a la National Gallery de Londres, y decidiendo volver allí para ver si encontraba un retrato que se la representara, pues presentía que sólo la encontraría entre las obras de los grandes maestros de la Antigüedad. Parecía demasiado dinámica y natural para ser una belleza de la alta sociedad; demasiado sofisticada y refinada para ser una profesional de los estudios fotográficos.

Aunque las ideas surgían en su mente en rápida sucesión, la imagen de la mujer se hacía clara motu propio, y veía su rostro como un óvalo pálido y alargado, enmarcado por un fondo negro. Los ojos eran oscuros y almendrados; la nariz, ligeramente aquilina; la boca,

con labios escarlata según la moda imperante. Sus ojos, castaños y aterciopelados, tiernos e inescrutables, le miraban fijamente. No podía adivinar lo que estaba pensando; no lograba, por mucho que forzara su imaginación, desvelar la personalidad que escondían aquellos ojos. Ella permanecía distante, ocultando su vida interior, y, sin embargo, en su derredor, flotaba una ternura infinitamente reconfortante para aquel hombre solitario.

Sus colegas jamás lo hubieran imaginado, pero en el fondo de su corazón se ocultaba una extraña complacencia por el martirio. Nunca estaba en paz con su conciencia a menos que –renunciando a pequeños lujos– se empleara a fondo en realizar actos desinteresados por los que ni esperaba ni recibía agradecimiento alguno. De joven, escogió una pequeña preciosidad, desvalida y dependiente a quien poder adorar y proteger; ahora que ya era un hombre maduro y empezaba a notar cierto cansancio, el espíritu de su sueño había sufrido un cambio: seguía deseando martirizarse, pero ya no necesitaba ir dando lanzadas por las llanuras en busca de dragones; ya no anhelaba una doncella pusilánime y en peligro que satisficiera el ideal de virilidad que intentaba hacer realidad. Quería martirizarse de otro modo: encontrarse en manos de una mujer posesiva y exigente que le pusiera a prueba. Estaba cansado de martirizarse a sí mismo, pues la satisfacción que eso le proporcionaba había empezado a ser aburrida desde la desilusión sufrida con respecto a la necesidad que su esposa tenía de él. Rehuía el dolor de ofrecer más sacrificios inaceptables; quería saber exactamente qué exigía el holocausto antes de volver a tenderse sobre el altar.

Por consiguiente, le atraía la sensación de fuerza lejana y latente que adivinaba en la mujer de sus sueños. Si una mujer como aquella le pusiera a prueba, derramaría por ella su vida hasta la última gota, como si vino fuera. La mayoría de los hombres la odiarían por ser una fortaleza inexpugnable, en cambio a él le producía deleite.

Viéndolo desde este ángulo, decidió que no había razón alguna para no fantasear con ella tanto como le apeteciera. Aquella actitud no implicaba deslealtad hacia su matrimonio. Debía acabar con la mujer de la capa y los paseos por el dique, de eso no le cabía la menor duda. Pero lo del sueño era otra cuestión; eso no hacía daño a nadie, y a él le ayudaba más de lo que en razón era imaginable. El sentimiento que ella le inspiraba no tenía nada que ver con el sexo ni con la sen-

sualidad. Era sólo la mujer que aparecía en sus sueños: un ideal que, de manera inexplicable, le calmaba y le apaciguaba, y satisfacía la necesidad emocional, no la física, que sentía de una mujer. A él le parecía, siempre que este aspecto quedara excluido y no permitiera la degradación de ninguno de los dos, que no tenía nada de malo disfrutar de aquella compañía imaginaria.

Era la primera licencia que se permitía con una debilidad humana en toda su austera vida y que al hacerlo encontraba placentera. No estaba de humor para volver a casa en metro al finalizar la jornada, así que mandó pedir un taxi.

Las retenciones del tráfico por las estrechas calles de la ciudad no le exasperaron, pues *ella* estaba a su lado, ocupando el otro asiento en la oscuridad del mal iluminado interior del vehículo. Podía sentir la calidez de su atmósfera envolviéndole con una especie de resplandor. Creyó poder oler su aromático perfume, y, volviéndose hacia ella, murmuró: "Estoy muy feliz de estar aquí contigo. Lo considero un gran privilegio, y lo agradezco".

El sonido de su propia voz deshizo el encanto, y entonces supo que el asiento contiguo estaba vacío. Allí no había nadie, ni siquiera a los ojos de su imaginación; sin embargo, a pesar de la desilusión, el sentimiento de felicidad aún le acompañaba. Esperó con plena satisfacción en la oscuridad, entre el ruido de los motores de los vehículos inmovilizados que le circundaban y los humos de los tubos de escape que se colaban por la ventanilla; y, mientras esperaba, presintió que la mujer de sus sueños iba gradualmente tomando cuerpo de nuevo, a su lado.

Esta vez tuvo cuidado de no romper la magia y evitó todo intento de volver la cabeza para verla, pues sabía que ella no estaba allí. Sin embargo, *estaba* allí igualmente, sólo que en otra dimensión. Estaba allí a los ojos de su imaginación, y él podía sentir una respuesta emocional. Malcolm se encontraba feliz con ella, y eso era lo que importaba. Para él era real.

* * * *

Durante los aburridos comentarios del presidente, antes de llegarle el turno de leer su discurso, volvió a invocar su presencia, y ella vino; no con la misma viveza que cuando aparecía de manera espontánea, pero acudió no obstante. Cuando regresaba en el taxi por las calles

vacías de la ciudad, se presentó de nuevo, espontáneamente, y la vio sentada a su lado antes de percibir su presencia. Era tremendamente real: casi podía oír el sonido de su respiración en la oscuridad. Sin duda se olía el aromático perfume que desprendía, y se le subió a la cabeza como se sube el alcohol, haciéndole latir el pulso con más fuerza.

Por un instante, dudó –después de todo, muchos tipos mostraban comportamientos extraños en los taxis, y él no tenía intención de hacer nada desesperado–, se recostó y reclinó la cabeza donde se suponía debía estar el hombro de la mujer imaginaria, y al hacerlo se rompió el encanto. Malcolm se incorporó y maldijo salvajemente, sintiéndose completamente desairado. El resto del trayecto se mantuvo con aire enfurecido y sin apartar la mirada de la ventanilla.

Mientras se alejaba, después de pagar la carrera al taxista, volvió la vista hacia el interior del vehículo con un súbito reparo a su compañera abandonada y la sensación de haberse comportado como un animal y de haber herido tal vez sus sentimientos. Pero mientras lo hacía, un rostro apareció ante él como aparece la luz de la luna en la oscuridad, y vio un contorno ovalado, unos ojos negros y penetrantes, unos labios carmesí y una boca apretada. Fue todo tan claro que, por un momento, creyó estar contemplándolo con sus ojos físicos, y lo único que le impidió buscar a la mujer real fue saber que tal visión era imposible en la oscuridad.

Ya en su cuarto de estar, permaneció de pie con un codo apoyado en la repisa de la chimenea y volvió a llamarla –ella acudió de nuevo. A pesar de no ver nada presentía su presencia y sabía el lugar exacto que ella ocupaba en la estancia.

Cuando se dio media vuelta en la cama, tras apagar la lámpara de la mesita de noche, ahuecó con las manos la almohada para que ésta adoptase la misma forma de la noche anterior, y se tendió, tenso e inmóvil, a esperar: ¿Le dejaría abrazarla? Pero no ocurrió nada y, poco a poco, fue quedándose dormido siguiendo los canales normales. Y entonces, cuando estaba a punto de traspasar el umbral del sueño, sintió la blandura de un pecho de mujer bajo su mejilla y el ritmo cadencioso de su respiración. Su primer instinto fue sacar la mano para tocarla, pero ya había aprendido la lección y no cometió el error de romper la ilusión tratando de reducirla a la realidad. Sólo podía disfrutar mientras nunca intentara poseer.

Quedóse inmóvil, tenso y sin apenas atreverse a respirar ante aquella ilusión tan dulce y real. Tentado estuvo de darse la vuelta y besarla con la imaginación, pero decidió no arriesgarse: la experiencia ya era demasiado valiosa por sí sola. Luego, sumióse en un profundo y tranquilo sueño hasta la mañana siguiente, en que despertó despejado, y animado y feliz como un adolescente.

De pronto, le asaltó un remordimiento al recordar las responsabilidades contraídas con la casa de la playa, pero desechó la idea como quijotesca, pues lo que estaba haciendo no perjudicaba a nadie, y la bendición y la paz que a él le proporcionaba suponía una considerable ayuda. Ya en cierta ocasión intentó cortarlo todo de raíz, pero tuvo como consecuencia una explosión de emociones que no estaba dispuesto a precipitar de nuevo. ¿Qué necesidad había de dejar a la mujer de sus sueños que a nadie hacía daño y que tanto le ayudaba?

Permaneció de pie unos instantes, mirando por la ventana en dirección a la iglesia del otro lado del río, invisible a sus ojos a esa hora a causa de la neblina matinal; y, de repente, más allá de todo control, estalló en un furibundo grito: "¡Dios mío! ¡No puedes desear arrebatarme también esto!"

La reacción de este súbito ataque de emoción fue tan desmesurada que se encontró apretando con fuerza el marco de la ventana, agitándolo y haciéndolo vibrar como si lo estuviera zarandeando un vendaval.

Tambaleándose, cruzó la habitación, dejóse caer en su sillón y hundió la cabeza en el desastrado cojín. "No", murmuró, "esto es demasiado. ¡No puedo aceptarlo!"

Creía que había superado hacía ya mucho tiempo la superstición de la religión, pero la forma híbrida del celoso Jehová y el gentil Jesús que le habían inculcado en su niñez se alzó ante sus ojos: mitad ídolo y mitad ángel. Odiaba al ídolo, pero el aspecto angelical le inspiraba mucha pena. Malcolm estuvo a punto de arrancar a llorar igual que un niño.

Aquello rompió el hechizo y enfurecido consigo mismo como jamás se había enfurecido con el más estulto de sus alumnos, se arrancó el falso cuello y la corbata; sumergió la cara en una palangana de agua fría; se secó la cabeza con una toalla hasta tener el aspecto de un pollo empapado; luego se colocó el cuello de la camisa forzándolo hacia atrás contra los gemelos, maldiciendo como un carretero; se hizo el nudo de la corbata como ejecutando a garrote el objeto de una

venganza de toda la vida; se tiró del pelo al peinarse; agarró su maletín sin examinar lo que contenía y, por primera vez en la historia del hospital, llegó tarde a una conferencia.

Tanto su conferencia como la clínica que sucedió a ésta fueron un auténtico infierno para todos los implicados. Aquella tarde trató los casos de su consulta en Wimpole Street del mismo modo que los de su clínica, pero como los pacientes siempre estaban avisados por los médicos que les mandaban de lo que podía esperarles, no hubo ningún incidente extraordinario: una señora sufrió un ataque de histeria y dos niños berrearon desconsolados, pero al margen de estos pequeños *contratiempos*, todo ofrecía el mismo aspecto de siempre. El Dr. Malcolm tenía un rostro de esos a los que se puede dar un hachazo sin dejarle apenas marca, y su recepcionista era una anticuada enfermera del hospital que, seguramente, no sospechó la existencia de otra cosa que no fuese un carácter irritable fuera de lo usual.

Por fin, a eso de las siete, después de haber enviado al último paciente de la lista a la oscuridad del exterior, con aspecto de alma perdida que huyera de la cólera del Señor, el Dr. Malcolm lió su estetoscopio, lo echó en su maletín y arrojó tras él el delicado oftalmoscopio. Pero antes que llegase a cerrar la tapa se abrió la puerta, revelando el ajado rostro de la enfermera.

—Bien. ¿De qué se trata? —gruñó, con aspecto de estar a punto de arrojarle el maletín a la cabeza.

—Hay otra paciente en la sala de espera, señor. Una señora que ha telefoneado esta tarde y ha pedido cita.

—¡Dios mío! —exclamó indignado, viendo demorada su salida y con los huesos molidos y muy angustiado– Muy bien. ¡Hágala pasar!

Soltó la tapa del maletín, pero antes de que pudiera sacar de nuevo el instrumental, el estetoscopio se desenroscó y salió retorciéndose como una serpiente hasta alcanzar el suelo. Se encorvó para cogerlo, pareciéndole que tal esfuerzo añadía la última gota al vaso de su cansancio e irritabilidad, y al incorporarse vio entrar por la puerta a la mujer de la capa.

Quedóse de pie, mirándola. Su primer pensamiento fue: "¡Esto es una alucinación!" Pero allí estaba ella, tal como la había imaginado, vestida con su capa negra y su sombrero de ala ancha, como en el puerto de Sandeman. Allí su rostro pálido y ovalado, su nariz aquilina,

sus labios de rojo escarlata, y sobre todo, sus ojos castaños y aterciopelados que irradiaban generosidad. Durante un segundo, mientras contemplaba la ternura de sus ojos, se le puso en la garganta un nudo como el de aquella mañana, e inmediatamente, igual que antes, se encolerizó –era una furia lívida y concentrada de la que él no se hubiera creído capaz de sentir hacia una mujer. ¡Seguro que había reconocido su cara, vista a la luz de la linterna, por alguna foto de los periódicos, y le había ido a buscar para chantajearle! ¿O acaso buscaba una aventura? A él nunca se le hubiera ocurrido antes tal cosa con respecto a su persona, y, horrorizado, sintió que el hombre impenitente de su interior se estremecía ante un débil y furtivo triunfo, y su carácter, si es que eso era posible, empeoró en consecuencia.

—Buenas tardes -dijo él bruscamente con su voz áspera y estridente. No tengo el placer de conocer su nombre ni de saber quién la envía.

—Mi nombre es Morgan, señorita Le Fay Morgan. Mi dentista me habló de usted, pero no vengo recomendada por él. He venido por propia voluntad porque pensé que podría explicarme ciertas cosas que necesito saber.

—Es una manera poco usual de dirigirse a un especialista -respondió el Dr. Malcolm, mirándola con hostilidad y, al mismo tiempo, con una horrible especie de dolor adormecido interior, como si ella se pareciera a algún ser querido ya fallecido.

—Mi caso es muy poco usual -replicó la visitante, sin dejarse intimidar por el descarado resentimiento que él mostraba ante su presencia-. ¿Puedo hablarle de ello? Tal vez así sepa si puede ayudarme o no.

—Esto... sí, por supuesto. ¿Quiere sentarse, por favor? -dijo el hombre, recobrando la compostura; su tosca y arraigada caballerosidad le impidió que hiciera otra cosa peor que gruñirle a una dama. La mujer tomó asiento en la silla reservada a los pacientes con un movimiento del vuelo de su capa, y él, sintiéndose más muerto que vivo, dejóse caer sobre el sillón y trató de concentrarse en la consulta.

—¿Qué le ocurre? -inquirió.

Aquellos ojos castaños, tranquilos y cubiertos por un velo devolvieron la mirada a los verdes y grisáceos del hombre; Ahora no había en ellos ternura: eran como los de un duelista en el momento de inmovi-

lidad que precede al comienzo de un lance de honor. Ella le gustaba más por eso, y se relajó ligeramente aliviado. Era la ternura de sus ojos lo que él no soportaba porque le hacía sentir su propia debilidad.

—Tengo... —hizo una pausa y escogió cuidadosamente las palabras— sensaciones, impresiones, a las que no puedo dar una explicación ordinaria. Estoy deseosa de saber si se trata de alucinaciones o si obedecen a alguna causa real.
—¿Qué es lo que usted experimenta...? ¿Sensaciones táctiles, visuales o auditivas?
—Con frecuencia, visuales, aunque eso no es nuevo para mí porque tengo una imaginación muy viva. Sin embargo, últimamente, en varias ocasiones, he tenido sensaciones táctiles... y, por último, esta mañana, una auditiva, lo que me ha hecho venir a verle. Las otras las he ignorado, atribuyéndolas a fantasías de mi subconsciente; pero... la de esta mañana... ha ido *más allá de lo que estoy dispuesta a ignorar.*
—A mí me parece que su caso debiera ser tratado por un psicólogo, señora, no por mí, que soy neurólogo.
—Lo que yo quiero saber es si mis sensaciones poseen alguna base física —respondió la mujer sin apartar los ojos de los suyos.
—No... Yo diría que no.
—¿Puede asegurármelo sin examinarme?
Él se estremeció ante una ofensiva tan directa.
—¿Quiere usted que la examine ahora?
—Me gustaría conocer su opinión, Dr. Malcolm.
—Muy bien. Empezaremos por las sensaciones táctiles. ¿Qué es lo que siente realmente?
—En varias ocasiones, me ha despertado una sensación de opresión en el hombro o en el pecho, y, en dos ocasiones, he sentido que dos manos muy fuertes me agarraban por encima de los brazos.
—Debería hacerse un chequeo del corazón —logró responder Malcolm, aferrándose a su ciencia médica como a un clavo ardiendo, y negándose a dejar que su mente se desviara de su concentración en el sistema nervioso de la paciente que tenía delante; aunque le latía el corazón con tanta fuerza que amenazaba con asfixiarle.
—¿Lo cree usted necesario? —preguntó la mujer que tenía enfrente mientras le observaba con una mirada firme y resuelta. Malcolm no podía hablar, sólo permanecer sentado y mirarla— ¿Ha hecho usted

alguna vez experimentos sobre investigación psíquica?
Malcolm negó con la cabeza.
—Entonces, debería leer este libro —prosiguió ella. Y sacando un voluminoso libro de debajo de su capa, lo dejó sobre la mesa y lo empujó hacia él con la mano. Era la primera vez que ella apartaba los ojos de los suyos, y Malcolm bajó la cabeza para leer el título: Fantasmas de los Vivos[1], de Gurney y Podmore.

El hombre permaneció sentado con la cabeza inclinada sobre el libro tanto tiempo que la paciente empezó a creer que, aun no deseando hacerlo, tendría que romper el silencio. De pronto alzó la cabeza y la miró directamente a la cara.
—Lo único que puedo decirle es... que lo siento. Nunca soñé que una cosa así fuera posible.
El hombre volvió a inclinar tanto la cabeza sobre el libro que ella ya no podía verle el rostro; sólo su espeso y encanecido pelo rojo.
—Le doy mi palabra de que no volverá a ocurrir —dijo él con una voz apenas audible.

Entonces, súbitamente, adoptó una postura muy erguida y la miró; y si alguna vez el crimen se asomó a los ojos de algún hombre, fue en los de este, pues a él le pareció que el cuerpo destrozado de la mujer de sus sueños yacía muerto entre las manos de aquella dama. Cuando vio lo mucho que se parecía a su amada, le flaquearon las fuerzas; era como si ella le recordara a la mujer muerta y no pudiera odiar a esta mujer que tanto se parecía a su amada. Malcolm titubeó un instante, luchando por recuperar su autocontro Luego, apoyando los codos sobre la mesa de despacho, se cubrió el rostro con las manos.

—Le agradecería que se marchase —balbució, de forma casi inaudible.

Él la oyó levantarse de la silla y, al resonar sus pasos sobre el parquet, pensó que estaba abandonando la sala; mas sintió una mano

[1] N. de T. Título de una publicación que engloba varios relatos, de Gurney y Podmore. Se considera la primera investigación sobre telepatía realizada por la Society for Psychical Research, cuyos resultados se publicaron en 1886, en la obra "Fantasmas de los Vivos". Fue aquí donde se introdujo el término 'telepatía' que desplazó al de 'transferencia del pensamiento'.

apoyarse sobre su hombro. Maldolm se estremeció y se clavó las uñas en la piel de su frente sin mostrar otro signo que éste.
La mujer permaneció de pie a su lado unos instantes sin decir palabra. La sangre empezó a brotarle de las sienes, y hasta creyó que sus ojos le estallarían de la tremenda presión que ejercían sus manos contra ellos tratando de ahuyentar tanto los pensamientos como la visión. Estaba entumecido, como se quedan los hombres después de un intenso bombardeo, y, al mismo tiempo, temblando de desesperación. No podía moverse; sabía que perdería el autocontrol si trataba de hablar; lo único que podía hacer era seguir sentado, inmóvil, y aguantar y esperar a que ella se marchara.
Oyó su voz que le hablaba –una voz sonora, de contralto bajo, aterciopelada como sus ojos, y le conmovió como jamás había logrado conmoverle la buena música. Era como si doblaran campanas, como si tocaran a misa de difuntos. Sentía que su autocontrol se le escapaba; si ella seguía jugando con sus emociones sólo un poco más, gritaría como gritan los hombres en el diván cuando llegan al límite de sus fuerzas.

—Ha dicho usted que no volverá a ocurrir —la oyó decir. Él asintió ligeramente con la cabeza.
—Le voy a pedir que haga algo más difícil aún —susurró aquella voz baja y tranquila–. Voy a pedirle que experimente deliberadamente conmigo de esta manera.
Él negó con la cabeza.
—Sí. Puede hacerlo si yo le ayudo —continuó diciendo la voz. Guardó silencio un momento y luego, le apretó el hombro con la mano. Amigo mío, ¿qué va a hacer si no continúa? No le quedará nada. Sí, acabaremos esto juntos, de una vez por todas y no para mal. No tenga miedo. Créame, no es malo. ¿Querrá trabajar conmigo, Rupert Malcolm?

Durante un instante permaneció inmóvil; después, asintió.
—Presentía que lo haría —repuso ella, pasando la mano de su hombro izquierdo al derecho, y atrayéndolo hacia sí.
Relajándose de pronto, el hombre dejó que su cuerpo avanzara con dificultad y se fuera apoyando sobre ella, sintiéndola prepararse para aguantar el peso. Pero a él no le importaba: dejó caer todo el peso de

la parte superior de su cuerpo, mustio e inerte; sólo una mujer fuerte como aquella podía haberlo aguantado, y a él le gustaba aquella fortaleza. Más que ninguna otra cosa, más incluso que su ternura, le agradaba aquella fortaleza. Y, aunque agitado, sintió nacer en él una extraña alegría como si los luceros de la mañana cantaran a coro, porque ella había penetrado en el mismo corazón de su ensoñación; le había martirizado –le había arrancado la piel a tiras, y luego le había tratado con ternura; sin embargo, la mujer seguía siendo una fortaleza inexpugnable que jamás podría llegar a poseer. No deseaba poseerla —no de esa manera— porque lo habría estropeado todo; no obstante, no se sentía insatisfecho, pues había sido poseído por ella. Tal vez él no la poseería, pero había sido absorbido a su interior. Su ser estaba perdido en el de ella y se encontraba plenamente satisfecho.
Malcolm volvió la cabeza ligeramente y apoyó la cara en los pliegues de su capa. Ella soportó aquella pesada mole y esperó pacientemente a que superase la crisis y volviera a recuperar el control de sí mismo.
El reloj de la recepción dio las ocho y él levantó la cabeza. Ella miró al rostro apoyado en el hueco de su brazo. Todas las arrugas habían desaparecido y él tenía la mirada débilmente desconcertada de un niño pequeño que despertara en un lugar extraño. Todas las tensiones se habían esfumado, y en su lugar reinaba una serenidad absoluta y la confianza de un niño. De pronto, notó que las lágrimas querían asomarse a sus ojos mientras contemplaba aquel rostro del que habían sido borrados veinte años de grandes tensiones.
El Dr. Malcolm se puso en pie vacilante.
—Yo...supongo que debería disculparme —exclamó.
La mujer sonrió.
—No creo que tenga usted intención de hacerlo —replicó ella.
—No —repuso él—, no la tengo —y miró hacia arriba esbozando una fugaz sonrisa y volviendo a bajar la cabeza; tímido como un colegial pero inmensamente feliz.
—Le llevaré a su casa —dijo ella–. Tengo el coche aquí mismo. ¿Dónde vive?
—Ah, no... No se moleste... tomaré un taxi.

Sin ninguna contemplación, empezó a embutir sus instrumentos de nuevo en el ya bien repleto maletín y tuvo que obligar la tapa para

cerrarlo. Algo crujió en su interior, pero presionó los cierres como si tal cosa. Entonces, sin acordarse de que había rechazado el ofrecimiento, siguió a la mujer dócilmente hasta el interior de un elegante cupé negro aparcado frente a la puerta de la calle, ajeno a las miradas de indignación de la enfermera, quien había tenido que prolongar su jornada una hora más y, siendo de una virginidad impoluta, no aprobaba que el Dr Malcolm volviera a casa en coche con señoras hermosas.

SEGUNDA PARTE

LA SEÑORA DE LA LUNA

Oh tú, que de escollos y trampas
Sembraste el camino por donde yo había de pasar,
¿Acaso con la predestinación
No me enredarás e imputarás mi caída al pecado?

Omar Khayyam.

CAPÍTULO IV

NO SABRÍA decir con exactitud la edad que tengo, pero calculo que alrededor de ciento veinte años. De todos modos, llevo viviendo el tiempo suficiente como para haber visto suceder las cosas por las que he trabajado: por eso creo que me iré pronto.

Hubo un tiempo en que fui considerada la sacerdotisa de todos los males, aunque cierto sabio dijo que todo avance moral debe comenzar siendo inmoral. De todos modos, hace mucho que pasó esa época y ahora lo que es delito en un lugar está bien visto en otro. Espero que, a su debido tiempo, se me identifique con el principio que ejemplifiqué y por el que fui venerada como diosa, pues ¿quién soy yo para escapar al destino universal de los Portadores de la Luz? Sea como fuere, el mundo en el que vivo hoy está tan libre de las enfermedades nerviosas como los lugares civilizados del mundo en el que realicé mi labor lo estaban del tifus, la peste y el cólera; tanto la higiene mental como la higiene física mejoraron, eliminándose las enfermedades causadas por la suciedad. Incluso entonces llegó a reconocerse que si un hombre vivía en condiciones insalubres no podía esperar estar sano, menos aún criar hijos normales. En cambio éramos muy poco conscientes de las condiciones de insalubridad en las que la mayoría de la gente hacía su vida emocional. Leer hoy sobre tales condiciones es igual que leer un informe sobre la situación de la clase obrera en la hambruna de la década de 1940. Nos preguntamos cómo será posible soportar tales atrocidades, pero solemos aceptar como inevitable cualquier cosa a la que estemos acostumbrados, sin imaginar siquiera que la causa de todo ello es la ignorancia y la mala administración.

Cuando yo nací la represión moral estaba en todo su apogeo y aún servía a su propósito. En aquellos días las mujeres se dividían en dos clases: las protegidas, que sufrían de depresiones, y las que carecían de refugio o protección y que padecían muchos males, algunos de los cuales impublicables. Mis ojos vieron la luz en el seno de la clase protegida, pero la pobreza me llevó a engrosar las filas de la otra, y padecí muchos sufrimientos. Tal fue la primera etapa de mi aprendizaje.

Mi padre, como indica el apellido Le Fay, era de extracción francesa y por sus venas corría sangre bretona; mi madre descendía de esa extraña raza precéltica que perdura en los remotos valles del sistema montañoso central del país de Gales. Algunos afirman que estas gen-

tes eran fenicios, pero eso no es cierto: como atlantes, eran más antiguos que los fenicios, y fueron atraídos a estas islas productoras de metal por el comercio, sobreviviendo cuando su país natal fue asolado por la catástrofe. Son gentes extrañas, separadas hasta hoy por un distanciamiento del espíritu, porque no son –en mi opinión– de este mundo. También los bretones son gente de otro mundo, y la fe de Carnac habita en sus corazones en un grado mayor del que suele imaginarse. Yo soy el producto del cruce de esas dos estirpes. Y, por si eso fuera poco, tenía que haber muerto al poco de nacer. Me declararon muerta, y muerta yací durante horas sobre el regazo de mi madre, pues no había forma de persuadirla de soltarme; y entonces, al amanecer, reviví; sin embargo, los ojos que miraron a mi madre, según ella misma me confesó muchos años después cuando le pregunté la causa de mi rareza, no eran los ojos de una niña; y supo, como sólo el infalible instinto de una madre puede saberlo, que yo no era la misma.

Nunca fui joven, ni siquiera en aquellos días: tenía la misma mentalidad que ahora, solo que con aspecto aniñado: De modo que nunca pude ser una niña como las demás, y los adultos de entonces constituían una estirpe hostil. Además, descendíamos de una familia noble venida a menos y nos tocó vivir la peor etapa del sistema de clases de la época; así que, a pesar de ser una chica amigable, ávida de juego y compañía, fui obligada a la introversión y a vivir en soledad: Creo que fue este el requisito previo para lo que había de venir después, pues sólo si la persona se vuelve introvertida puede hallar el Sendero Interior, y aquellos a quienes el destino les ha deparado ese camino les está prohibido ser extravertidos y encontrar su lugar en la vida: lo mismo que a las chinitas, a quienes les atan los pies de pequeñas. En aquellos momentos fue un proceso doloroso, pero que tuvo como resultado una personalidad útil para el fin con el que había sido destinada, libre de apegos y habituada a la soledad.

Creo que así es la ley del Sendero Superior, porque la he visto operar en muchas ocasiones. A quienes están acostumbrados a encontrar la felicidad en sus apegos, y son incapaces de concebirla de otro modo, puede parecerles muy melancólico; pero una vez aceptado ese desprendimiento, la vida se aparece como algo sumamente maravilloso. Lo único que hay que hacer es no volver a crear vínculos, pues, irremisiblemente, habrá que romperlos. Sin embargo, por paradójico que parezca, la persona goza de una extraordinaria riqueza de experien-

cias al poder disfrutar de todo mientras no se haga dependiente de nada. Dice un antiguo proverbio que el iniciado nada posee pero de todo dispone.

Wilfred Maxwell ha contado la historia de mis comienzos y de cómo hallé el Sendero Interior, así que no es preciso que yo vuelva a hacerlo[1]. También ha narrado el experimento que llevamos a cabo juntos; pero lo que no ha mencionado, pues no podía saberlo, es lo que a mí me pareció aquel experimento. Y eso es lo que yo voy a contar tan brevemente como sea posible, pues conforma el preludio de lo que sigue después.

Llevaba yo recorrida cierta distancia en el Sendero Interior, y había desarrollado mi psiquismo hasta ese punto de fiabilidad que puede esperarse del psiquismo —es decir, que podía confiar en aquellos asuntos donde no tuviese ningún interés personal. También estaba muy familiarizada con la teoría y la filosofía de la Enseñanza Secreta tal como la tradición nos la ha transmitido. Pero hay una gran diferencia entre el psíquico y el adepto, porque el psíquico no es más que eso; en cambio, el adepto, para merecer este título, no sólo ha de ser psíquico sino mago también —es decir, que debe ser capaz de ejercer los poderes del espíritu tanto objetiva como subjetivamente. Cuando conocí a Wilfred Maxwell, yo era lo que nosotros llamamos un Adeptus Minor, y no había realizado esa transición.

Utilicé la fe que Wilfred había depositado en mí para afianzar mi confianza en los poderes mágicos; porque si se cree en ellos pueden utilizarse, pero si no se cree en ellos no se pueden utilizar, y a alguien tan escéptica y racional como yo no le resulta fácil creer en tales cosas hasta que las ha puesto a prueba y confirma que funcionan; y, paradójicamente, no funcionan hasta que se cree en ellas, porque la persona está todo el tiempo recibiendo la sugestión negativa de su propia incredulidad, y, del mismo modo, disolviendo las formas astrales con la misma rapidez que las crea.

Pero cuando hice a Wilfred, que tenía fe, ver una forma astral por medio de la sugestión, su fe la mantuvo estable para que yo la viera. Es este un punto sutil pero útil en los trabajos prácticos que yo ofrezco a quienes sepan apreciarlo. No hay muchas personas que sepan estas cosas ni que, aun sabiéndolas, se atrevan a contarlas.

[1] Ver *La Sacerdotisa del Mar*

Hice que Wilfred me viera como yo deseaba ser, y así creé mi personalidad mágica. La personalidad mágica es algo extraño, muy parecido a un espíritu familiar al que se transfiere la consciencia como se transfiere a una proyección astral, hasta que, finalmente, la persona se identifica con él y se convierte en lo que esa persona ha creado.
Después de haberme servido de Wilfred, le dejé; mas no sin antes ponerle en contacto con las fuerzas cósmicas.
Recuerdo que llegué a Londres con el tráfico intenso de la hora punta. Entré por un camino nuevo y me perdí en la gran maraña de bungaloes del municipio de Surrey, donde todas las calles parecen iguales, salvo por la diferente inclinación a que les obligan los meandros del río, y donde se pierde el sentido de la orientación. La única referencia con que contaba era la gran chimenea de la fábrica Doulton: sabía que ésta me conduciría hasta el puente que buscaba; sin embargo, las retorcidas calles no se sucedían como yo esperaba, pues esa parte del mundo, a causa del ferrocarril, es toda una masa de callejones sin salida. De pronto, ante mí, al final de una calle, divisé la superficie gris plomiza del río, y creyendo que éste sería el Albert Embankment y, por tanto, terreno conocido, me dirigí a él; pero, me encontré en la más extraña y olvidada pequeña ciudad que existe mirando, al otro lado del agua, la recortada línea del horizonte de las calles principales de Pimlico.
No era un barrio bajo, sino sobremanera respetable. Cada una de las casas disponía de un pequeño jardín delantero y, sin excepción, todas las ventanas lucían cortinas de encaje. De muchas verjas colgaban placas metálicas indicando que allí habitaban deshollinadores, sepultureros, comadronas y gentes por el estilo. Sin embargo, resultó ser otro *callejón sin salida* y tuve que arriesgarme a dar la vuelta por un peligroso embarcadero en ruinas y desandar el camino hasta una bocacalle en ángulo recto. Allí se alzaba una iglesia pequeña y lúgubre, enmugrecida por el hollín. Sus ventanas superiores estaban protegidas por unas mosquiteras de alambre contra las pedradas; las de abajo, por pesadas rejas de hierro fundido; la puerta era de madera de roble, de una sola pieza, y tachonada con grandes clavos. En realidad, parecía una fortaleza privada en miniatura, disimulada bajo el manto de la religión. Nunca he visto fachada más imponente: bien pudiera haber servido de cárcel a la Santa Inquisición.
Para completar aquel aspecto de melancólico abandono, un cartel de

"Se Alquila" pendía medio descolgado de la fachada. Me sorprendió porque yo creía que cuando un edificio se destinaba a iglesia sería iglesia para siempre, y que los inmuebles eclesiásticos no podían ser embargados. En cambio éste, aparentemente, debió incluso de acabar con la paciencia del alto clero y tal vez tuvieran que terminar deshaciéndose de él. A mí me dio la impresión de que aquella iglesia estaba encantada y habitada por algún mal espíritu.
Finalmente, crucé el río y, una vez más, me encontré en un lugar civilizado.
Me alegró estar de vuelta en mi pequeña buhardilla, la cual —con su buen fuego de chimenea.y sus hondos divanes acolchados con innumerables cojines, y todos esos colores suaves, intensos y oscuros que a mí me encantan— me pareció muy acogedora.
Sin embargo, a pesar de haber estado ausente sólo unos meses, el lugar me resultó extrañamente ajeno. Noté que mi vida se había apartado ya de él y que no haría falta arrancar raíces cuando lo abandonara. Pero eso no me hizo más feliz, muy al contrario: me sentí ajena, sola y sin hogar. Para mí los ambientes siempre han significado mucho; quizá más que las personas, debido a la constante soledad que rige mi vida.
En general, me alegraba de que el clima del apartamento hubiera muerto, pues me horrorizaba dejarlo; temía tener la sensación de estar abandonando a un buen amigo con cuya ayuda yo hubiera prosperado, ya que éste era el primer hogar estable que había conocido. Pero en el Sendero no sirven sentimentalismos, ni con los lugares ni con las personas. Mis días de formación habían terminado y estaba migrando de los Misterios Menores a los Mayores. Era el momento de poner en práctica lo aprendido. Las leyes que rigen mi vida son tan extrañas que si no doy alguna explicación al respecto, nadie entenderá lo que sigue.

Se han tejido muchas historias en torno al adepto de capa negra y sus misteriosos poderes, que surge de la nada en respuesta a alguna llamada de auxilio y que desaparece de forma igualmente misteriosa tras haber ofrecido su ayuda; pero nadie, ni siquiera Bulwer Lytton[3], quien podría haberlo hecho, ha contado la historia desde el punto de

[3]N. de T. Autor de *Zanoni* y *Los últimos días de Pompeya.*

vista del adepto, mostrando por qué iba, por qué venía y lo que realmente hacía.

Veamos, pues, qué tipo de persona es un adepto:

Hay adeptos que se encargan del gobierno interior del mundo, no de su política ni de los hilos que la manejan, sino de las experiencias espirituales secretas que gobiernan las mentes de los hombres. Detrás de estos, hay otros más importantes que se ocupan de las fuerzas elementales y de las influencias que rigen el eón. Éstos son a los anteriores lo que las mareas son a las rompientes olas. Luego, en el plano físico, están los enviados a reencarnarse para que cooperen con ellos. A veces se les denomina iniciados; y eso es lo que son, pero ahí no acaba todo. Desde luego han de estar iniciados en la Tradición, pues de otro modo no tendrían las claves para establecer los contactos ni podrían ordenar cooperación. Por supuesto, también hay iniciados que se convierten en adeptos, pero ahora hablo de los llamados adeptos cósmicos; y ellos vienen con un propósito, y todo su tiempo hasta la madurez lo dedican a preparar la personalidad como instrumento para ese fin; sería un entrenamiento cruel si no hubiera en su interior una consciencia interna que sabe de donde vienen y por qué, lo mismo que yo sabía, aun siendo niña, que era una extraña y una residente temporal y que no pertenecía allí; por lo tanto, las cosas no les duelen tanto como a los demás. Pero estos adeptos siempre están solos, pues hay muy pocas personas en quien puedan hallar compañía y, además, porque son raros y se les odia.

Luego viene el momento de hacer la transición de un modo de consciencia a otro; cuando aprendemos a usar el instrumento que hemos forjado para el propósito que ha sido diseñado –y ese instrumento es nuestra propia personalidad humana. Distanciarse de la propia personalidad y hacer uso de ella resulta algo extraño y nada fácil de hacer. Los que venimos de ese modo hemos sido entrenados y creados en una vida anterior, y yo siempre he sido sacerdotisa de la Gran Madre. Las encarnaciones que he tenido como hombre han sido desdeñables y, en su mayor parte, violentas e infelices. Pero he sido sacerdotisa, y de las importantes, desde los días de la Atlántida —pues cuanto más elevado es el grado más temprana es la iniciación— y una de las que sirvieron en los patios del templo del gran Sol de la Ciudad de las Puertas de Oro, en la isla de Ruta.

Fue a mí a quien enviaron lejos antes del final, cuando escogían a los

portadores de semillas para la época siguiente, y vi desde el mar el declive de la gran Atlántida en la última catástrofe final que acabó con todo. Después mi alma se afilió al alma grupal de Egipto y entré y salí por las puertas de la casa real a lo largo de todas las dinastías egipcias. Nunca fui de los que se sentaron en el trono, pero sí una figura misteriosa que iba y venía en el fondo de los templos.

Yo pertenecía al culto de la Isis Negra, muy diferente a la Diosa de la Naturaleza, vestida con ropas de color verde, a quien las mujeres rogaban por sus hijos. La representaban con rostro humano, o con cuernos como una vaca; pero la Isis Negra es la Isis con Velo, a cuyo rostro nadie puede mirar y seguir vivo; y como la represento a Ella, yo también llevaba un velo y una capa, y aún hoy sigo conservando el hábito; no me gusta que la gente contemple mi cara a plena luz, y si tengo que mostrarla, lo hago enmascarándola con risas y gestos. Muy pocos han visto mi rostro en reposo, pues el reposo es una máscara transparente.

Algunos equiparan a la Isis Negra con Kali, y afirman que Ella es malvada; pero yo no creo que así sea, a menos que se considere maligna a la fuerza elemental —yo desde luego no. En verdad, ella es la que Hace Añicos, pero luego hace libre. Ella es también la Vida más antigua, y la gente teme a lo primordial sobre todas las cosas. Freud lo sabía. Ella es un manantial de fuerza tremenda y dinámica, y cuando la fuerza dinámica empieza a brotar, es Ella.

Yo destrocé a Wilfred, y él se alzó como el ave fénix, renacido de entre las cenizas, y conoció a la Gran Isis. Yo le di muerte y le hice nacer. Eso no es malo, a menos que se considere malo el dolor, y yo no lo creo; porque el dolor proporciona poder, y la destrucción libertad. No creo que exista algo como el mal innato: eso a lo que los hombres llaman mal es simplemente una fuerza equivocada. Algunos definen el bien como lo que preserva, y el mal como lo que destruye; pero la destrucción puede ser limpiadora y purificadora, porque tanto en el hombre como en las especies hay una cosa llamada estreñimiento espiritual, que se produce por una conservación excesiva del *status quo*. Así pues, regresé al mundo una vez más como sacerdotisa de la Gran Diosa, trayendo conmigo el recuerdo de las artes olvidadas, una de las cuales es el arte de ser mujer. Vine porque me enviaron. Lo que yo tenía que dar era lo que hacía falta. No enviaron a una sacerdotisa de la Isis Brillante, sino de la Isis Oscura y con Velo, porque eso era

lo que se necesitaba; y me dijeron estas palabras: "Tendrás dientes de tigre, porque serás Destructora. Los hombres te llamarán la Sacerdotisa de Todo Mal, pero tú sabes que no es así".

Por eso llegué con el amanecer del nuevo eón. Hubo quienes se marcharon antes que yo y fueron testigos del desmoronamiento del mundo antiguo. Ellos había sido armados y dotados de una malla protectora —los grandes de la espada, pero yo sólo contaba con las armas propias de una mujer.

Al no contar con otro útil para trabajar que no fuera mi propia personalidad de mujer, tuve que crearla y darle forma como si de una obra de arte se tratara, y me convertí en escultora de mí misma. !Qué extraña sensación experimenté al mezclar y unir finalmente esos dos aspectos de mi persona! En las primeras etapas, mi estado de consciencia oscilaba entre uno y otro. Me adentraba en la consciencia más amplia, pero al despertar sólo quedaban débiles y vagos recuerdos de los sueños. En dos ocasiones, y en crisis que podrían haber destruido la personalidad que tanto esfuerzo me estaba costando crear, logré unir mis dos yoes momentáneamente, Pero la mente infantil no era capaz de soportar más que una breve unión: bastante difícil era ya la vida por sí sola.

Con la adolescencia, todo se detuvo, pues ninguna mente puede soportar esa doble tensión. Luego, con la estabilidad de la madurez, empezó de nuevo y fui consciente de un eclipsamiento. El foco de mi ser se había transferido por completo a mi cuerpo físico. Pero familiarizada como estaba con el lenguaje espiritista, consideré dicho eclipsamiento un control del espíritu, si bien poco a poco me fui dando cuenta de que se trataba de mi yo superior y, más gradualmente aún, aprendí a confiar en él. Mis dos yoes nunca han estado en mí de manera permanente: ningún cuerpo humano lo soportaría. Tampoco puedo invocar a mi yo superior a voluntad, pero sí sé crear las condiciones que le hacen venir. Por desgracia, eso es algo en lo que siempre necesito ayuda: no puedo hacerlo sola. Alguien tiene que ver la Diosa que hay en mí para que se manifieste. Yo no soy la diosa, sino su sacerdotisa, y ella se manifiesta a través de mí; todas las mujeres son Isis. No hay muchas personas que puedan verla manifestarse, y no todos los que pueden lo soportan. A mí se me odia porque existe temor hacia Ella. A lo largo de mi vida me han odiado mucho, pero también he recibido amor con la misma intensidad.

Como ya he comentado, Wilfred me brindó la ayuda que necesitaba para invocarme a mí misma. Mis armas ya estaban dispuestas y el siguiente paso de mi tarea se centraba en el mundo. Ya había rebasado esa edad en que la mujer puede esperar deslumbrar con su aspecto, pero las fuerzas que se manifestaron a través de mí me habían recreado milagrosamente y vivía con una extraña vitalidad interior, intemporal, eterna e inmortal. No era ni joven ni vieja; no era una jovencita ni tampoco una mujer madura. Aunque la gente sabía que no era joven, tampoco me consideraban mayor. Sencillamente disfrutaba de una vitalidad que impedía que los demás me vieran tal y como era en realidad; eso les encandilaba y les hacía verme como la sacerdotisa de la Gran Isis, e inmortal. Además, sabía situarme contra un fondo favorable y adecuado, y cuando lo decidía, me envolvía con mi aura y pasaba invisible como una sombra. La gente se burlaba de mis antecedentes y me llamaban posesa. Pero yo sabía que tales antecedentes eran psicológicos y mi pose una autosugestión.

Mi tarea consistía en aportar a la mente de la especie humana algunos conceptos nuevos, pero no a la mente consciente sino a la subconsciente; y esto se consigue viviéndolos. Un sabio dijo en cierta ocasión que el Adepto no debe conformarse con hollar el Sendero, sino que ha de ser el Sendero mismo, y eso es cierto. Mi labor no se basaba en dar conferencias, ni en escribir ni en aparecer en público como lo hacen quienes se dirigen a la mente consciente de la especie humana. Para poder llevar a cabo mi labor, necesitaba cierta dosis de cooperación. Al igual que el rey Salomón, hacían falta hombres y materiales. Se me había puesto en las manos el dinero necesario, y siempre podía invocar más si fuera preciso. Pero no bastaba con eso: la riqueza no crea nada motu propio y el telón de fondo necesario no era algo que pudiera confiársele a un decorador profesional.

Además necesitaba algo menos fácil de conseguir: cooperación. Necesitaba gente bien dotada y, al mismo tiempo, con un gran sentido de la dedicación; personas inteligentes, mas la inteligencia a secas tampoco bastaría: debían poseer también una vena artística. Y, sobre todo, lo que necesitaba era personas con ese raro don del magnetismo a quienes pudiera utilizar; y, por último, alguien con quien poder experimentar. No es fácil, sin embargo, hacer que las personas se dejen utilizar. ¡Cuán poco conocen la recompensa de Isis! Pero no podía decirles cuál era, pues es una de las pruebas del Sendero en la

que no es posible regatear. Recordemos que hubo un hombre que lo dio todo para comprar la perla más preciada. Los hombres se entregan a Isis y ella se entrega a ellos, pero ellos lo hacen como hombres y ella como Diosa. Los asistentes ven el sacrificio que se lleva a cabo sobre el altar en un templo abierto, pero no ven la iniciación que tiene lugar detrás del velo. Ven como el candidato desciende a la sepultura, pero no la resurrección al tercer día. Lo único que saben de lo sucedido es lo que les cuentan aquellos a quienes les falta coraje y retroceden. ¿Son estos los mejores jueces?

Sabía que me proveerían de todo lo necesario y que lograría que se manifestara en proporción directa a mi fe. Quienes estaban tras de mí sabían lo que hacía falta para llevar a cabo la labor y me habían provisto de ello en los Planos Internos; pero sólo yo, y nadie más que yo, podía hacer que se manifestara en el plano terrenal. Utilizaría los poderes a mi disposición en la medida en que fuera consciente de ellos. En la Antigüedad se decía que los tesoros de la tierra los guardaban los gnomos, los elementales de la tierra, y que existían hechizos y palabras mágicas que podían obligar a los espíritus del elemento tierra a rendir sus tesoros. Y eso es verdad, aunque no a la manera en que creen los ignorantes. Existe una vida del alma terrestre, y el oro es la sangre de sus venas, comparable a la que llamamos fuerza vital en los planos sutiles. Sin duda es el equivalente a la energía social, por la que intercambiamos nuestra energía mental, corporal y nuestras propiedades, y la utilizamos como dominador de ella. Es posible llegar a un acuerdo con los guardianes de la vida mineral para que nos permitan acceder a los invisibles manantiales de riqueza del alma terrenal, pero dicho poder sólo lo poseen los iniciados de alto nivel para quienes el dinero, como tal, no significa nada. En magia sólo podemos trabajar con poder cuando estamos libres de deseo: el deseo derrota sus propios fines, pues es el progenitor del miedo. Por eso yo, que consideraba una misma cosa la pobreza y la riqueza, tenía a mi disposición los recursos necesarios, y los utilicé para edificar mi personalidad mágica a los ojos de los hombres y para hacer que me vieran como yo deseaba ser vista.

Los nacidos una vez no pueden mirar dentro de su corazón, y, de éstos, sólo unos pocos saben interpretar los sutiles hechos de la mente. Pero sí es posible comunicarles mediante sugestión, a través de sus ojos, lo que se desea que crean. Este tipo de sugestión es mejor

que la de la palabra hablada, pues no la tienen en cuenta en su mayor parte al estar, ellos mismos, versados en dicho arte.

En lo que a mí respecta, sabía lo poco que un verdadero adepto necesita para realizar su magia, pero había que trabajar sobre las figuraciones de los hombres y por eso me hacía falta montar un escenario. Tenía que hacer que me vieran como a un adepto o jamás lo sería a los ojos de ellos. Para tal fin, tenía que rodearme de algo que evocara aquellos gloriosos días del pasado en que el culto que yo profesaba se encontraba en la plenitud de su poder, de modo que, orientando hacia ello sus pensamientos, pudiera despertarles recuerdos y entrar en sintonía con mi longitud de onda.

Por eso fui reuniendo objetos antiguos procedentes de viejos templos y colocándolos en lugares poco iluminados para que no se dispersara su magnetismo, sino que se concentrara a su alrededor e inundase la atmósfera como lo hace el incienso.

También utilicé los colores en mi decoración, conocedora como soy del poder que ejercen sobre la mente —tanto sobre la mía como sobre las de quienes venían a visitarme. Existe una ciencia de los colores, y, en magia, los clasificamos por las diez estaciones celestes que son: los siete planetas y el espacio, el zodiaco y la tierra. También están los cuatro reinos elementales, pero éstos ya son otra cosa.

Para mis fines, utilizaba opalescentes colores lunares sobre un fondo plateado; el púrpura, que tiene color de ciruela, y los rojos, que son magenta o granate, y los azules marino y celeste nocturno. Nunca usaba los fuertes colores primarios que emplea un mago varón. Los míos son siempre una mezcla de colores oscuros, pues yo soy la sombra sobre el decorado.

Convertí mi cuerpo en instrumento de mi personalidad, entrenándolo, flexibilizándolo y aprendiendo sus artes y poderes. La naturaleza no había sido cruel pero tampoco muy espléndida, y tuve que hacer de mí algo útil para el objetivo que tenía entre manos. Mi gran dedicación me otorgaba el derecho a pedir lo que necesitara, y, naturalmente, pedí la belleza que me permitiera atraer la atención y las miradas de los hombres. Pero, en vez de eso, me fueron dadas perspicacia e imaginación, y con el conocimiento que ambas virtudes procuraban creé mi propio tipo de belleza.

De mí puede afirmarse lo que se decía de aquella que "tenía ese rostro que le va bien a una mujer como máscara de su alma". Mi cara era

de puro corte egipcio, con pómulos ligeramente elevados que daban a mis ojos forma almendrada; la nariz era ligeramente aquilina, pues corría sangre asiria por las venas de la casta real de Egipto. Tengo los ojos muy hundidos, lo que los hace parecer más oscuros de lo que son en realidad. Vistos con buena luz, son casi verdes —a juego con mis dientes de tigresa, según dicen. Afirman que soy como Cleopatra, o quizá Cleopatra fuera como yo. Tengo una exuberante cabellera de color castaño oscuro, que no llega a ser del todo negro; mi pelo es completamente liso y a veces lo llevo recogido sobre la nuca; otras veces lo entrelazo y lo moldeo en forma de diadema; otras, cuando hace calor, me hago dos coletas que caen naturalmente sobre mis pechos. Siempre lo llevo peinado con la raya en medio, semejando las alas de un cuervo sobre la frente, como lo llevan las mujeres hindúes. Por eso la gente dice que soy una mujer de color, aunque mi piel lo desmiente, siendo blanca como el marfil, o como las flores del magnolio, que no tienen el menor matiz rosado. El carmín de mis labios es de colores atrevidos, incluso impetuosos, y me encantan los pendientes largos. Sólo Huysmans les haría justicia a los pendientes que he poseído —de jade, ámbar, coral, lapislázuli y malaquita de día, y fabulosas joyas de noche, esmeraldas talladas; largas perlas, blancas y en forma de gota; y todos los fuegos de los diferentes ópalos, a los cuales adoro.

Mi estatura es algo superior a la media, y la longitud de mis miembros me permite salir de la tienda con cualquier vestido que se me ocurra probarme. Sin embargo, nunca llevo ropa a la moda. Visto mis propios modelos, la mayoría de las veces sacados de "suaves telas de cortina"; porque los paños de gran amplitud poseen una riqueza imposible de encontrar en las telas de vestidos convencionales. ¿Y quién me va a impedir ponerme lo que estaba destinado a adornar las ventanas de un palacio veneciano? Me gusta llevar vestidos lisos y amplios, que lleguen al suelo y me cubran los pies, y calzo suaves sandalias de oro, plata y otros colores iridiscentes.

También me gustan las pieles de animales porque soy una persona de sangre fría, mi única debilidad física. Llevo pieles hasta en casa, y eso que la mantengo caliente. Me encantan las pieles de un apieza, con cabeza y todo, y que ésta sea majestuosa no como la careta mezquina de un zorro. Tengo una piel blanca de lobo gris y otra de lobo azul tirando a negro; de los grandes felinos, poseo un leopardo moteado de la jungla y un precioso leopardo blanco de las nieves del Himalaya, que, según los tibetanos, son los fantasmas de los malos lamas que mueren en pecado.

Me gustan también las sortijas —tan grandes que casi no puedo ponerme los guantes con ellas— y llevar pulseras en las muñecas, como si fueran grilletes. Mis manos son ágiles con el ritual y soy tan atrevida con mis esmaltes de uñas como con mis pintalabios. He utilizado esmaltes de plata y oro, y rojos oscuros casi como el negro, y esmaltes iridiscentes con los que mis uñas parecen ópalos. Llevo las uñas largas a juego con mis dientes de tigresa.

Me gusta el calzado muy suave, ligero y ágil; que sean más guantes que zapatos, de modo que me pueda mover con ellos sin hacer ruido. En mi juventud, me enseñaron danza y conozco el significado del movimiento —fluido como el agua. También sé la manera de balancear el cuerpo desde la cintura, y que esto cuenta más en la belleza que tener una figura esbelta.

No soy, ni he sido jamás, una mujer a la moda. Y no es que yo censure las modas: están muy bien para algunos pero no para mí. Hay quienes afirman que las modas son artificiales, obra de los comerciantes, pero eso no es cierto. Las modas cambian porque la novedad atrae y estimula. En cambio yo soy la mujer eterna, el arquetipo femenino —mis palabras no van dirigidas a la capa superficial de la consciencia, la mente sofisticada atrapada por la novedad, sino a lo arcaico y primordial que hay en el alma de cada hombre, pero mi encanto puede competir con el de cualquier mujer a la moda. Tal vez ellas tengan amantes, pero a mí me han amado. Y enfrentaré mis silencios a su discurso. Sin embargo, hay mucho en una voz, y en los sonidos de una voz. Éstos deberían ser el sonido de un canto incluso cuando se habla; dulce y suave en los labios, pero respaldado por la reverberación, porque en la reverberación hay poder, un extraño poder que bate sus alas sobre el alma. Lo conozco muy bien porque lo he utilizado. Enseguida diré cómo usarlo.

Utilizo el color y el movimiento, y el sonido y la luz, como otras mujeres utilizan las modas, pero más importante aún que todos estos es el perfume. Valoro mucho las fragancias, pues existe toda una psicología y teología sobre ellas. Los perfumes que empleo son muy especiados y aromáticos; el perfume de las flores no es para mí –nadie me ha comparado con una flor, aunque sí me han dicho que mi

hermosura es comparable a la de un leopardo. El sándalo, el cedro y el cuero ruso son mis fragancias preferidas. También me encanta el olor del almizcle quemado y el modo en que se pega. El alcanfor también me gusta, por su limpieza. De los aceites esenciales, utilizo el de geranio, el de jazmín y el aceite esencial fragante; ningún otro. Estos son la psicología de los perfumes, pero de la teología hay dos que tengo en la máxima estima —el galbano y el incienso—el dulzor fuerte, almizclado e hircinio del galbano que es tierra de tierra, y el agudo estímulo del incienso, que es como si todos los árboles del Paraíso estuvieran ardiendo. También me gusta algo que desagrada a todo el mundo: me causa placer el olor a yodoformo.

Y esto es todo sobre mi personalidad, o al menos todo cuanto puedo comunicar con palabras. El resto se verá por lo que hago.

En lo que respecta a mi entorno habitual, el pequeño hogar en la buhardilla, lo construí cuando era pobre, y logré adaptarlo a mí; aunque, como ya he dicho, para lo que había de venir debía disponer de un ambiente que hiciera que la gente me viese como yo quería que me viera; sin embargo, al mismo tiempo, tampoco quería complicarme con demasiados detalles. Creí que un estudio serviría a mi propósito, pues me proporcionaría espacio para lo que tenía que hacer, y la exigua vivienda de un artista bastaría para suplir mis sencillas necesidades, siempre que empleara algún dinero en el baño; porque me gustan los cuartos de baño hermosos —reminiscencia, quizá, de mi época romana.

No me resultó fácil encontrar lo que buscaba. Después de intercambiar unas palabras con el agente inmobiliario, decidí poner un anuncio —y desarrollé, a costa de gastar mucha gasolina, el increíble optimismo de las personas que tienen algo que vender. Resultaba gracioso que el trabajo que tenía por delante se viera frenado por algo tan simple como un alojamiento adecuado, y sobre todo porque no me apuraba la cuestión económica. En ocasiones anteriores, cuando tuve que buscar un lugar para llevar a cabo mi trabajo, éste me había venido directamente a las manos —mi buhardilla y mi fortín me vinieron de ese modo, como si hubiera cogido una piedra de los deseos imaginando lo que necesitaba; pero, ahora, a punto de empezar el verdadero trabajo, me hallaba más perdida que el cuervo de Noé.

Repasé mentalmente lo que necesitaba. El silencio era una condición sine qua non, pues el ruido puede destruir el trabajo de alta magia lo

mismo que la luz vela una placa fotográfica. Había de ser un lugar fácilmente accesible y, al mismo tiempo, algo apartado, para que la gente que me visitara no corriera el riesgo de tropezarse con alguno de sus conocidos. Era indispensable disponer de una habitación enorme y de techos altos donde poder recibir a mis invitados, y otra sala adaptada para ser utilizada como templo particular; y, después, un espacio vital como el que necesitaría cualquier mujer soltera y sencilla —exceptuando, por su puesto, el cuarto de baño, el cual sabía que debía estar dispuesta a diseñar y decorar yo misma, pues aún no he encontrado al decorador que comparta mis gustos. Todo esto parecía bastante sencillo de encontrar, y, en cambio, no lo encontraba.

Pero, de pronto, me vino a la memoria aquella sombría y pequeña iglesia que tanto me deprimió cuando llegué a Londres al final de mi espantoso recorrido. Nunca había visto una casa que me disgustara tanto, pero, ¿sería posible que fuera ése el lugar destinado, el lugar que me había estado aguardando todos esos años mientras su letrero de "Se Alquila" acumulaba mugre, y que las demás residencias idóneas, conocedoras de esto, me hubieran rehuido para dejarle libre el camino? Sólo esperaba que fuera tan imposible como parecía, pero el sentido del deber me obligó a darle una oportunidad.

Ciertamente parecía muy adecuada por su situación, en aquel callejón sin salida junto al río; alejada del paso de todo el mundo, pues, para la gente que yo buscaba, el municipio de Surrey era tan remoto como las montañas de la luna. No obstante, era fácilmente accesible, porque sólo había que cruzar el puente de al lado y ya se encontraba uno de nuevo en la civilización.

Así que cogí mi cochecito e impelida como he dicho por un fuerte sentido del deber, me acerqué a echarle un vistazo. Crucé, fundiéndome en la vorágine del tráfico, el puente Vauxhall y me hallé en la tierra misteriosa entre Wansworth y Battersea. La gran chimenea, con su blanca columna de humo e inhiesta como un faro, me sirvió de referencia. Pero, ¿acaso creen que logré dar con aquel lugar donde me confundí de bocacalle? Pues se equivocan. La maldición aún me perseguía, y la pequeña iglesia, ofendida tal vez por mi falta de criterio, me ocultó su rostro.

Nadie –ni policías, ni carteros, ni barrenderos– pudo facilitarme la menor pista. Y, en verdad, preguntar a la policía al principio de mi búsqueda fue lo mejor que pude hacer, porque estoy segura de que

me habrían arrestado por sospechosa mucho antes de morir el día, por la minuciosidad con que peiné aquel siniestro distrito. Y cuando, desesperada, ya por la tarde, me rendí y me dirigí hacia el puente Vauxgall, una vez más era la hora punta; así que, después de cruzar el puente, giré por Grosvernor Road tratando de escapar por alguna calle secundaria de la congestión de las calles principales. ¡Entonces fue cuando la vi! El sol poniente lanzaba sus últimos rayos al nivel del río y en la lejana orilla el rosetón coloreado de su ventana oeste resplandeció como una joya.

Giré el volante de mi automóvil con tal brusquedad que casi atropellé a un señor que cruzaba la calle en aquel instante. Era un individuo intratable que no aceptó mis disculpas de buen grado; en vez de eso me dijo lo que pensaba de mí, en lo cual probablemente no se equivocaba, pues a punto estuve de mandarle al otro barrio. Luego, yo le dije lo que pensaba de él y, levantándose el sombrero, exclamó: "Le pido disculpas, señora"; y comprendí que debía ser indulgente con él pues tenía el pelo rojo. Por un momento, también pensé que se trataba de un médico –y a mí me caían bien los médicos– porque me llegó una bocanada de olor a yodoformo cuando se quedó plantado mirándome fijamente y enfadado. Pero en la casa anticuada y de doble revestimiento en la que entró no había ninguna placa de metal. De haber sido médico, creo que habría tratado de entablar relación allí mismo, pues había algo en aquel hombre bastante sorprendente, una sensación de fuerza y de impulso dinámico, y era alguien como él a quien yo tenía en mente para ayudarme en mi trabajo. Además, un médico, debido a sus conocimientos especiales, es a menudo muy útil en ocultismo. Tal vez lo mejor sería no contar en absoluto con aquel individuo, porque no sólo estaba de muy mal humor por haber estado a punto de ser atropellado y completamente asustado, sino que debía de ser un tipo adusto las más de las veces, y revestido con la armadura de chapa del convencionalismo de la clase media y del prestigio profesional. Pues un profesional cualificado le imaginé a juzgar por su aire despectivo cuando se enfadó, cosa que no les ocurre a quienes sirven a Dios o al Dinero.

CAPÍTULO V

DESPUÉS de eso, no tuve dificultad en encontrar mi iglesia; y un breve recorrido en coche me condujo hasta ella. ¡Pero qué distinta vi entonces la que antes me pareciera tan siniestra! Sus líneas se dibujaban hermosas, como si alguien hubiese construido una catedral a tamaño reducido; y con su tejado de cerámica, alzándose en linterna, semejaba un trocito de Italia. La polución londinense incrustada en sus paredes, formando una espesa capa de mugre, había desgastado rápidamente la suave piedra de la fachada, confiriéndole un inmerecido aire vetusto, siendo, a decir verdad, una pieza de gótico victoriano atenuado por la suciedad.

El letrero de "Se Alquila" decía que en el interior había un guarda, así que llamé a la puerta aporreándola con su enorme aldabón, el cual armó tanto ruido que creí alertaría a todo el vecindario. Sin embargo, nada de eso ocurrió pues ninguna mano curiosa movió un solo pliegue de las cortinas de encaje de Nottingham que adornaban las ventanas de la calle. No repetí la descarga de fusilería –si el guarda se hallaba en el interior, acudiría raudo y veloz–, y mientras anotaba la dirección de la agencia, de una caseta resguardada bajo el alero de la iglesia, la cual parecía más bien la cabaña de un guarda forestal, salió un hombre con bombín. La información del letrero no era del todo exacta, pues el cuidador se encontraba allí al lado, no en el interior del edificio.

Los sombreros de hongo, tan insultantemente anodinos, tienen algo que siempre despierta mis prejuicios. No he llamado amigo a hombre alguno que llevara puesto uno de esos sombreros. He conocido gente con sombreros flexibles, de manga, trilbis, sombreros de fieltro, gorras, y en ciertas circunstancias hasta billycocks, pero *jamás* con un sombrero de hongo. Sin embargo, aquel no era un bombín corriente: ¡Estaba alquitranado! Aquello disipó bastante mis prejuicios, porque nunca había visto antes a nadie que alquitranara sus sombreros. El individuo mostraba un vago aspecto caballuno, y supuse –y pude confirmar después– que debía de tratarse de un taxista retirado.

—¿Quié usté ver la finca, señora? —gritó el hombre.

Yo le respondí que sí, y del bolsillo trasero del pantalón sacó una llave tan grande que, con toda seguridad, le habría impedido sentarse

de haberla llevado en otro más accesible. La pesada puerta chirrió al girar sobre sus goznes, tan oxidados que era evidente que el guarda creía que todo el cuidado requerido por la finca era que ésta viera la luz de su semblante reflejada en la fachada exterior. Sin embargo, aunque cerrado y mal ventiladò, el lugar no olía a humedad.

Penetramos en un amplio vestíbulo que abarcaba toda la longitud de la fachada, separado del vestíbulo principal por paneles de pino barnizados en tono amarillo. Cruzamos una doble puerta y me encontré en el interior de una típica capilla, salvo que en el extremo Este había un santuario lleno de santos en hornacinas y una elevada ventana de cristal de color que representaba una escena del Juicio Final de lo más horripilante. En el extremo opuesto, sobre la galería, se alzaba un rosetón que parecía consistir en dos círculos concéntricos de demonios. Cualquiera que hubiese sido la secta propietaria de aquel tabernáculo debió de tener ideas muy morbosas.

Estaba claro que quien construyó aquel edificio tuvo que contratar a un buen arquitecto, pues mostraba hermosas proporciones. Parecía, no obstante, como si lo hubiesen abandonado antes de rematarlo, porque no se veían bancos de iglesia, ni púlpito, ni marcas en las losas de piedra del suelo que indicaran que los hubiera habido.

Crucé despacio su amplia extensión y subí los tres escalones que conducían a lo que tenía aspecto de coro y presbiterio anglicano, destinado a usos rituales —porque era enorme en proporción a la nave—, si es que podía llamarse así a un claro conventículo; y descubrí, con gran asombro, que lo que yo había tomado por un gigantesco altar era en realidad una pequeña cisterna de piedra a modo de piscina en miniatura.

—¿Pero qué es esto? —pregunté al guarda.

—Es la pila bautismal —replicó éste, contemplándola con evidente orgullo, a pesar de la suciedad y de su poco atractivo aspecto.

—¿Esto era una capilla baptista? —pregunté pensando que el ornato de su arquitectura no correspondía del todo con el estilo que caracteriza a tan austera secta.

—Bueno... lo era y no lo era. Él los bautizaba ahí, pero también celebraba el oficio. Podría decirse que estaba a medio camino, entre los baptistas y los católicos.

Enmudecí al ver aquel horrible híbrido. ¿Cómo sería posible que funcionara? Uno se imaginaba que las dos mitades del alma de quienquiera que se tratara, se pasarían todo el tiempo maldiciéndose y excomulgándose mutuamente.

—¿A qué religión pertenecía ese hombre? —pregunté cuando salí de mi asombro.

—A ninguna, señora. Dirigía la suya particular. Se hacían llamar resurreccionistas..., eso es.

Acordándome de la otra connotación del término, no pude reprimir una sonrisa, que el guarda comprendió y a la cual respondió con el mismo gesto.

—No, señora. No eran profanadores de tumbas. Ellos creían que resucitarían todos otra vez, todos ellos, exactamente como eran; así que se vestían acorde con esta idea, y él les bautizaba todos los domingos –les sumergía del todo para que salieran buenos y limpios.

—¿Tenía muchos sectarios? —pregunté, pensando en todos los domingos de Santísima Trinidad, y preguntándome cuántos encontraría dispuestos a soportar tan drástica salvación, pues no parecía haber ningún sistema para calentar la pila.

—Un buen montón —respondió él.

—¿Y cuál era la finalidad de todo esto? —inquirí.

—Bueno... verá, señora: él creía en el método ese de la imersión total, como los baptistas; pero además creía en el bautismo de los niños, como los católicos. Y sumergió a un niño y se murió, y subió ahí arriba y se ahorcó. Nunca se detenía siquiera a hacer la colecta, no; así que el lugar nunca s'acabó de pagar, y los constructores fueron a la quiebra y los de la agencia inmobiliaria se lo apropiaron. Y ahí lo tié usté, lo mismo que a'stao siempre estos cuarenta años.

—Debe de haber alguna maldición sobre este lugar —comenté.

—No lo sé. A mí m'a servio mu bien —respondió él con un guiño—. Si se va a quedar con esto, señora, ¿cree que l'hará falta a usté un cuidador?

—No —le respondí—. Un cuidador no, pero habría bastantes trabajos de mantenimiento que realizar, y a su esposa podría asignarle algunas tareas de limpieza.

—A mi mujer se l'an llevao al psiquiátrico esta mañana, señora; pero yo me puedo encargar de to eso de la limpieza. Soy mu mañoso, sí. Verá usté, hace unos años se volvió tan religiosa que no movía ni una paja, y yo tuve que ocuparme de to: la cocina, la limpieza, hacer las camas.... La verdad, señora, soy mu mañoso...

—Lamento mucho oír eso —le dije, esperando que supiera que me refería a su esposa, no a que tuviera que cocinar.

—Bueno, señora. Puede qu'esto sea lo mejor. La serviré bien, señora, si es que me da la oportunidá.

—Todavía no sé si me mudaré aquí—respondí—. Todo lo que entra en contacto con este lugar parece ir a la quiebra o acabar en la locura.

—Yo no, señora. Yo no estoy arruinao y tampoco com'una regadera.

—Y, ¿qué me dice de su esposa?

—Trastorná sí, pero no sin un céntimo, señora. Ella tenía muchos sitios donde limpiar, d'aber podio hacerlo. Pero se volvió tan religiosa, ¿comprende usté?, que no podía concentrarse en el trabajo. Ellos la decían: "Señora Meatyard, tendrá que marcharse si no puede hacerlo mejor". "Oh —contestaba—, "el Señor está en camino...". —"Muy bien, pero aún no ha llegado. ¿Le importaría seguir con su trabajo mientras le espera?" –replicaban ellos–. Pero, de na servía. Mi mujer no podía concentrarse en el trabajo, ¿comprende usté? Luego, un día, se quitó la ropa y trató de bautizarse en el caldero de cobre de la cocina, y la despidieron.

—¡Dios Santo! —respondí— ¿Estaba el caldero caliente cuando lo hizo?

—Ah, no, señora. Su antiguo profeta no creía en esas comodidades. La tuve en casa un tiempo, pero no sirvió de na... No dejaba de gritar que el Señor la perseguía. Al final, acabó confundiéndolo con el Diablo y no lograba distinguir a uno del otro, así que tuve que hacer que se la llevaran, y ahora no'stá. Y si desea saber la verdá, señora, estaba con una que m'animara un poco cuando la oí llamar.

—Debe usted sentirse muy solo —repuse, aunque parecía en extremo animado.

—Ni fu ni fa... solo sí, pero tranquilo. No había paz pa nadie mientras ella estaba salvando su alma. Le digo sin rodeos, señora, que yo no la habría salvao d'aber sio la mía. L'abría despilfarrao de n'aber podío regalarla. No valía la pena vivirla, con tantas preocupaciones como le daba.

Pensé que lo mejor sería poner fin a aquella avalancha psicológica.

—¿Está la agencia inmobiliaria cerca de aquí? —pregunté.

—Sí, señora, a la vuelta de la esquina. Pero si se espera a mañana, antes que vaya usté a verlos tiraré yo unos cubos de agua por el suelo y les diré que hay goteras, pa que se lo dejen más arreglao de precio. Me gustaría que se lo quedara, porque creo que usté y yo podemos apañarnos bien. No l'angañaré, señora,...tan cierto como qu'estao en la trena.

Ante tanta franqueza, ¿qué otra cosa podía hacer yo sino prometerle que si me quedaba con la casa el puesto era suyo? En realidad, probablemente este hombre me serviría mucho mejor que una mujer, pues habría menos posibilidades de que le asustaran mis actividades. Bueno, compré el inmueble, aunque no sin muchos reparos, porque soy sensible a los ambientes y no sabía de qué clase era el que había dejado tras de sí el profeta homicida y su suicida congregación. Podía imaginarme con toda claridad el tipo de fanático chiflado que había reunido allí a ese "puñado" de seguidores para sus descabelladas visiones y que fabricó aquella arquitectura híbrida que yo me proponía habitar. Por otro lado también estaban las opiniones religiosas de este inconformista a quien le gustaban los rituales. El lado baptista y el lado católico de su naturaleza me odiarían con la misma intensidad, pero como lo harían por diferentes razones, cabía la posibilidad de que se anularan mutuamente. Tan pronto tomé posesión del lugar, realicé un concienzudo exorcismo con el Ritual Exorcista del Pentagrama Mayor. Me preguntaba qué pensaría el señor Meatyard cuando percibiera el olor a incienso, pero el único comentario que hizo fue: "No tié que preocuparse de los desagües, señora, porque no los hay". Y descubrí que era cierto, lo que explicaba el precio al que adquirí el lugar. Y menos mal que fue bajo, pues tuve que gastar bastante dinero antes de verlo acabado. Dice un antiguo proverbio que todo lo que se necesite para fines mágicos debe ser comprado sin regatear, pero para todo hay un límite.

Sin embargo, no escatimé gastos con el cuarto de baño. Revestí sus paredes de un mármol que semejaba al cuarzo de color rosa pálido, y el suelo de mármol negro que calentaba los pies porque la calefacción pasaba por debajo. La bañera era negra, con aspecto de tumba, pero por dentro era del mismo tono rosa pálido tirando a beige de las

paredes. También era cuadrada y mandé hacerla especialmente para mí, lo que resultaba una extravagancia, pero es que las bañeras son una de mis debilidades. Tomé la idea de la horrible pila del profeta, aunque no quería reconocerlo; el señor Meatyard se lo imaginó y me lo hizo saber con un guiño.

—Ya veo que cree usté en la imersión total, señora.
—Yo creo en tener lo que me gusta —le contesté.
—Eso creen la mayoría, pero si uno se para a pensarlo, cuando lo consiguen descubren que no es así.

Mi dormitorio lo tenía de ese extraño verde azulado de chagrín, que es también el verde mar de una costa rocosa. No contenía ninguna pieza de mobiliario salvo la cama y la mesita de noche, y un armario junto a la cama. Todo lo demás eran accesorios. Las partes del muro que no eran espejos, estaban trabajadas en bajorrelieve con la apariencia de olas rompientes. El dormitorio estaba orientado hacia el Este, como ha de ser, aunque casi tuve que derribarlo todo para conseguirlo, pues el espacio no dedicado a iglesia era exiguo. Lo único que hizo de aquel lugar una oferta práctica para mí fue que al profeta le obligaron a proporcionar alojamiento eclesiástico a sus ratas ahogadas después del bautismo. La sacristía era mi cocina, y los lugares donde separaba a las ovejas de las cabras eran, respectivamente, mi dormitorio y mi cuarto de baño. Debió de esperar hacer conversiones masivas, pues de ningún modo eran de dimensiones despreciables. En cuanto al resto, el lugar donde hacía la vida era en el gran salón. Éste, cuando yo lo replaneé, empezó a tomar una extraña y original belleza. Sustituí los paneles de pino por roble viejo, y cubrí las losetas de piedra gris con un parquet oscuro. No intenté limpiar la mampostería, que se alzaba en bóvedas hasta una clave central, y la escayola de entremedias, suavizada con un color de pergamino viejo, todavía llevaba las deslustradas sombras de estrellas doradas. Todo esto lo dejé como estaba; pero hice añicos aquellas horribles ventanas de cristal manchado y mandé hacer un apabullante mosaico a modo de joya rococó con los pequeños fragmentos de cristal multicolor. En los arcos ojivales del coro y del presbiterio puse ventanas emplomadas de cristal transparente a través del cual podía ver lo que antes fuera una lúgubre mazmorra frecuentada por gatos, pero que ahora semejaba el rincón de un patio italiano. Creo que el arquitecto debió de tomar como modelo alguna iglesia italiana, pues el lugar respondió instantáneamente a los higos en grandes tarros de barro y a una vid guiada sobre un enrejado.

En verano trataba de hacer la vida en el coro y presbiterio, donde entraba la luz del sol a través de las hojas de un enorme platanero, grácil como un sauce llorón porque no había visto nunca las tijeras de podar; y, en invierno, me solía retirar a la zona panelada que rodeaba la enorme chimenea que yo había construido.

Resistiéndome a todos los incentivos que me ofrecía el constructor para comprar una prefabricada, supervisé a los albañiles mientras colocaban un hogar superior en tamaño al de la mayoría de las mesas de comedor, dando un poco la espalda a mis gustos; y este, junto con un gran dosel de cobre, fue toda la chimenea que tuve. Sobre ella, unos troncos de tres pies de longitud y un banco de llameante turba en invierno y sin llama en verano, pues el enorme salón se mantenía fresco incluso en el tiempo más caluroso. Había unos divanes con mucho fondo, grandes sofás y taburetes y pufs bajos, así como armarios donde podía guardar y exhibir mis trapitos; y tenía tantos cojines como Gabriele d'Annunzio. En la galería, donde el visitante fortuito no pudiera llegar a ellos, guardaba mis libros.

Y no es que abundaran las visitas fortuitas, pues tenía trabajo que hacer y, estando allí con un propósito, no debía perder tiempo con ellas. No se atraía a la gente y, además, el modo en que el señor Meatyard desanimaba a los curiosos era devastador. Las personas a quienes yo recibía las veía por alguna razón específica, y ellas lo sabían.

El señor Meatyard, una vez resuelto el problema de su sombrero, resultó una persona maravillosa. Estaba calvo como un huevo y explicaba –muy razonablemente– que las ráfagas de viento soplaban sobre su calva en el invierno y que las moscas caminaban sobre ella en verano, y por eso necesitaba algún tipo de protección; así que acordamos que llevara una gorra de terciopelo negro la cual le hacía parecer un gnomo, con sus orejas de murciélago y su nariz chata; y el efecto, visto sobre un fondo de roble viejo, era en verdad muy selecto; en realidad, era un criado ideal para alguien como yo –con una reputación de vampirismo que mantener–, y de quien nadie podría deducir por su aspecto que había sido taxista. Además, adquirió admirables dotes culinarias ayudado por mis clases.

Era un extraño arreglo. Allí estaba yo, con mi taxista retirado y cocinero, escondida en una capilla abandonada en un callejón del municipio de Surrey; pero, hasta las sacerdotisas de extraños cultos tienen que vivir mientras están encarnadas, y hay cultos aun más extraños que el mío.

Mis instalaciones, debido a la exigencia y cuidado con que habían sido diseñadas, ofrecían un aspecto sencillo, pero llevaba tiempo equiparlas: yo no iba a los grandes almacenes a encargar esto y aquello, sino que escogía las cosas tal como las iba encontrando en tiendas pequeñas y raras, situadas en calles apartadas de lugares humildes, porque allí es posible hallar objetos extraños y bellos si se sabe lo que se busca y cómo y dónde mirar. La pesada caoba victoriana cubierta con pomos y tacos torneados es una cosa, y la misma pieza, desprovista de sus ribetes y lacados y espolvoreada en oro, es otra. Poco a poco, fui arreglando mi nuevo hogar mientras vivía en el viejo, y no me trasladé hasta casi finalizado el verano.

El traslado supuso una dura prueba porque, como ya he dicho, soy muy sensible a los ambientes. Había realizado un eficaz ritual de exorcismo y el lugar era inofensivo, pero se hallaba tan desprovisto de personalidad como el espacio sideral. Había comido muchas veces en él mientras trabajaban los obreros, pero eso no es igual que entrar a habitar una casa, como pude comprobar poco después.

El señor Meatyard siguió habitando su cabaña, así que todo el edificio era para mí sola. Era como estar metida en un frasco al vacío. Nunca había conocido nada tan extraño. Supongo que es eso lo que se siente al atravesar el Atlántico pilotando una avioneta monoplaza. El ritual de exorcismo que realicé debió de resultar muy efectivo.

Afortunadamente para mí, hacía un día soleado y corría una suave brisa cuando abandoné definitivamente la buhardilla y crucé con mi coche, un elegante cupé negro, el puente para continuar con mi melodramática existencia en la ribera sur del Támesis. Si el día hubiera sido lluvioso y frío, creo que no lo habría soportado.

No obstante, a pesar de que el señor Meatyard me preparó una suculenta comida –tal como sólo puede hacerlo un hombre acostumbrado a cocinar en una pala, sobre un balde de coque– y, a pesar de la buena temperatura, y del suave titilar de la turba y la madera de cedro en la chimenea, huí de aquel lugar tan pronto oscureció, como si me persiguieran las Erinias, y busqué refugio en el embarcadero contemplando los últimos rayos de luz.

El sol ya se había ocultado tras los tejados de Pimlico, al otro lado del río, pues aquí el meandro de la corriente va de norte a sur, y la línea del horizonte perfilada contra el atardecer me recordaba a los Andes. El centro del río se encontraba ya sumido en las sombras vespertinas, tomando sus aguas un tono azul índigo, pero por debajo de la margen de Surrey, refulgía con matices anaranjados y las ondas del agua emitían destellos de luz como perlas en desordenado movimiento. Una barcaza que descendía con la marea, y la negra silueta de su cargamento recortada sobre el dorado fondo, había cobrado el aspecto de una gigantesca góndola. Me senté sobre un gran tablón de madera, con el agua lamiéndome los pies bajo el podrido entablillado, y contemplé cómo se desvanecía la luz y avanzaba la noche..

En aquella penumbra engañosa, la sordidez de las sombrías calles de Pimlico había desaparecido; sus tejados irregulares y sus torcidas chimeneas destacaban contra el pálido cielo su recortada silueta, modernista, extraordinaria; luego, con el declinar de la luz y la llegada de la neblina, se fueron desdibujando lentamente hasta que la dentada línea del horizonte se convirtió en suaves pliegues de tierras altas difuminándose en las colinas. A medida que oscurecía, más intenso se iba haciendo el brillo de las farolas de Grosvenor Road, que proyectaba resplandecientes destellos de luz sobre las oscuras aguas. Sin embargo, nunca brillaban mucho, porque en esa parte del mundo no hay demasiados comercios y no es una zona muy elegante ni de moda. Las casas que daban al río eran altas y viejas, y la luz de las farolas no pasaba de sus primeras plantas; pero enseguida la línea oscura e irregular de su accidentada fachada empezaba a iluminarse con recuadros amarillentos según iban encendiendo las luces de las habitaciones, no molestándose sus ocupantes en cubrir con cortinas las ventanas que daban al río.

Entonces advertí que, entre un par de ventanas de una planta alta que habían sido de las últimas en encenderse, algo se movía con la misma regularidad de un péndulo. ¿Qué clase de profesión se estaría ejerciendo allí a esas horas? De pronto, se interrumpió el ritmo cuando el recuadro de una de las ventanas quedó a oscuras y vi aparecer, en silueta, la cabeza y los hombros de un hombre. Supuse que el individuo que había estado paseando de un lado a otro de la estancia se

había apoyado ahora en el alféizar de la ventana para contemplar el río. Estaba segura de que era un hombre, porque ninguna mujer camina de ese modo por una habitación, y me pregunté si sería mi apasionado amigo pelirrojo, a quien estuve a punto de atropellar. Más o menos, esa era la situación de su casa, y aquel inquieto deambular era algo propio de él.

Mi mente me hizo recordarle tal como le vi aquel día. Como suele ocurrir en estas circunstancias, su imagen había dejado una clara impronta en mi memoria, pues bien cerca estuvimos de lo peor; y gracias a que se movió con la agilidad de un felino a pesar de su fornida complexión, logró evitar un gravísimo accidente. No me sorprendió que perdiera los estribos conmigo, porque debí de darle un susto de muerte.

Era un hombre de mediana edad, con esa piel pálida de quienes no *trabajan a la intemperie; los rojos cabellos de su cabeza de perro* buldog se habían vuelto ligeramente canosos y empezaban a salirle entradas en las sienes; su rostro mostraba numerosas arrugas: las dos rectas que nacían de su entrecejo indicaban que padecía una fuerte tensión nerviosa, y las muy marcadas que iban desde el ángulo de su nariz hasta el de la mandíbula indicaban irritabilidad. Sin embargo, los ojos hundidos, grandes y espantados bajo unas espesas cejas, eran cándidos y brillantes como los de un niño, y no tenía aspecto de ser malintencionado. Me dio más la impresión de ser un hombre estresado y amargado que de mal carácter, aunque no me cabe ninguna duda de que no por ello resultaría más agradable convivir con él. Sus ropas eran de buena calidad, pero antiguas y desaliñadas, y aunque portaba el maletín marrón de piel de los que ejercen una profesión liberal, su traje cruzado de color azul no lo indicaba, como tampoco lo hacía el sombrero que llevaba. Mas cuando se lo quitó, dejó al descubierto una frente ancha y alta como la de los que llevan sombreros de copa, y la mano con la que se agarró a la puerta de mi coche para recobrar el equilibrio era una mano hermosa y bien cuidada, ancha y robusta, pero con una sensible agilidad muscular como la que se aprecia en las de los grandes pianistas, las cuales –al contrario de la creencia popular– nunca son delgadas y de dedos finos. Aquel rostro enojado, de perro buldog, con su extraordinaria frente, me resultaba vagamente familiar, y no me sorprendía que lo hubiera visto, o que lo volviera a ver, en periódicos o revistas; porque un hombre con aque-

lla cabeza y esas manos no podía ser una persona insignificante, sino alguien importante a pesar de su facha en el vestir y de su desfasado lugar de residencia.

Sentada en la cálida penumbra, continué observándole pasear arriba y abajo de la habitación, con la completa seguridad de que aquel hombre y el que estuve a punto de atropellar eran la misma persona, y preguntándome qué experiencias en su vida pudieron esculpir aquellas arrugas en su rostro y llegar a convertirle en un tigre enjaulado. Para una mujer tan experimentada como yo con el género masculino no era difícil de imaginar —aquel hombre tenía un problema sexual y de los gordos. Lo descuidado de sus ropas, las dos habitaciones en la planta superior de lo que a todas luces parecía una pensión en la que probablemente era un inquilino permanente, la marcada arruga que formaba su boca apretada..., todo apuntaba a la misma historia de siempre. De pronto, lo imaginé como un hombre separado de su esposa, no por culpa de él, y enfrentado al peso de su conciencia. Que la pobreza no constituía uno de sus problemas era evidente porque su vestimenta era de buena calidad, aunque descuidada; además, exhibía un aire de seguridad en sí mismo incompatible con el fracaso. Deduje que su situación no era culpa suya por la rigidez de su boca y la intensidad de su mirada –aquello ocultaba un hombre con un tremendo sentido del deber. Tal vez se había excedido en sus obligaciones –las mujeres son seres extraños y no siempre aprecian a un hombre por sus virtudes–. Sin embargo, deduje que un hombre con aquellas manos no podía ser impermeable a los sentimientos —muy al contrario, debía de ser en extremo sensible. Si a eso añadimos la vitalidad que denunciaban sus rápidos y atentos movimientos y la fuerza impulsora obviamente aprisionada en aquel fuerte y fornido físico, eran fácilmente explicables las arrugas de su rostro y sus ojos airados y tristes.

Y esto me condujo de nuevo a mi problema. No a un problema personal, porque no los tengo, sino al que me planteaba mi trabajo: sirviéndome de mi propia experiencia, tenía que hallar la solución a los enredos que me presentara aquel hombre. Cabal, sí, pero frustrado por las circunstancias de la vida y por todas las salidas naturales humanas decentes, y frustrado porque era cabal y directo. ¿Que podía decírsele a un hombre así? ¿Que se volviera un sinvergüenza? Esto, con seguridad, no resolvería su problema, y probablemente con su

estatus profesional no se atrevería. Era un problema trágico; uno de esos problemas para cuya solución una religión que predica el evangelio del amor no ofrece útiles sugerencias, a menos que consideremos sugerencias útiles la orientación a un camino de perfección.

¿Que sugerencias podía hacerle yo, que soy pagana, que resultaran de más utilidad? Porque ese hombre tenía que vivir en un país cristiano y enfrentarse a las consecuencias de la ira de los sumisos si le cogían quebrantando las normas. Y ya lo dijo Mr. Gadstone —creo que fue en 1984— que no hay nada más horrible que ser perseguido por una oveja furiosa. Y él debía de saberlo bien, porque fue el gran apóstol de la rectitud evangélica de la clase media.

El sufrido Ulises de nuestro tiempo tiene que abrirse paso entre el monstruo de la castidad —Escila— y el de la promiscuidad —Caribdis. Una destacada autoridad en la materia pronunció una vez una conferencia sobre los límites de la promiscuidad. Yo, personalmente, debería haber considerado que no había límites una vez que se inicia el juego. Como del mismo modo, y aparentemente, tampoco hay límites para la castidad. En cuanto a mí, siempre he sido de la opinión de que el verdadero secreto de la vida consiste en saber cuándo hay que parar, tanto si uno se inclina hacia la derecha como si lo hace hacia la izquierda.

Pero, en el caso de que me diese a conocer como sacerdotisa de la Naturaleza y señalara que es posible beber en exceso de las cosas buenas, ¿qué clase de atención obtendría? ¿Acaso no destruiría así el propio fin que persigo? ¡Cuán sabios fueron los que me enviaron al aconsejarme: "¡Predica la Ley con el ejemplo!"

La oscuridad hizo levantarse una fría brisa y no parecía tener ya mucho sentido seguir allí, sentada en el bolardo, por más tiempo. Alguna vez tendría que enfrentarme a mi nueva morada, y cuanto antes lo hiciera antes acabaría con aquello. Tampoco parecía tener objeto seguir observando al hombre del otro lado del río, pues continuaba paseando como un tigre enjaulado y daba la impresión de haber hecho el firme propósito de seguir así toda la noche. Fue una suerte para mí que la luna llena empezara a iluminar ya los tejados de las casas, porque en el embarcadero no había luces y sus roídos tableros no eran muy adecuados para mis delgadas zapatillas.

Descendí despacio por la callejuela. Como era una noche cálida, todas las ventanas lucían sus decorativos cortinajes. Tras uno de ellos,

alguien tocaba con dificultad una melodía en un armonio. ¿Qué clase de vida habitaría entre aquellas aspidistras? ¿Alojaría a seres humanos a quienes les irritasen las restricciones de sus circunstancias y anhelasen una vida que les era denegada? Siempre hay una generación de diferencia entre la intelectualidad de un país y su media, y otra entre los grandes centros de población y las provincias; y aún otra entre las provincias y los lugares alejados de ellas; así que siempre hay casi un siglo de condiciones sociales que se viven en la tierra al mismo tiempo; por eso bien pudiera ser que la mayoría de las personas que habitaban tras aquellas ventanas cerradas estuvieran orgullosamente satisfechas, y le dieran gracias a Dios por no ser como otros hombres cuyas acciones saltaban a las páginas de los periódicos dominicales; pero, según la ley de los promedios, lo probable era que en alguna de las veintitantas casas de una calle tan corta como aquella, se ocultara tras sus cortinas un pequeño infierno particular.

Cuando me di la vuelta para cerrar tras de mí la pesada puerta, recorrí con la mirada toda la calle hasta el otro lado del río y me pareció que, incluso a través de la neblina que se iba haciendo más espesa, aún podía ver la luz de una ventana oscurecida por una inquieta sombra que pasaba por delante una y otra vez. Luego, eché los pesados cerrojos y entré en el amplio recibidor.

Sujetando con ambas manos cada una de las puertas, me detuve un momento para mirar el interior. La luz de la luna llena penetraba por el elevado ventanal sin cortinas del lado Este. El rosetón superior brillaba débilmente con un misterioso destello, como la luz de un ópalo negro; por el cristal transparente de la fila de ventanas que ahora llenaban los arcos inferiores entraba con claridad la luz de la luna y arrojaba las duras sombras de sus paneles emplomados sobre los cojines apilados de los anchos asientos empotrados. Una pálida alfombra persa se extendía sobre el oscuro y pulimentado suelo, y en el centro de ella, sobre una mesa mora con incrustaciones, se alzaba un cuenco de cristal ancho y profundo en el que flotaban unos nenúfares. La luz de la luna incidía de plano sobre él, y en la concavidad del recipiente de cristal se concentraba un brillante punto de luz. Los nenúfares yacían descoloridos sobre la superficie plateada del agua, pero debajo brillaban extraños reflejos de fuego dorado. Me quedé mirando aquella vasija del otro lado del amplio salón, y como estaba más elevada por los peldaños del altar, me quedaba a la altura de los

ojos. Y mientras la contemplaba, me pareció que de la superficie del agua salía neblina, y que ascendía como el humo en el aire, y que dentro de la neblina había una luz. Luego comprendí que todo estaba bien, porque la energía había descendido, Isis ya estaba habitando el templo que yo le había preparado, y, en el lenguaje de los iniciados, había entrado en comunicación con mis contactos.

CAPÍTULO VI

LA cuestión de los contactos es algo extraordinario. Ya he comentado que mi hogar estaba tan vacío como el espacio sideral y mi alma tan desolada como si me hubiera extraviado en el firmamento estelar. Así que, irreflexivamente, salí, me dirigí hacia el río y regresé, todo maquinalmente; miré al agua y, ¡helo ahí! Ya estaba en comunicación con mis contactos y había empezado a brotar la energía. Y es que estas cosas siempre vienen a través de canales vivos, nunca por sí solas. Lo que atrajo a Isis fue el cambio que se operó en mí, no en Ella; sin embargo, la Diosa llegó hasta mí a través del agua.

Dejé abiertas las cortinas de las ventanas para que la luz de la luna iluminara la estancia; luego me acerqué a la chimenea y avivé el fuego, pues el frío de las neblinas se me había metido en el cuerpo, y no cabe duda de que hay que crear una base para todas las manifestaciones que se dan, y ésta también se agota. Tenía frío y estaba cansada, y me alegré de que aún quedara café caliente en un cacito de cobre junto a las brasas. Tomé un poco, encendí un pitillo y me recosté, a descansar y a contemplar el fuego, sobre los almohadones de un cómodo y amplio sofá.

La luna y el agua son a la naturaleza de la mujer lo que el fuego es a la naturaleza del hombre, y mientras observaba la lumbre me acordé del hombre del otro lado del río. Entonces, sobreponiéndome, comprendí que eso no serviría porque de continuar así acabaría contactando con él telepáticamente. Así que lo expulsé con decisión de mi mente con un gesto exorcizante, me concentré en mi trabajo y me preparé para meditar.

Poseía un lugar de trabajo y había conseguido establecer contacto. Ahora el problema consistía en encontrar a alguien con quien poder trabajar. Yo, que siempre había tenido que confiar únicamente en mí, detestaba tener que confiar ahora en terceras personas. Estaba tan habituada a creer que sólo debía crear las condiciones adecuadas dentro de mí y que todo lo demás vendría por añadidura, que me embargó una sensación de inseguridad de lo más desconcertante al saber que dependía del discernimiento, de la dedicación, del valor –o de la falta de los mismos– de los demás; y es fundamental conservar la calma en el ocultismo práctico. El factor del libre albedrío hizo su aparición con la entrada en escena de otros actores en la obra, y no bastaba con que yo hubiera preparado mi alma para ello.

Lo que más he temido siempre al operar con ocultismo es que las personas con quienes trabajo pierdan los nervios. La deslealtad se zanja rápidamente; la falta de experiencia no importa, si hay dedicación; pero perder los nervios es algo con lo que no se puede luchar, y no es siempre fácil de prever. Los que más prometen son a menudo los que menos cumplen llegado el momento; a eso ya estoy acostumbrada. Los "frágiles intelectuales que se derrumban bajo la menor presión" son la especialidad común de los círculos "avanzados"; también estoy acostumbrada a ellos. Pero, ¿qué se puede hacer con una persona que parece estar libre de inhibiciones y, de repente, vuelve a la fe de su infancia, y corre a refugiarse en las faldas de su madre, y la edad de la razón acaba para esa encarnación?

"Dadme un niño hasta los siete años", decía Ignacio de Loyola, "y, después, quédeselo quienquiera". Este adusto santo parecía orgulloso de este hecho, pero, en mi opinión, no hay nada de que enorgullecerse salvo de haberle arrancado las alas a una mosca. Porque, después de todo, si una persona de mediana edad toma a un muchacho de siete años y le impone sus puntos de vista, ¿qué oportunidad tendrá esa criatura de adaptarse a las condiciones cambiantes de la vida a medida que vayan pasando los años? Antes de alcanzar la madurez, estará dos generaciones por detrás de los tiempos. Es un asunto desastroso esta rectitud, y si no estuviéramos tan acostumbrados a ella, no tardaríamos en comprender a qué clase de Moloc[1] nos enfrentamos: yo esculpiría en las puertas de todas las iglesias y capillas de la tierra las palabras de Cromwell, hombre éste profundamente religioso: "Os ruego, por el cuerpo de Cristo, que admitáis la posibilidad de estar equivocados". Pero no creo que, en todo lo largo y ancho de este mundo, haya iglesia o capilla que me permitiera hacerlo.

El hombre que, al otro lado del río, caminaba sin cesar de un lado a otro de la habitación probablemente estaba luchando contra las inhibiciones que le inculcaron antes de cumplir los siete años de edad. Porque, después de todo, si su esposa no quería vivir con él, ¿por qué no vivía él con otra mujer cuyo marido no quisiera vivir con ella, y entablaba una nueva relación, en todos los sentidos, y todos felices y

[1] N. de T. Divinidad fenicia y cartaginesa, dios del fuego al que se inmolaban víctimas humanas, principalmente niños.

contentos? Esto sería fácil de hacer si no viniera a complicarlo el valor de propiedad que atribuimos al sexo y el valor mágico que se atribuye a la virginidad, ambos tabúes irracionales cuyo juicio está basado en cualquier criterio menos en el de los sentimientos. La gente infringe las normas, y mientras no se les descubre, no pasa más de lo que le ocurriría a un salvaje que, impulsado por el hambre, se comiera un pez en cuyo interior habitara el espíritu de uno de sus antepasados. Sin embargo, si su tribu se enterara del hecho, le condenarían a morir en el desierto; y, si no, su propia conciencia se encargaría de condenarle a muerte. Tal vez veamos la mota en el ojo de nuestro hermano polinesio, pero el pilar del templo es la viga que tenemos en el nuestro.

Nada podía yo hacer, entonces, sino observar y aguardar. Ni siquiera ir en busca de la gente que necesitaba: tenía que esperar a que ellos me encontraran a mí. Sabía que lo harían porque estaba haciendo sonar la llamada de Isis, haciéndola vibrar en los Planos Internos igual que una operadora sin cable hace sonar su tecla de llamada. Quienes estuvieran en mi longitud de onda no tardarían en recibir mi señal, y del resto se encargaría un extraño cúmulo de circunstancias. Vendrían de los confines de la tierra como palomas mensajeras, captando la señal de llamada subconscientemente pero sin saber su procedencia. Después tendría que enfrentarme al problema de explicarme a mí misma a sus mentes conscientes, pues la mente consciente a menudo está en tremendo desacuerdo con la mente subconsciente. Y esto no iba a resultar nada fácil, porque lo que me había propuesto hacer era tan ajeno a los conceptos ordinarios que parece incomprensible o incluso descabellado a primera vista, y la gente teme lo que no comprende. En mi época yo inspiraba mucho temor, temor que sólo podía combatirse con el odio. Por tanto, tendré que hacer algunas aclaraciones para que se entienda lo que sigue.

No es ningún secreto que soy pagana y que rindo culto a Isis, otro nombre para referirse a la Naturaleza; y, al decir esto, no estoy negando al Único Dios, a la fuente de todos los seres, pues la Naturaleza es Dios manifiesto; sin embargo, creo que hay un tiempo para las cosas espirituales y otro para las naturales, y cometemos un error cuando exageramos las espirituales. La gente respeta este precepto en la práctica, aunque tenga temor a reconocerlo; pero yo no.

Yo deposito toda mi confianza en la Naturaleza y la considero sagrada. Me la represento a mí misma con la imagen de la Gran Isis, cuyo símbolo es la luna. Creo haber servido al culto de la Gran Isis a lo largo de los siglos, y mi labor hoy consiste en defender a la Naturaleza de quienes blasfeman contra ella y, por tanto, son injustos consigo mismos.
Pero la mente gregaria es ignorante, despiadada y poderosa, y quienes desearíamos volver a la Gran Naturaleza, Madre de todas las cosas, nos vemos obligados a celebrar nuestro culto en las catacumbas, y a mí me parecía que, en la época de la que hablo, mi tarea especial consistía en mostrar el camino que conducía a éstas –el camino del ojo que mira hacia el interior, el camino psíquico que lleva a los planos internos, donde la adoración puede llevarse a cabo a salvo y los que rinden culto pueden escapar de la ira de la turba. A esto lo llamamos nosotros la Puerta Sin Llave, lo que también es la Puerta de los Sueños; Freud la encontró y la empleó para avanzar de día, pero nosotros los iniciados la usamos para avanzar de noche. Siento tener que hablar en clave de estas cosas, pero no hay otra manera de hacerlo, y, de todos modos, este libro está lleno de ellas, así que poco importa una clave más o menos.
Pero, volviendo al terreno práctico, yo deseaba operar con magia, y para eso necesitaba ayuda, dado que la organización mágica es una estructura piramidal en cuyo ápice se encuentra la deidad de los planos internos; y en la tierra física hay dos que hacen brotar el poder: Shakta y Shakti, como los llaman los hindúes; y recuérdese que Shakti es el equivalente de Isis. Estas cosas se comprenden bien en Oriente, pero en Occidente se ha perdido el conocimiento al romper con los Misterios. Yo, en cambio, sí conocía estas cosas porque recordaba los Misterios. Como representante de la diosa, tenía que encontrar al que sería Su sacerdote; entonces, el trabajo podría dar comienzo y, a continuación, vendría todo lo demás. Este era el primer paso, y el más difícil, porque no puedo hacer nada en esta materia salvo preparar el lugar y esperar. Isis elegiría a Su sacerdote.

* * * *

Así que fueron pasando los días: el verano dio paso al otoño y el otoño, despaciosamente, a un tardío invierno; pues, para esa época del año, seguía haciendo un tiempo maravilloso. Acabé cogiendo

cariño a mi nuevo hogar, pero había terminado de amueblarlo y ya no tenía ocasión de rastrillar las tiendas para encontrar preciosos objetos antiguos, y el tiempo empezaba a echárseme encima. No podía seguir con la preparación de mi templo secreto, donde se llevaría a cabo la parte realmente importante de mi trabajo. Y como la inspiración no llegaba, sabiendo que de nada serviría forzar las cosas, las dejé como estaban y esperé. Los tronos, el altar acodado, el diván para el trance y el gran espejo que necesitaba para el trabajo ya los tenía, al igual que algunas herramientas mágicas; pero nada estaba consagrado.
Estudiaba mucho, pero trabajar en solitario era tedioso y me estaba despolarizando. Ningún mago puede trabajar sólo durante mucho tiempo. Mi principal entretenimiento consistía en contemplar las mareas, pues el río, cuando éstas suben, se convierte en un ser elemental magnífico. Echaba de menos los espacios abiertos y la soledad a la que estaba acostumbrada, tan necesaria para mí, y detestaba tener siempre gente a mi alrededor y no poder deshacerme de ella. Empecé a dar paseos nocturnos con mal tiempo y con niebla, porque así tenía el dique casi para mí sola. Cruzaba el puente Lambeth, caminaba hasta el puente Blackfrairs, y luego regresaba por el mismo camino. Los policías solían hacerme un gesto de desaprobación cuando me veían aparecer de repente con mi capa negra impermeable, y me advertían del terrible destino que me aguardaba si persistía en deambular a deshoras y en circunstancias tan poco propicias; pero a mí esas cosas no me ponen nerviosa. No poseo nada de valor que pueda interesar a los rateros y ando más aprisa que la mayoría de la gente, así que no ofrezco ninguna tentación para los ladrones de bolsos y menos aún para los sátiros, que suelen ser personas de poco resuello. En mi opinión, se exagera demasiado el peligro que representan éstos para las mujeres prudentes. Ningún hombre se arriesga a que le hagan un desaire si está sobrio, y, si no lo está, no puede ni correr mucho, ni rápido, ni en línea recta.
Sin embargo, antes de que llegaran las claras y límpidas tardes veraniegas, iba a vivir una experiencia que me haría cuestionarme todo esto. Empecé a notar que, de esa manera intuitiva y subconsciente con la que uno presiente estas cosas, alguien me seguía de vez en cuando. Como todo psíquico conoce, tenemos un punto muy sensible en la zona de la nuca, y si alguien fija intensamente en él la mira-

da, lo percibimos. En varias ocasiones, me sentía ligeramente intranquila pero no le daba mucha importancia. Fiel al principio de que "los ojos se tienen para mirar", y mientras el sujeto en cuestión no se convierta en un incordio, tiene todo el derecho de hacerlo como cualquier hijo de vecino. Pero, aunque podía haber tomado mejor determinación que la de volver la cabeza, me contentaba con hacer sudar tinta a mi perseguidor; y si éste llegaba a casa tan acalorado como yo, le estaría bien empleado.

De todos modos, lo repetitivo de aquel incidente empezó a afectarme más de lo que estaba dispuesta a admitir. Además, mi larga inactividad y la soledad resultaban ya algo sospechosas. No entendía por qué mi labor se estaba demorando de este modo cuando en el plano físico todo estaba dispuesto. Aquello empezó a minar mi confianza —y, en magia, tener confianza lo es todo. Me preguntaba si tal vez me estaría engañando a mí misma, y, aunque ahuyenté este pensamiento de inmediato, no era buena señal que se me hubiera pasado por la cabeza. Descubrí que las condiciones anormales de mi vida me estaban volviendo demasiado sensible, y que el sujeto que me importunaba con sus persecuciones por el Dique se me había enredado en la urdimbre de mis sueños. Además, soñaba con más frecuencia de lo acostumbrado, y aunque mis sueños eran puramente escénicos, y del todo inocuos, no me agradaba la idea de que persistiera en ellos la sensación de verme perseguida, aun sin temer, física ni mentalmente, la presencia de un acompañante no invitado. Por lo tanto, decidí hacer algo al respecto: no convenía dejar que la mente corriera descontrolada de aquella manera, sobre todo en una misión como la que tenía entre manos. Y así fue como decidí reanudar la tarea que hasta ese momento había aplazado, y poner mi templo secreto en perfecto estado de funcionamiento.

Como ya he dicho, mi trabajo de magia requería un lugar dedicado única y exclusivamente a dicha tarea, y en el cual no pisara nadie que no estuviera relacionado con dicho trabajo. El edificio disponía de un espacioso sótano donde se había instalado el aparato de calefacción. Y como sobraba bastante espacio para este fin, decidí dividirlo con un tabique y utilizar la parte de atrás para levantar mi templo mágico.

Hice venir a un albañil para que lo viera y me diera un presupuesto. El señor Meatyard, mientras echaba carbón a la caldera, considerándose sin duda uno más de la familia —como en realidad era—, se

apoyó sobre la pala y escuchó lo que se decía; aquel hombrecillo sabía mucho más por propia intuición de lo que cualquiera hubiese podido imaginar. Después de que el albañil me presentara sus cálculos y se hubo marchado, mi caballero-asistente se acercó con aire misterioso, como si me estuviera invitando a participar en algún acto delictivo, y susurró con voz ronca:

—¿Se l'a ocurrio alguna vez, señora, que hay mucho espacio desaprovechao en este lugar?

—No —respondí—. No se me ha ocurrido.

—Por fuera es cuadrao, ¿verdá? Pues, por dentro no.

Fue entonces cuando recordé que el hall era considerablemente más alto que el presbiterio; el doble, para ser precisos. Por consiguiente, encima del presbiterio, debía de haber una habitación más o menos del mismo tamaño. Desde luego sería un regalo de los dioses si podíamos localizar la entrada, pero no me sentía inclinada a horadar todo el edificio al azar, como los exploradores de la Gran Pirámide, pues mi morada no había sido construida por los faraones, y dudaba que pudiera resistir tal tratamiento. Sin embargo, el señor Meatyard también tenía puesta su vista en ese punto, y me llevó hasta el armario situado en el rincón de mi dormitorio, antes vestidor de las mujeres; y descubrimos, tal como él venía sospechando desde hacía tiempo, que tenía un doble fondo.

El señor Meatyard trajo el hacha pequeña con la que cortaba la leña y rompió el delgado tablero de la trasera, dejando al descubierto una polvorienta escalera que ascendía en la oscuridad. Subimos por ella y, tal como ya sabíamos, entramos en una sala situada sobre el presbiterio. Era un lugar perfectamente habitable, con chimenea y una ventana llena de telarañas, escaso aunque suficientemente amueblado, con una vieja cama doble y unas cuantas botellas.

—Siempre he considerao —comentó el señor Meatyard— que nadie es tan bueno como parece.

Pero esto no fue todo: en el rincón había otro armario, y mi sirviente dio unos golpes en la madera del fondo.

—Lo mismo qu'el otro —exclamó— ¿Qué tal si la quitamos también?

Extrajimos la tapa y, una vez más, apareció otra escalera que serpenteaba hacia la oscuridad.

—¡No se fiaba de nadie! ¡No, señor! —comentó mi criado, tomando la delantera en el camino de ascenso. Nos encontramos en lo que obviamente correspondía al espacio que había bajo la linterna, pero, donde no debería haber más que la pendiente del tejado, aparecieron paredes de tres metros de altura antes del nacimiento de la pendiente. No tenía ventanas, y tanto el suelo como las paredes, las vigas y todo lo demás, estaban pintados de negro.
—No sé a qué creía estar jugando —exclamó de nuevo el señor Meatyard, inspeccionando perplejo el lugar. Yo, en cambio, sabía que estaba jugando a lo mismo que yo.

Descendimos de este refugio que no presagiaba particularmente buenos augurios y, por una vez, me alegré de volver a ver la luz del día. En las travesuras del profeta había algo que olía a podrido. La diferencia entre su paganismo y el mío era la misma que entre Príapo y Pan.
Mandé al señor Meatyard barrer bien toda la estancia y quemar la cama; a continuación, hice un exorcismo de lo más concienzudo. La habitación situada sobre el presbiterio serviría para guardar los útiles de magia, que ocupan lo suyo, y al mismo tiempo para albergar las ropas ceremoniales; y el apartamento octogonal situado bajo la linterna sería el templo. Ya poseía un buen número de herramientas traídas de mi piso y almacenadas en la galería, y, entre el señor Meatyard y yo, las subimos por la estrecha escalera pues no deseaba la intromisión de personas extrañas en este asunto.

—¡Vaya fuerza que tié usté, señora! —Murmuró mi sirviente, secándose el sudor que le corría por la frente después de que hubiésemos enderezado y colocado en posición el gran espejo.

Así que colocamos cada cosa en su sitio. A las paredes negras sólo les hacía falta una mano de barniz que les diera lustre. Sobre el suelo de color negro, extendí una pesada alfombra también negra para amortiguar el ruido en la sala de abajo. De la clave de bóveda central pendía la lámpara de bronce de una mezquita, portadora de la Luz

Perpetua, y bajo ésta se hallaba el altar cúbico que representa al Universo. En el ángulo opuesto a la puerta, coloqué el gran espejo, y entre éste y el altar estaba mi largo y estrecho sofá negro, semejante a unas andas, para el trance y la meditación; flanqueados a cada lado por los Pilares del Equilibrio, se encontraban los pilares negro y plateado. Alrededor de los siete lados, los símbolos de los siete planetas, el octavo lado, donde estaba la puerta, representa el Elemento Tierra y carece de símbolo porque dejamos atrás la tierra al entrar en el templo cósmico.
Y esto fue todo, salvo por los dos tronos sobre plataformas bajas, uno en frente del otro, en todo lo ancho de la habitación con el altar entremedias, y que se emplean para el trabajo de polaridad. Sobre el altar descansaban las Armas Elementales que gobiernan la Tierra, el Aire, el Fuego y el Agua, y delante del espejo colgaba el símbolo de la Diosa –una media luna, con los vértices hacia arriba. Todo era muy simple: nada de nombres o números mágicos, y, a excepción de los símbolos planetarios, ningún color salvo el negro y el plata. Sólo los elementos fundamentales de la magia ceremonial, menos todos los complementos necesarios para impresionar la imaginación de quienes desconocen lo que es verdaderamente el trabajo mágico. Después de eso, le pedí a una amiga que viniera a ayudarme con la consagración.
Ésta acudió a mi llamada y se mostró muy intrigada y con franca envidia, lamentando abiertamente que las exigencias de la vida familiar le impidieran descubrir iglesias abandonadas y taxistas retirados y poder dedicar su vida al ocultismo.
Siempre me ha hecho mucha gracia el modo en que las personas de fuera suponen que los misteriosos adeptos de las Órdenes ocultistas viven sus vidas. Creen que tienen el arco siempre tensado. Si así fuera, les digo que serían unos impostores, un accesorio teatral, una pantomima de Cupido. Hace falta una fuerza de tracción de veinte kilos para tensar un buen arco, incluso en el tiro con arco, y la tensión que ejerce en todo el ser de quien lanza la flecha mágica es muy superior a la equivalente psíquica de veinte kilos. ¿Acaso va a estar una persona posando con *ese* arco tensado día y noche, sin descanso? No es posible hacerlo. Algo rompería la tensión. Así que yo practico la cocina como arte refinado y me hago mis propios vestidos, pues los iniciados, siguiendo una tradición que aún se conserva incluso

entre los Secretos Perdidos de la Masonería actual, siempre han sido artesanos.

Resulta muy tentador recurrir a los atajos simplistas de los términos técnicos, pero si digo que mi amiga y yo empezamos a trabajar en la construcción del templo astral, no estaría diciendo nada en realidad. Por tanto, permítaseme explicar lo que hicimos y por qué razón. No puedo responder de lo que hagan otros ocultistas, sobre todo en el campo narrativo; como tampoco sé por qué lo hacen. A veces incluso dudo que lo hagan; de la única persona que puedo responder es de mí misma y de los de mi Tradición.

Para empezar, el lugar del trabajo mágico es un lugar apartado y escondido, ya que nadie debe saber dónde se encuentra por ser vulnerable al pensamiento. En segundo lugar, ha de estar equipado sólo con los símbolos utilizados en ese trabajo, y con ninguno más, por ser un lugar donde la mente debe concentrarse. En tercer lugar, el templo astral ha de edificarse sobre él, y esa es la parte realmente importante; y así es como lo hacemos: sentándonos e imaginándolo. *Pero*, claro está, ¡con la imaginación de una mente entrenada!

Por lo tanto, mi amiga y yo nos sentamos en la oscura habitación octogonal situada en el nacimiento del tejado, y nos imaginamos el templo de Isis tal y como lo habíamos conocido en las proximidades del Valle de los Reyes, en los buenos tiempos del culto. Nos lo imaginamos primero en su contorno más general y, luego, con todo detalle, describiendo cuanto veíamos hasta hacernoslo visible mutuamente cada vez con mayor claridad. Imaginamos que nos acercábamos a la avenida de las esfinges con cara de carnero; a la puerta del gran pilón, en el muro de temenos; al patio con su estanque de lotos; a las umbrias columnatas y a la gran sala con sus pilares. Todo esto nos lo representamos exactamente igual que había sido, desde tiempo inmemorial, en todos los templos de la Diosa. Y, mientras tanto, alternando observación y descripción –las escenas imaginarias empezaron a tomar el aspecto de la realidad objetiva y nos veíamos dentro de ellas–, pero ya no mirándolas con el ojo de la imaginación, sino caminando por ellas. Después de eso no hizo falta más esfuerzo de concentración, pues fue la visión astral la que tomó el control. Ascendimos por la avenida de las esfinges, y caminamos bajo el gran pilón, y atravesamos el

estanque de lotos con nuestra imaginación. Pero, en realidad, lo que habíamos traspasado eran las puertas de bronce que conducían a la gran sala.

En lo alto, pendía la lámpara de la luz perpetua que hay en todos los templos de los Misterios. Bajo nuestros pies, incrustado en el mármol, se hallaba el círculo del Zodiaco. En los extremos de la larga sala, brillaban débilmente los elevados asientos de los sacerdotes. Frente a nosotras, los pesados pliegues de una cortina ocultaban el Sancta sanctorum; junto a éste, escondido en el hueco de la arcada, se abría un pasadizo subterráneo que, en pendiente, conducía a otro templo –un templo situado en las lejanas colinas, esculpido como una tumba en la roca viva. Por dicho pasadizo, un conducto transportaba el agua hasta el estanque de lotos, pues en aquel templo subterráneo brotaba un manantial. Aquel templo pertenecía a un credo más antiguo que el nuestro, pues era predinástico. En mi opinión, debió de pertenecer al pueblo hamítico de raza negra, anterior a la estirpe roja egipcia, ya que su Diosa era de basalto negro y sus rasgos negroides. Ante sus grandes rodillas se alzaba un altar, en el cual se había horadado un canal para recoger la sangre; lo que indicaba que fue utilizado para realizar sacrificios; y como era del tamaño de un hombre, sabíamos qué tipo de sacrificios celebraban. Este templo cayó en desuso en mis tiempos, y, aunque la tradición hablaba de su existencia, la entrada había quedado sepultada por la arena y no tenía acceso por ningún otro lugar salvo a través del pasadizo subterráneo que sólo conocían los sacerdotes de rango superior. Éstos también sabían que tras aquellos oscuros y rudimentarios principios encontraban sustento las raíces de nuestro culto. Era en ese templo donde se formaban los sumos sacerdotes, pero eso lo sabían menos personas aún.

El gran suelo de la sala se encontraba vacío, pero los del templo sabíamos que no lo estaba; porque allí yacía la forma momificada de Isis, como en sarcófago. Mi amiga y yo ocupamos nuestro lugar en los tronos: ella sentada en el extremo del lado izquierdo, y yo en el elevado estrado de la derecha, como corresponde a mi estatus. Y, allí, sentadas en la oscuridad, observamos, en una visión dentro de otra, cómo se hacía visible la forma momificada de la Gran Isis.

Después, finalizada esa parte del trabajo, pregunté a mi amiga si pasábamos al Templo Negro.

Ella dio su conformidad, asintiendo con la cabeza, y yo descendí del estrado para reunirme con ella ante la entrada que conducía al pasadizo subterráneo. Mas cuando alcé la mano para levantar la cortina, ambas nos dimos cuenta al mismo tiempo de que no estábamos solas.

—¿Ves algo? —le dije.
—Sí —respondío ella—, uno de los sacerdotes está aquí.
—¿Puedes ver quién es? —le pregunté, porque ella era más psíquica que yo.
—Creo que es el sacerdote expiatorio.

Al sacerdote expiatorio se le habría autorizado a acompañarnos hasta el Templo Negro porque en él radicaba su trabajo; sin embargo, era una figura sombría y siniestra, y no nos hacía mucha gracia precisamente. Los sacerdotes expiatorios eran siempre sacerdotes que habían cometido algún delito grave y a quienes se les daba la oportunidad de expiarlo. Eran rehuidos por los demás sacerdotes, aunque, en virtud de su oficio, seguían ocupando un lugar preferente en la jerarquía. Así, pues, aunque no deseábamos su presencia, no podíamos rechazarle porque tenía tanto derecho como nosotras –sumas sacerdotisas– a entrar en el Templo Negro.
Pero, tan pronto como empezamos a bajar por la escalera, supimos que algo no iba bien.

—No es el sacerdote expiatorio —exclamó mi amiga—. Se trata de la proyección astral de otra persona. No has sellado bien este lugar.

Yo me enorgullezco de los sellados que hago: lo que yo exorcizo, exorcizado queda y permanece; y confieso que el comentario me molestó, porque habría jurado que los sellos estaban activos. Para mis adentros, pensé en culpar a mi amiga de estar divagando, y que, pensando en alguna persona, la habría invocado involuntariamente. Pero, al parecer, ella pensó lo mismo de mí, pues dijo:
—¿Has perdido en algún momento la concentración?
—No —contesté de manera cortante ante tal insolencia, siendo yo de rango muy superior al de ella.
—Pues obviamente está relacionado contigo, no conmigo... -replicó-

¿Has dado permiso a alguien para que entre en el Templo?
—No —respondí.
—¿Crees que puede ser alguien con quien tengas intención de trabajar? Porque si has estado pensando en invitarle –aunque no lo hayas hecho en realidad– si es buen psíquico, podría haberlo presentido y haber conseguido entrar. La verdad es que –continuó diciendo– tuve la impresión de que ya había alguien ahí cuando entramos en la Sala de las Esfinges. Creí ver una persona arrodillada y rindiendo culto ante el Sancta sanctorum.
—Eso es poco problable —le respondí. Porque, aunque el pueblo acostumbra a arrodillarse de ese modo, un sacerdote no lo haría; y nadie salvo un sacerdote podía realizar la proyección astral. Mi amiga admitió la improbabilidad del hecho. El misterio quedó sin resolver y bajamos a disfrutar de la cena que el señor Metyard nos había dejado preparada en el gran salón.

Aquella misma noche tuve un sueño de una viveza extraordinaria: soñé que iba caminando por las grises colinas que se perdían en la distancia, con el mar bajo los acantilados a mi derecha. Al principio, estaba yo sola disfrutando de mi sueño; pero, de pronto, me asaltó el temor de encontrarme con mi perseguidor desconocido. Y nada más acudir este pensamiento a mi mente –un sueño dentro de otro sueño– creí oír pasos detrás de mí, y, por primera vez, supe lo que era sentir miedo. Aceleré el paso y no tardé en verme sobrevolando el suelo en un esfuerzo de pesadilla por escapar; pero oía a mi perseguidor acercarse cada vez más por detrás. Perdí la cabeza por completo, pero incluso presa del pánico sabía que mi perseguidor no era maligno. Así y todo, huí asustada y no dejé que me alcanzase. Por un momento me pareció que el sueño empezaba a convertirse en una visión, y estaba a punto de aprender algo muy importante, cuando mi perseguidor hizo un súbito esfuerzo y me dio alcance, y sentí cómo su mano asía un pliegue de mi capa.
Me desperté empapada en sudor, con el sonido de mis propios gritos aún reverberando en mis oídos. Para librarme de la horrible atmósfera que dejó tras de sí este íncubo, me levanté de la cama y me dirigí al gran salón donde todavía había restos de la cena sobre la mesa; me bebí la leche que había sobrado y comí un sandwich: porque no hay nada como comer para cerrar los centros psíquicos. Esto borró lo

desagradable de aquella pesadilla. Hacía una noche apacible y me senté en la ventana a contemplar la luna.

Estaba muy desconcertada. No todo iba bien en mi trabajo. Lo sabía. Primero, la prolongada demora que indicaba la ausencia de mis contactos; luego, la repetida irrupción de un intruso en mi esfera de sensaciones. Que mi amiga hubiera percibido también la presencia de un extraño demostraba que no se trataba de una fantasía del subconsciente. Así que dedicí tomarme unas vacaciones y marcharme lejos enseguida.

No obstante, al día siguiente, cuando traté de poner en práctica mi decisión, se produjo dentro de mí un bloqueo y una resistencia subconsciente de lo más extraño, así que abandoné la idea. Comprendí que había algo más en aquella situación de lo que yo era consciente; sin embargo, no podía hacer nada salvo esperar que se aclarase.

Llevaba ya un año en mi lugar de trabajo, y, de algún modo estaba dispuesta a aceptar mi vigilia como algo natural. También la policía había aceptado mis hábitos nocturnos como algo normal, y pasé algún tiempo sin saber nada de mi perseguidor, aunque soñaba con él a intervalos. Entonces, una noche de niebla, advertí que iba de nuevo tras de mí. Apreté el paso, pero no pude deshacerme de él porque no había tráfico que le retuviera en los cruces. De hecho, en cierta ocasión, le sentí casi pegado a mi costado al detenerme en una isleta libre de tráfico. Esta vez su atrevimiento fue aun mayor de lo acostumbrado, y si llego a ver a alguno de mis amigos policías, me habría parado a hablar con él. Sin embargo, era evidente que mi perseguidor también pensaba que había ido demasiado lejos, y se quedó ligeramente retrasado. Yo, en cambio, estaba segura de que aún me seguía, y cuando me disponía a cruzar el puente Lambeth, lo confirmé, pues pude oír tras de mí con gran nitidez el sonido de sus pisadas. No resultaba demasiado agradable ser perseguida de este modo en mitad del puente y con una niebla tan espesa, porque no se veía ninguna de las orillas y lo único visible eran las plomizas y arremolinadas aguas del río a ambos lados, y las cadenas que iban desapareciendo en la oscuridad. Los pasos de mi perseguidor sonaban muy próximos, cada vez más y más cerca, y no se percibía ningún otro sonido que el de sus pisadas en toda aquella oscuridad cubierta por el manto de la niebla.

Es muy fácil abrir la consciencia superior en la niebla, porque uno se

encuentra aislado del mundo y a solas con las fuerzas elementales; y a mí me parecía, mientras atravesaba aquella oscuridad, rodeada de agua a ambos lados, que en realidad estaba bajando por el largo pasadizo subterráneo que conducía al templo de la Isis Negra, y que detrás de mí lo hacía el sacerdote expiatorio. Sin embargo, no pensé que fuera a obligarme a tenderme sobre el macabro altar al que él servía, sino más bien que me deseaba.

Desde luego, tal vez fuera así porque sabía qué tipo de impulso hace que los hombres sigan a las mujeres por las calles, aunque no tengan intención de hacerles ningún daño; y a mí me parecía, con el extraño estado de excitación que se estaba apoderando de mí mientras huía en la oscuridad de aquellas pisadas, que sabía lo que estaba en la mente del hombre que me seguía, y que no me haría daño ni, en general, eran perversos los deseos de su corazón. Quizá yo era para él la criatura de un sueño y no se daba cuenta de que, bajo aquella capa, había una mujer de carne y hueso asustada por su persecución.

A pesar de todo, llegué viva al municipio de Surrey, y me dirigí a casa a toda velocidad. Ahora atravesaba por calles concurridas y no sabría decir si mi perseguidor aún me iba pisando los talones, pero me parecia que no. Llevaba la llave preparada para abrir la puerta rápidamente, y me deslicé en la oscura y aromatizada calidez de mi hogar con un suspiro de alivio. Pero, al hacerlo, sentí que la puerta volvía a abrirse tras de mí, y supe que mi perseguidor había cruzado el umbral y que estaba allí dentro, conmigo, solos en la oscuridad.

Entonces sí que me asusté, porque sabía que si no conservaba la calma, iba a sufrir una experiencia desagradable y, probablemente, peligrosa. No obstante, logré controlarme y sembrar el pánico en mi visitante alumbrándole directamente a la cara con la linterna. ¡Imaginen cuál no sería mi asombro, por no decir indignación, cuando descubrí que se trataba nada menos que del hombre al que casi atropellé aquel día en Grosvenor Road, el cual había desempeñado un papel tan importante en mis imaginaciones desde entonces!

Inmediatamente, me di cuenta de que no me había equivocado al considerarlo inofensivo. Nunca he visto a un hombre tan absolutamente desconcertado y avergonzado de sí mismo. Le pedí que se marchara, y desapareció como un rayo.

Sintiéndome bastante agitada, encendí las luces y entré en el gran salón. Creo que fue la niebla lo que hizo aquella experiencia tan alar-

mante. En realidad, no tenía motivo para disgustarme tanto, porque, a fin de cuentas, aquel hombre, visto de cerca, no ofrecía un aspecto tan imponente. Decidida a quitarme el mal sabor de boca que me había dejado el asunto, subí el largo y estrecho tramo de escaleras hacia mi templo bajo la linterna. La lámpara ardía débilmente; cambié la mecha y me eché sobre el sofá a meditar. El templo astral apareció con gran viveza y sin ningún esfuerzo por mi parte. Había más energía de la que nunca había conocido, y vi con claridad, como si de una presencia física se tratara, al sacerdote expiatorio en el suelo, tumbado baca abajo y con los brazos extendidos, delante de la cortina que cubría el Sancta sanctorum.

Tenía derecho a estar allí, y ningún ritual de exorcismo podía impedírselo aunque yo hubiera decidido hacerlo. Su presencia no me agradaba, pues precisamente aquella noche necesitaba el templo para mí sola. Pero no tuve más remedio que aguantarme. Subí al trono y tomé asiento sin hacerle el saludo, ignorando también él mi presencia en el supuesto caso de haberla notado.

Hice cuanto pude para organizar mis ideas, pues me costaba mucho concentrarme –sin motivo alguno, pensé, si bien la presencia del sacerdote expiatorio me distraía. Yo deseaba deshacerme de él, pero tuve el fuerte presentimiento de que no debía tomar ninguna medida para expulsarlo, pues, definitivamente, formaba parte del plan que estaba en marcha. Este hecho me agradó menos aún, porque sentía el mismo rechazo instintivo que los sacerdotes comunes hacia los sacerdotes expiatorios, que son sacerdotes marginados pertenecientes a una época ya pasada; y sólo los miembros muy avanzados del sacerdocio conocían su verdadero rol y significado.

Así, pues, acepté la muda presencia de aquel hombre marginado, y entre nosotros no tardó en iniciarse una relación de comunicación, un sentimiento de camaradería, y su presencia me fue pareciendo menos desagradable. Fue entonces cuando se levantó de pronto y, cruzando el templo, vino hacia mí, y, arrodillándose a mis pies, apoyó la cabeza sobre mis rodillas en una actitud de sumisión y abandono incondicionales. Parecía estar renunciando a su dignidad. Puse mi mano sobre ese lugar tan sensible que tenemos en la parte posterior del cuello, y le bendije; y, mientras lo hacía, vi que su pelo era rojo y canoso. ¡No era otro que el hombre al que no dejé entrar en casa aquella noche!

Mas, apenas le hube tocado, se puso nuevamente en pie y desapareció raudo como una centella por la escalera que conducía al Templo Negro. Le seguí inmediatamente, porque comprendí que se hallaba inseguro en su proyección psíquica, y no quería ni pensar lo que le ocurriría si entraba en el Templo de la Isis Negra y perdía la concentración. Descendimos por la larga galería junto al agua, demasiado aprisa, y me encontré en el interior del Templo Negro. El hombre ya estaba allí, agarrado a las grandes rodillas de la Isis Negra en agónica adoración. Había que hacerle volver a su cuerpo a toda costa. Eso no suele hacerse porque la Isis Negra es una fuerza terrible; pero ¿cómo llegó a saber el modo de entrar en su Templo? Vacilé antes de realizar los pentagramas de exorcismo que romperían la visión y le obligarían a salir del plano astral. ¿Tenía él derecho a estar allí puesto que había logrado atravesar los sellos que yo había colocado en mi lugar de trabajo, y entrar y salir aparentemente a voluntad, o había sido culpa mía? ¿Me habría sacado aquel extraño merodeador tanto de quicio que logró hacer que mi mente errante mezclara su imagen con mi visión? No lo sabía: la visión estaba ya tan fuera de control que no podía hacer otra cosa que desbaratarla.

Me incorporé en el sofá negro, terriblemente agitada. Me parecía como si mi psiquismo se hubiera enredado inextricablemente con el contenido de mi subconsciente. Había llegado hasta aquí, a este lugar sellado y consagrado, con el propósito expreso de expulsar a aquel extraño de mi mente; y aquí estaba él, formando parte de mi visión. Aquello no me gustó nada en absoluto.

Me levanté del sofá, volví a realizar las circunvoluciones y los exorcismos, quemé incienso repetidas veces, hasta que las nubes de humo hicieron asfixiante la atmósfera de la sala, y me eché de nuevo en el sofá, decidida a pasar una noche de meditación y vigilia hasta aclarar y resolver el problema.

Tomó forma la Gran Isis, la terrible Isis Negra, fuente de todas las fuerzas, la que rara vez acude y sólo en momentos solemnes. Yo estaba acostumbrada a Su poder y la recibí sin miedo, conocedora de que en unos pocos segundos cobraría Su hermoso aspecto, más bello que todo cuanto pueda construirse bajo el simbolismo de la Isis Blanca –siempre propensa a transformarse en la Isis Negra si se hace pasar demasiada fuerza a través de Ella. Por lo tanto, quienes poseemos el conocimiento operamos con la Isis Negra y la transmutamos.

Yo sabía que tan importante acontecimiento era el que había estado esperando; si bien, desconocía por qué se había demorado tanto y por qué razón ocurría en ese momento. Entonces, se me ocurrió súbitamente que existía un tipo de patrón que gobernaba mi lento trabajo de formulación inadvertido anteriormente. Los que tratan con el lado oculto de las cosas saben muy bien que estos patrones existen, y que, en realidad, están causados por las fuerzas invisibles con las que se trabaja; y cuando éstas se han puesto en movimiento y están dirigidas por una voluntad planificadora, aparecen los patrones. Por consiguiente, yo sabía que si conseguía descifrar el plan del patrón, todo aquello se aclararía. Hay un hilo conductor que rige todas estas cosas; si se encuentra, la pista está servida.

Yo sé buscar ese hilo –se hace buscando lo recurrente, lo que se repite de forma continua. En este caso concreto, sólo había un factor repetitivo: el hombre pelirrojo. Y, me gustara o no, tenía que aceptarlo. Había buscado mi lugar de trabajo en vano hasta que me topé con esta persona cara a cara –y por poco le ofrezco en sacrificio-, y después, tras una mirada de sus airados y grises ojos, me fui derecha al lugar adecuado. Luego, una vez dentro de mi casa, me sentía incapaz de adaptarme a ella, y me fui hasta la orilla del río; y el mismo hombre, si es que era el mismo, estaba asomado a la ventana, apoyado en el alféizar, mirándome. Tal vez yo fuera visible para él, porque llevaba puesto un vestido de lino blanco que resaltaba mucho sobre el fondo oscuro; además, estaba iluminada por los últimos rayos del crepúsculo. Sea como fuere, a partir de ese momento, tomé posesión pacíficamente de mi nuevo hogar y el poder empezó a brotar. Después, siguiéndome por el dique, logró adentrarse en mis sueños; pero como nunca me volví para ver al impertinente extraño, nada se transfirió al plano físico; pues, al parecer, eso sólo podía ocurrir cuando se cruzan las miradas. Y me acordé de que todos los que trabajan con las fuerzas invisibles dan mucha importancia a las miradas.

Finalmente, aquella noche de niebla, se acercó a mí, entró en mi casa, se encontró conmigo cara a cara –y yo le eché de allí como a un perro vagabundo.

Recordé vívidamente el modo en que se marchó: desconcertado, confuso, avergonzado. No. Aquel hombre no sabía nada –al menos conscientemente. Pero existen otros niveles mentales además del consciente, y yo sabía que, en su interior, había un conocimiento y una

fuerza latentes. No era un hombre corriente, ni siquiera en lo que respecta al plano terrenal. Me lo decían sus manos y la finura de su rostro. No sabía quién era ni a qué se dedicaba, pero estaba completamente segura de que no era un "cualquiera". Eso me complació, pues me agrada el éxito.

También me pregunté hasta dónde estaría enterado de lo que se estaba tramando. ¿Estaría yo mezclándome en sus sueños como él en los míos? ¿Me habría identificado como la mujer que estuvo a punto de atropellarle y hacer de él una víctima mortal? En caso afirmativo, su primera impresión debió de ser tan desfavorable como la mía. Era evidente que me consideraba una imbécil; de hecho, llegó a decírmelo. Además, yo le juzgué como uno de esos hombres que están en contra del maquillaje; y precisamente ese día me había pintado los labios de coral y también llevaba pintadas las uñas; en la mano derecha no me había puesto guante, porque llevaba una sortija de marquesa granate en el dedo índice de la mano, y no me entraba guante alguno. La vio con toda claridad, apoyada sobre el volante, mientras se sujetaba a la portezuela de mi coche y me decía todo lo que pensaba. Sí, a buen seguro que debí de asustar a este caballero en todos los planos de su ser.

Luego vino la última escena de todas –y me pregunté si de verdad sería el fin de esta extraña y accidentada historia-, la que tuvo lugar en la entrada de mi casa, en la oscuridad, cuando dirigí la luz de la linterna a su rostro y le dije que se marchara, avergonzado y humillado. Con seguridad sería aquella la última escena, y el final de la representación, a menos que hubiera ciertamente un vínculo subyacente que nos uniera; porque ningún hombre se arriesgaría a revivir una experiencia como aquella. No volvería a haber más seguimientos por el dique, de eso estaba completamente segura; de hecho, si aquel hombre volvía a verme, correría más de un kilómetro en dirección opuesta. Y, en vista de todo esto, ¿cómo iba yo a establecer contacto con él, o entablar ningún tipo de relación racional? No digamos ya explicarle la operación que tenía entre manos y reclutarle para el papel que debía representar.

Sabía que sólo había un modo de hacerlo; un solo modo que fuera seguro y justo: el camino verdadero de la Tradición. Debía aprehenderle psíquicamente en el astral y dejar que las cosas se resolvieran por sí solas en el plano físico. Entonces sabría que me hallaba en el buen camino y que no había cometido ningún error al elegir mi sa-

cerdote. Debía sentarme tranquilamente a esperar un año, cinco... el tiempo no importaba. A fin de cuentas, si él era el elegido, vendría. La llamada había de llegarle de los planos internos; tendría que operar desde su consciencia interior hacia la exterior, pero sin ser forzada; tenía que darse cuenta por sí mismo, y sólo Dios sabía contra qué resistencias formadas por prejuicios, convencionalismos, opiniones preconcebidas, e incluso contra qué horribles miedos tendría que luchar, pues las personas a menudo temen a Isis.

¡Muy bien! –pensé– seguiremos la política más antigua de todas: la de la pasividad en el plano externo y la de ¡que venga lo que haya de venir!, en el plano interno.

Así que lancé una llamada a mi sacerdote en los planos internos, y éste acudió. No había ninguna duda en absoluto de que se trataba del sacerdote expiatorio. ¿Cuál sería su pasado y que tipo de expiación le aguardaría? Cuando vino, estaba completamente destrozado y sentí mucha pena por él. Había llegado a ese punto en el que uno ya no puede más. Con seguridad no era uno de esos hombres que agradecen ser compadecidos; pero esta vez se encontraba al límite de sus fuerzas, y tanto él como yo lo sabíamos. Si no se hacía nada por ayudarle, se hundiría por completo. Así son este tipo de hombres cuando les rompen el caparazón.

Así que me proyecté sirviéndome de la proyección astral, que saca tanto el cuerpo etérico que se hace visible incluso a los no psíquicos. Resulta peligroso, sobre todo al cruzar masas de agua, pues ésta absorbe las emanaciones astrales. Me proyecté mentalmente, envuelta en el cuerpo de luz, hasta aquella habitación del otro lado del río que una vez había visto en*cendida y recorrida, una y otra vez, por una incansable sombra.*

Y, en efecto, no me equivoqué: allí estaba mi hombre ciertamente; como tampoco me equivoqué en lo referente a su estado.

"Hay que hacer frente a esto" –me dije– "o no sólo perderé a mi sacerdote, sino que puedo llegar a herirle y hacerle mucho daño".

Así, yo, la sacerdotisa de Isis, puse manos a la obra, ayudada de mis conocimientos y mi poder. No habría hecho esto por mí; ni creo que lo hiciera siquiera por el bien de él, porque en aquellos días no significaba nada para mí. Lo hice por Isis, porque la Diosa necesitaba a aquel hombre para llevar a cabo Su obra.

CAPÍTULO VII

VOY a descubrir mis cartas y a explicar lo que hice, porque así mostraré cómo utilizamos la Puerta Sin Llave para escapar de Moloc, el Señor de este Mundo, y refugiarnos en el Reino Secreto, en el lado oscuro de la Luna, la cara que Ella oculta a la Tierra.

La Puerta Sin Llave es la Puerta de los Sueños, la puerta por la que las personas sensitivas escapan para caer en la locura cuando la vida se les presenta demasiado difícil. Los artistas la emplean como si fuera la ventana de una atalaya; los psicólogos la llaman mecanismo psicológico; los magos, la denominan magia; y el hombre de la calle, ilusión o charlatanería, según los gustos. A mí me da igual cómo la llamen, porque es efectiva.

Hice la proyección astral según el método habitual: es decir, me imaginé a mí misma a algo más de un metro de distancia; luego, transferí la consciencia al simulacro que había creado con la imaginación y miré la habitación a través de sus ojos. A continuación, visualicé el rostro del hombre pelirrojo y canoso, y me imaginé hablando con él.

La magia funcionó. Me pareció descender a gran velocidad en un ascensor, sensación siempre característica del cambio de nivel de consciencia; perdí la noción de todo mi entorno físico y creí encontrarme en el interior de una extraña habitación –vieja, desordenada, mal iluminada, descuidada, y atiborrada de libros y periódicos en el más absoluto desorden–. En una anticuada chimenea, de la que nadie había barrido las cenizas durante las últimas doce horas, humeaban las brasas de un carbón barato y mate. Sobre esta, en el centro de la atestada repisa, destacaba la fotografía de una muchacha vestida al estilo de hacía veinte años. Era una chica guapa de rostro, ojos de tonta y boca renuente. Si aquella mujer era su esposa, resultaba fácil comprender por qué vivía apartado de ella. Aquel bello rostro le había atrapado, y, aunque ella carecía de inteligencia para entender la vida, había tenido la fuerza de voluntad suficiente para sacar partido de sus errores. Lo único que se podía hacer con una mujer así era abandonarla.

Entre algunos restos de comida, había un hombre trabajando con intensa concentración en sus documentos. En tales condiciones la telepatía no es posible. No obstante, pude leer su mente y saber por qué se concentraba con tan resuelta intensidad. También supe que, a pe-

sar de sus esfuerzos, mi imagen seguía elevándose sobre el horizonte de su consciencia, pues yo continuaba percibiendo que mi sensación de la realidad de la visión se intensificaba de pronto por un instante.
Me dije a mí misma que aquel hombre no podía continuar así mucho tiempo, y que, entre el sueño y la vigilia, lograría llegar hasta él.
Sin embargo tampoco yo conseguí mantener la proyección astral mucho tiempo, y hube de devolver mi consciencia a mi cuerpo físico y darle algún descanso antes de emprender de nuevo el arriesgado viaje astral al otro lado de las aguas.
Ya de madrugada volví a intentarlo y, tal como supuse, la fuerza de voluntad del hombre se estaba debilitando. Nadie puede obligarse como él lo estaba haciendo, por fuerza bruta y de un modo tan antinatural. Simplemente no puede hacerse; y la naturaleza, como era de esperar, se había revelado y le había pasado factura por tan irrespetuoso trato.
¿Qué iba a hacer con este hombre yo que detesto dominar a los demás? No es sólo que esté mal hacerlo, sino que además resulta completamente inútil y la reacción inevitable es la destrucción de todo lo que se ha creado. Pero se trataba de una emergencia: había que hacer algo y pronto, porque existe un punto más allá del cual la voluntad no puede gobernar el temperamento sin causar un daño irreparable.
Sólo podía hacer una cosa: dominar su voluntad como la domina un hipnotizador y hacerle ver las cosas como yo las veía. Me horrorizaba tanto riesgo y responsabilidad, pero tenía que hacerlo para que no se fuera a pique. Lo hice por compasión no por ninguna otra razón.
Me dejé ver. Imprimí mi imagen en su confundida y desordenada mente hasta que, abatido como estaba por la emoción, me vio –y me alegró ver que se tranquilizaba y recobraba gradualmente la firmeza cuando momentos antes estaba destrozado. Luego, ya debilitada su resistencia en el umbral del sueño, obré como un vampiro –y puede decirse que soy uno de ellos– porque extraje la vitalidad furiosa y atormentada de aquel hombre, reduciendo más y más su tensión, hasta llegar casi a extenuarle. Después, le dejé dormido y disfrutando de un sueño normal. Había tenido la visita de un súcubo, y no sabría decir si a los ojos de su imaginación le había parecido bueno o malo; eso dependería de lo que hubiera realmente en su corazón, aparte de todas sus inhibiciones inculcadas.
Crucé el río y regresé a mi templo con el peligro que supone atrave-

sar una corriente de aguà, que absorbe y arrastra el magnetismo y puede romper la proyección. En mi templo, donde nunca son exorcizadas las formas astrales que creamos con tanto cuidado, coloqué las manos sobre el altar y miré en dirección al símbolo lunar que colgaba sobre el espejo y que es una entrada a otro plano; en él vi mi propio reflejo con la imagen de la Gran Diosa detrás de mí, y a esa forma sombría creada por la mente le rendí la fuerza vital que había absorbido en mi interior.
Vi cómo cobraba forma y se hacía brillante, y cómo sus contornos se iban volviendo claros y tangibles –la forma astral estaba tomando substancia etérica–, pronto habría una materialización.
Pero aquello no era lo que se deseaba. Enseguida, después de rendirle a Ella mi vitalidad, sentí que se iniciaba un flujo de retorno –ahora era Isis quien me entregaba Su magnetismo y sentí crecer mi vitalidad, mi juventud y mi dinamismo, y supe que Su imagen se reflejaba en mí; también fui consciente, aunque me dolió, que al hacerlo había creado un vínculo difícil de romper con el hombre del otro lado del río y que, en adelante, para él yo sería Isis. Y esa era una responsabilidad que tenía que aceptar y atreverme a no rechazar. Supe, además, que debía dar el paso decisivo de ir a buscarlo en el plano físico, y estuve dándole vueltas a la cabeza tratando de hallar la manera de hacerlo.
Cruzar el puente y llamar al timbre de su puerta no era factible, pero tampoco me preocupaba demasiado; cuando se ha establecido un vínculo en los planos internos, éste actúa sobre el plano externo con el mínimo de iniciativa humana. Todo lo que hay que hacer es aprovechar la ocasión al vuelo; a veces, es tan tenue que apenas puede verse, mas es suficiente. .
Cerré el templo y me acosté. En los sueños que surgen en el umbral del sueño, vi de nuevo la escena de la puerta de mi casa en que rechacé a un hombre y le hice internarse en la niebla. Me parecía que yo iba tras él, tratando de encontrarle, olvidándome por completo de que este hombre no debería seguir a las mujeres por la calle.
Me daba mucha lástima, pues sabía lo avergonzado que se sentía, y deseaba encontrarle y decirle que yo sabía lo que de verdad había sucedido y que no daba al suceso la típica interpretación, y que, a pesar del modo tan poco convencional en que nos habíamos conocido, se había fraguado un vínculo de afinidad entre nosotros.

Tenía la impresión de que me encontraba en contacto psíquico con él, y de que él, por su parte, me estaba visualizando; aunque no sabía bajo qué forma se imaginaba para sí la realización de su deseo. Sin embargo, podía sentir que la "virtud había salido de mí" y que existía entre nosotros una corriente psíquica. De lo cual me alegraba, porque tenía una fuerte urgencia de ayudar a aquel hombre si ello estaba en mi mano. Presentía que le comprendía tanto a él como a su retorcida naturaleza.

Por la mañana, el hombre seguía "en peligro" e intuí que estaba más feliz y más tranquilo de lo que había estado en mucho tiempo; y entonces, de repente, casi con el oído físico, le oí gritar como si hubiera tocado un hierro al rojo vivo.

Aquel grito me asustó y me sacudió como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Me concentré en él lo mejor que pude y permanecí en contacto hasta que le noté calmarse; pero la experiencia me dejó conmocionada y disgustada, y durante toda la mañana y el resto de la tarde mantuve activa mi ayuda psíquica por miedo a lo que pudiera ocurrir después.

Aquella tarde tuve ocasión de visitar a mi dentista para hacerme la revisión anual; revisión por medio de la cual, incluso los mortales raros como yo, damos a César lo que es de César. Y mientras hojeaba las antiguas revistas de la sala de espera, entre las bellezas de sociedad y los haraganes deportistas, me saltó a la vista el rostro de un tipo muy diferente.

Era evidente que se había cortado el pelo para hacerse la fotografía. Pero, por lo demás, era el mismo, con la chaqueta de canuto y la camisa de cuello blando. Iba vestido igual que cuando le enfoqué con mi linterna a los ojos y le obligué a salir de mi casa. En letras de imprenta pude leer su historia:

Se había implicado en una querella con unos antivivisseccionistas –parecía un individuo polémico– y, al final, todos acabaron en los tribunales por difamaciones recíprocas. El veredicto fue a su favor, tanto en la demanda como en la contrademanda, pero el juez hubo de rogarle que cuidara sus modales.

Tal como yo había supuesto, se trataba de un personaje eminente, un médico de fama internacional. Su aspecto era bastante embrutecido, pensé, pero recuerdo que vi otra expresión en sus ojos cuando el sobresalto le hizo perder la serenidad. Entonces, parecía más un alma

errante y perdida que un famoso científico; sin embargo, es posible que ambas cosas no sean incompatibles, ni tan distantes entre sí como nos inducen a creer sus pomposas palabras.

Tuve en cuenta la anécdota sobre su temperamento por el hecho de que un hombre de su posición se dignara a querellarse con tan enérgica desaprobación con unas personas de poca monta, y supuse que lo que había hecho era desahogarse de sus represiones a sus expensas. La indemnización recibida por difamación la había donado al hospital; a decir verdad, lo más probable es que no hubiera tenido derecho a ningún tipo de indemnización, pero sus oponentes, tan humanitarios como eran, habían sido especialmente despiadados en sus ataques, y un jurado exasperado les hizo pagar por su falta de sentido común y de buenos modales.

Así que pensé mientras contemplaba aquella cabeza de perro buldog que me fulminaba con su mirada desde el papel satinado: ¡He ahí el hombre a quien he escogido para representar a Isis!

Hubo más biografía que odontología cuando me llegó el turno de ocupar el sillón. Mencioné a mi dentista que había reconocido en una fotografía de una de las revistas al hombre a quien estuve a punto de atropellar en Grosvenor Road, y se abrieron las esclusas del recuerdo. Era tal como yo me lo había imaginado.

El Dr. Rupert Annesley Malcolm, Doctor en Medicina, condecorado con la Cruz de Servicios Distinguidos, Miembro del Real Colegio de Cirujanos, por mencionar sólo sus principales distinciones –desde luego poseía muchas más, extranjeras y como miembro honorario–, era un hombre de enorme prestigio científico y absolutamente carente de vida social. Su carácter irritable, sus broncos modales y la mezquindad de su residencia, eran algo popular entre las diversas generaciones de estudiantes de medicina. Su generosidad extrema, su integridad y total desinterés, su enorme capacidad de trabajo y su coraje para enfrentarse a los abusos y desmantelar frágiles reputaciones, tenían un público más reducido entre los hombres de su calibre –mi dentista hablaba de él con respeto pero sin entusiasmo. De su vida privada sólo sabía que era hijo de un pastor presbiteriano; que su esposa estaba inválida y residía en un lugar de la costa; que tenía fama de gozar de pingües ingresos y de dilapidarlo todo en investigaciones –con toda certeza, no lo gastaba en sí mismo. Mi informador no sabía a cuánto ascendían tan colosales ganancias, aunque el

Dr. Malcolm había tenido algunos pacientes eminentísimos, pues era bien conocida su indiferencia por el dinero y no hacen dinero aquellos para quienes éste resulta indiferente. Sea como fuere, era probable que sus ingresos fueran más que suficientes para su solitaria vida. Tales eran los últimos informes hasta la fecha. Cuando la sesión hubo terminado, los complementé consultando el Directorio Médico- y descubrí lo eminentísimo que en realidad era el Dr. Malcolm. Fue entonces cuando más me extrañó el comportamiento de aquel loco que me seguía a lo largo del dique. Era el tipo de aventura menos indicada e impropia para un hombre de su posición. Y, si lo hacía, debería ser más discreto –pero, precisamente fue aquella absoluta falta de discreción la que me hizo darme cuenta de que no acostumbraba hacer ese tipo de cosas.

Llamé al número de teléfono que aparecía en la guía y concerté una cita a las seis y media de la tarde. Insistí en que era urgente pues me pareció que, si no me engañaban mis percepciones psíquicas, cuanto antes nos conociésemos personalmente Malcolm y yo, y aclarásemos las cosas, mejor. Su secretaria se mostró reacia, pero no tuve misericordia con ella, y unos minutos antes de las seis y media de aquella misma tarde me presenté en la típica sala de espera que suele verse en esas casas del distrito de consultas médicas; esas que se alquilan a una multitud de especialistas con el precio en peniques –con un mobiliario serio, suntuoso, sin originalidad y algo polvoriento; la obligada mesa de centro llena de revistas con páginas dobladas –exactamente igual, hasta en los mínimos detalles, a la que acababa de ver un par de horas antes.

Cuando llegué había otro paciente delante de mí –era evidente que el Dr. Malcolm iba algo retrasado–, se trataba de un chiquillo deprimente y malformado, con hierros en las piernas; iba acompañado de su madre, preocupadísima y más nerviosa que él mismo. Empezamos a hablar y deduje que aborrecía al gran Dr. Malcolm, pero que, por alguna desconocida razón, a su hijo le resultaba indiferente. Vi este detalle como un punto a favor del hombre con el que estaba a punto de enfrentarme: en estas cosas el instinto de un niño es muy certero y penetrante, y si el chiquillo no estaba asustado de sus ásperos ademanes, es probable que no fueran más que eso. Mis compañeros no tardaron en ser llamados y el muchacho, deslizándose de su silla y tambaleándose, se dirigió con paso irregular pero completamente decidido hacia la puerta de la consulta: el Dr. Malcolm no le aterrorizaba.

La espera se hizo interminable. Mis compañeros de consulta no tenían aspecto de nadar en la abundancia, y no era probable que se fuera a recibir de ellos elevados honorarios; sin embargo, no por eso se les dedicó menos tiempo.

La oscuridad se iba apoderando de aquella lóbrega sala, así que no pude distraerme leyendo los periódicos y la atmósfera opresiva del lugar empezaba a hacerse notar. Parecía como si estuviera densamente atestada de inquietos fantasmas. Comencé a ponerme bastante nerviosa, y cuando por fin me llegó el turno tuve que armarme de valor.

Desde el principio, supe que debía dominar la situación durante la entrevista o sería mucho peor que inútil; en estas cuestiones nunca se puede recuperar el terreno perdido. Tenía que controlar la imaginación de Malcolm y tocar los resortes de su ser. Suena a charlatanería, pero en realidad se trataba de una operación quirúrgica psíquica. Si hubiera hecho estas cosas sólo para satisfacer mi vanidad o con fines egoístas, habría sido abominable. Pero lo hice porque no había nada que pudiera ayudar eficazmente a aquel hombre; lo mismo que, olvidándome de todo convencionalismo, le habría abrazado con mis brazos para evitar que se pusiera en serio peligro.

La enfermera abrió una pesada puerta de madera de caoba y me acompañó al interior de una inmensa y hermosa sala cuyo mobiliario era más bien escaso e impersonal. Junto a una mesa de despacho de tablero liso, y bajo la deslumbrante luz cenital, se hallaba de pie mi amigo pelirrojo, muy enojado y con un aspecto que delataba cansancio. Me miró fijamente, estupefacto, y en seguida me di cuenta de que me había reconocido. Me armé de valor, invoqué a Isis y me lancé al ataque.

La acogida distó mucho de ser alentadora. El hombre estaba tan enfadado como nervioso, pero eso no me detendría. Ignorando sus reacciones conscientes, hablé a su subconsciente y evoqué lo que yo sabía que debía estar allí; y como sabía que así sería, hubo respuesta. Él se resistía y luchaba contra ello, pero estaba demasiado segura del terreno que pisaba; tenía demasiada experiencia manejando seres humanos para que me hiciera perder el ritmo. Puse los dedos sobre los puntos vitales de su alma y presioné. Actué como un cirujano

recolocando una articulación agarrotada, y en psicología no hay anestesia. De estas cosas no se puede hablar: contemplar el alma desnuda de un hombre es algo horrible.
Cuando se le pasó el arrebato, le llevé a mi casa. No sé lo que habría ocurrido de no haberlo hecho. Creo que estaba tan destrozado que se habría dejado atropellar en el primer paso de peatones.

CAPÍTULO VIII

¡QUÉ extraño aquel paseo en coche por las calles de Londres, en compañía del hombre que tantas veces me había seguido por el dique! Iba sentado en silencio a mi lado, con su sombrero flexible calado hasta las cejas y las manos plegadas sobre el maletín de instrumental que descansaba sobre sus rodillas. Ni una sola palabra salió de sus labios durante todo el trayecto. Permaneció allí, sentado e inmóvil, como una escultura de Epstein[1]. No puedo decir que lamentara tomar el desvío del puente e internarme en las calles tranquilas, pues, dadas las circunstancias, la concentración necesaria para conducir entre el tráfico no resultaba nada fácil.
¿Qué cóctel de emociones bulliría en su interior cuando se acercara a mi puerta? Fue mientras la sujetaba para que pasara detrás de mí cuando nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

—¿Sabe usted que he estado aquí antes? —espetó de manera cortante
Le admiré por ello, pues no debió resultarle fácil decirlo.
—Lo sé —respondí— ¡Ojalá le hubiera reconocido!
—¿A qué se refiere? —quiso asegurarse plantado como un caballo en el umbral— ¿Con quién me confunde usted?
—Con nadie —le dije— ¿Quiere usted pasar? Tengo mucho que contarle en lo que respecta a mi parte de la historia.

Aquello le animó a entrar. La curiosidad no es algo exclusivo del género femenino. Si bien por un momento creí que buscaría refugio en la huida.
Dejó el sombrero en la primera silla que vio, pero conservó en su poder el maletín del instrumental; supongo que por costumbre. Luego, sorprendido, recorrió la habitación con la mirada. A veces, cuando no se sabía observado, se adivinaba en él una extraña ingenuidad; aparte de esto, impresionaba ver que aquel hombre nunca hubiese tenido juventud.
Entonces, su mirada volvió a cruzarse con la mía y se puso rojo como un tomate.

[1] Famoso escultor nacido en Nueva York y muerto en Londres (1880-1959).

—También ha estado antes aquí —le dije yo, pensando que estas cosas era mejor expresarlas. Él inclinó la cabeza y asintió. Por lo que deduje que era bastante buen psíquico: mejor de lo que yo había advertido –quizá también mejor de lo que él mismo era consciente. Debe de ser una experiencia asombrosa descubrir de repente que las secretas ensoñaciones de uno son una realidad.
Le acomodé en mi gran sofá, y se dejó caer en él como un hombre muy abatido. Rehusó el jerez que le ofrecí; así que le sugerí una taza de té que aceptó con gratitud. Después de tomársela, pareció mucho más reconciliado con la vida.

—¿Cómo es que no es usted cirujano? —le pregunté más bien por decir algo.
Él sonrió, si es que se podía llamar sonrisa a aquella ligera y adusta mueca de desprecio.
—Debería haber sido cirujano —replicó—. Me habría gustado.
—¿Por qué no lo ha sido entonces?
Se quedó callado por un momento, y, al fin, comentó:
—Me horroriza la sangre. No tendría objeto intentarlo con un rasgo tan peculiar.
—¿Y cómo es que se hizo médico?
—Eso pude soportarlo, pero no habría funcionado arriesgarse a operar.

De nuevo se hizo el silencio. Volví a llenar su taza y el silencio se prolongó tanto que, cuando al fin lo rompió, por un momento no supe a qué se estaba refiriendo.

—Es usted la primera persona a quien se lo cuento —murmuró.
Y el silencio se hizo una vez más, mas no quise perturbarlo pues pensé que a su extraña manera estaba yendo lejos y deprisa.
Y volvió a romper el silencio:
—¿Qué le ha hecho preguntarme por qué no soy cirujano? —inquirió.
—Sus manos —le respondí.

Él las inspeccionó examinando una por una las yemas de sus dedos, mirando con evidente desagrado las manchas de tabaco que estropeaban sus, por otro lado, bien cuidadas uñas. Me levanté y descolgué de la pared un pequeño grabado de Durero –"Manos en oración"— y se lo acerqué para que lo contemplase.

—Las manos son algo maravilloso —comenté.
—Sí..., lo sé —añadió él— Yo dependo mucho de las mías. A decir verdad, más que de mis ojos.

Malcolm examinó el cuadro con suma atención.
—Me gusta ese cuadro —observó— ¿Es posible adquirir uno igual?
A punto estuve de regalárselo, pero en vez de eso le dije que podía adquirir una copia en cualquier tienda de arte.
Entonces, se levantó súbitamente.
—Ya le he robado demasiado tiempo —dijo—. Ahora, debo marcharme.

Parecía haber olvidado las revelaciones prometidas que le tentaron a entrar; o quizá deseaba evitarlas... Así que no cometí el error de insistir en que se quedara.
—¿Le apetece que le acerque en coche? —le pregunté.
—No. Iré dando un paseo.
—En ese caso, le mostraré el atajo —añadí.
Y fuimos caminando calle abajo hasta el embarcadero.

—No estaría tan lejos si se pudiera ir volando —comenté.
—¿Es aquella casa de ahí enfrente donde yo vivo? —exclamó deteniéndose bruscamente— ¡Uy, Dios!
Me pregunté por qué la ocasión requería emplear un lenguaje tan fuerte. Supuse que lo averiguaría.

—¿Pasea usted arriba y abajo de su habitación por las noches?
—Sí —respondió— Y usted, ¿lleva siempre vestidos blancos?
Me lanzó una mirada curiosa de reojo, como un caballo nervioso, y sin esperar mi respuesta, se dirigió al borde sin vallar del embarcadero y se detuvo allí a contemplar el agua. Me reuní con él y, sin levantar la mirada, dijo:
—Si no fuera porque sé nadar, hay veces que me habría tirado ahí. Pero, ya no voy a hacerlo —añadió.

Entonces, se volvió hacia mí con la misma brusquedad que yo empezaba a ver como habitual.
—Bueno, ¿me va a mostrar el camino a casa?
—Sí —respondí—. Le mostraré el camino para volver a su casa si tiene el valor de tomarlo.
—¿A qué se refiere usted? —inquirió de pronto.
—Uno de estos días lo sabrá —respondí.
Tomé la delantera y él me siguió —no pudiendo hacer otra cosa. Le conduje por un estrecho callejón, rodeado de muros a ambos lados, hasta unas gastadas escaleras que llevaban hasta las proximidades del puente.

—No veo que sea tan terrible —dijo mientras me despedía bajo la luz parpadeante del farol de gas.
—No me refería a este camino —respondí.
Él permaneció vacilante, como poco inclinado a ponerse en marcha.
—¿Volveré a verla? —preguntó de manera cortante.
—Como usted desee —repliqué—. Siempre será bienvenido.
Me dio las gracias y, haciendo un ademán de cortesía con su sombrero, dio media vuelta y se marchó.

Me dispuse a iniciar mi regreso por el lúgubre callejón, pero no había aún recorrido gran trecho cuando oí unos pasos que se acercaban a gran velocidad. Mi primer impulso fue aligerar el paso para alcanzar la carretera, pues no era un lugar donde conviniera arriesgarse a tener un encuentro desagradable.

—¡Señorita Morgan...! ¡Deseo preguntarle algo! —gritó detrás de mí una voz jadeante y entrecortada; más sofocada, pensé, de lo que se esperaría de haber recorrido a paso normal una distancia tan corta.
Me di la vuelta y allí estaban, inconfundibles incluso en la oscuridad, aquellos enormes hombros y aquel cuello de bulldog.

—¡Amigo mío! —exclamé— ¿Qué se le ofrece? —Le hablé con tanto tacto como pude, porque sabía que se estaba armando de valor para enfrentarse a una dura prueba.
—Escuche: ¿Le importa que continúe con mis ensoñaciones? No puedo evitarlo, ¿sabe? Pero, si usted me lo pide desistiré.

—Creí que no podía evitarlo —respondí.
—Por supuesto que puedo si así lo decido.
—¿A qué precio?

Se quedó callado.
—No me importa en absoluto —dije— No hace daño a nadie y creo que a usted le ayuda.
—Pero, ahora que la conozco, no deseo hacerlo —respondió.
—Estas cosas proceden de algo mucho más profundo que lo que se ve en la superficie —repliqué— ¡No reprima las visiones! ¡Obsérvelas y vea lo que hacen! ¿Comprende usted la teoría del psicoanálisis?
—Sí, por supuesto.
—No se preocupe, entonces, si el simbolismo se ha organizado en torno a mi persona. Lo comprenderé perfectamente.
—¿La transferencia freudiana? —replicó.
—Sí —le dije, creyendo que era lo mejor. Tranquilizado, dio media vuelta y se fue.

Lentamente, caminé de nuevo hasta el embarcadero y permanecí allí hasta que vi encenderse la luz de la ventana al otro lado del río. Luego, una sombra obscureció el recuadro iluminado y supe que Malcolm se había asomado a la ventana. Me alegré de llevar puesta la capa negra impermeable. Esperé un rato a que se cansara de la vigilia y bajase la persiana porque creía posible que me viera caminando por la corta e iluminada calle, y no deseaba que supiera que me había quedado observando en el embarcadero. Sin embargo, mostró una paciencia tan inagotable que acabó con la mía. Finalmente, regresé y entré en el cálido y aromático lugar en que habitaba y se desarrollaba mi existencia. Entonces, y sólo entonces, se me ocurrió que Malcolm había esperado hasta ver encenderse las luces de mi gran ventanal.
Me pregunté qué pensamientos ocuparían su confundida mente, pues estaba completamente segura de que su cabeza era un torbellino. Por el modo de conducirse en general, deduje que se trataba de un hombre que no tenía trato con las mujeres salvo en calidad de pacientes. Y no es que, a pesar de su adusto y granítico aspecto, no resultara atractivo, pues el extraño sentido del dinamismo de aquel hombre habría sido una atracción para muchas; pero, en líneas generales, era demasiado brusco y severo para dar pie al inicio de cualquier relación.

Me pregunté también si consideraría su relación conmigo como un simple affaire, y si decidiría rehuirla; porque estaba segura de que así lo haría si llegaba a verla de ese modo. Yo había hecho todo lo posible por darle un aire de experimento psicológico, como era en realidad; pero, desde luego, ahí no acababa todo. No había tenido ocasión de hablarle de la otra parte del asunto, así que existía la probabilidad, y con razón, de que lo tomara como un affaire y se asustara.

Sin embargo, no había nada que yo pudiera hacer. Malcolm estaba en manos de la Gran Diosa y, a decir verdad, también yo. Mi única esperanza era que él estuviera bien, que no se dejara llevar por los convencionalismos, y que siguiera su impulso interior y tomara un rumbo recto. Prácticamente, le había lanzado un "desafío" al decirle que le mostraría el camino si tenía el valor de tomarlo, y eso podría haberle dispuesto a dar lo mejor de sí o a retroceder más aún; o, por pura ineptitud social, no haberlo comprendido. Sólo cabía esperar.

Durante un mes aproximadamente no sucedió nada, y empecé a preguntarme si a Malcolm le habría parecido demasiado peligroso tratar conmigo, y se había impuesto cumplir una sacrificada ordenanza; o si, después de conocerme, habría considerado que la realidad no se ajustaba a sus expectativas y se había ido en busca de nuevos horizontes. Estaba desconcertada y no sabía qué hacer. De lo que no tenía la menor duda es de que él era el sacerdote sacrificial y el hombre elegido para llevar a cabo el trabajo; tenía la absoluta certeza de que su yo superior lo sabía. Pero, ¿estaría justificado que yo ejerciera ningún tipo de tracción sobre su mente subconsciente para atraerle hacia mí?

Algunos dirían que sí: que si uno tiene el conocimiento, debe utilizarlo. Pero esto implica una responsabilidad que no estaba muy dispuesta a asumir, porque si atraía a Malcolm hacia mí mediante un acto de voluntad –como podía hacer perfectamente–, sería la responsable de todo lo que ocurriera después. Tenía un horror profundamente arraigado hacia cualquier forma de coacción espiritual, tan sutil pero tan potente a la vez, ¿Cómo puede uno estar seguro de tener razón al juzgar a otros cuando es tan difícil estarlo cuando se trata de uno mismo? Sin embargo, si mi juicio de la situación era

acertado, lo que me proponía hacer no sólo serviría a la Gran Diosa y, por medio de Ella, a mi propia especie, sino que aportaría un inestimable beneficio a aquella alma atormentada del otro lado del río.

> Jugar con las almas es un asunto peligroso,
> Bastante tenemos con salvar la propia

Decía Browning, a quien siempre he considerado hombre muy sabio. Y también añadía:

> Pero, ¡he ahí a mi amigo que con ascuas jugaba
> Y por simples piedrecitas las tomaba!

Esto también se podía aplicar a Malcolm, quien se maltrataba a sí mismo de un modo abominable. Y ahí estaba él, preocupándose del sistema nervioso central, lugar donde la mente y el cuerpo confluyen, y, a pesar de su conocimiento superficial del freudismo, sabía tanto de la mente como de la exploración de los Polos. Supongo que en sus días de estudiante no se sabía nada de los modernos avances de la psicología que tanto la acercan a la Enseñanza Secreta. Su vida interior estaba recibiendo el mismo tipo de alimentación que la mayoría de los hijos de los pobres durante la Revolución Industrial, y, si yo no me equivocaba, con los mismos resultados. El alma de aquel hombre estaba completamente deformada y enferma. ¿Y cuál era la causa? La absoluta ignorancia y la falta de higiene ética. Por personas como él era por quienes Isis descendía con luz plateada.

En magia seguimos una máxima que dice: "En caso de duda, no hagas nada"; porque las consecuencias en los planos internos tienen tanto alcance y repercusión que uno no se arriesga a dar un paso en falso. Además, el tiempo no cuenta, y yo, como iniciada, me podía permitir esperar.

Así que esperé. Esperé tanto que empecé a dudar de si en realidad Isis sería de alguna utilidad para Malcolm. Y, de repente, fue como si reventara una presa, y supe que, tal como yo imaginaba, Malcolm había juzgado mi amistad demasiado peligrosa: creía que yo le desviaría de sus obligaciones y decidió romper con nuestra relación. No pude por menos que admirar la férrea integridad de aquella decisión, al tiempo que la condenaba como innecesaria y absurda.

Se trataba de un extraño caso de telepatía, y tal como sucedió lo haré constar.

Estaba sola aquellos días. Siempre paso mucho tiempo a solas, y con este extraño asunto que tenía entre manos evité verme envuelta en cualquier otro enredo o compromiso hasta ver cómo se desarrollaba todo. Incluso dejé de lado los estudios para estar más tranquila y receptiva mentalmente.

Una tarde, me hallaba sentada plácidamente junto al fuego del gran salón; estaba anocheciendo y había encendido la lámpara de lectura que tenía justo al lado, sin molestarme en ir hasta la puerta para encender las luces ocultas que iluminan la estancia con una suave calima pardo rojiza. Los altos ventanales estaban oscuros y tenían las cortinas echadas, pues aunque era una noche de luna llena, ésta aún no había salido. El techo era invisible en la penumbra y los alejados rincones de la habitación se hallaban sumidos en las sombras. A mi alrededor, donde estaba sentada, el resplandor del fuego se reflejaba en el suelo, pero sobre mi regazo caía la luz concentrada de la lámpara, y dentro de ese círculo iluminado movía yo las manos trabajando en una de mis túnicas iridiscentes, cosiendo con el hilo de oro que otorga brillo al suave lustre de la seda. Recuerdo que tenía un diamante negro en una mano y una perla negra en la otra, y, al mover las manos, el negro destello salvaje respondía al de la suave lágrima, igual que se hablan Isis y Nephys. De pronto, a menos de un metro de distancia, vi el rostro de Malcolm. Nunca había visto nada con tanta claridad, una especie de materialización.

¿Cómo supe que no era cosa de mi imaginación? Lo diré: Sus ojos eran vivos y, a través de ellos, se veía el alma de aquel hombre. Si yo hubiera invocado su rostro con mi imaginación, su alma no habría aparecido tras aquellos ojos. Por lo tanto, supe que no había invocado la imagen de Malcolm, sino que él mismo había venido hasta mí en proyección astral, y me pregunté qué le habría llevado al extremo de permitir a su mente escapar de él.

¿Sabía él lo que hacía? Yo pensé que sí, pues le había dejado mi libro y, si lo había leído, sabría exactamente lo que estaba haciendo. Entonces, ¿por qué lo hacía? Aquel misterio no podía resolverlo. Tan solo veía aquel rostro, con sus extraños ojos claros mirándome con concentrada atención. No había intención de hablar ni expresión alguna en el rostro salvo una tensa atención; y, sin embargo, allí estaba, suspendido en el aire frente a mí. Tanto si estaba dormido y soñando como si me estaba observando con visión psíquica, no tenía medio de saberlo. Allí estaban aquellos ojos vigilantes y allí permanecieron.

A partir de ese momento, disfruté de la compañía casi constante del Dr. Rupert Malcolm. Lo mismo daba que estuviera sentada tranquilamente en mi silla como que fuera de compras por alguna concurrida calle: Malcolm se aparecía, mirándome con aquellos ojos penetrantes e inexpresivos.

Una noche me acosté a mi hora habitual en esa enorme cama mía sobre la que el señor Meatyard solía agitar la cabeza en señal de desaprobación por darle más trabajo del necesario –pues, como mujer soltera, no necesitaba un lecho de esas dimensiones. Me encontraba realizando la meditación usual con la que los iniciados pasamos al sueño, descendiendo por la larga avenida de cipreses hacia mi templo, cuando me di cuenta de que tenía compañía. No tuve que volver la cabeza para ver de quién se trataba, aunque hasta entonces nuestras excursiones oníricas siempre habían tenido lugar en tierras del litoral.

Me volví para ver el rostro de mi acompañante. Luego, cogiéndole de la mano, tiré de él para situarle a mi par y, uno al lado del otro, sacerdote y sacerdotisa, entramos en el Templo de Isis. No obstante, tomé la precaución de echar la cortina que cubría el sancta sanctorum. Nos situamos bajo la lámpara colgante donde arde la Luz Perpetua; permanecimos de pie en el centro del Zodiaco de mosaico que simboliza el Universo y todo cuanto éste contiene; nos quedamos mirando la negra cortina que cubre el sancta santorum y lo adoramos como le está permitido adorar a todo ser humano; pero a él no se le permitió traspasar aquella cortina.

Con claridad, y repitiéndoselo una y otra vez por si su psiquismo no le permitía atravesarlo, dije a mi compañero que tenía derecho a entrar en el Templo de Isis y que era libre de hacerlo para adorar. Luego, le dejé allí y atravesé la negra cortina. En lo referente al sancta santorum, nunca estoy autorizada a hablar, ni siquiera después de tanto tiempo, para explicar mi historia. Lo único que puedo decir es que la habitación está vacía, y que aquel que pueda traspasar la cortina y alcanzar el sacerdocio que no la descorra.

Cuando regresé, mi sacerdote seguía aún allí, arrodillado donde yo le había dejado. Volví a cogerle de la mano y le conduje de regreso, a través del patio del loto, por la larga avenida. Al llegar al final, nos separamos –él hacia el otro lado el río para volver a la vida terrena; yo hacia la Casa de las Vírgenes para pasar la noche.

A partir de entonces, rara vez tuve el Templo de Isis para mí sola. Los que trabajaban conmigo a veces eran conscientes de su presencia. A algunos les molestaba y otros, de mayor nivel de comprensión, sabían que le correspondía por derecho.

El punto culminante llegó la víspera de Navidad. Para entonces ya me había acostumbrado a la presencia de mi sacerdote, y había dejado de importunarme tanto durante el sueño como durante la vigilia. Había realizado el viaje habitual en meditación hasta el templo, y de la meditación había pasado al sueño, como es menester, y estaba mirando a mi sacerdote bajo la Luz Perpetua, cuando alguien interrumpió mi sueño. La amiga con quien acostumbraba trabajar iba a pasar las Navidades conmigo y creí oír que entraba en la estancia. Me enfadé, pues mi sueño era interesante y no deseaba que me despertaran. Sabía que ella era una persona nerviosa y pensé que probablemente habría entrado para contarme alguna alocada experiencia psíquica. Me quedé inmóvil, aunque despierta, esperando que me viera de este modo y que, no siendo el asunto de mucha importancia, se marchara por donde había venido. Pero, en vez de eso, sentí que me agarraban con fuerza de los hombros. Evidentemente mi amiga no estaba dispuesta a ser ignorada, y yo no podía comportarme como una anfitriona poco hospitalaria, así que, haciendo un esfuerzo, me levanté. Pero, me llevé una enorme sorpresa al descubrir que allí no había nadie. Fue entonces cuando supe, con absoluta certeza interior, quién había estado allí y que se había materializado lo suficiente como para dejarme negros moratones en los brazos.

Me incorporé en la cama. Pensé que aquello era un asunto serio porque lo que vino fue una materialización completa y proyectada desde el otro lado del agua. Sin embargo, no podía hacer nada salvo esperar acontecimientos.

Hube de esperar algún tiempo para saber algo más. A la mañana siguiente reinaba un silencio sepulcral, un completo vacío. Era evidente que Malcolm se había asustado tanto a sí mismo como había logrado asustarme a mí.

Echaba de menos a mi sacerdote. El flujo magnético entre nosotros, el cual constituye la base de la magia lunar, ya había comenzado, y notaba su privación. Me hacía sentir apagada, sin rumbo, insegura de mí misma y de mi misión. Pero estaba habituada a estas reacciones psíquicas y me tomé el asunto con calma. Eran desagradables mientras duraban, pero no duraban mucho. Sospeché que, aunque le había advertido que no hablara con ningún ser vivo de estas cosas, Malcolm podría haber pedido consejo a alguien que le estuviese ayudando a resistir mi influencia. Yo no tenía la menor intención de forzar su voluntad en contra de su buen juicio, pero no tenía reparos en lo referente a la otra persona. Estábamos, sin embargo, adentrándonos en el agua rota que anuncia el Equinoccio Vernal, y me sentía reacia a intentar ningún trabajo psíquico en tales circunstancias. En los Equinoccios, tanto Vernal como Otoñal, todos los contactos se interrumpen automáticamente cuando cambian las mareas astrales, y aún quedaba por verse si captaría a Malcolm de nuevo o no en la nueva marea. Podría ser que no. Si se mostraba recalcitrante, Isis tal vez le abandonaría; pero si yo le volvía a captar sabría que el trabajo se estaba llevando a cabo.

Y, efectivamente, cuando las arremolinadas condiciones astrales llegaron lentamente a calmar las aguas tras la luna vernal, allí estuvo de nuevo la forma astral de Malcolm. Sin embargo no era más que una pálida sombra de su yo anterior. Alguien había intervenido. ¿Qué iba a hacer yo ahora? Poseía el poder, pero ¿debía utilizarlo? Detestaba la idea de emplearlo arbitrariamente, porque para mí un alma es algo sagrado. Y, sin embargo, alguien lo había hecho. Así que tomé la decisión de que, aunque no presionaría a Malcolm, haría todo lo posible por alejar a esa persona.

Cuando la luna nueva se cargó de poder subí a mi templo, el cual ya había sido sellado otra vez y vuelto a dedicar a la nueva marea. Contaré lo que hice porque es interesante:

En primer lugar, coloqué los Pentáculos, los grandes signos trazados con el fuego astral, en los cuatro puntos cardinales. Ya me había vestido con la túnica negra y lisa y con el tocado de plata de la sacerdotisa de la luna; luego, tomé las túnicas astrales, imaginándome a mí misma vestida según correspondía a mi grado. Sentí el peso de la serpiente Uraeus arqueándose sobre mi frente y la presión del kestos

de plata sobre mis caderas. En mi mano tenía el Ankh astral y también el terrestre. Con éste tracé los signos lunares e invoqué con los Nombres de Poder mayores. El poder descendió y todos los objetos rituales, y cada símbolo de las paredes, se ribetearon de luz. La estancia fue adquiriendo bastante brillo a pesar de que, salvo la lámpara que iluminaba a la Diosa y la Luz Perpetua que pendía del techo, no había nada ardiendo en toda aquella oscuridad.

Deposité de nuevo el Ankh sobre el altar y tomé la vara de fuego. Tracé el símbolo de Fuego en el aire y aparecieron unas pequeñas llamas. Las nubes de humo desprendidas del incienso cobraron un matiz rojizo. Entonces, invoqué a la Diosa Sekhmet, a la de Cabeza de León, y sentí que sobre mi cabeza cobraba forma la cabeza de una leona.

Dejé de nuevo la vara de fuego sobre el altar y volví a tomar el Ankh, la cruz ansada o egipcia, el signo de la vida, y con él tracé el círculo mágico y el triángulo del arte. Luego, invoqué a mi sacerdote y le llamé hasta que acudió. Él cobró forma en el triángulo del arte. A continuación, alrededor de ambos –él en el triángulo y yo en el círculo–, tracé con la vara de fuego el círculo de fuego. Las llamas crecieron más y más hasta que pasaron por encima de nuestras cabezas, desprendiendo un caluroso y fuerte resplandor. Con mis ojos sostuve los ojos de la forma que había evocado y vi que el alma del hombre estaba tras ellos.

"Oh, amado de Isis", dije. "Tú y yo estamos solos en el círculo de fuego donde nada ni nadie puede intervenir. Harás sólo tu propia voluntad y la de nadie más".

Entonces, fui disminuyendo lentamente el poder. Las llamas se fueron extinguiendo. La figura del hombre se desvaneció y realicé los exorcismos que liberaban las tensiones psíquicas y devolvían todo a la normalidad. Hacía mucho calor en la sala. Creo que alguna cosa podría haberse prendido fuego de haber prolongado el experimento mucho más tiempo. Estaba empapada en sudor y completamente exhausta. Todo el experimento, incluida la meditación preliminar, había durado menos de media hora, pero necesité dos días para recuperarme.

Todo esto hice en favor de Rupert Malcolm, y tenía mis dudas de que fuera a agradecérmelo. De haber tenido la certeza de que nunca más volvería a verle, habría buscado un sustituto sin perder una décima

de segundo. Pero casualmente un fuerte impulso me movió a decir: "Este es el hombre adecuado para el trabajo; si es posible, hay que conseguir que sea él quien lo realice. Sus sentimientos no importan; los tuyos tampoco importan. Los sentimientos personales no cuentan en este caso. Él sufrirá y tú correrás riesgos, pero el trabajo ha de llevarse a cabo. Es importante."

Luego llegó la confirmación que nunca falta cuando se han puesto en marcha grandes proyectos, pues "Los del Otro Lado" nunca esperan que uno confíe a ciegas –vino mi amiga y me dijo:

—He tenido un sueño extraño. Soñé que estaba contigo en el templo, y que el Sacerdote de la Luna[2] se acercaba a mí y me decía que debía decirte que debes entregar el mensaje. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí —respondí—, lo sé.

—¿Lo harás?

—Sí, lo haré.

—¿Cómo?

—A mi manera —contesté—.Ten por seguro que llegará a la persona a quien va destinado; pero que obre en consecuencia o no es ya otra cuestión.

[2] Ver *La Sacerdotisa del Mar*

CAPÍTULO IX

ERA una tarde de tormenta y el río estaba crecido. A lo largo de todo Grosvenor Road habían apilado sacos de arena y el señor Meatyard había sacado los pesados tablones que, insertados en ranuras, se atravesaban bajo la puerta de entrada. Me puse un gorro de lana en vez mi habitual sombrero de fieltro de ala ancha y bajé hasta el embarcadero para ver correr la riada. Era una bonita escena y me encontraba absorta contemplándola, ajena a todo lo demás, cuando sentí que algo me rozaba el codo.
Cogida completamente por sorpresa, di un respingo: uno de mis pies resbaló en la madera mojada y, a punto estaba de trasponer el borde del embarcadero y caer al agua, cuando sentí que un par de manos, como las de un gorila, me agarraban por detrás, me levantaban en vilo y me ponían a salvo. Me di la vuelta y vi el rostro del Dr. Malcolm blanco como el papel.

—¡Dios mío! —exclamó—¡Por poco se cae usted al río! Lo siento muchísimo. Me temo que la he asustado... No pretendía hacerlo. La he hablado pero no ha debido de oírme.
—¿Cómo supo que estaba aquí, en el embarcadero? —le pregunté.
Él se sonrojó un poco.
—No sé cómo se me ha ocurrido. Lo sabía y eso es todo. Estuve en su casa y nadie me abría la puerta, así que decidí venir aquí.

Nos dimos la vuelta y empezamos a pasear despacio calle abajo. El Dr. Malcolm caminaba mirando al suelo, sin dirigirme la mirada en ningún momento y sin pronunciar palabra.
—Me alegro de que haya venido -le dije para romper el silencio-. Habría sentido no volver a verle.
—El trabajo del hospital me ha mantenido muy ocupado —respondió—. Andan escasos de personal y mi subalterno se ha puesto enfermo.

Acepté la excusa, aunque no creí que fuera cierta; y enseguida él también rectificó.
—En realidad, supongo que habría podido venir si de verdad hubiera tenido intención de hacerlo, pero no lograba poner las cosas en claro.

No podía establecer la relación entre usted y la mujer con la que había soñado.
—¿No somos la misma persona? —pregunté yo.
—No exactamente —respondió él—. No me la imagino a usted haciendo las cosas que la he imaginado hacer a ella.

Pensé que sería mejor no cuestionar aquello.
Llegamos a la enorme puerta. Introduje la llave en la cerradura y abrí. Pero la puerta era pesada y tendía a cerrarse de nuevo por su propio peso, y los tablones anticrecidas que llegaban a la altura de las rodillas dificultaban el acceso.

—¿Quiere ayudarme? —dije yo tendiéndole la mano. Él hizo lo propio pero sin levantar la mirada; no sé si para evitar la mía o para verme los tobillos que los tenía bien a la vista. Y así entramos en la casa.
—¿A qué huele siempre este lugar? —preguntó al franquear las puertas del gran salón.
—A diferentes cosas —respondí yo—. Esta noche huele a incienso.
—¿Por qué utiliza usted esa cosa?
—Por su efecto psicológico —le dije.

Se dirigió hacia la chimenea, se colocó de espaldas al fuego y, con las manos embutidas en los bolsillos del pantalón y el canuto de su chaqueta arrugándose sobre ellos como las plumas de un ave furibunda, se quedó mirando al vacío con un cigarrillo apagado entre los labios. No le hacía falta más que una gorra de visera, ligeramente inclinada hacia un lado, para hacerle parecer exactamente un marino montando guardia. Enseguida advirtió que su cigarrillo se le había apagado y lo arrojó a la lumbre.

—Ya estoy harto del sistema nervioso central —soltó de pronto.
¡Quién hubiera creído que hablaba la autoridad mundialmente famosa en la materia!
Sacó un arrugado paquete de cigarrillos de la marca Player del bolsillo y encendió uno sin pedir permiso.
—Ha habido una discusión de padre y muy señor mío en el hospital.
—¿A cuento de qué?

—Por mi culpa..., como de costumbre. Dígame, señorita Morgan: ¿cree usted que mis modales son tan pésimos?
Desde luego que eran más que deplorables, pero no tuve valor para decírselo.

—Creo que es usted muy despistado —respondí—, por lo cual probablemente ofenda sin querer.
—¿Y cómo es que esos imbéciles no se dan cuenta de que no es así?
—Probablemente porque son imbéciles.
—Sí, es probable que lo sean. Pero yo soy un imbécil que se sale de la raya y, por Dios, ¡cómo no voy a saberlo!
—Ése es el principio de la sabiduría.
—Ya lo he descubierto. No tenía intención de venir a verla otra vez, ¿sabe?, hasta que las cosas estuvieran claras en mi mente.
—¿Y lo están?
—No. No se aclaraban. Por eso mismo estoy aquí esta tarde.
Presentí que, viniendo de él, esto era una confesión de capital importancia.
—Usted me llamó —replicó, afirmando un hecho.
—Sí —le respondí.
—¿Por qué lo hizo?
—Porque le necesitaba.
—¿Y para qué me necesita?
—Eso —repuse— es una larga historia. Si se decide, usted puede serme útil.

Estuvo rumiando aquellas palabras hasta que consumió el cigarrillo, y, finalmente, dijo:
—Le diré cuál es mi situación —advertí que no me preguntó para qué podía serme útil—. Soy un hombre casado. Mi esposa está inválida. Vive en la costa. Antes iba a verla fines de semana alternos, más o menos, pero su médico me aconsejó que me esfumara, que era una molestia y que lo único que hacía era disgustarla. Trabajo en un hospital de Londres y en algún otro sitio, pero puedo recoger los bártulos si es preciso. Supongo que se alegrarían mucho si lo hiciera, a juzgar por lo que he oído hoy. Debo ganar cierta suma de dinero para mantener a mi esposa, pero eso no supone mayor problema. No necesito mucho para mí. Por lo demás, estoy a su disposición.

Tan repentina y absoluta capitulación me desconcertó. Estábamos en el punto al que sabía que finalmente llegaríamos, pero esperaba alcanzarlo de forma gradual, y no sabía cómo manejar a mi imponente socio. La mente se me quedó en blanco; lo único que seguía reverberando en ella eran los versos de Hilaire Belloc:

> Yo tenía una tía en Yucatán
> Que a un hombre una serpiente compró
> Se la quedó de mascota
> Y mi tía se murió,
> porque unas sencillas reglas
> No supo bien aplicar—
> ¡Aún vive la pitón!

La voz con la que le hablé no parecía la mía y al oírla miró a su alrededor.
—Esa es una oferta en extremo generosa; demasiado para tomarle la palabra de inmediato. Debe usted llegar a conocerme mejor y enterarse de lo que estoy haciendo. Después, si todavía está dispuesto a repetir su oferta, yo estaré encantada de aceptarla.
—Muy bien. Hagamos las cosas a su manera. No tengo ni la menor idea de lo que quiere, pero haré lo que pueda.
—En ese caso, siéntese. —dije— Le prepararé una taza de té y, luego, charlaré con usted.

Obedientemente, se sentó en mi sillón favorito. Saqué unas brasas de la lumbre, las puse sobre una plancha de hierro e hice unos bollitos al estilo campesino. Él me miraba absorto, y más aún cuando el olor de los panecillos cocidos empezó a inundar toda la estancia. Por último, comió tal cantidad de ellos que temí por su salud.
Puse el servicio de té sobre la camarera y la empujé hasta la cocina, la antigua sacristía, para que el señor Meatyard se ocupara cuando le viniera bien. Mis métodos domésticos son muy simples, pero perfectamente eficaces. Luego, sin dejarme ver, entré en mi dormitorio y me puse una de mis holgadas túnicas iridiscentes que utilizo cuando estoy en casa. Pensé que aquello le agradaría al Dr. Malcolm.
Y así fue. Pero, aparte de una mirada sorprendida y de un ligero e inquieto movimiento de la mano que sostenía el cigarrillo, no mostró ningún otro signo.

Encendí uno de mis pitillos, pues a mi compañero no se le ocurrió ofrecerme uno de los suyos –el hospital tenía toda la razón al reprenderle por sus modales. Sin embargo, se había ofrecido a mí personalmente, sin pedirme nada a cambio, y un hombre de su posición tenía mucho que ofrecer. Unos ingresos de cuatro cifras y, mejor aún, un enorme prestigio. Era uno de los Médicos de la Corona.

—Y, dígame —le pregunté— ¿Por qué está usted harto del sistema nervioso central?
—Porque no le lleva a uno a ninguna parte.
—Y, si deja usted eso, ¿a qué se va a dedicar?
—A la endocrinología.
—¿A la psicología no?
—¡Bah!
—Entonces, ¿usted no cree que la mente ejerza influencia sobre la materia?
—Nunca he hallado que así fuera. En cambio, estoy jodidamente seguro de que la materia influye a la mente. ¡Perdone! no debería emplear ese lenguaje con usted, pero sigo olvidando que no es usted un hombre. Es tan decidida como si lo fuera.

Aquello resultó bastante sorprendente a la vista de su reacción ante mis ropas iridiscentes.
—No quiero decir que piense como un hombre. Me refiero a que ve la vida como un hombre.
—¿Cómo sabe usted cómo veo yo la vida?
—Sé cómo me ha manejado a mí. Y ninguna mujer con aspecto de mujer corriente me habría tratado como usted lo ha hecho. Se habría asustado de mí, temiendo meterse en algún lío.
—¿Y cómo sabe que a mí no me da miedo?
—No lo tiene, ¿verdad?
—En absoluto, pero ¿cómo lo ha sabido?
—Me molestaría que lo tuviera. No hay razón alguna por la que deba estar asustada. Todo este tiempo he deseado disculparme por mi manera de comportarme con usted —me refiero antes de conocerla. Debe pensar que estoy loco o que soy un canalla de lo más despreciable. En serio, no soy ninguna de las dos cosas. Por supuesto jamás soñé que hubiese algo en la telepatía que no fuera pura farsa de co-

mediantes de music hall —Por cierto, he estado leyendo su libro. Supongo que debería haberme reservado mi opinión y no empezar a imaginarme cosas sobre usted, pero nunca imaginé que llegara a esto. Supongo que el pecado está en la intención y, si es así, soy culpable de pecado. Aunque no logro entender qué opina de este asunto, señorita Morgan.
—Si yo le diera mi opinión, Dr. Malcolm, lo entendería aún menos. No es el momento, de todos modos. Lo sabrá más adelante. Pero, preferiría que no me llamara señorita Morgan.

Se sonrojó, aunque no sé si por el placer que sintió al pedirle que me llamara por mi nombre de pila o de pánico por esperarse de él que lo hiciera. Sin embargo, no tardé en desilusionarle.
—Mi verdadero apellido no es Morgan, ¿sabe? Adopté ese nombre para poder ser beneficiaria de un testamento, pero nunca me ha gustado. Sencillamente no soy "yo". Mi auténtico apellido es Le Fay, y si vamos a ser amigos preferiría que me llamara así. El otro apellido me crispa los nervios. Mi verdadero nombre es Vivien Le Fay.
—Vivien tampoco le pega a usted. Suena demasiado foráneo.
—Tiene razón... no me pega. Me lo pusieron por la joven bruja de la leyenda del rey Arturo que embaucó a Merlín y le condujo a la muerte; pero no creo ser como ella, ni mucho menos. El primer nombre que mi padre eligió para mí era el más adecuado, pero al cura no le pareció bien.
—¿Qué nombre es ese?
—Lilith.
—¿Lilian?
—No. Lilith.
—¿Quién es esa?
—Era la compañera de Adán antes de conocer a Eva, su esposa. Algunos dicen que era un ángel caído; otros, que era un espíritu sin alma de la tierra. Creo que los psicólogos afirman que es el arquetipo de mujer del inconsciente colectivo del hombre. De todos modos, era una especie de demonio, o eso aseguran los clérigos: comentan que ella transmitió a Adán sabiduría. Pero incluso después de que Dios, a quien no le gustaba, la sustituyera por la que Él consideró más apropiada, Adán no pudo olvidarla. Algunos afirman que fue ella, y no la Serpiente, la responsable de la expulsión del Paraíso Terrenal.
—¡Ajá! Ahora comprendo —respondió Malcolm—. El arquetipo

femenino del inconsciente colectivo del hombre. Puede que eso lo explique.
—¿Explicar qué?
—Que yo haya soñado con usted.
—¿De verdad cree usted eso?
Permaneció en silencio un instante. Luego, añadió:
—No, en realidad no. Mi esposa se llama Eva —añadió— me gustaría que me contara qué pretende hacer conmigo —concluyó sin venir al caso.
—¿Sabe algo de magia?
—¿Sobre conjuros?
—No, de magia. ¿Me creería si le dijera que la he practicado?
—Sí. La creería. Es usted tan radicalmente distinta a todo cuanto he conocido que me creería casi cualquier cosa que me contara de usted. Pero, no está hablando en serio, ¿verdad?
—Completamente en serio. ¿Me creería si le dijera que también usted ha practicado la magia?
—Ya veo donde quiere ir a parar. Usted se refiere a esa extraña clase de telepatía que está habiendo entre nosotros y con la que quería que yo experimentara. Pero, yo creía que eso era espiritismo, no magia.
—¿No es magia el espiritismo?
—¿Lo es?
—¡Créame! !Lo es!
—Haré cualquier cosa que desee, señorita... señorita Le Fay. ¿Quiere que practiquemos transferencia de pensamientos? ¿De qué clase desea hacerlo?
—De la misma clase que los que ha estado usted teniendo.
—¡Dios mío! ¡No puede referirse a esos! Usted no sabe lo que he estado haciendo.
—¿Ah, no?
—No, señorita Le Fay, no lo sabe.
—Sí que lo sé, Rupert Malcolm.

Dio un respingo en el sofá.
—¿Cuánto sabe?
—Mucho. Pero, desde luego, no sé cuánto más hay que saber.
—¿Sabe que estoy enamorado de usted?
—Sí.

Permaneció rígido e inmóvil durante más de un minuto; luego, con voz perfectamente controlada, dijo:
—¿Y qué vamos a hacer al respecto?
—Transmutarlo en energía.
—No sé qué quiere decir.
—Ahí está la dificultad; porque yo sé exactamente lo que quiero decir, pero usted no. Tendré que explicárselo y demostrárselo, y usted tendrá que confiar en mí hasta que vea con claridad su camino. ¿No quiere sentarse y dejar que le hable? ¿No quiere sentarse, Rupert?

Oí cómo contenía la respiración, pero se dejó caer en el sofá echándose sobre el respaldo.
—Usted ya sabe cuál es mi situación —respondió—Ya se lo he dicho claramente.
—Sé exactamente cuál es su situación —repuse— y jamás le pondré en situación alguna que le avergüence.
—No entiendo cómo podrá evitar ponerme en una situación que me dificulte aún más las cosas.
—¿Demasiado difíciles?
—Me temo que sí.
—¿Más difíciles de lo que serán si usted rompe conmigo?
Se cubrió la cara con las manos.
—¡Oh, Dios mío, no lo sé!
No quería presionar a este hombre reservado hasta el punto de que perdiera el control de sí mismo, así que le hablé con calma y de forma impersonal, como si estuviésemos consultando el caso de otra persona.

—Hay tres cosas que podemos hacer: romper mutuamente del todo; olvidarnos de los convencionalismos y seguir adelante hasta el final...
—No me estará proponiendo hacer eso, ¿verdad? —exclamó Malcolm bruscamente, levantando la mirada—. Yo no podría.
—No le estoy proponiendo nada —respondí—. Sólo estoy analizando la situación en este momento.

Se puso colorado y bajó la mirada. Yo proseguí.

—Podemos romper del todo; podemos seguir adelante hasta el final; o podemos aplicar a fines mágicos la energía que fluye entre nosotros.
—Ese, desde luego, es un tema que se escapa a mi comprensión —musitó Malcolm—. Pero sé que, aunque aplacemos la decisión haciendo magia o lo que sea, al final iremos a parar a eso. Conozco mi naturaleza, así que la prevengo. Hasta ahora he conseguido vivir con rectitud evitando caer en la tentación, pero no soy por naturaleza un hombre de pensamientos puros. Tengo que vérmelas con las bestias salvajes de Éfeso. Si sigo viéndola, sintiendo lo que siento por usted, me encontraré con un problema muy serio; y si usted me da la mano es probable que yo me tome el pie, y luego lo lamentaremos los dos.
—Si hacemos magia juntos —le respondí— drenaremos esa energía y haremos la vida mucho más llevadera para usted.
—No puedo dar mi opinión sobre esa cuestión. Jamás he tenido ninguna experiencia con la magia ni he esperado tenerla —añadió con una leve sonrisa que me indicaba que lo peor de la crisis emocional estaba ahora bajo control.
—¿Cree en mi palabra de que es tal y como yo le digo?
Malcolm vaciló.
—No me cabe la menor duda de que habla de buena fe, señorita Le Fay, pero tengo serias dudas de que usted conozca la naturaleza de un hombre.
—Poseo un enorme conocimiento de la naturaleza de los hombres.

Se quedó rígido.
—Eso, por supuesto, es cosa suya y a nadie le importa —respondió.
—Usted ha sido sincero conmigo y yo voy a serlo también con usted. ¿Qué edad cree que tengo?
Me miró con el ceño fruncido.
—Entre treinta y cinco y cuarenta años, quizá; aunque no los aparenta.
—Tengo muchos más que esos. No importa cuántos, pero se llevaría una buena sorpresa si se lo dijera. ¿Ha leído alguna vez Ella, de Rider Haggard?
—Sí, cuando era un muchacho.
—Pues yo soy otra Ella.
Se quedó sentado y en silencio durante unos instantes. Luego, musitó:
—Aquel libro me causó mucha impresión cuando lo leí.

—¿Me cree, entonces, cuando le digo eso? ¿No piensa que estoy sólo fantaseando?
—Sí, la creo. Dios sabrá por qué..., pero la creo.
—Entonces, ¿hará magia conmigo?
—Sí, si usted lo desea. Pero se da cuenta de a lo que se enfrenta, ¿verdad? Yo no puedo garantizarle en absoluto mi buen comportamiento. Ya me he portado horriblemente mal con usted siguiéndola y todas esas cosas. Sin embargo, espero que siempre pueda pararme los pies si me trata con firmeza. Pero –señorita Le Fay- nunca le perdonaré que no lo haga.
—Amigo mío —le respondí—, yo no quiero más problemas que usted. De eso puede estar bien seguro.

Y con aquello hubo de contentarse.
Para entonces ya conocía yo su costumbre de hacer largos silencios cuando parecía sumirse profundamente en sí mismo y comulgar con su subconsciente. Ajeno a lo que le rodeaba, permanecía sentado con la mirada perdida en el vacío durante minutos. En esos momentos se reflejaba en su rostro una absorta y preocupada intensidad emotiva que le hacía parecer enfadado con la vida en general. En esta ocasión, su silencio duró mucho más tiempo del habitual, y en su cara se dibujó una mirada de irritable perplejidad aún más feroz. Era un semblante imponente y severo, y de no haber visto otras expresiones en aquellos extraños y luminosos ojos, habría logrado desanimarme. Pero Malcolm no sólo empezaba a gustarme sino que, además, sentía respeto por él.

Por fin, habló:
—Me gustaría que me dijera, señorita Le Fay, cómo ve usted este asunto.
—¿Crée que lo comprendería si lo hiciera?
—Sí, lo comprenderé perfectamente si usted tiene paciencia conmigo y me permite preguntarle. Es mi profesión comprender cosas. Si no le importa a usted que la pase por mi criba, no tardaré en clasificarla. Dicho esto, deme un breve perfil de la situación según su punto de vista.
—Mi querido Dr. Malcolm, me pide usted algo muy difícil. No sé por donde empezar.

—Empiece por dondequiera. Ya pondré yo en orden sus ideas. Estoy acostumbrado a tratar con analfabetos.
Por fortuna estaba demasiado concentrado mirando al vacío para observar la cara que puse. ¡No me extrañó que se buscara problemas con las pomposidades del hospital!

Comencé por los Trabajos de Hércules.
—¿Cree usted en la vida después de la muerte, Dr. Malcolm?
—No.
Me pregunté si tal vez mi tarea sería la de Sísifo en vez de la de Hércules.
—¿Cree usted en la existencia de una realidad invisible detrás de las apariencias?
—Por supuesto, es obligado que así sea. La hemos seguido la pista un largo camino y aún la seguiremos mucho más.
—¿Cómo concibe usted su naturaleza?
—Eléctrica.

Suspiré y volví a apoyar el hombro contra la roca.
—¿Cree usted que existe una sabiduría antigua, secreta y tradicional que ha ido transmitiéndose de un iniciado a otro durante siglos?
—No veo razón para que así sea, pero como nunca he realizado estudios en esa línea, no estoy en disposición de formular una opinión.
—¿Me creería si yo le dijera que sí?
—Sí.
—Muy bien. Entonces, créame que existe.
—Muy bien.
—Yo soy una de las receptoras de ese conocimiento.
—No tengo dificultad alguna en creerlo.
—Debido a ese conocimiento, poseo ciertas facultades que son... poco usuales; tal vez sea este el término más indicado.
—Puedo dar fe de ello por propia experiencia.
—También usted los tiene.
—¿Yo?
—¿No se ha dado cuenta?
—Es cierto que he tenido algunas extrañas experiencias desde que tropecé con usted, pero yo las atribuyo a usted, no a mí.
—Hacen falta dos para que se den tales experiencias, Dr. Malcolm.

Yo no puedo inducirlas en usted si no posee capacidad de respuesta. ¿Acaso no ha notado que tenía esas experiencias con independencia de mí –incluso antes de que yo supiera que existía?
—Nunca las he tenido hasta que tropecé con usted, señorita Le Fay. Puede que no tomara parte en ellas conscientemente, pero usted actuaba a modo de catalizador.
—Eso se debe a que la energía que hay en mí estimulaba la que hay en usted. Le diré otra cosa, Dr. Malcolm: usted me sirve a mí de catalizador.

Se dio la vuelta y me miró.

—Yo buscaba denodadamente, aunque en vano, un lugar donde comenzar mi labor; pero no conseguía encontrarlo. Resultaba mucho más difícil que la típica búsqueda de un lugar donde vivir, porque sólo necesitaba un estudio con espacio suficiente donde hacer la vida: un tipo de alojamiento muy corriente. Entonces recordé haber visto esta iglesia al confundirme de calle. ¿Pero, cree usted que la encontré después? Pues, no. Me pasé horas buscándola. Ahora sé que debí de pasarme el final de la calle media docena de veces y que entré por cualquier otra menos por esta. Y cuando ya, desesperada, volvía a mi casa, casi le atropello a usted. Fue entonces cuando, de pronto, el sol hizo un reflejo en su ventana Oeste y vi donde estaba la iglesia.
—¡Dios mío! ¿Fue usted?
—Sí, yo misma. Lamento no haberle dejado entrar. Debería haberme disculpado antes.
—Ciertamente experimenté un cambio, pero no por el golpe que me dio en la espalda. ¿Sabe que usted era como alguien que se me aparecía en una pesadilla que yo tenía en mis días de estudiante? –soñaba que me quedaba encerrado en la sala de disecciones cuando todos se habían ido y que había una mujer con el pelo largo y negro tumbada sobre una mesa de autopsias bajo la luz de la luna, y que yo tenía que diseccionarla. En aquellos tiempos aún no se había oído hablar de Freud y tomé mi sueño recurrente como un aviso y me ponía a temblar de miedo.
—¿Por qué le ponía tan nervioso? ¡Seguramente estaba acostumbrado a las disecciones!
—Ah, perfectamente: con una mano sostenía la comida y con la otra

hacía una autopsia. Pero esto era diferente. No es que la tuviera que diseccionar sino destriparla como a un pollo, y para ello sólo disponía de un par de abotonadores; ni escalpelo, ni fórceps, ni nada. Y cuando hubiese terminado sabía que vendrían a buscarme, que me perseguirían hasta la calle y me darían muerte. Aparentemente, me estaba permitido descuartizar a la dama con abotonadores cuando me viniera en gana, pero tan pronto terminaba, tenían que matarme.

—¿Y... yo era la dama?

Él dejó notar su inquietud con un movimiento.

—Sí, me temo que era usted. Pero nunca la relacioné con la mujer de la capa negra que paseaba por el dique.

Me levanté, fui hasta la librería y volví con un libro en la mano sobre momias, de Elliot Smith.

—¿Le resulta esto familiar? —le pregunté, señalándole una de sus páginas.

—¡Dios mío, sí!

—¿Y qué explicación le da?

Cayó en uno de sus largos silencios y supe que debía esperar.

Al fin, dijo:

—Usted me ha preguntado si creía en la vida después de la muerte, y yo le he respondido que no. Supongo que me he precipitado: debería haberle dicho que no estoy en disposición de formar un juicio. Creo que existen pruebas, pero nunca me he interesado tanto como para investigarlo. Le diré, en cambio, en lo que creo: creo en vidas después de esta –hasta donde recuerdo, siempre he creído en ellas. Y nadie me lo ha dicho; sencillamente, lo sabía. No puedo probarlo. Creo en ello y eso es todo. El único acto de fe que alguna vez he llevado a cabo. Nunca se me ocurrió asociar mi pesadilla de la sala de disecciones con algo que tuviera que ver con otra vida, pero este libro –bueno, tal vez no sirva de prueba a otras personas, pero para mí es suficiente porque todas mis ideas han girado siempre en torno a cosas egipcias. Nunca me he llevado bien con la religión, aunque soy hijo de un pastor protestante. Pero siempre he creído que los egipcios tenían una religión valiosa y con la que yo podría haberme sentido a gusto e identificado.

—¿Qué clase de pensamientos tuvo de sus vidas pasadas?

—Ninguno que fuera edificante. Al contrario, en realidad eran muy lúgubres. Ideas de esas que son lo último que uno espera que tenga

un chaval. Me parecía que era un marginado de la sociedad y una mala persona. En parte me molestaba su injusticia, y en parte sabía que lo merecía. Eso me torturaba psicológicamente de niño. Nunca tuve religión, pero, ¡Dios mío, tenía convicción del pecado! Sin embargo, señorita Le Fay, cuando me psicoanalizaron recientemente, el contenido que arrojó ese sueño fue exactamente la típica bazofia freudiana.

—¿Se hizo psicoanalizar con la intención de deshacerse de mí?

—Bueno, me temo que así fue. Traté de verme a mí mismo con imparcialidad, y juzgado por los roles de la psicología tal como yo los conozco, me pareció que me estaba volviendo patológico. Así que pedí una segunda opinión y confirmó mis temores.

—¿Le ayudó el psicoanálisis?

—En lo más mínimo. Pero, al parecer no se esperaba que lo hiciera en menos de tres años. Era puramente diagnóstico. El tipo probó a sugestionarme, pero yo no era sugestionable; así que me mandó a una mujer que se había dado por el Nuevo Pensamiento. ¡Grrr! Le habría retorcido el pescuezo. ¡Paparruchas! Decirme a mí... a mí, que me cuidara del poder de la mente sobre el cuerpo. Le dije que probara con un tumor cerebral para que supiera qué poder tiene el cuerpo sobre la mente. No le gusté y ella a mí tampoco. No paraba de sonreír como el gato de Cheshire[1], porque era acorde con sus principios el mostrarse amable, pero de todos modos yo no le gustaba. Yo no sonrío como el gato de Cheshire. Si a mí no me gustan las personas, lo saben y no me importa que lo sepan.

Sentí lástima de aquella pobre mujer. Mi actual trabajo de Hércules no era nada comparado con el que ella había realizado tratando de convencer a su imponente paciente de que Todo es Amor. Pensé que era mucho más probable que Malcolm hubiera logrado desilusionarla a ella que ella le hubiera causado a él alguna impresión.

—Hay, no obstante, una cosa de la que me arrepiento profundamente, señorita Le Fay: la hablé de usted. ¡Dios sabrá por qué lo hice! ¡Dios sabrá cómo pude ser tan imbécil! Pero, sea como fuere, lo hecho, hecho está... y de veras que lo siento en el alma.

[1] N. del T. Gato ficticio que aparece en *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll.

—¿Qué le contó de mí?
—Le conté cómo me sentí atraído por usted y cómo me dejé llevar por la imaginación hasta perder el control.
—¿Y qué le aconsejó ella que hiciera?
—Me dijo que cortara con eso, naturalmente. Ella sabía que soy un hombre casado.

Reflexioné sobre la utilidad de aquel consejo. Después de todo, Malcolm había ido a consultarla porque no podía cortar con aquello.
—Dígame, Dr. Malcolm: ¿qué le hizo ignorar su consejo?
—¡Ah, usted me llamó! En cuanto supe que usted quería verme tuve que acudir. *Haría cualquier cosa en el mundo por usted. Lo sabe,* ¿verdad?
—Sí, lo sé. Y por eso mismo le he llamado.
—Pero usted no siente por mí lo mismo que yo siento por usted. En ese sentido no me hago ilusiones.
—No. Es cierto. Pero, mejor que sea así, ¿no cree? Si sintiera lo mismo por usted no podríamos trabajar juntos.
—No, desde luego. Estoy completamente de acuerdo. Y eso nos lleva de nuevo al punto de partida. Usted iba a decirme lo que opina de este asunto. Así lo he entendido, de todos modos –pero, ¡maldita sea, señorita! ¡Usted me ha estado psicoanalizando también! ¡Y también con abotonadores!
—Se lo explicaré lo mejor que sé, Dr. Malcolm, pero no puedo garantizarle que lo vaya a entender.
—Bueno, continúe. Lo entenderé muy bien. No soy ningún tonto, aunque pueda parecerlo por mi manera de comportarme.
—Muy bien. ¡Escuche! Le dije que usted tenía poder mágico, y ahora ya le ha sido mostrado. Creo que lo está viendo usted mismo. Ese poder es el que yo deseo utilizar. De todos modos, es poco habitual encontrarlo en la medida que usted lo posee. Usted es psíquico, pero los psíquicos son bastante frecuentes. En cambio, usted también tiene, además de su psiquismo –y esa combinación si que es infrecuente–, un grado de dinamismo, de fuerza vital, o de energía e impulso, que por mi experiencia considero única. Una parte de ello va destinado a su trabajo, desde luego, y por eso ha llegado usted al nivel que ocupa en su profesión; pero, ¿dónde va el resto, Dr. Malcolm?
—Me temo que se me va a la cabeza, y empiezo a seguir a la gente

por el dique, poniéndome en ridículo generalmente, como usted debería saber.
—¿Acaso acostumbra hacer ese tipo de cosas?
—No. ¡Por favor, señorita Le Fay! No, jamás. Nunca me había pasado. Jamás en mi vida. ¡Palabra de honor!
—Eso pensaba yo. No entendía por qué ha dicho eso.
—Hablaba sólo en sentido general, ¿sabe? No quería ser demasiado personal.
—¿No ve usted, Dr. Malcolm, que esa tremenda fuerza impulsora que sitúa tras su fantasía ha hecho que se manifestara como telepatía?
—Sí, me he dado cuenta de eso; y lo siento muchísimo. Ha sido desagradable para usted.
—En lo más mínimo.
—Está fuera de mi capacidad de comprensión: debería pensar que esa clase de cosas a una mujer le gustan o no le gustan, pero no que haya términos medios.
—¿Ha estudiado usted las religiones antiguas? ¿La hindú, la egipcia, etc.?
—No, nunca. La mujer del Pensamiento Superior me habló del Yoga. Me inclino a pensar que el Yoga tiene algo. Aunque no como ella lo expresaba: ¡amor! ¡espíritu! ¡Grrr!
—No se preocupe ahora de la mujer del Pensamiento Superior. ¿Es soltera?
—Llevaba una alianza, pero... sí, era solterona. Sé a lo que se refiere.

—Pues si hubiera estudiado las religiones antiguas habría visto que su perfil es completamente distinto al nuestro. En ellas se adora la fuerza creativa, mientras que nosotros la suprimimos.
—¿Qué fuerza creativa?
—¿Acaso no es creativa la energía reproductora?
—Me temo que no la comprendo.
—Dr. Malcolm, voy a hacerle una pregunta que no tiene que responder si no quiere. ¿Satisface su matrimonio sus necesidades?

Permaneció sentado y silencio.
—Mi esposa se quedó inválida tras el nacimiento de nuestro hijo —dijo al fin— He contraído una fuerte deuda con ella.

—¿Y el niño?
—No podían salvar a los dos.
—¿Le obligaron a elegir?
—Sí.
—¿Puede haber más hijos?
—No, eso está descartado.
—¿Puede haber continuidad a su vida matrimonial?
—No.
—¿Satisface su matrimonio sus necesidades, Dr. Malcolm?

Volvió a quedar en silencio. Al fin, respondió:
—No. Desde luego que no.
—¿Y qué pasa con ese lado de su naturaleza que debería haber participado en su matrimonio?
—¡Sabe Dios! No lo sé. Supongo que corre por ahí arremolinado y desahogándose como puede. Creo que me hace estar de mal humor.
—¿Duerme mal?
—Fatal.
—¿Tengo ya mi diagnóstico?
—Así lo espero.
—¿Sueña mucho?
—Usted sabrá.
—Y, después de soñar, ¿se siente más feliz?
—¡Oh, querida, por supuesto que sí!
—¿Ve usted cómo esa tremenda fuerza vital que hay en usted rebosa en sus sueños y pasa a mí telepáticamente? ¿Y que, como yo sé recibirla, tomarla y absorberla, usted se encuentra en paz? Si yo se la devolviera arrojándosela, seria para usted una experiencia enfermiza.
—¿Es eso posible?
—Usted ha soñado y ha estado en paz, ¿no?
—¿Cómo puedo decirle eso a usted? Sí –sí, ciertamente. Usted lo sabe, lo comprende.
—Y ha tratado de cortar conmigo. ¿Cómo ha estado después?
—Destrozado... destrozado. No podía soportarlo.
—¿Ve cómo se manifiesta la fuerza?
—Se manifiesta en la imaginación. Pero se reúne conmigo a medias. Sería distinto si no lo hiciera. ¿Y aún así no le importo?

—Ahí está el secreto: me reúno con usted a medias. Yo tomo esa fuerza de usted y la utilizo en mi magia. Y por eso, Dr. Malcolm, se encuentra en paz.
—Pero, ¿es eso correcto? ¿Es justo para usted?
—¿Acaso hace daño a alguien?
—No. No veo que haga daño a nadie.
—¿A usted le ayuda?
—Inconmensurablemente.
—¿Le he ayudado yo, que sería considerada pagana, más que la mujer del Nuevo Pensamiento, a la cual se consideraría muy espiritual?
—¡Oh, ni la mencione!
—Entonces, amigo mío, ¿confiará en mí para que experimente con usted?
—Sabe que lo haré, y seguro que no hace falta que se lo diga. Pero, ¿me dirá usted qué objeto tiene?
—No es exactamente investigación. He hecho todo eso y sé el terreno que piso. Pero no sé cómo explicarlo.
—¿Quiere que yo le sirva de modelo?
—Tampoco es eso exactamente. Aunque, en cierto modo sí. Si supiera algo de magia, lo entendería; pero no es el caso. Permítame expresarlo de este modo: usted y yo formamos parte de nuestra raza, ¿no? Y, por tanto, nuestra raza forma parte de nosotros. ¿De qué esta hecha la nación británica? De escandinavos y celtas, básicamente. Yo soy una mujer celta de negros cabellos y usted es un hombre nórdico de piel muy blanca; ambos representamos los dos tipos extremos de nuestra raza.
—Ciertamente, así es. Tendría que recorrer un largo camino y buscar mucho para encontrar personas más opuestas que usted y yo, tanto en tipo como en carácter y puntos de vista. Sin ir más lejos, la forma de su cráneo difiere de la del mío.
—Y, como dicen, en la variedad está el gusto.
—No. Radica en algo más profundo que eso. No es sólo su aspecto lo que me atrae.
—No se preocupe de las personalidades por el momento. Déjeme continuar con el siguiente punto. Nosotros, los iniciados, sostenemos que es posible hacer que algo procedente de los Planos Internos se manifieste al representarlo simbólicamente. Por eso se utiliza el ritual. Ahora bien, si usted y yo fuéramos a trabajar conjuntamente en

la resolución del problema en particular que yo quiero resolver, la solución afectaría favorablemente a la raza porque nosotros formamos parte de ella, y todo cuanto se haga realidad en nuestras mentes pasará a formar parte de la mente grupal y se diseminará como un fermento.

—¿Eso es verdad?

—Desde luego que lo es, Dr. Malcolm, y tener conocimiento de ello forma parte de la Tradición Secreta.

—Ya la pillo. Usted quiere crear una cultura a partir de mí.

—Justamente.

—Y, ¿en qué va a consistir eso exactamente? No lo pregunto porque esté tratando de eludirlo, sino porque deseo saber cómo voy a organizar mis asuntos. Debo seguir manteniendo a mi esposa. No debo abandonar el hospital sin avisar. Por lo demás, como ya le he dicho, me pongo por completo a su servicio. No entiendo ni jota de este asunto, así que tendrá que enseñármelo todo. Aunque, si tiene paciencia conmigo, aprenderé.

¡Todo esto viniendo de uno de los más grandes intelectos científicos de la época! Quedé sorprendida ante la absoluta simplicidad y modestia de aquel hombre. Quizá fuera en eso donde yacía el secreto de su grandeza, pues probablemente le dijo a la Naturaleza lo mismo que me dijo a mí.

—Me resulta difícil encontrar un modo de agradecérselo —respondí.

—¿Agradecérmelo? No sea boba. Usted no tiene nada que agradecerme. ¿Es que no soy ya más que afortunado cuando había perdido toda esperanza? Me siento muy honrado, señorita Le Fay, mucho más honrado de lo que merezco. Soy yo quien ha de estarle agradecido y no usted a mí. —hizo una pausa— ¿Se da cuenta de lo que esto representa para mí? Solo espero que sí y que yo no le haya inducido a error de ningún modo. Ahora, dígame qué quiere de mí. Vayamos a lo práctico. Para empezar, ¿cuánto tiempo necesita que le dedique?

—Una buena parte de él para empezar, hasta que aprenda la técnica. Después de eso, una noche a la semana con algunos trabajos esporádicos. Siempre será a última hora de la tarde. Yo soy una criatura lunar y no funciono hasta después de ponerse el sol.

—Yo también soy un trabajador nocturno, así que nos adaptaremos bien. ¿Cuando empezamos?

—Ahora mismo, si lo desea.

—Por mí, encantado; pero ¿no debería ordenar primero mis asuntos?

—Mi querido doctor Malcolm, ¿acaso piensa que pretendo asesinarle?

—¿Cómo voy a saberlo? Presumo que existe un grado de riesgo nada despreciable.

—Pero no para arriesgar la vida. El único riesgo que corre es el de sufrir un trauma bastante desagradable; podría incluso llegar a sufrir una crisis nerviosa, pero creo que tiene usted mucha resistencia para eso, y no le causaría daños permanentes.

—¿Y cuánto tiempo estaría inactivo si ocurriera lo peor? Sólo lo pregunto para organizarme –no quiero dejar tirados a mis pacientes. Alguien tendrá que hacer mi trabajo si yo no puedo.

—Si ocurriese lo peor, sólo estaría indispuesto durante una marea solar; es decir, hasta el siguiente Equinoccio; pero no creo que se quede usted inactivo ni incapacitado para hacer su trabajo más de una marea lunar, o sea, hasta la siguiente luna nueva.

—Estoy acostumbrado. Supongo que no notaré la diferencia. Pero si el único riesgo que debo asumir es un ataque de nervios, ¿quién correrá el verdadero riesgo en el asunto? Porque de que existe riesgo estoy convencido, aunque usted aparente tanta tranquilidad.

—Yo lo asumiré, Dr. Malcolm, pero no es tan terrible. Sé lo que hago y estoy absolutamente acostumbrada a ello. El único y verdadero riesgo es perder los nervios. No es probable que yo pierda los míos, pues estoy demasiado habituada. Lo que realmente temo es que los pierda usted, ya que nunca antes ha tenido ninguna experiencia de este tipo, y ninguno de los dos podemos evitar operar con alto voltaje.

—Pero, querida, es mi oficio conservar la calma. ¿Por quién me toma? ¿Por una ancianita que hace encaje de bolillo?

—Cuando hablaba de perder los nervios no me refería a una pérdida de valor; estoy absolutamente convencida de que eso nunca ocurrirá en su caso. Lo que temo de usted es que sufra un repentino ataque de conciencia. Como dijo hace un momento, usted y yo tenemos perspectivas de la vida muy diferentes, y es con la vida y sobre la vida donde habremos de trabajar. Tengo por costumbre tomar todas las curvas sobre una rueda: la única manera de tomar curvas como las mías. Parece peligroso, pero no lo es; al menos no para mí. En un momento dado, podría usted entender que le estoy induciendo a pecar. Admito que habremos de andarnos con cuidado, pero cualquier

daño que hagamos nos lo haremos a nosotros mismos. Nadie más saldrá mal parado.

—Me alegra oírle decir eso. No estaría dispuesto a hacer nada que perjudicase a mi esposa.

—Jamás se lo pediría.

—Muy bien. ¡Adelante, pues! Daremos por hecho que existen riesgos. No sé de dónde saca usted la idea de que yo soy tan puritano. No quiero que me expulsen del Colegio de Médicos; pero, aparte de eso, soy su hombre.

—Algunos de sus principios son inflexibles, ¿no es verdad? ¿Qué pasaría si tropezásemos con uno de ellos?

—Entonces cortaría por lo sano y me iría.

—En ese caso, pasaría una marea solar recuperándose. Pero, si en vez de eso, se dejara guiar por mí, aunque tuviera que saltarme a la torera sus principios, haría saltar el fusible de seguridad que siempre tenemos en magia y no habría que cortar con nada salvo con el experimento.

—¿Quién soportará mayor carga?

—Yo, pero sé como soportarla. No me haría daño.

—¿Y cómo lo haría, señorita Le Fay?

—Como un pararrayos. Dejando que la energía descargara en tierra a través de mí. Con eso finaliza el experimento de momento, de todos modos, pero no causa daños.

—Creo que lo entiendo. Es como navegar en un barco de vela; nunca hay que amarrar la escota. Si llega una borrasca, sueltas el cabestrante y evitas zozobrar, ¿no es así?

—Exactamente.

—Hasta aquí bien, pero no entiendo por qué cree que necesariamente me dejaría arrastrar por la escota.

—No lo hará si sabe cuando soltar.

—¿Piensa usted que mis principios son tan rígidos que caeré por la borda con el mástil antes de rendirlos?

—Eso es justamente lo que me da miedo.

—¡Pero seguramente usted lleva un hacha para cortar la cuerda!

—¿Piensa que le dejaría a la deriva, Dr. Malcolm, si cayese por la borda?

—No tendría sentido que la arrastrara conmigo si me van a ahogar mis principios.

—Yo soy el capitán de esta nave, y si se va a pique yo me iré a pique con ella.

—¿Qué necesidad tiene de hacerlo?

—Cuestión de honor, amigo mío. Mis principios son tan rígidos como los suyos, aunque de otra manera.

Malcolm se alborotó su pelo rojo.

—No veo motivo para tanta rigidez —replicó.

—Eso es porque estamos hablando de mis principios, no de los suyos. Si estuviéramos hablando de los suyos y no de los míos, yo pensaría exactamente igual que usted: que no hay motivo para tanta rigidez.

—Se me antoja una especie de expedición suicida. ¿Cuándo partimos?

—Cuando usted guste.

—Nunca mejor que ahora mismo. Supongo que sentirá conmigo lo mismo que yo siento con los animales que vivisecciono. Hágalo lo mejor que sepa con el pobre animalito y prosiga con su trabajo, que es más valioso que él.

CAPÍTULO X

LE conduje hasta el vestuario. Para llegar allí tuvimos que pasar por mi dormitorio. Malcolm miró asustado a su alrededor y bajó la vista. Aparte de esto, no se inmutó; aunque creo que respiró más tranquilo al llegar a la escalera, a pesar de ser tan empinada.
Le dejé en el vestuario y, cogiendo del armario la túnica de terciopelo negro y el tocado plateado de la sacerdotisa de la luna, subí al templo para vestirme: no era apropiado aparecer en presencia de la diosa con una indumentaria corriente. Ya debidamente ataviada, hice la invocación y medité ante el símbolo lunar durante unos minutos. Después fui a buscar a Malcolm.
Enmarcada por el oscuro arco de la escalera, vestida con mi túnica, debí parecerle una figura sorprendente porque Malcolm echó hacia atrás la cabeza como un caballo asustado. Durante algunos instantes, ninguno de los dos hablamos; luego, apartando la pesada cortina, le invité a entrar en el templo.
En silencio, cruzó el umbral de Isis. Yo también entré y me coloqué a su lado.

—Este es mi templo —dije.
—¿Y qué hace usted aquí? —inquirió él.
—Entro en contacto con la luna —respondí.
—Comprendo —replicó, aunque no creo que de verdad lo entendiera.

Miraba todo con gran atención. Ni en sus más fantásticos sueños había visto Rupert Malcolm nada parecido; y eso que los Miembros del Colegio Real de Médicos ven muchas cosas raras antes de obtener su título.

—Esto es un diagrama del Universo —comenté— Esos símbolos alrededor de los siete lados representan los siete planetas e indican dónde penetra su influencia. El lado por el que nosotros hemos entrado representa el camino de regreso a la Tierra. Los cuatro lados del altar cúbico representan los cuatro elementos —esos son sus símbolos, aquellos triángulos. Suba al altar. ¿A qué altura del cuerpo le queda?

—A la altura de la cintura, y mido un metro sesenta y siete centímetros.
—Está situado a la altura del ombligo de un hombre que mida un metro ochenta tres, y es un doble cubo, lo que significa "como es arriba, es abajo". Es el altar cúbico del Universo. Si vuelven a duplicarse los cubos, tendremos la estatura de un hombre. Ese otro altar de mesa, o sofá, según como se mire, el cual forma una T con el altar cúbico, es el altar del sacrificio. El gran espejo es la entrada a los planos superiores. De él, colgamos el símbolo de cualquier energía con la que estemos trabajando, y, de acuerdo con eso, cambiamos los demás símbolos. La lámpara que pende en lo alto es la luz del espíritu y representa al Creador. La mecha flotante de la vasija con forma de loto que hay sobre el altar representa la fuerza del creador manifestada en el universo —la manifestación de Dios en la Naturaleza. La luz de la vasija opalescente situada frente al espejo representa el poder de la Luna. Hay vasijas de colores con mariposas bajo todos los símbolos de los planetas, pero sólo la vasija de la luna está encendida esta noche porque es con la energía lunar con la que estamos operando. Esos dos pilares, de color negro y plata, representan la energía positiva y negativa respectivamente, y, se encuentran ahora situados a ambos lados del altar de los sacrificios porque ése es el foco de energía del trabajo que estamos llevando a cabo. Con las dos lámparas situadas en la parte superior de los mismos, el número de luces del templo asciende a cinco, el número del hombre. Cuatro se reflejan en el espejo, pero no la quinta, la luz del espíritu que pende del techo con la que el número de luces asciende a nueve, el número de la Luna.

Malcolm seguía con la mirada todo cuanto mi mano iba señalando.
—Comprendo —decía. Y creo que sí lo entendía porque su mente era clara y afilada como un diamante.
—Pero aún hay algo más —continué—. Este sólo es el templo físico; también hay un templo astral que edificamos con la imaginación, y lo que construimos con la imaginación es real en su propio plano. Ésta noche, si todo va bien, le llevaré al templo astral.
—¿Y cómo entramos en el templo astral?
—Por el espejo.
—Comprendo. Entonces, para eso es el espejo grande, ¿no?

—Si, es lo que llamamos el espejo de trabajo. Resulta mucho más fácil ver psíquicamente dentro del espejo que en la habitación real, y se puede construir las imágenes astrales en el espejo y que la estructura cristalina del cristal conserve el magnetismo. Mire al espejo y vea cómo aparece mi rostro justo por encima de su hombro.

Me acerqué a él por detrás y la luz de la lamparilla sobre el altar iluminó mi rostro. La luz que despedía hacia arriba remodeló mis facciones de un modo inusual, confiriéndoles un aspecto muy diferente. Ni yo misma me reconocí al verme la cara reflejada en el espejo sobre el hombro de Malcolm. Nuestras miradas se encontraron dentro de él.

—¿Quién es ésa? —pregunté.
—La mujer de la sala de disección —respondió él; y note cómo se estremecía. No era la respuesta que yo esperaba ni la que yo quería.
—Mire otra vez —le indiqué— y dígame quién es ella. Dígamelo con sinceridad.
—Bueno, usted ya lo sabe.
—Sí, lo sé —añadí—. Pero quiero saber si lo sabe usted.
—Que yo sepa, al menos hasta donde puedo deducir de mi sueño, ella era una sacerdotisa de uno de aquellos antiguos templos donde yo ejercía como sacerdote, y profané su cadáver; por eso tuve serios problemas después.
—¿Profanó su cuerpo con fines mágicos?
— No —respondió Malcolm, y sentí como su mente se cerraba como un cerrojo; estaba segura de que no me contaría más por mucho que le presionara. Pero eso no importaba, pues lo sabía y con eso bastaba. Yo, por mi parte, conociendo las costumbres de los antiguos egipcios, podía hacerme una idea muy aproximada.
—Dice usted que tuvo problemas. ¿Sabe cuál fue su castigo?
—Me lapidaron, por supuesto.
No hubo tal "por supuesto", porque vi a Malcolm tratando de encontrar otro castigo. Y me pregunté cómo sería posible que no lo supiera.

—¿Perteneció usted a algún culto que realizase sacrificios de sangre? —pregunté. Sentí cómo Malcolm volvía a estremecerse. Resul-

taba raro ver que un hombre endurecido, fornido e insensibilizado temblara de aquel modo.

—Yo también creo que sí —le dije—. Pero no fue un rito de sangre, ¿sabe? Formaba parte de la más íntima adoración a Isis, la adoración más antigua, predinástica, donde cada mucho tiempo sacrificaban a un hombre en Su honor. Los sacerdotes a quienes se les imponía llevarlo a cabo ocupaban un alto grado dentro del culto y lo hacían para expiar alguna fechoría. Supongo que ese fue su castigo por profanar el cuerpo de la sacerdotisa.
—No. No lo fue —atajó Malcolm rápidamente— o, al menos, no es así como yo imaginaba la historia. Mi idea es que ingresé en el sacerdocio de manera fraudulenta. En realidad, creo que yo procedía de las clases marginadas que se deshacían de los muertos y no me habrían aceptado bajo ningún concepto de haberlo sabido. De pequeño, para salvaguardar una herencia, me cambiaron por otro niño que había fallecido. Yo conocía el secreto de mi origen, aunque nadie más lo sabía, y no debería haber intentado ser sacerdote, pero no pude resistirme. Me descubrieron y me obligaron a realizar sacrificios de sangre arrojándome a una especie de marginación, aunque no podían expulsarme porque sabía demasiado. Entonces, por si eso fuera poco, me encariñé con una de las sacerdotisas. Ahí fue donde surgió toda clase de dificultades. Después de aquello no me dieron una segunda oportunidad, sino que acabaron conmigo de inmediato. De todos modos, con esa historia era con la que me quedaba dormido de niño.
—¡Vaya historia para un niño!
—Bueno, yo era esa clase de niño. Fui educado por el ama de llaves de mi padre: mi madre murió cuando nací. Es curioso cómo parecen perseguirme estas desgracias obstétricas, ¿verdad? Y ese fue el fin de la sacerdotisa también.
—¿También de niño fantaseaba con eso?
—Sí. La misma historia que le acabo de contar. Desde luego, me sentía culpable de la muerte de mi madre. Y no deja de ser extraño que un chaval imagine esto. El caso es que no era tan joven: unos trece años.
—¿Era la chica con la que se casó el mismo tipo de mujer que la sacerdotisa? —le pregunté.

—No. Era opuesta en todos los aspectos; e incluso por aquel entonces yo sabía que debería esperar a mi sacerdotisa —Sus manos apretaron con fuerza el borde del altar y la llama de la lamparilla se agitó—. Pero mi naturaleza era más fuerte que yo. Ese ha sido siempre mi problema. Luego, su familia también presionó para que nos casáramos. En realidad ella no quería: me tenía miedo y no la culpo por ello. Pero era demasiado obstinado para fijarme en esas cosas. Ahora comprenderá usted por qué me siento obligado a ella, ¿verdad? Si alguien fue ofrecido en sacrificio ha sido ella. Es la misma historia que se repite una y otra vez: sacrificios y marginación.

El altar se estremeció bajo la convulsiva presión de sus manos, haciendo vibrar la llama de la lamparilla hasta que las sombras recorrieron en trémula danza las paredes. Yo temí que acabaría apagándose una lámpara.
¡Qué decir al respecto! Malcolm estaba descubriendo por sí mismo, mirando fijamente en el espejo, la naturaleza de aquel trabajo de magia.

—¿Sabe por qué estudié Medicina? Para enmendar mis errores; para librarme de la sensación de haber pecado, ¿sabe? ¡Maldita sea! ¡Tenía que haber sido médico misionero!

Empezaba a preguntarme qué iba a hacer con Malcolm, porque parecía haber echado raíces en el altar cúbico, descansando sobre él con ambas manos. Le necesitaba en el otro altar, en el de los sacrificios. Sabía lo que tenía que hacer —tenía que sacrificar a este hombre, aunque él había sacrificado a otros— no su vida física ni su sangre física, sino su vitalidad magnética y todo lo que conforma la vida de un hombre. Tenía que hacer esto y afrontar su asistencia al renacimiento. Había acertado al compararse él mismo con un animal viviseccionado.

—Quiero que se tumbe en este sofá —le pedí— ¿Tiene la bondad?
—Por supuesto —Rodeó el altar en sentido contrario a las agujas del reloj, válgame el cielo, y se tendió sobre el largo y bajo sofá que es tumba y altar en una misma cosa. Fui por un taburete, lo coloqué detrás de su cabeza y me senté allí. Nuestras miradas se encontraron en el espejo. Me incliné sobre él y los largos extremos de mi tocado

plateado cayeron sobre sus hombros, enmarcando su rostro. Le cogí la cabeza con mis manos. Él se puso rígido y me rehuyó pero no solté mi agarre.
—¿No tiene por costumbre tocar a sus pacientes cuando los trata? —le pregunté.
—Lo siento —respondió, y se relajó.
—Mire al espejo —le dije.
Nuestras miradas volvieron a encontrarse y yo comencé la construcción del templo.

—No piense en mí. Olvídese de la mujer humana. Piense en la sacerdotisa del espejo. A mí me va a utilizar como canal de la energía con la que necesita contactar. Mi persona no representa en ello papel alguno. Se desvanecerá inmediatamente en cuanto la energía empiece a manifestarse. Todas las mujeres son Isis e Isis es todas las mujeres. Mire al espejo.
Ahora, voy a llevarle de viaje. Estamos en Egipto, a orillas del Nilo, bajo la luz de la luna llena. Hay una neblina que sale del agua –la fría bruma del río, la fría bruma de la luna, la fría bruma astral. Ahora estamos en el astral.

Malcolm tembló al sentir el frío astral.
—Hay una gran entrada de pilón ante nosotros. La negrura de su sombra se proyecta sobre la arena. Nos adentramos en su penumbra.
Malcolm volvió a estremecerse y el sofá se agitó bajo su peso.
—Pasamos bajo el oscuro arco del pilón y nos encontramos en el Patio del estanque de Lotos. La luz de la luna cae sobre el agua donde los lotos flotan dormidos. Pasamos junto a él, subimos unas escaleras, cruzamos una ancha terraza y entramos por una puerta –una gran puerta que se mantiene abierta. Ahora nos hallamos en el interior de una oscura y elevada sala, iluminada sólo por una lámpara que pende del techo. Es la Sala de las Esfinges.
Malcolm empezó:
—Frente a nosotros, una oscura cortina que cubre el sancta sanctorum.
—Malcolm dio un tembloroso suspiro, alzó sus manos y me asió por las muñecas. Lo estaba viendo todo en el espejo.
—La cortina se abre. ¡Aparece la Diosa! Adórela. Rézela. Pídale lo que necesite.

Malcolm se incorporó hasta adoptar una postura sedente, arrastrando con él mis brazos en su movimiento. Tuve que apoyar una rodilla sobre el sofá para no perder el equilibrio. Ahora estaba arrodillada sobre el sofá, pegada a su espalda, con los codos sobre sus hombros, y las manos apretadas contra su pecho. Podía sentir su respiración y el latido de su corazón. Sus uñas se clavaban en mi piel y pensé que tendría suerte si no me rompía ningún hueso. Rígidos, inmóviles y bajo una fuerte tensión, nos miramos en el espejo. Allí estaba el rostro demacrado de un hombre cuyos ojos desorbitados casi parecían los de un loco. Y, sobre él, el rostro de una mujer, absolutamente tranquilo, aparentemente flotando en el espacio, pues mi túnica negra era invisible en la oscuridad. El tocado plateado captaba la luz. Sus ojos, como negros abismos, carecían de expresión. Ni siquiera a mí me pareció que fuera mi cara.

Fue entonces cuando, tras de mí, empecé a percibir un calor y una energía. Isis se estaba manifestando. Vi su rostro sobre el mío. Ya no era consciente del dolor de mis manos ni de la tensión de mi cuerpo. Sólo sentía que la energía fluía a través de mí con un calor eléctrico. Ya no tensaba las manos para protegerlas del férreo agarre de Malcolm. Relajé los músculos y sentí que los huesos se deslizaban uno sobre el otro mientras la carne de mis manos se arrugaba. Pero ya no tenía sensibilidad en ellas, no sentía nada, pues la energía se estaba manifestando.

Sobre el hombre y sobre mí misma se formó una nube, una nube plateada de blanquísima neblina lunar que, lentamente, se fue tornando dorada y más caliente a medida que se iluminaba. Era el aura de Isis que emanaba de nosotros, del magnetismo de nuestra unión. Esto es lo que encierra el matrimonio. Se mantuvo así durante un instante y luego fue disolviéndose lentamente. El magnetismo nos había abandonado a ambos e Isis lo había absorbido. Malcolm volvió a dejarse caer contra mi pecho y creí que se había desmayado hasta que le oí dar un largo suspiro. Le dejé recostado sobre los almohadones pero aún seguía apretándome las manos. Podía sentir el sudor de sus manos. Las mías estaban frías como el hielo, así que supe en qué dirección había fluido la energía. Malcolm se giró sobre sus codos, asiendo de nuevo mis manos y me miró fijamente a la cara.

—Pero, ¡*usted* es Isis! —dijo— ¡Usted es Isis!

Luego, apretó su rostro contra mis manos y permaneció inmóvil. No sé cuánto tiempo estuvo así –mucho, desde luego; poco menos de una hora, diría yo. Al fin despertó, se incorporó, bajó las piernas del sofá y se giró para mirarme. Levantó mi mano y se la llevó a los labios.

—Muchísimas gracias —dijo.

De pronto miró la mano que sostenía. Las uñas estaban amoratadas y los dedos hinchados.

—¿Qué le ha pasado en la mano? —exclamó— ¡Dios mío! ¿Le he hecho yo eso?

Unos dedos inquisidores e impersonales, tan suaves que no causaban dolor en los moratones, fueron explorando todos y cada uno de los tendones, huesos y articulaciones. Luego, apartando ésta, tomó la otra mano. Tal vez como hombre Malcolm tuviera sus problemas con las mujeres, pero como médico no tenía ninguno. Las manos que exploraban las mías eran completamente pulcras. Entonces, volvió a coger la primera mano y comparó las dos.

—Le reduciré el edema —exclamó—. Tome asiento.

Me senté a su lado, en el sofá. Era un hombre completamente distinto al que, en parte por timidez y en parte por principios, había rehuido cualquier contacto íntimo conmigo. Descansando mi mano sobre su rodilla, empezó a trabajar con ella como si estuviera poniéndole un guante. Sus dedos tenían un tacto suave, muy suave, mientras pasaban una y otra vez desde la punta de las uñas hasta los nudillos, y recorrían los surcos entre hueso y hueso. Observé su cara y vi que no estaba mirando lo que hacía. Sus ojos, fijos en el infinito, tenían una expresión perdida y abstraída. Era como si estuviese escuchando a mi mano. Recordé entonces cuando dijo que dependía más de sus dedos que de sus ojos. Luego, apartó la primera mano como si de un objeto inanimado se tratara, y, tomando la otra, repitió todo el proceso. Sentí un enorme alivio: mis manos casi recuperaron la normalidad. Él volvió a compararlas y, excepto por algunas rojeces sobre la palidez de la piel fría como el hielo, no quedaba nada que evidenciara el duro trato que habían recibido. Sin embargo, yo habría asegurado que alguna debía estar dislocada.

—Mañana le daré otro masaje —exclamó— sus manos están frías, ¿es que tiene usted frío?
—No, de veras —respondí—. Es el frío psíquico. La energía ha salido de mí.
—Y, ¿dónde ha ido?
—Es difícil saberlo. ¿Ha salido la energía de usted también?
—Sí, por supuesto. Creo que ha bajado mi presión arterial. Me encuentro extrañamente relajado.
—Entonces, ha ido hacia la Diosa. ¿Sintió usted cómo se manifestaba?

Malcolm alzó la mirada y sus ojos se cruzaron con los míos.
—La he visto a usted como la Diosa —comentó bajando el tono de voz.
—Yo soy Su sacerdotisa.
—¿Y qué diferencia hay?
—Ahora ya no me ve como la Diosa, ¿verdad?
—La veo como la he visto siempre.
—¿Y cómo me ha visto siempre?

Malcolm se inclinó sobre mis manos hasta que me fue imposible verle la cara.
—¡Como la Diosa, querida, como la Diosa!
Me quedé paralizada. Demasiado desconcertada para responder. ¿Quién era este hombre y qué secretos había descubierto?
—¿Ha traspasado la cortina? —pregunté.
—¿Qué cortina?
—En la Casa de la Red.
—Me temo que no sé a qué se refiere.
—Dr. Malcolm, ¿*cuánto* sabe usted?
—No sé nada. Ya se lo he dicho.
—Usted no conoce estas cosas como sabe anatomía o fisiología; las conoce a través de los sueños, las ensoñaciones y la imaginación. Son las representaciones de la realidad invisible.
Malcolm se quedó paralizado por un instante.
—¡Dios mío, qué realidad! ¿Está queriendo decirme, señorita Le Fay, que mis imaginaciones tienen algún tipo de correspondencia con la realidad?

—Así es.
—Bien. Lo único que puedo decir es: ¡qué Dios nos asista!
—¿Puede decirme cuáles son?
—¿Es necesario? No le gustarán.
—No se preocupe por eso. Puedo tratar con usted de un modo tan impersonal como lo haría un cirujano.
Malcolm quedó en silencio unos minutos. Al fin, habló:
—No la tomé del todo en serio cuando insistía en las dificultades de este trabajo. Ahora sí. Pero me pregunto si de verdad se da cuenta de a dónde me está llevando con exactitud. O quizá sería más correcto decir a dónde la voy a llevar yo a usted si me obliga a seguir por este camino.
—Sí, soy consciente de ello.
—Muy bien, le tomaré la palabra. ¿Se da cuenta de que la tomo con el lenguaje del psicoanálisis?
—Sí, me doy cuenta.

—Hice que psiconalizaran mi sueño de la sala de disecciones cuando acudí a esa consulta hace poco; pensaban que tenía un trasfondo de sadismo. Pero, en mi opinión, no considero que anden acertados, pues lo crea o no, señorita Le Fay, precisamente si algo no tengo son tendencias de sádico. Tiendo a martirizarme yo mismo. Le aseguro que tengo muy mal genio, pero es porque soy terriblemente irritable. En mi no tiene cabida la malicia.
Sin embargo, ha habido otro sueño que he tenido de tarde en tarde a lo largo de mi vida, y que no ha sido analizado; jamás lo he contado a ser vivo alguno. Siempre precede a algún acontecimiento importante de mi vida. No quiero decir que sea un sueño premonitorio, ni ninguna de esas bobadas. Pero surge cuando estoy sometido a una fuerte tensión –la noche anterior a un examen, por ejemplo. El sueño es como sigue: "Apuñalo a un hombre en un jardín bajo la luz de la luna. Hay mucha sangre, como ya se imaginará. Entro en un templo por una puerta lateral –puedo decirle que el escenario es egipcio– y yo me hago pasar por el hombre acuchillado, que era el sacerdote del templo. Una mujer entra por la puerta principal –el lugar está vacío e iluminado por una lámpara que cuelga del techo... como en este lugar-; ella viene hacia mí y se sobresalta cuando descubre que no soy el hombre a quien espera-

ba. La cojo de la mano y la arrastro al otro lado de las cortinas" - ¡Dios mío! ¡Me ha preguntado si había traspasado la cortina!- ¿Se refiere usted a esa cortina?

—Sí.

Malcolm se quedó petrificado.

—Penetra usted en el sancta sanctorum —le apunté— ¿Qué encuentra allí?

—Nada: está vacío.

—¿Sitúa a la sacerdotisa como la diosa?

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Entiendo —dijo Malcolm después de un momento— Pero eso no puede ser en esta vida, ¿sabe?

—Lo sé. Esa época ya pasó. Ha habido una evolución. En la actualidad nos encontramos en el signo de aire, Acuario. Los trabajos son astrales. Por eso usted recibe el ideal del celibato en la vida religiosa en vez del antiguo ideal de la fecundidad. La sacerdotisa está instalada en el astral, Dr. Malcolm.

—La comprendo. Pero, ¿eso funciona?

—Usted lo debería saber.

Malcolm reflexionó un instante.

—Sí. Lo he comprobado. Aunque no sé cómo actúa.

—Toda magia opera en la imaginación.

—Pero la fuerza vital no se transmite con la imaginación.

—Sí.

—Yo no puedo verla.

—¿Qué es un sacramento?

—El signo externo y visible de una gracia interna y espiritual.

—¿Es el matrimonio un sacramento?

—Creo que así se considera.

—Y, ¿cuál es la naturaleza de su gracia interna y espiritual?

—Supongo que el amor.

—Algo más tangible aún: el magnetismo. ¿Recuerda que me dijo que la realidad invisible tras toda manifestación física era de naturaleza eléctrica? Pues, bien; ahí lo tiene. Funcionalmente, es más tangible que la emoción y menos que el protoplasma.

Malcolm se perdió en sus reflexiones mientras asimilaba las implicaciones de lo que yo acababa de decir.

—¿Emana el protoplasma del magnetismo o es el magnetismo lo que emana del protoplasma? —preguntó al fin.

—Las dos cosas —respondí—, pero el magnetismo precedió en el periodo evolutivo y precede en todas las manifestaciones de la vida. No hay protoplasma sin magnetismo.

—¿Puede haber magnetismo sin protoplasma?

—Sí. Y esa es una de las claves ocultistas secretas. Además del signo externo y visible, existe la gracia interna y espiritual.

—¿Y el signo externo y visible es protoplasma? Sí, por supuesto. Protoplasma –la substancia básica (sustrato)- pura albúmina- sí, funcionaría así. ¿Se ha parado a pensar alguna vez en el milagro del polluelo que se desarrolla a partir de la clara del huevo, que también es pura albúmina?

—¿Se ha parado a pensar alguna vez en el milagro del Universo que se desarrolla a partir del espacio? —repliqué yo.

—Amiga mía, cualquier cosa sobre la que reflexione el tiempo suficiente le parecerá un milagro. Yo he trabajado en el sistema nervioso central toda mi vida, y se supone que sé algo sobre él, pero no tengo la menor idea de cómo se transmuta la sensación en movimiento. La conversación sobre impulsos aferentes y eferentes es un diálogo para besugos: carece de sentido; es como los balbuceos de un bebé sobre un arco voltaico. La mitad de la terminología científica es como el "gu-gu, ga-ga" de un niño. Los necios no entienden que describir no es lo mismo que explicar. Yo puedo describir el sistema nervioso central como nadie, pero, ¡que me aspen si puedo explicarlo! Querida, ¿sabe que el primer servicio que le presto a los pacientes que acuden a mí es evitar que otras personas hagan burla de ellos? Para mí es un día muy especial cuando tengo un caso que puedo tratar. ¿Diagnosticar? Sí, muy bien, les pongo la etiqueta; y les profetizo cuál será su final si eso les sirve de consuelo, pero normalmente no es así. Por eso digo que estoy harto del sistema nervioso central: ¡es tan poco lo que se puede hacer al respecto! Claro está, a mí me gusta la finura y la precisión de la neurología y he contribuido a ella poniendo mi granito de arena, pero cuando miro a los pacientes que hacen cola en mis consultas, me siento como una gallina vieja sentada sobre una nidada de huevos de china. Yo no puedo hacer nada por

el noventa y nueve por ciento de esos pobres diablos. Todos estos elaborados tratamientos no sirven para nada. Salvarsan y la morfina son las únicas drogas que, en mi opinión, tienen una verdadera utilidad; y, le digo la verdad, también llegan a hartarme.

Me levanté.
—¿Le parece que lo dejemos aquí y bajemos a tomar café?
Él también se levantó, al tiempo que me recomendaba mantener las manos en alto todo lo posible.
Luego, tomó mi mano izquierda, la que peor estaba de las dos, y la colocó en el seno de mi túnica, y, soltando un imperdible de su corbata, improvisó un cabestrillo. Desabrochó el broche que sostenía los pliegues cruzados y lo reajustó para ayudar a que soportara la tensión. Era igual que vestir a un niño. Malcolm nunca dejaba que su mente se acercara a la mujer que estaba tratando. Yo no era más que una paciente, y su delicadeza era extraordinaria. No es que me tratara con cautela. Muy al contrario: sus manos eran firmes, los movimientos seguros, mientras me doblaba el brazo para colocarlo en la posición en la que él deseaba que estuviera; pero era tan suave, tan exacto, la presión ejercida de modo tan gradual, el ángulo tan perfectamente calculado, que no causaba dolor alguno a las manos dislocadas y magulladas. Jamás hubiera creído que se pudiera tratar con tanta dulzura un miembro magullado hasta que no vi hacerlo. Ni tampoco hubiera creído que Malcolm, que estaba siempre hirviendo como una tetera en perpetuo punto de ebullición, pudiera de pronto volverse lejano, tranquilo y abstraído. Era como si estuviera a mucha distancia. Mas mientras colocaba el cierre del broche sus ojos se cruzaron con los míos, y, de pronto, Malcolm hombre regresó de nuevo. Se volvió rígido, mientras sostenía los pliegues de mi vestido. Era como si acabara de tocar un raíl electrificado y hubiese recibido una descarga eléctrica. Le sonreí y soltó con suavidad mi vestido.
—Gracias, amigo mío. No empleo el nombre de amigo a la ligera —añadí.
—Siento haberle hecho daño en las manos —se disculpó en voz baja y apartando la cabeza.
—No lo sienta; no pasa nada. Estas cuestiones siempre exigen algún sacrificio. Habríamos hecho algo parecido intencionadamente si no hubiera sucedido por casualidad. Pero es mucho mejor que haya ocu-

rrido así. Cuando la magia opera por sí misma, espontáneamente, significa que detrás de ella están las fuerzas cósmicas. Eso es algo muy distinto a la fuerza de voluntad humana, ¿sabe?
—No tendré que retorcerle las muñecas otra vez, ¿verdad? No creo que pudiera hacerlo a sangre fría, ¿sabe?
—Ah, no; nada de eso. No ha sido deliberado. Pero la magia es una fuerza tremenda, así que afrontemos este hecho. Además de una fuerza física también lo es mental.
—Cuando estaba de pie en su altar estuve a punto sufrir una tetania; ¿se refiere usted a eso?
—Sí, a eso me refiero. Uno no se atreve a moverse porque, si lo hace, rompe el contacto y la tensión muscular se intensifica tremendamente, sobre todo cuando se invoca o se proyecta energía con los brazos extendidos.
—Me he fijado en el desarrollo de sus músculos del cuello y de la cintura escapular. Su cuello es del mismo tipo que el de las mujeres que acarrean grandes pesos sobre sus cabezas. ¿Veré a su debido tiempo todos esos resultados?
—Sí.
—¡Um! Será muy interesante.

Será más que interesante, pensé, saber lo que tengo intención de hacer con Malcolm. Él me observó mientras yo hacía los saludos que cortan los contactos, pues no exorcizamos en un lugar de trabajo sellado. Luego, me siguió y bajó las estrechas escaleras que conducían de nuevo al mundo normal –si es que podía llamarse realmente normal a cualquiera de los lugares donde yo estaba.
Malcolm me acompañó a la cocina y él mismo preparó el té siguiendo mis instrucciones, pues mis manos no estaban en aquel momento para manejar teteras hirviendo. Era una absoluta inutilidad en la cocina: no tenía ni la menor idea y cogía la tetera con torpeza a pesar de su exquisita habilidad manipulativa. Derramó tanto té sobre las vueltas de su pantalón como el que posteriormente bebimos.
Yo quería devolverle a la normalidad antes de que se marchara, pero estaba tan completamente cambiado que no sabía qué podría ser normal para él. Se tendió sobre mi gran sofá en estado de ensoñación y pensé que se quedaría dormido. Sin embargo, el té lo despabiló y, al abrir los ojos, parpadeó sorprendido de verme allí.

—Así que este es el tipo de cosas que vamos a hacer, ¿no? —preguntó.
—Este es el principio —le respondí.
—¿Ha resultado satisfactorio?
—Plenamente satisfactorio... hasta ahora.
—¿Va a haber más?
—Sí, pero lo peor ha pasado. La mayor tensión se da siempre al principio, y a medida que se avanza resulta más sencillo. Normalmente, podemos reducir la tensión de manera más gradual, pero llegó de repente porque ya había mucha tensión latente dentro de usted y se despertó con un simple contacto.
—No tan latente, señorita Le Fay. Ya había aflorado a la superficie cuando era un chaval. Naturalmente se ha desvanecido mucho estos últimos años, pero jamás ha estado enterrada a gran profundidad; nunca llevaba mucho tiempo despertarla. El artículo de una revista que leí en un viaje en tren lo hizo de inmediato.
—¿Estaba ilustrada?
—Sí, y además en color. Era una edición de Navidad.
—Eso lo explica. El color es fundamental.
—¿Por qué?
—Porque el color se corresponde con la fuerza; así como también, por la misma razón, lo hacen el tono y el ritmo musical.
—Usted me está descubriendo un mundo nuevo, señorita Le Fay, y sin embargo creo que ya sabía de su existencia. Yo conocía las delimitaciones exactas de la ciencia; sabía dónde acababa lo probado y dónde empezaba lo especulativo, y siempre he sido muy cuidadoso con esa distinción, sobre todo en lo que atañe a mi línea de trabajo, donde siempre hemos de estar atentos a las histerias y donde la sugestión juega un importante papel. Señorita Le Fay, yo he visto sucederle cosas a la mente por mediación del cuerpo, y al cuerpo a través de la mente que –bueno- usted tal vez creería, pero nadie más. Usted me ha preguntado si creía en el poder de la mente sobre el cuerpo, y yo la he menospreciado. Estaba pensando en esas superficialidades del Nuevo Pensamiento sobre la enfermedad orgánica. Desde luego, no pueden hacer otra cosa que administrar un placebo, aunque bien le vale la pena al pobre diablo que tenga la enfermedad. Pero una auténtica curación mental de una enfermedad de verdad –bueno, tendría aún que verlo.

Debería usted verme hacer sanación mental, señorita Le Fay. Es lo más divertido que jamás haya visto. Gran parte de mi trabajo consiste en distinguir los trastornos orgánicos de los trastornos nerviosos funcionales. Por descontado, los casos funcionales son los histéricos. El paralítico llega en su camilla y nosotros nos ponemos a trabajar. Algunos usan un pequeño martillo, pero yo no: me sirvo de los dedos.
"Así que no puede usted usar su brazo, hombre de Dios" – "No señor, no puedo" –"¿Cuál es su profesión?" –Y me lo dice- "¿Le maltrata el capataz?" A esto le sigue una historia de ofensas y opresiones y de *orgullo herido*. Le pongo los dedos en el codo.
Malcolm se inclinó hacia mí.
—No. No se lo voy a hacer a usted porque le haría daño en los moratones.
Puso una mano sobre mi rodilla.
—Así que está paralizada de cintura para abajo, ¿verdad, señora? Desde que tuvo el accidente de coche, ¿no? - "Sí, doctor".
De repente, Malcolm me apretó con los dedos y yo di una patada brusca e involuntaria. Él se rió.
Volvió a repetir la presión y allá que salió disparado aquel ridículo puntapié una vez más.
—Si lo vuelve a hacer —le advertí—, le propinaré una patada de verdad.
—Una vez un supuesto paralítico me dio una patada de verdad —respondió— y por poco me cuesta un diente. Si cobrara comisión por todo el dinero que les he ahorrado a las compañías de seguros, ahora sería millonario. Pero no todos los pacientes son farsantes, ni mucho menos, ¿sabe? Muchos de ellos creen sinceramente que están enfermos. Y lo están, aunque no físicamente. Y ese es el tipo de dolencias que se curan en las grandes asambleas religiosas que se celebran en el Albert Hall. He sabido de casos míos que han ido allí, señorita Le Fay, y algún médico de medicina general les ha dado un certificado que dice que son verdaderas curaciones de dolencias físicas. A mí no me incumbe fastidiarles los planes, pero comprenderá usted lo que he llegado a pensar de estas cosas, ¿no?
No es que yo culpe a estos médicos de cometer errores sobre el sistema nervioso central. Conozco muy bien las parodias de nuestros pacientes externos. De lo que les culpo es de suscribir algo que no han

comprobado. A mi me parece que cuando la gente se mete en estas cosas místicas pierden el juicio, señorita Le Fay. ¿Qué es lo que les pasa?

—La autohipnosis y la disociación de la personalidad inducidas deliberadamente forman parte del método de los Misterios. Algunos saben lo que hacen, pero otros no. Y quienes no lo saben se disocian y permanecen disociados.

—Comprendo. Locura localizada e inducida de forma artificial. Hipersugestionable para empezar y luego se cultiva. Lo de esta tarde ha sido sugestión, señorita Le Fay.

—Sí. Lo sé, Dr. Malcolm. Pero hubo algo más que eso. Empezó como sugestión pero acabó como mucho más. O, mejor dicho, habría acabado como algo mucho más si hubiese dejado que continuara, pero lo detuve en las primeras etapas porque era nuestra primera tentativa de trabajar juntos, y no quería someterle a una tensión excesiva.

—Así que me ha estado poniendo a prueba, ¿no?

—Sí. Poniéndole a prueba, estableciendo el punto de partida y haciendo que se acostumbrase a sentir las fuerzas.

—¿Y cuál será la próxima etapa?

—Hemos establecido el punto de partida en su sueño recurrente, que nos proporciona todo cuanto necesitamos. Luego, le enseñaré la técnica que empleamos y poco a poco se irá habituando a la fuerza y podremos aumentar el voltaje.

—¿Qué le proporciona mi sueño recurrente, señorita Le Fay?

—Nos proporciona, tanto a usted como a mí, acceso a los niveles de consciencia superiores, los niveles que yacen más allá del subconsciente a los que los sueños fugaces y ordinarios permiten acceder.

Malcolm miró su reloj y dijo:

—¡Dios mío, mire qué hora es! Mi visita se ha hecho pesada. Menos mal que mañana es domingo. ¿Puedo venir a curarle la mano? Necesita cuidados.

—Claro, será usted bienvenido. Pero, antes de irse, dígame, y dígamelo con sinceridad, como si fuera usted uno de sus pacientes: ¿Qué efecto ha causado en usted la experiencia de esta tarde?

Antes de responder, se alisó hacia atrás con ambas manos su pelo rojo y canoso, descubriendo su maravillosa frente; un gesto muy típico de él.

—Para empezar le diré que me encontraba a mitad de camino entre la fascinación y el escepticismo. Ahora no me encuentro ni tan fascinado ni tan escéptico. Entiendo que este asunto posee un aspecto psicológico que entra dentro del ámbito de la razón, lo mismo que entiendo que el yoga tiene una base fisiológica en el sistema nervioso central. Veo que usted comprende esa base, lo que es más de lo que comprendía la mujer del Nuevo Pensamiento; y entiendo que es usted una mujer sensata, lo que también la pone por delante de ella. Estaré absolutamente encantado de experimentar con usted, sobre todo si me permite llevar un registro sistemático de lo que hagamos y de los resultados que obtengamos. En mi mente da vueltas la pregunta de si es usted una hipnotizadora extremadamente inteligente con conocimientos de psicología –la cual utiliza en combinación con las facultades imaginativas de una novelista de primer orden– o, tal como usted cree, si hay en ello algo más, no lo sé. Yo mantengo mi mente abierta y, hasta ahora, no he visto nada que no se pueda explicar psicológicamente; pero aún es pronto para juzgar y puede que guarde algunas cartas en la manga que yo no haya visto. Aún no he descubierto dónde está ese riesgo que se toma tan en serio. Tal vez sea usted lo opuesto al tipo de joven bohemia que parece, pero no creo que haya mucho que pueda hacerle a un viejo carcamal como yo. Sin embargo, estoy completamente dispuesto a concederle toda la libertad de acción que se le antoje. Estoy con usted, señorita Le Fay. Resulta en extremo interesante.

—¿Llevará un registro de todo? —pregunté.

—Sí —replicó.

—Por favor, dígame algo antes de irse. ¿Le he proporcionado paz?

—Sí, desde luego. Me siento muy a gusto y bastante somnoliento.

Se levantó y le acompañé hasta la puerta. Luego se detuvo en el umbral y vaciló un instante. Yo me eché por encima el abrigo de piel y paseé con él lentamente calle abajo. No me dirigió la palabra hasta que nos detuvimos por completo en el embarcadero. Entonces, dijo:

—¿Cómo supo que yo deseaba que me acompañara?

—Mi profesión consiste en saber cosas.

—¿Puede leer mis pensamientos?

—Más o menos. Si los lanza con fuerza hacia mí, supongo que los conoceré.

—¿Sabe cuándo la miento?
—Sí.
Se quedó mirando fijamente el reflujo de la marea en dirección a su habitación.
—Sí, señorita Le Fay, me ha proporcionado paz, una paz que escapa a toda comprensión y le doy las gracias por ello.
Saludó levantando su sombrero, dio media vuelta y se marchó.

CAPÍTULO XI

A la mañana siguiente, tenía las manos tan hinchadas y rígidas que no pude vestirme ni peinarme, así que me senté frente a la chimenea con una bata blanca de terciopelo, a calentarme los pies enfundados en mis pantuflas de color rojo escarlata, tomando una taza de chocolate y preguntándome cuándo aparecería Malcolm para que me diera el masaje que había prometido. En estas ocasiones era cuando veía la desventaja de tener un asistente en vez de una asistenta. Pensé que Malcolm soportaría verme en bata, pues poco difería salvo en volumen de las holgadas túnicas que habitualmente me ponía para estar en casa; en cambio, no quería que me viera con el pelo caído sobre mis hombros.
Y llamé a mi criado, que estaba ocupado con sus tareas.
—Señor Meatyard —grité—, ¿ha trenzado alguna vez una cola de caballo?
—¡Válgame Dios, señora! ¡He ganado premios en los desfiles de carrozas!
Pensé que era más probable que el premio se lo hubieran dado al caballo, pero no quise herir sus sentimientos mencionando la imprecisión.
—¿Cree que podría hacerme un trenzado? No quiero alfileres ni ninguna de esas florituras.
—Por supuesto, señora.
Se puso a trabajar con gran entusiasmo utilizando mis cepillos de reverso de plata, y ya había desenredado y desplegado mi melena como una capa cuando se oyó el estrepitoso sonido del aldabón. Cepillo en mano, se dirigió a la puerta, y le oí hacer un saludo amistoso.
—¡Vaya, Gobernador! ¿Es usted?
—Sí, el mismo —llegó la voz de Malcolm— ¿Qué está haciendo con ese cepillo? ¿Robándolo?
—¡Nooo...! Me regenerao desde que tengo est'oficio. Estoy peinando a la señora.
Abrió la puerta y le hizo pasar.
—Tome asiento, Gobernador. Acabaré con la señora en un periquete.
—¿Le apetece una taza de chocolate? —le pregunté, pensando que sería mejor actuar de forma natural.

—Muchísimas gracias —respondió Malcolm, sirviéndose él mismo de la tetera de barro que aún guardaba el calor de las brasas.
El señor Meatyard soltó el cepillo y empezó a tejer una trenza, separándose de mí a medida que iba haciéndose más larga bajo la atenta mirada de Malcolm.
—¿Le importa sujetar esto un momento, señor? —le pidió alargándole a Malcolm la punta para que la sostuviera mientras el hacía la otra trenza. Luego, llenándose la boca con un puñado de horquillas, retorció las dos trenzas alrededor de mi cabeza con una encomiable imitación de mi peinado habitual.
—Ahí lo tiene. ¿Qué le parece a usté, señor? —comentó mi caballeroso sirviente, contemplándome con perdonable orgullo.
Los ojos de Malcolm tropezaron con los míos durante un breve instante; ninguno de los dos nos habríamos arriesgado a mirarnos por más tiempo.
—Bien —respondió— Yo mismo no lo hubiera hecho mejor.
—Y el halago viene d'un experto -replicó Meatyard vanagloriándose. Le visto hacer trabajos mu finos cuando yo iba a la clínica.
—No están mal —añadió Malcolm— Cada cual en lo suyo. ¿Qué tal se apaña con la pierna?
—M'hace su servicio. No es una pierna de corista, pero no tengo intención d'apuntarme a ningún coro.
Luego, recogió mis artículos de tocador y se marchó.
—¿Quiere usted que le empolve la nariz? —preguntó Malcolm— Lo haré encantado si me lo pide.
—¡Será usted pillo! —respondí, completamente desconcertada por aquella observación de Malcolm, pues jamás me hubiera esperado de él algo así.
—Ahí tiene su informe —dijo, tirando sobre mi regazo un montón de cuartillas escritas—. Puede leerlo mientras le doy el masaje en las manos.
Pasé las páginas lo mejor que pude. En la primera aparecía un diagrama de mi templo hermosamente trazado, hasta el último detalle, con sus correspondientes anotaciones y con toda la información que yo le había proporcionado. En la siguiente, con una letra clara y formal, aparecía una descripción prácticamente palabra por palabra del viaje astral al que yo le había inducido. Por último, incluía todo un relato de sus experiencias subjetivas:

"Desde el principio de toda la operación, tuve la sensación de ser succionado por un remolino. Era una sensación en extremo dolorosa si oponía resistencia, pero de lo más agradable cuando me abandoné a ella.
"Cuando la señorita L. F. me propuso comenzar el trabajo, experimenté un fuerte nerviosismo premonitorio. Mi respiración era agitada y superficial; los latidos cardiacos rápidos e irregulares, boca seca, sensación desagradable en el epigastrio, sudoración. Estos síntomas se prolongaron hasta que me dejó solo y se fue a vestir, momento en que logré controlarme y tranquilizarme un poco.
"Conseguí controlarme repitiéndome a mí mismo que no había nada en todo el asunto; que ella era una pobre ilusa y yo sólo me estaba divirtiendo.
"Pero cuando la vi descender por la escalera, ataviada con su túnica, supe que era real. Sin embargo, mi nerviosismo desapareció; o, para ser más preciso, mi agitación se tornó una sensación expectante que no resultaba desagradable. En cuanto la vi aparecer con su vestido plateado, recordé dónde la había visto antes: era la misma mujer que siempre veía en el templo de mis sueños.
"Fue entonces cuando supe que la señorita L. F., la mujer del templo, el cuerpo de la sala de disección y la mujer de la capa, eran la misma persona, y reconocí que un hecho como ese debía significar algo.
"Experimenté una extraña sensación cuando la señorita L. F. apartó la cortina para que yo franqueara la entrada. Sentí algo más que si una cortina física se estuviera abriendo –era como si aquella cortina dejase al descubierto el interior de mi mente.
"La estancia me resultaba absolutamente familiar, aunque más pequeña de lo que había imaginado. Me pareció completamente natural subir al altar y permanecer allí con las manos apoyadas sobre él. Mis manos no dejaban de temblar como si a través de ellas circulara una corriente eléctrica.
"El espejo ejercía sobre mí un curioso efecto. No dejaba de ver cosas dentro de él. Por un momento pensé que se trataba de un arco que conducía a otra sala más ampulosamente amueblada.
"Entonces, la señorita L. F. me hizo tumbarme sobre el sofá y empezó a describirme cosas, y, según las describía, yo las iba viendo en el espejo. Por último, tuve la sensación de encontrarme al otro lado del espejo.

"He omitido comentar que, por un instante, me disgustó que me pusiera las manos a ambos lados de la cabeza. Tuve otra vez esa sensación de remolino. Pero cuando me dejé llevar por el placer, pasé directamente al otro lado del espejo y me encontré en el templo en su compañía. Entonces reviví con gran viveza y con placer y agitación inmensos mi sueño habitual. Esta vez, sin embargo, tuve el extraño presentimiento de no estar suplantando al sacerdote: yo era el auténtico sacerdote y, haciendo aquello, estaba representando mi propio papel en un ritual ordinario. Consecuentemente, en vez de concluir el sueño sintiendo vergüenza, terror y odio hacia mí mismo, tuve una profunda sensación de satisfacción y de descargo, como si de algún modo mi vida se hubiera abierto de par en par, como una puerta que da paso a espacios amplios y abiertos. La sensación de alivio y de gratitud fue tan grande que apenas pude contener las lágrimas. Aunque recobré por completo mi estado normal de consciencia, la señorita L. F. siguió apareciendo ante mí tal como yo la había visto en mi visión".

Junté las cuartillas lo mejor que pude.
—Gracias —le dije—. Si hay algo que respeto más que nada es el valor de sincerarse con uno mismo.
—Nunca he tenido dificultad en mostrarme sincero conmigo mismo —respondió Malcolm pasando a la otra mano—. Mi naturaleza nunca me ha dejado tener la menor duda respecto a lo que había en ella ni a cómo era. En cambio, me cuesta mucho sincerarme con usted. En teoría, sé que puedo hablar con usted con franqueza y que me comprenderá, pero, en la práctica, me resulta extremadamente difícil tratar con una mujer así. ¿Conoce ese tipo de sueño en el que va trepando por unas vigas o caminando junto a un precipicio, sin estar lo suficientemente despierto para saber que está soñando, y uno mismo se incita a arrojarse al vacío con impunidad? ¿Y, luego, cuando está a punto de arrojarse, le llega esa horrible sensación de que tal vez no sea un sueño sino una especie de peligrosa y traicionera realidad? Así es como me siento cuando me dejo llevar por usted. Sé que no pasa nada. Sé que usted sabe lo que hace, pero entonces me asalta ese horrible pensamiento: ¡Dios mío, y si no fuera nada extraordinario y estamos sólo sacando las cosas de quicio! Le digo que no me hace ninguna gracia. Durante todo este relato, Malcolm, con el rostro completamente tranquilo y absoluta firmeza en sus manos, siguió masajeándome los dedos.

—Perderá el miedo a medida que vaya acostumbrándose a las fuerzas —le dije.
—Así lo espero —replicó Malcolm—, porque es muy desagradable. En realidad —añadió—, creo que ya me he liberado bastante contándoselo. Por eso lo he hecho, desde luego. Espero que no le importe este tipo de confesiones. Entiendo que usted es una mujer con mucha experiencia de la vida. Hubo un tiempo en que me molestaba admitirlo, pero ahora lo agradezco. Flexione las manos por las muñecas y hágalas girar. Están ganando mucha flexibilidad.
—¿Qué suele hacer los domingos? —le pregunté. Porque, como un perro extraviado, Malcolm parecía tener poco que hacer, y no quería tener que ocuparme de él todo el día hasta que llegara la tarde, momento en que reanudaríamos el trabajo.
—Antes iba a visitar a mi esposa un fin de semana y al siguiente ponía al día los asuntos atrasados. Ahora... no sé. Si hace buen tiempo doy un paseo por el parque y, si llueve, voy a un concierto –el cine no me gusta. Tampoco es que me agraden mucho los conciertos, de todas formas. Normalmente suelo acabar trabajando, igual que los días laborables.

No costaba demasiado imaginarse el horrible vacío que había en la vida de aquel hombre. No tenía otra distracción aparte de su trabajo y la obligación de ir a ver a su esposa; y, ahora, incluso esto último había quedado reducido al mero hecho de mantenerla económicamente.
No tuve valor de quitármelo de encima por completo, así que le dije que fuera a dar su paseo acostumbrado mientras yo me vestía y atendía unos pequeños asuntos que reclamaban mi atención.
A su debido tiempo, Malcolm volvió a aparecer y comió con tal entusiasmo que me preguntaba qué le daría de comer su patrona, si es que le daba algo. Luego, le acomodé en mi gran sofá con una selección de dominicales y se quedó plácidamente dormido hasta la hora de tomar el té. Como visita, Malcolm no representaba ninguna molestia en absoluto.

—Creía que había dicho que padecía insomnio —le dije cuando, al fin, le despertó el señor Meatyard haciendo chocar contra él la camarera.

—Y lo padezco generalmente —respondió—, pero no cuando usted está cerca. Entonces, me quedo dormido en seguida.
—¿Debería tomarlo como un cumplido? —inquirí.
—Por supuesto que debería —replicó—. Si supiera el lujo que es para mí sentirme relajado.

Acompañé el té con unas pastas porque sabía que no volveríamos a comer hasta muy tarde. Malcolm degustó todo como un estudiante que volviera a casa de vacaciones. Descubrí que le estaba haciendo un hueco en mi corazón y que me agradaba complacerle. La magia crea un extraño vínculo de afinidad entre las personas que la practican juntas; y, al contrario, si las cosas no van bien en magia, los enfrentamientos personales son igualmente enérgicos.
Después del té traté de entretenerle haciendo comentarios sobre el contenido de los dominicales, pero no quiso hablar de ese tema. La conversación sin entusiasmo era algo que no le interesaba.

—Le voy a hacer una pregunta —dijo— que a lo mejor considera inapropiada y fuera de mi competencia. Desde luego, no tiene que responderla si no quiere, y no trataré por ello de sacar conclusiones. En realidad, con una persona como usted, tan alejada de lo común, no se pueden sacar conclusiones ni siquiera aproximadas. Una vez me comentó que tenía mucha experiencia con los hombres; ¿qué quiso decir exactamente?
—Lo que de verdad quiere saber es hasta dónde exactamente soy capaz de llegar —le respondí.
Malcolm se sonrojó.
—Bueno, sí. Supongo que así es, pero no me refería al ámbito personal, porque creo que me conoce lo suficiente para saber eso. Supongo que es algo que todo hombre desea saber sobre una mujer que le interesa. Yo quiero saberlo en parte para poder entenderla y, en parte, para poder estar seguro de que usted me entiende a mí; porque si no yo podría representar un peligro para usted.
—Le daré algunos ejemplos de mi vida sentimental —repliqué—. No de toda porque le aburriría; es demasiado larga y repetitiva. De niña era fea, austera, seria y muy formal, crítica y mordaz. Era estrictamente virtuosa, tanto por vocación como por necesidad, no teniendo ocasión de ser de otro modo como apreciará por ese catálogo de

cualidades. Con el paso de los años, después de entrar en contacto con el lado invisible de las cosas, experimenté un cambio considerable, tanto en mi aspecto como en mis puntos de vista.
—Ciertamente debe de haberse operado ese cambio del que habla si era una chica fea —observó. Desde luego, el lado invisible de las cosas, pensé, tampoco había dejado indiferente a Malcolm.
Cuando empecé a hacer estudios comparativos sobre religión, descubrí que en el mundo existían tipos de moralidad muy diferentes, tanto antiguos como modernos; algunos funcionaban bien y otros no, dependiendo de si se juzgaban o no por la felicidad de las sociedades que regían. No tardé en concluir que la nuestra era una de las que no funcionaban bien. Por tanto, me pregunté si era necesario concederle más que la simple cortesía que siempre está bien emplear con una persona influyente como la señora Grundy1, y llegué a la conclusión de que no, porque aunque se observaban escrupulosamente sus reglas, el resultado era sufrimiento y destrucción.

Malcolm se agitó con inquietud en su sillón.
—Vi como éstas iban sistemáticamente en contra de lo que pretendían conseguir. También las vi ignoradas no sólo con impunidad, sino, en muchos casos, con resultados excelentes. Por tanto, deduje que aunque tiene que existir algún código para que los seres humanos puedan vivir en sociedad, no había de ser necesariamente el que teníamos establecido, pues parecía harto lamentable. Así que le hacía una reverencia a la señora Grundy cada vez que me cruzaba con ella, pues nadie es lo bastante fuerte como para desafiar a pecho descubierto el código social bajo el que vive, y me puse a trabajar en la formulación de un código propio que de verdad fuera efectivo para los fines que se pretendía alcanzar.
Me pareció que el problema consistía en que el sexo era un artilugio con doble propósito –y los mecanismos con doble utilidad dan problemas, ¿no es cierto?– Tenía que proporcionar continuidad a la especie y, al mismo tiempo, felicidad a los individuos, y ambos propósitos se oponían entre sí –lo que se ganaba por un lado, se perdía por el otro–, y el verdadero problema era equilibrar las demandas de las partes en conflicto.
—Y, ¿cómo llevó a cabo el reajuste? —preguntó Malcolm.
—Como los hindúes, amigo mío, asignando a diferentes épocas las

demandas en contienda. ¿Por qué iba yo a imitar a mi especie antes o después de mi tiempo? En realidad, ¿por qué imitarla en absoluto en un país densamente poblado si tenía otras contribuciones que hacer al bien común? Distinga, como hicieron los griegos, entre el sexo para la reproducción y el sexo para la felicidad, y creo que tendrá la clave. Yo, por mi parte, soy una mujer libre y una sacerdotisa de las más antiguas deidades –eso le dará la clave para comprenderme.

—Comprendo que sus estudios hayan cambiado su punto de vista —dijo Malcolm—, pero, ¿qué cambió su aspecto? El estudio no hace esas cosas, si acaso, le vuelve a uno más feo de lo que es naturalmente porque no hace el suficiente ejercicio.

—Lo que modificó mi aspecto —respondí— fue aprender a conocer a los Viejos Dioses de la antigua enseñanza de los Misterios, porque Ellos dan plenitud de vida, y yo, que había sido privada de la vida, de pronto empecé a nutrirme de Ellos. Cambié, volví a rejuvenecer, y los hombres que nunca me miraban dos veces, me miraban una y otra vez, y yo me nutría de lo que sentían por mí. Quizá me considere un vampiro, pero los vampiros son los que toman demasiado y los que se lo llevan todo sin dan nada. Yo nunca hice eso. Pues, recuerde que los seres humanos se alimentan sin cesar unos de otros magnética y emocionalmente –no tiene más que mirar cómo es su vida para verlo.

—¿Y qué le ocurre a uno cuando siente hambre? —inquirió Malcolm.

—Entonces se vuelve intranquilo, deprimido o pendenciero, según su carácter.

—Yo soy todos ellos.

—Pero, en mi compañía, usted se duerme como un bebé que acaba de tomarse el biberón.

—Es usted una mujer con mucho magnetismo, señorita Le Fay; cualquiera se daría cuenta de eso a un kilómetro. Entonces, ¿por qué en vez de estimularme, como sería de esperar, me tranquiliza?

—Porque sé como utilizar mi magnetismo, cómo encenderlo y apagarlo a voluntad. Nunca podrá culparme de la crueldad de aumentar la presión cuando no hay una adecuada vía de escape.

—Me he dado cuenta de eso y lo agradezco. Significa que puedo ser feliz con usted sin preocuparme de lo demás, y le estoy profundamente agradecido por ello. Usted ejerce un tremendo efecto emocional sobre mí, como me temo que he sido incapaz de ocultar, pero no

me estimula sexualmente –¡No, ni siquiera cuando las circunstancias me impelen a acariciar el extremo de sus trenzas!

Me eché a reír y Malcolm hizo una mueca con esa lúgubre sonrisa que en él era signo de regocijo. Había anochecido y yo estaba lista para empezar a trabajar –porque, si puedo evitarlo, no trabajo de día.

Llevé a Malcolm al vestuario.

—En cuanto mis manos estén mejor —le dije—, tendrá su túnica.

—¿Las hace usted misma? —preguntó.

—¿No creerá que se pueden comprar confeccionadas? —respondí— Sí, las hago yo misma, y las hago a mano de principio a fin al tiempo que las voy magnetizando.

—Me gustaría ponerme las túnicas hechas por su mano —exclamó Malcolm.

—Sí, pero no puedo fabricar también sus sandalias —le advertí—. Tendrá que adquirirlas por su cuenta –sandalias de baño corrientes-, yo se las pintaré doradas.

Le dejé allí y subí a mi templo para vestirme; no podía hacerlo delante de Malcolm porque es preciso desvestirse por completo. En magia no se puede llevar ninguna prenda corriente. Él, por su parte, no vería el alcance total de la experiencia hasta que estuviera también debidamente ataviado; quizá por eso fuera mejor que su túnica no estuviese lista aún.

Me situé ante el altar, puse mis manos sobre él y me armé de valor. Algunas veces en magia, al inicio de una operación, un miedo gélido me oprime el corazón por la responsabilidad que estoy asumiendo. Guiada sólo por la luz de mi propio criterio humano, pongo deliberadamente en marcha la maquinaria que manipula las fuerzas cósmicas. Cuando se trata de mí sola no me importa, pero cuando entra en juego otra persona es diferente. Medito durante una hora larga; nada cuenta el tiempo. Espero a que los signos hagan su aparición y no doy un paso sin ellos. Por último, sintiéndome como si caminara hacia el patíbulo, pongo mi mano sobre la invisible palanca y meto las marchas, y, al hacerlo, siempre pronuncio las palabras del pacto del Este: "yo soy tu sacrificio".

En toda operación mágica a veces pienso si me estaré engañando a mí misma –¿Soy en realidad lo que creo ser?– Esto se debe a la dis-

crepancia entre los dos modos de consciencia: la consciencia cerebral normal y la consciencia superior que incluye al subconsciente y lo transciende, pues no sólo contiene los recuerdos de esta vida sino los de todas las vidas pasadas y todos sus conocimientos. Cuando trabajamos en trance, desconectamos la consciencia normal y utilizamos sólo la ultraconsciencia; en magia utilizamos ambos modos de consciencia simultáneamente. Tenemos que emplear el equivalente psicológico del doble embrague, e inevitablemente se pierde fuerza al desembragar y volver a embragar. Es en ese instante cuando nos asaltan terribles dudas y miedos. Luego desaparecen otra vez cuando engrana la fuerza y la magia coge velocidad, pero se pasa un mal rato mientras dura. Normalmente, los esquivamos con el ímpetu del ritual, pero todavía no he llegado a ese punto de poder hacer un ritual con Malcolm, y no tengo otro remedio que hacer mis transiciones a sangre fría. Sin embargo, he sobrevivido:

> La furia de los elementos, las voces malignas que gritan
> Se apaciguarán, se armonizarán,
> Cesarán. Se tornarán paz tras el dolor, y después una luz—

Los iniciados afirman que Browning era uno de nosotros, y, a juzgar por estos versos, lo creo, porque yo he pasado muchas veces por esa puerta.

Me he desmayado tantas veces junto al sendero del miedo que casi he dejado de temerlo. Sé que será desagradable, pero también que será breve. Las sombras empezaron a cernirse a mi alrededor mientras permanecía de pie en el altar vestida con mi túnica, pero apreté los dientes y fui en busca de Malcolm. Cuando estoy sola no me importa; es cuando soy responsable de otras personas cuando me asusto. Pero, ¡Yo soy el sacrificio! y me aferro a este pensamiento. Si algo sale mal, yo estoy en primera línea de fuego.

Malcolm acudió con impaciencia a mi llamada. Había traspasado la puerta del miedo el día anterior y hallábase al borde de la fascinación de lo Invisible. Subió detrás de mí por la oscura escalera y, una vez más, le levanté el velo, tanto en sentido literal como metafórico, y nos situamos juntos sobre el terreno de Isis.

—¿Me tiendo en el sofá? —preguntó en voz baja.

—No —respondí—. Hoy permanecerá en el altar.

Le coloqué frente al espejo en el lado de la Tierra, y yo ocupé el lugar opuesto al suyo, de espaldas al espejo. La lámpara que pendía del techo arrojaba sobre nosotros una sombra en forma de pirámide, y, en el interior de esa sombra, la lámpara del altar lanzaba hacia arriba un cono de luz que resaltaba en fuerte relieve la enorme mandíbula de Malcolm y sus pobladas cejas. Tenía los ojos puestos en mi rostro, y de su expresión deduje que mis rasgos se habían transformado tanto como los suyos con aquella luz reveladora. Su cara era la del sacerdote carnicero; cuál era la mía sólo podía intuirlo por su sorprendida y reverente mirada.

La reacción de Malcolm me ayudó a recobrar la noción de realidad; los engranajes de la maquinaria se pusieron en movimiento y la magia dio comienzo. Sin embargo, todavía no era totalmente la sacerdotisa. Aún estaba tratando de armarme de fuerza de voluntad. Pretendía llevar a Malcolm a ese punto de intensidad emocional en el que se entra en contacto con la energía que confiere fuerza al maniaco y creación frenética al artista. Entonces saldría de él el magnetismo que se utiliza en magia y sin el cual ésta no es posible. No resultó difícil hacerlo, pues logré guiarle por terreno favorable: sus sentimientos hacia mí y sus recuerdos de vidas pasadas. Pero hacer que se mantuviera firme sobre la cresta de la ola que se alzaba para acabar rompiendo, y cruzar la barrera que separa los planos con una gran crisis emocional, era un asunto de valor y de concentración absolutos, y si cualquiera de los dos fallábamos suponía el fin de Malcolm; no le mataría, pero si el fusible se funde a esa tensión, el hombre queda después calcinado y reducido a cenizas. Una vez realizado el trabajo, tenía que llevarle de nuevo a la normalidad, disminuyendo la energía y, al hacerlo, unir los extremos disociados de la consciencia para que no hubiera vacíos; facilitándole el regreso a su cuerpo con tanta tranquilidad, de manera tan gradual, que no mostrara signos de tensión, y devolviéndole finalmente a la completa normalidad, listo para retomar su trabajo cotidiano —*hic labor, hoc opus est*, y cuando más hábilmente se hace, menos consciente es la gente de lo que se ha hecho.

Coloqué las manos sobre el altar y pedí a Malcolm que me imitara en todo. Las manos anchas y perfectamente proporcionadas, con sus dedos ligeramente espatulados, hermosos por su fortaleza y sensibilidad, aparecieron dentro del círculo de luz. Mis manos son raras, porque no tienen el mismo aspecto las dos: una es de hombre y la

otra de mujer, y en ellas llevaba los anillos magnetizados que confieren poder. Sobre el terciopelo negro del altar, dentro del pequeño círculo de luz que formaba la lámpara sagrada, reposaban los dos pares de manos: las musculosas, fibrosas y viriles manos de Malcolm y mis suaves y blancas manos de mujer con las uñas pintadas de rosa. Habían sido colocadas allí en señal de dedicación y sacrificio –surge una extraña sensación de impotencia cuando se colocan las manos sobre el altar: uno se encuentra a capricho y a merced de los poderes que invoca, completamente negativos, abriéndoles el alma; luego, cuando la energía entra, uno participa de ella y se vuelve poderoso una vez más. Sentí cómo la energía volvía a ascender y solicitaba mis reservas desde el centro de la tierra y las llevaba a su foco del tercer ojo, el ojo astral oculto que se encuentra situado en el centro de la frente, y noté la sensación de retorcimiento cuando empezó a despertar. Inmovilicé a Malcolm con la mirada como una serpiente inmoviliza a un pájaro, pues en magia hay que ser implacable, y después alcé las manos y lancé hacia él la energía, y lo hice con dureza y una fuerza aplastante, porque tenía que derribar sus inhibiciones y alcanzar los niveles más profundos.

Le vi agitarse cuando sintió la fuerza, pero sus ojos se cruzaron con los míos de forma inquebrantable y sus manos se alzaron frente a las mías, con las palmas paralelas, a treinta centímetros de distancia. Él no podía flexionar hacia atrás las muñecas como hacía yo, pero eran absolutamente firmes y los brazos que las sostenían eran como barras de acero. Malcolm era un hombre enérgico, sólido como una roca, de un solo punto de vista, entregado sin reservas; no podría haber hallado a un hombre mejor que ése con quien trabajar.

Tenía que magnetizar a Malcolm y hacer que me viera como la sacerdotisa, por eso empecé a entonar el viejo canto que declaraba mi poder.

Yo soy la que, antes de que se formara la tierra,
Era Rhea, Binah, Ge.
Yo soy ese mar mudo, infinito e implacable.
De cuyas profundidades la vida brota eternamente.
Astarte, Afrodita, Astoreth–
Dadora de vida y precursora de la muerte;
Hera en el cielo, en la tierra Perséfone,

Diana de los caminos y Hécate–
Todas ellas soy yo y a todas ven en mí.
La hora de la luna llena se acerca,
Oigo las invocadoras palabras, las oigo y aparezco–
Shaddai-el-Chai y Rea, Binah, Ge–
Acudo a la llamada del sacerdote que me invoca–

Mientras salmodiaba y hacía vibrar estas palabras tracé con las manos los signos correspondientes, y Malcolm, incapaz de seguirlos, bajó los brazos y permaneció inmóvil. Yo hice los signos del espacio, del mar y de la tierra interior; de la aclamada Afrodita y de la *casta Diana de la luna, y, finalmente, las alas de murciélago de Hécate* –porque si uno no es capaz de manejar el aspecto oscuro de una fuerza, tampoco puede manejar el lado brillante– y, al final, hice a Malcolm el saludo completo de un sacerdote, y creo que lo conocía.

Nos miramos uno al otro, sacerdote y sacerdotisa. Malcolm tenía que enfrentarse a las fuerzas lo mejor que podía; yo no podía suavizárselas por más tiempo. Entonces empezó a hablar una voz que no es la mía, la forma más extraordinaria de mediumnidad que existe –la mediumnidad cósmica que trae sin peligro a los dioses.

"Soy la Isis con velo de las sombras del santuario. Soy la que se mueve como una sombra en las mareas de la muerte y del nacimiento. Soy la que se presenta de noche y a quien ningún hombre ve el rostro. Soy más antigua que el tiempo y la olvidada de los dioses. Ningún hombre puede mirarme a la cara y seguir vivo, pues tan pronto rasga mi velo, muere."

Malcolm miró a los ojos de Isis.

—Estoy dispuesto a morir —dijo.

—Arrodíllate.

Y él se arrodilló.

—Hay dos muertes para el hombre: la menor y la mayor. La muerte del cuerpo y la muerte de la iniciación, y de estas dos, la muerte del cuerpo es la menor. El hombre que mira al rostro de Isis muere, porque la Diosa se lo lleva. Los que mueren de este modo pasan por el sendero del manantial que brota junto al ciprés blanco.

Motu proprio, Malcolm flexionó los brazos sobre el altar y reclinó la cabeza sobre ellos.

—Que quien desee morir para renacer, mire al rostro de la Diosa de este misterio. Alejaos de nosotros, oh blasfemos, pues alguien va a

tomar el sendero que conduce al manantial que brota junto al ciprés blanco.

Malcolm parecía dormido, mientras la voz seguía recitando:

> Oh, Isis con velo y Rhea, Binah, Ge,
> Guiadnos hasta el pozo de los recuerdos;
> El manantial donde crece el blanco y pálido ciprés.
> Por secretos y nebulosos senderos que ningún hombre conoce–
> El sombrío sendero se divide en tres–
> Diana de los caminos y Hécate
> Selena de la luna, Perséfone.
> La luna llena brilla con claridad en lo alto del medio cielo;
> ¡Oh, oye esta invocación y hazte presente!
> Shaddai el Chai and Rhea, Binah, Ge–.

La habitación había desaparecido y yo me encontraba en el interior de una cueva subterránea con los pies sumergidos en oscuras aguas. Ante mí, Malcolm, arrodillado con la cabeza inclinada y los brazos en alto, pero el altar ya no estaba allí, los brazos en alto parecían expresar una súplica. Yo ya no iba vestida de terciopelo negro apagado que corresponde a toda fuerza negativa, sino de suave, reluciente y vaporoso índigo, azul y púrpura; sobre mi cabeza, la media luna, y alrededor de mis caderas, la estrellada corona de las constelaciones, y supe que yo era Isis en su aspecto del mundo inferior, a quien los griegos llamaban Perséfone, pues todas las diosas son una sola, personificada de diferentes modos.

Nada de lo humano quedaba en mí. Era vasta como el Universo; mi cabeza entre las estrellas; mis pies sobre el contorno de la tierra, oscilando debajo de mí en su órbita. A mi alrededor, en el espacio traslúcido, se alineaban las estrellas, y yo les hacía compañía. Debajo –muy por debajo de mí–, se extendía toda la Naturaleza como un verde tapiz estampado. Sola, sobre el globo terráqueo que se elevaba en el espacio, estaba yo, con el hombre arrodillado frente a mí, y nadie más en toda la creación excepto él y yo –yo, representante del género FEMENINO, y él, el arquetipo MASCULINO, y la totalidad del Universo manifiesto quedaban resumidos en la relación que habíamos establecido.

Me hallaba bajo mi aspecto tranquilo y negativo de inframundo, como

Reina de los Muertos, regente de los Reinos del Sueño. Al morir, los hombres vienen a mí atravesando el oscuro río, y yo soy la guardiana de sus almas hasta el amanecer. Pero también hay una muerte-en-vida, y ésta conduce igualmente a un renacimiento, pues existe una reversión interior del alma por medio de la cual los hombres vienen a Perséfone.

También soy las Grandes Profundidades de donde nace la vida, y a la que todos volverán al final de un Eón. Aquí dentro nos bañamos en el sueño, sumergiéndonos de nuevo en la profundidad primigenia, volviendo a las cosas olvidadas antes de que existiera el tiempo, y el alma queda renovada al contacto con la Gran Madre. Los que no puedan retornar a lo Primigenio no tienen raíces en la vida: son los muertos vivientes que han quedado huérfanos de la Gran Madre.

Yo era la Gran Diosa en su aspecto más benigno, tranquilo y maternal, como una mujer que se recrea pensando en el nacimiento de su hijo. Yo era la Dadora del Sueño, la que bendecía con mi gran don a aquel hombre cansado que tenía ante mí. Él había vuelto a mí para volver a ser niño, como hace siempre un hombre alterado, porque necesita hacerlo para renovar sus fuerzas y luchar contra la vida; pues aunque una mujer pueda arroparle como yo hice con Malcolm aquella noche, sus nervios quedarán desnudos como un cable sin aislamiento. Sólo renueva sus fuerzas cuando, por amor, puede ella hacerle nonato, pues para él ella es el alma de la tierra donde se hunden sus raíces más profundas. Cuanto más dinámico sea el hombre, más dependiente es de los contactos terrestres de su mujer. No son estos los contactos de la pasión: son más antiguos y más primarios que eso; se remontan a los tiempos en que la humanidad aún no había nacido del alma terrestre. Yo era su ánima, su contacto de inframundo, su vínculo con la antiquísima tierra y las cosas primigenias donde se encuentran las raíces de la fortaleza; a través de mí, él podía tocarlas porque era incapaz de hacerlo solo, pues el hombre es del sol, de las estrellas y del fuego; pero la mujer es del espacio oscuro, de la tierra oscura y del agua oscura y primigenia.

Cuando aquel hombre que era todos los hombres se arrodilló ante mí, le miré fijamente y mi naturaleza creció en mi interior como una marea, con la compasión divina de quien representa a Todas las Mujeres; extendí los brazos, cubriéndole con las alas de mis vestidu-

ras y le bendije, y rodeándole como una capa con los relucientes pliegues de azul y púrpura, le arrastré a las profundidades de mi reino.

Húndete, húndete cada vez más hasta lo más profundo, en las profundidades de lo eterno y de lo primigenio.
Húndete y olvida, permanece inmóvil y distante
En el corazón más secreto y recóndito de la tierra.
Bebe de las aguas de Perséfone,
del manantial secreto junto al árbol sagrado.

Mientras salmodiaba esto, agitaba a su alrededor mis vestiduras, y todo se volvió oscuro y quieto y cálido como la matriz del Tiempo, y él quedó convertido en el nonato en su sueño prenatal. Y así fue cómo descansó. Y, a medida que su descanso se hacía más profundo, fue ganando vitalidad.

Luego, en ese profundísimo nivel, nutrí su alma. Deliberadamente y plenamente consciente de que ello tendría repercusiones en la vida que yo debería afrontar, pero consciente al mismo tiempo de que él carecería de la fortaleza necesaria para llevar a cabo lo que se le pedía si no obraba de este modo, creé el vínculo magnético entre nosotros por el que debía fluir la energía –la energía de mujer; no el brillo radiante de Afrodita, sino el calor oscuro e incubador del útero de la Gran Isis que es la Naturaleza. Ella es la dadora de la fortaleza de la cual, en su aspecto de Afrodita, es precursora.

Desde ese momento, Malcolm dependería de mí, pero entonces, a fuerza de ser sinceros, ya dependía de mí, pues me había conocido con mi aspecto de Perséfone mientras dormía, cuando soñó que yacía con la cabeza reclinada sobre el hombro de una mujer.

Así pues, aceptando lo inevitable, le canté los versos siguientes:

Yo soy Perséfone, la reina secreta,
A la que todas las mareas pertenecen y respetan.
Las mareas de los aires, las mareas del interior de la tierra,
Las mareas silenciosas y secretas de la muerte y del nacimiento–
Las mareas de las almas de los hombres, de los sueños, del destino,
Isis con velo, Rhea, Binah y Ge.

Luego, en mi visión, al arrodillarse, le atraje hacia mí para que descansara la cabeza sobre mi pecho y le proporcioné paz.

* * * *

La energía comenzó a disminuir. Los contornos de la habitación se fueron dibujando vacilantes a través de la neblina lunar, como a través de un agua oscura y profunda, y empecé a sentir de nuevo mi personalidad humana. Malcolm seguía arrodillado ante mí en el altar y parecía estar dormido. Podía ver su cabello rojo y canoso dentro del tenue círculo de luz; podía ver una mano grande que yacía flácida sobre el terciopelo negro; la otra no la veía pues sobre ella descansaba su mejilla mientras dormía. Nunca he visto ser alguno tan profundamente relajado, y, sin embargo, se mantenía arrodillado ante el altar, sostenido sólo por su voluntad inconsciente. Tenía que hacer volver al hombre, y el camino de regreso era largo.

Lentamente y con suavidad, porque no debía regresar con demasiada rapidez, invertí los pases con los que le había inducido al sueño –nunca le tocaba al hacerlos y, por esa razón, eran mucho más potentes.

Levantó la cabeza y me miró aturdido. De modo inseguro, apoyándose en el altar, se puso en pie.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Ha vuelto otra vez aquí, conmigo —respondí—, a mi casa, donde es feliz.

—Sí, siempre soy feliz aquí —replicó mecánicamente, pues aún no había recobrado del todo la consciencia.

—Ahora voy a cortar la energía y hacer que todo vuelva a la normalidad. Tienda las manos –tiéndalas así.

Yo le tendí las mías, con las muñecas dobladas hacia atrás, y apoyé mis palmas contra las suyas, y al hacerlo el flujo de poder se interrumpió. Se cortó como se rompe una goma elástica, y Malcolm y yo volvimos a la normalidad y nos quedamos mirándonos fijamente.

—¡Dios mío! —exclamó Malcolm, pasándose la mano por la frente y sacudiéndose de ella unas gotas de sudor.

—¿Cómo se siente? —pregunté.

—¿Que cómo me siento? Me siento como si hubiese tomado diez baños turcos, uno detrás de otro. ¡Estoy empapado en sudor! ¿Qué me ha hecho? Sentémonos en algún sitio.

Se dirigió tambaleándose hacia el sofá y se dejó caer en él. Luego, se llevó la mano al cuello de la camisa.

—Voy a quitarme esto. Me da igual el aspecto que pueda tener.
El trozo de tela salió empapado y fue a parar al suelo. Hasta los extremos de la corbata estaban mojados.
—¡Dios mío! —exclamó Malcolm— ¡Uf!
Se secó la cara y el cuello hasta que el pañuelo fue a hacer compañía al cuello de camisa que había en el suelo.
—Le voy a coger prestada una toalla cuando volvamos al piso de abajo —añadió.
—¿Comprende ahora por qué trabajamos vestidos con túnicas, y no llevamos ropa debajo? —le dije.
—¡Por Dios, ya lo creo! Ningún traje soportaría este trato con mucha frecuencia. ¿Puedo quietarme la chaqueta?
Le alargué un trapo pequeño que guardaba allí para limpiar los instrumentos rituales, y, de manera por completo natural y ajeno a mí, pues todavía no había regresado del todo a su cuerpo, se sentó sobre el altar negro del sacrificio a secarse su ancho pecho, ofreciendo un aspecto exactamente igual al que tendría de haber tomado parte en una pelea.
Abrí un armario que había en la pared, saqué de él una botella y volqué su contenido en un vaso largo.
—Bébase esto —le sugerí.
—¿Qué es? —inquirió, mirándolo con desconfianza, pues era estrictamente abstemio.
—Zumo de manzana —respondí—, sin fermentar. En ocasiones como esta es mejor no tomar alcohol.
—En mi opinión, es mejor dejarlo a un lado en la mayoría de las ocasiones —respondió Malcolm—. Al menos en lo que a mí respecta.
En cambio, el zumo de manzana se lo bebió de un solo trago.
—Un reconstituyente —dijo Malcolm— ¡Por Dios, cómo lo necesitaba!
La ingesta del líquido le hizo volver rápidamente a la normalidad, y empezó a ser consciente del aspecto que presentaba.
—Querida señorita —empezó diciendo; y al verse el pecho desnudo, se abotonó apresuradamente la camisa. Recogió el cuello de camisa

del suelo, lo miró, sacudió la cabeza con tristeza y se lo metió en el bolsillo del pantalón.
—No puedo arreglarme. No puedo disculparme. No puedo hacer nada. ¿Qué ha ocurrido realmente? Me he quedado dormido, ¿no es verdad?
—Se ha quedado profundamente dormido. ¿Ha soñado?
—Creo que sí. Parece que todavía hay flotando vagas sombras de algún sueño. Sólo espero haberme comportado con razonable discreción.
—Ni se ha movido.
—Es un alivio oír eso. Supongo que sabe lo que hace. Dios le ayude si no es así, porque no soy precisamente un peso ligero.
—Si ya está lo bastante reanimado, ¿le parece que bajemos?
—Ah, sí, me estoy recuperando muy bien —se levantó— ¡Vaya, me siento mareado! Parece que no sé dónde tengo los pies. ¡Caramba! ¡Ahora sé cómo se sienten los paralíticos histéricos!— Se dejó caer de nuevo sobre el sofá y comprobó sus reflejos rotulianos— Están bien —exclamó dando un suspiro de alivio.

Se levantó con cuidado y se dirigió hacia la puerta.
—Iré delante al bajar la escalera, si no le importa. No quiero arriesgarme a caerme encima de usted.
Sin embargo, la actividad impuesta le hizo recuperar de inmediato la coordinación y antes de llegar al final del tramo de escaleras ya se encontraba perfectamente normal.
—¡Por Dios! ¡Si me hace usted esto a menudo, se va a encontrar con un fiambre!— bromeó.
—De eso nada —respondí yo— Nada en el mundo le vendrá mejor. ¿Le apetece lavarse un poco?
—Me gustaría darme un baño —respondió.
Le mandé al cuarto de baño, armada con mi toalla de baño más grande y, al rato volvió a aparecer, sonrosado como un querubín, con los pantalones puestos pero cubriéndose la mitad superior del cuerpo con la toalla que le había prestado.
—La próxima vez que venga a verla traeré una camisa de repuesto —exclamó.
Como sabía que tendría hambre le había preparado una buena cena, pero no conté con que mi invitado resultara ser un lobo hambriento.

Tras su sombría apariencia, Malcolm era como un colegial. No podía imaginarme lo que pensaban de él sus eruditos colegas, ni cómo su inteligencia le había llevado a alcanzar el puesto que ocupaba en una profesión donde tanto cuenta el savoir faire social. Dice mucho de la tremenda fuerza de voluntad de un hombre que había sido capaz de vencer tan innumerables obstáculos creados por él mismo. Pero cuanto más conocía de Malcolm, más me gustaba. Había en él una sinceridad a toda prueba, buena voluntad y un desinterés absoluto. Creo que los colegas más destacados de su profesión le apreciaban, pero ¡cómo debían odiarle los más mediocres!

Acabada la cena, empujó la silla hacia atrás y se apartó de la mesa.

—Debo irme. Si me acomodo en este sofá suyo me quedaré dormido y pasaré aquí la noche.

—No importaría en absoluto que así fuera, por lo que a mí respecta.

—Tampoco a mí me importaría, sintiendo por usted lo que siento en este momento. Usted me ha domado, señorita Le Fay.

—¿Cómo se siente ahora?

—De lo más afable, querida..., de lo más afable. Hasta un niño podría jugar conmigo.

Malcolm se retiró al cuarto de baño para recoger sus ropas mojadas y regresó con un aspecto aparentemente presentable.

Me cogió la mano.

—No sé qué decirle —dijo— No sé qué me ha hecho, pero me ha ayudado más de lo que yo creía humanamente posible.

Me miró unos instantes y, luego, de pronto se puso de rodillas y apoyó la cabeza contra mí igual que hiciera en la visión; y, lo mismo que en la visión, yo le sostuve. Luego se levantó y, sin mediar palabra, salió por la puerta. Le vi alejarse a grandes zancadas con dirección al río, bajo la luz de la luna, como un gigante renovado.

—Para que luego digan de Isis —pensé— con aspecto de Perséfone.

CAPÍTULO XII

COMO al día siguiente era lunes, Malcolm tuvo algo distinto en que pensar además de en mí y en mi magia; pero en el tranquilo intervalo transcurrido entre el té y la cena llamaron a la puerta, y allí apareció de nuevo. Se plantó ante mí y se descubrió la cabeza como si de un ritual se tratara; pensé que se pondría otra vez de rodillas, pero se contuvo. Me acompañó en silencio hasta mi enorme salón y tomó asiento en su sofá habitual junto al fuego. Luego, metiendo la mano en el bolsillo superior de su chaqueta, sacó un montón de cuartillas y las lanzó sobre mi regazo.

—Ahí tiene su informe —dijo, encendiendo un cigarrillo.

Junté las cuartillas y me puse a leer:

"Cuando la señorita L. F. propuso realizar otro experimento, no sentí ningún nerviosismo sino puro placer. Al decirme que me iba a confeccionar una túnica, me sentí embriagadísimo. De hecho, perdí la cabeza por un momento. Sin embargo, me dejó a solas con mi impaciencia y fue a vestirse. Cuando regresó, ya me había tranquilizado.

"Me dijo que me situara en el altar y que colocara las manos sobre él; ella también colocó las suyas. Me afectó muchísimo ver allí nuestras manos, no sé por qué. Parecía como una especie de unión. No lo entiendo, pero significaba mucho. Luego, realizó una hipnosis sencilla, directa y común, y eso fue todo.

"Sin embargo, cuando desperté, me encontré en un estado en el que nunca he visto a nadie volver en sí de una hipnosis. Calculo que mi temperatura debía de oscilar entre 39 y 40 grados. Inmediatamente empecé a transpirar profusamente, lo cual me alivió, si bien con un agotamiento extremo, próximo al síncope, y confusión mental como la de un delirio de carácter leve. No sé qué estaba haciendo ni dónde me encontraba. Tan sólo puedo disculparme por mi brusco comportamiento posterior, aunque en realidad no era dueño de mis actos.

"Se apreciaba una marcada pérdida de control sensorial de los miembros inferiores, siendo el sentido cenestésico1 definitivamente aberrante. Esto arrojaba mucha luz sobre las parálisis histéricas y las anestesias, lo cual me pareció sumamente interesante.

"En cambio me recuperé rápidamente cuando me obligué a caminar, y la comida y la bebida no sólo me hicieron sentirme normal sino mejor aún. Me encontraba espléndido y todavía me encuentro así

(son las 3 de la madrugada). Bajo tanta vitalidad subyace una paz y una sensación de relajación, y tanta felicidad que si tuviera buena voz cantaría.

"Le estoy profundamente agradecido a la señorita L. F. por la paciencia y la amabilidad que ha tenido conmigo.

R. A. M."

—¿R. A. M.? —exclamé— Aries, el Carnero –¡Desde luego que lo es usted! ¿Logró pegar ojo anoche?

—Di una cabezada, tal vez dos. La primera tan pronto como me acosté, y la segunda justo antes de amanecer. Pero no he acusado en absoluto haber dormido mal; llevo sintiéndome bien todo el día. He bebido del manantial secreto, señorita Le Fay –del agua de la vida.

—¿Tuvo algún sueño? —le pregunté, pues por sus palabras sabía que el contenido del subconsciente estaba emergiendo a la superficie.

—Sí, he soñado. Y mi sueño y las conclusiones que de él he sacado están en el resto de esas cuartillas que usted tiene. Léalas y acabe con ello; luego podrá decir si tiene la intención de rechazarme o no. No le gustarán, pero usted estipuló que debía ser franco, y lo he sido. Ahora, le toca a usted decidir.

Pasé las hojas y Malcolm encendió otro cigarrillo. Vi que le temblaba un poco la mano. Sabiendo cómo era su pulso, empecé a preguntarme *cuál sería el contenido de aquellas páginas.*

"Después de abandonar la casa, me encontré lleno de júbilo; en realidad, un poco subido de tono. Un acto impulsivo y poco reflexionado por mi parte había hallado una acogida más tolerante de lo que merecía, y, como consecuencia, me sentía ligeramente embriagado. Caminé hasta mi casa en ese estado de embriaguez, pero tan pronto como entré en la habitación mi humor cambió de repente, y me di cuenta de que había hecho una solemne tontería que nunca más debía repetirse. Hubo una reacción súbita, caí en un estado de desconfianza hacia mí mismo, y me puse profundamente triste.

"Sabiendo que no dormiría, seguí el consejo de un colega al que había consultado y tomé un somnífero. Como no resultó eficaz, tomé otro más y entré en ese desagradable estado de pesadilla, entre el

sueño y la vigilia, que tanto me disgusta. La droga que había ingerido me impedía despabilarme, pero sin inducir a una total inconsciencia, lo que me llenó de gran inquietud y preocupación.

"Algo me decía con insistencia que si acudía a la señorita L. F., me pondría bien; pero no estaba dispuesto a hacerlo por no considerarlo prudente.

"Seguí luchando en ese estado durante algún tiempo, cada vez con mayor desesperación, y había decidido no ceder cuando, de pronto, me pareció que un hombre se encontraba de pie junto a mi cama. No le veía, pero sabía que estaba allí, y también cuál era su aspecto. Era alto y delgado, entre cincuenta y sesenta años de edad, con la cabeza afeitada y bronceada, nariz aguileña, labios finos, ojos grises, y vistiendo una prenda larga y lisa de algodón o lino blanco, plisada y sin mangas. Calzaba sandalias de oro, y un collar de oro rodeábale el cuello; lucía brazaletes de oro, y una cinta de oro ceñía su cabeza. Enseguida supe que se trataba del sacerdote principal a cuyo servicio había trabajado, y que era el único hombre que me había comprendido y se había compadecido de mí. Recobré de inmediato la confianza y tuve una enorme sensación de alivio. Caí en un sueño profundo y empecé a soñar de verdad.

"Soñé que hablaba de mis problemas con este hombre, y, más o menos, vino a decir lo siguiente: que mientras no me importara ser sacrificado al final, todo saldría bien. Decía que yo siempre tenía que tener presente la finalidad sacrificial y que no debía temer que algo saliera mal. Dijo que yo no tenía fe, a lo cual respondí que no era cierto y que no temía las consecuencias que ello tuviera para mí, pero sí temía, y no sin razón en mi opinión, las consecuencias que para otras personas tuvieran mis imperfecciones. No parecía darle importancia a eso, pero yo no lo veía nada bien. Le pedí que me ofreciera algún tipo de garantía o de promesa, pero no quiso hacerlo. Lo único que dijo fue: 'no importa'.

"Entonces dijo algo que pareció cambiar mi punto de vista; no puedo decir por qué; pero en cuanto lo dijo, la preocupación dio paso a la confianza. Dijo –no con palabras, sino con ideas que penetraban en mi mente–: 'Recordarás lo que te dije: que la próxima vez tú serás el sacerdote'.

"Entonces creí tener un sueño dentro de otro sueño, o más bien el recuerdo de una viva imagen de este hombre acercándose a mí justo

antes de que se iniciara la tortura consistente en darme muerte y decir estas palabras.

"Me desperté sobresaltado, completamente despejado, sin rastro de la droga aunque su efecto suele ser prolongado. Era como si acabara de tener una pesadilla dentro de mi sueño en el que me ejecutaban mediante tortura. Pude ver la cámara de torturas y todo lo demás, y sin embargo sabía que no había tenido aquella pesadilla, sino que sólo recordaba haberla tenido. Es muy difícil describir las impresiones que recibí de varios y diferentes niveles de consciencia solapándose entre sí.

"Todo parecía haberse aclarado. Mi ansiedad había desaparecido por completo. Me sentía plenamente seguro de mí mismo y no estaba preocupado en lo más mínimo por perder el autocontrol, cosa que ha supuesto mi mayor terror, sabiendo que varias veces han sido sólo las circunstancias las que me han salvado de ponerme yo mismo en ridículo. Me pareció que como sacerdote —esta vez el sacerdote auténtico, no el falso– tendría todo el poder que necesitara; que ya no estaba trabajando a ciegas en manos de la señorita L. F., recayendo en ésta toda la responsabilidad, sino que yo poseía el conocimiento necesario dentro de mi cabeza y que lo recuperaría cuando lo requiriera la situación.

"En tan optimista estado de ánimo volví a echarme. No creí prudente tomar otro sonmífero, pero me parecía como si dormir o no careciera de importancia, pues me encontraba totalmente descansado y despejado. Eufórico y seguro de mí mismo, decidí hacer un experimento por mi cuenta. Recorrí con la imaginación las escenas que la señorita L. F. me había descrito cuando me hizo imaginar que entraba con ella en el Templo de Isis y que veía aparecer realmente a la diosa. El resultado del experimento fue extraordinario y, de hecho, tan vívido que parecía real. Por un momento sentí la tentación de imaginar que la señorita L. F. estaba a mi lado, igual que la vez anterior; pero resistí la tentación y avancé solo hacia el interior del Templo. Sin embargo, una vez dentro, supe que Isis se encontraba detrás de la cortina del sancta sanctorum, pero que no tenía derecho a entrar allí sin su invitación previa, y que las probabilidades de obtenerla eran prácticamente nulas. En cambio, por otro lado, no dejaba de existir la posibilidad. Era esta una cuestión aún sin determinar. Sabía que esto era así pero desconocía su significado, y continúo sin saberlo.

"Descendí por una empinada escalera de piedra hasta una puerta situada por debajo del nivel del suelo. Al parecer, tenía la llave y entré. Eran mis dominios y me sentía a mis anchas. Tratábase de un lugar lúgubre y siniestro pero me encontraba más a gusto allí que en la parte principal del templo, del mismo modo que hoy me siento más cómodo en un laboratorio que en una habitación de hospital, y me llevo mejor con los investigadores que con los estudiantes. Sabía que era un marginado, pero no uno cualquiera, y que por mucho que me detestaran no podían prescindir de mí. Me estoy refiriendo al templo no al hospital, pero lo mismo podría decir del último. Si de verdad son recuerdos de encarnaciones pasadas, la historia se repite. Aunque me pregunto si no serán más que una simple dramatización de mi estado interior. En cualquier caso, como psicoanálisis sirve al mismo propósito, por tanto dejaré así las cosas.

"Resulta difícil describir el estado en que me encontraba. Era algo intermedio entre una ilusión y un sueño. Podía contemplarlo como espectador y dirigirlo, y en cambio estaba dentro de él y me estaba ocurriendo a mí.

"Me imaginé a mí mismo bajando por un largo pasadizo subterráneo donde discurría un canal de agua por uno de sus lados. El descenso en la oscuridad era monótono, pero descubrí que podía acelerar el paso y volar más que caminar; de todos modos, tenía que recorrer aquel pasadizo y no logré interrumpirlo mediante ningún acto arbitrario de voluntad por mi parte. Por fin, llegué a una inmensa cueva con un techo altísimo, tanto que no podía ver donde acababa. Supuse que debía de tratarse de una cueva natural que había sido mejorada. Tenía una entrada principal a un lado –de forma más o menos octogonal– y, enfrente, tallada en la roca viva y no con demasiado relieve, una estatua enorme de una mujer desnuda. La puerta por la que entré se hallaba situada junto a su pierna derecha, y casi tocaba con la cabeza el borde inferior de su rótula, de tal manera que si alzaba los brazos podía tocarle las rodillas.

"El tallado de la imagen era muy burdo y primitivo, y parecía muy ennegrecido y descolorido por el humo, como de hecho así ocurría con la parte superior de las paredes de la cueva y su tejado, hasta donde alcanzaba mi vista. La complexión en su conjunto de la mujer representada era tosca y ciclópea; parecía simbolizar una cruda y brutal fuerza animal. Me asaltó el recuerdo de las diversas especies

de insectos, en particular las arañas, cuyas hembras devoran a sus compañeros machos una vez consumada la fecundación. Era una destructiva bestia de mujer, lo sabía, pero yo era su sacerdote y no había nada que objetar. Había otro aspecto representante de la condición de mujer en el otro templo, un aspecto hermoso, pero yo no tenía nada que ver con él. Era de una de las sacerdotisas de este otro aspecto de quien yo me había encaprichado y la que me había causado problemas. Los sacerdotes y sacerdotisas de grado superior solían bajar periódicamente al templo de mi cueva. No sé por qué, pero creo que tenía que realizar una especie de ritual que incluía un sacrificio de sangre en su beneficio. Ellos se beneficiaban y, luego, desaparecían y abandonaban al hombre que había llevado a cabo el ritual.

"Me acordé de que la señorita L. F. me dijo que orase a Isis y de los notables resultados que obtuve de esa oración; así pues, recé a tan descomunal imagen, la cual se me antojó una forma primitiva de Isis. Recuerdo que toqué sus rodillas y me puse muy exaltado, vertiendo en ella toda mi alma a pesar de su horrible monstruosidad. Luego, de repente, empezó a transformarse y, en vez de áspera y roja piedra arenisca ennegrecida por el humo, se fue transformando en negro y pulido mármol, y vi que se trataba de la señorita L. F. o, mejor dicho, de una estatua de ella, tres o cuatro veces su tamaño natural. Pensé en las palabras de las Escrituras: 'soy negra pero hermosa'. La estatua era una preciosidad aunque de color negro azabache. Sentí hacia ella una especie de horrorizada admiración. Continué asiendo sus rodillas, pero del mismo modo que se coge una serpiente o un pez, me causaba miedo y fascinación a un tiempo. Algo en mi interior me decía que si conseguía vencer el miedo y la repulsión y me lanzaba a ello con efusividad, se transformaría de nuevo en algo hermoso; sin embargo, me fue imposible hacerlo.

"Entonces la puerta principal se entreabrió unos centímetros y por la rendija se deslizó sin ser vista la sacerdotisa de mis amores. Como es natural, me alegré mucho de verla, así que descendí de la plataforma y me acerqué para abrazarla. Ella correspondió de un modo dulce y afectuoso. En cualquier caso, no me rechazó. Le cogí de la mano y la conduje hasta la plataforma. Allí nos sentamos a los pies de la diosa y volví a abrazarla. Todo esto fue un sueño auténtico, no dirigido por mí.

"Luego, se oyeron cánticos en la distancia, y por primera vez advertí que había un estanque de agua en el centro del suelo de la cueva, el

cual parecía alimentar el conducto que recorría todo el pasadizo. Además del estanque, salía del suelo una gran estalagmita a la que yo sabía que consideraban un objeto sagrado.

Entonces el sueño volvió a cambiar de repente. Yo seguía sentado e inmóvil a los pies de la diosa y acariciando a la sacerdotisa, quien se tomaba todo con bastante calma y gran naturalidad. Luego, desperté.

"No puedo describir cuan viva fue la sensación de optimismo, de seguridad en mí mismo y de inmensa dicha que me invadió al despertar. Normalmente, cuando tengo un sueño ordinario, me despierto aborreciéndome a mismo y me deja abatido para todo el día; pero los incidentes de este sueño me los tomé con calma y con la más absoluta naturalidad. Recordé las palabras de mi visitante masculino: 'No importa' –dijo. Evidentemente, éstas habían surtido efecto, y con tal eficacia, que en realidad no importaba. Tan solo estaba muy complacido conmigo mismo de haber tenido ocasión de acariciar a la sacerdotisa y no he podido pensar en otra cosa durante todo el día.

"Espero que no se desprenda de estas palabras que se me ha ocurrido la idea de hacer realidad mis fantasías. Lo único que hago es mencionarlas, tal como se me ha pedido que haga, y en virtud del significado psicológico que poseen. Mi primera intención fue no comentarlas, cuando preparé el informe anterior; pero luego comprendí que no resultaría bien y que debía ser sincero y atenerme a las consecuencias. De no hacerlo así tal vez desmerecería todo el experimento e induciría a la señorita L. F. a una falsa sensación de seguridad."

No me extraña, pensé, que le haya temblado el pulso a Malcolm al entregarme este informe. Para un hombre de su temperamento, una confesión como la que acaba de hacer debe de haber sido como la extracción de una muela.

Estaba sentado, fumando y contemplando el fuego, completamente impasible y natural, pareciendo ahora más que nunca un coloso de granito. Me preguntaba cuál sería el mejor modo de tratarle, pues sabía bien que no se mostraría agradecido por darle ánimos. No resultaba nada fácil hacer sonar la nota adecuada, como tampoco lo era no hacerle sentir desairado ni avergonzado.

Era evidente que sabía que había terminado de leer, aunque yo me había guardado de levantar la vista del papel.

—¿Y, bien? —exclamó— ¿Voy recogiendo los bártulos ahora que

ya sabe qué clase de hombre soy? Ya le advertí que mis pensamientos no eran puros.

—Un hombre que se muestra tan sincero como usted, Dr. Malcolm, es un amigo más digno de confianza que los pobres ilusos que creen que han mejorado la Naturaleza.

—Desde luego, tiene toda la razón; sólo que no estaba seguro de si conocía usted lo suficiente la naturaleza humana para tomarlo de ese modo. No era un amigo de confianza cuando estuve tratando de fingir con usted y conmigo mismo ser mejor de lo que en realidad soy. Estoy enamorado de usted, señorita Le Fay, y sería ridículo negarlo; pero eso no significa que porque lo esté vaya a portarme indecorosamente. Como sabe, traté de alejarme de su persona cuando vi el cariz que iban tomando las cosas y lo mucho que me encariñaría con usted si seguía viéndola con frecuencia. Tenía miedo de que me hicieran daño –porque me lo han hecho muchas veces en mi vida. Pero después de nuestro primer viaje en el piso de arriba no he vuelto a tener miedo de eso. Aunque pueda sonar raro decirlo, la verdad es que dejó de importarme cuánto daño pudiera recibir. Lo que me asustaba era hacerle daño a usted, sobre todo desde el día en que le lastimé las manos. También me asustaba la posibilidad de decir o hacer algo que le indignara o me hiciera parecerle repugnante. Ahora, sin embargo, todos esos miedos han desaparecido. Tal como decía aquel viejo sacerdote: "no importa". Presiento que no importa –nos lo tomamos con calma. Yo le hablo a usted con franqueza, y usted hace lo mismo conmigo. Estamos haciendo algo de mucha importancia, y no vamos a permitir que una insignificante consideración nos disguste. Sé que está usted tan decidida como yo a combatir el mal. No haría nada que perjudicase a mi esposa ni que la perjudicara a usted. Antes me cortaría la mano derecha –las dos si fuera preciso. Sé que no me lo pediría, y que de ningún modo fuera a permitirlo aunque yo así lo quisiera –de todos modos, sería tonto si lo hiciera porque la dejaría plantada al momento. Así que, ahí estamos. Y si yo exploto, lo haré a una distancia prudencial y será mi problema.

Durante toda la narración, Malcolm no movió un solo músculo de su rostro ni se advirtió cambio alguno en el timbre de su voz. Era como si estuviese dictando apuntes a sus alumnos.

Estuve unos instantes sin poder hablar.

—¿Por qué no responde? —preguntó.

—Porque no puedo. Lo que acaba de decir me ha conmovido demasiado.

—Entonces, ¿va todo bien?

—Perfectamente.

—¿No le parezco repulsivo?

—Muy al contrario. Siento un profundo respeto por usted, Dr. Malcolm. Yo no sé nada de su profesión, pero ahora comprendo por qué le consideran un gran hombre, no sólo una eminencia, sino un hombre insigne.

—Mi querida niña, no diga tonterías. Yo me limito a hacer mi trabajo y me rebelo como un demonio contra todo el que se interpone en mi camino. Sólo parezco grande si se me compara con los necios. Lo maravilloso no consiste en mi grandeza sino en su necedad; en que no pueden, o no quieren, ver lo que tienen delante de sus narices. Eso es todo. No tiene nada de particular cuando se sabe. Lo que yo hago es atraer la atención hacia algo que debería ser evidente.

—¿Y qué me dice de todos esos años de observación y de experimentación?

—Ah, eso no es más que simple rutina. Le dije que estaba cansado del sistema nervioso central, ¿no es cierto? Pues no sólo cansado sino también más que harto. Y no es que sea tan necio como para afirmar que ya no queda nada que aprender de él, es que me estaba anquilosando. Voy a dejarlo aparcado. Voy a dejar mi empleo en el hospital. No me importa seguir pasando consulta en otros lugares más pequeños si puedo serles de alguna utilidad, y me voy a adherir al Maudsley. Estoy tanteando Malet Place pero se sienten intimidados conmigo. Les parece bien mi nombre, pero les aterrorizan mis ideas iconoclastas –tienen miedo de que les dé un puntapié a sus delicadas estructuras psicológicas y las haga añicos, y, ¡por Dios que lo haría! Necesitan un neurólogo como yo. Puedo contratarme como médico pero mi temperamento es el de un cirujano. Los médicos son demasiado finos para mi gusto. Yo prefiero un buen golpe de bisturí, abrir, cerrar, suturar, acabar el trabajo y listo.

Luego, en un tono de voz más suave, me preguntó si le serviría un poco de té.

—¡Dios Santo! –exclamé– ¿No ha tomado té aún?

—No. He estado martirizándome escribiendo sus informes. Creo que

merezco saborear alguno de sus bollitos caseros también, considerando cómo me he sacrificado en el altar de la ciencia. No la habré disgustado, señorita Le Fay, con mis revelaciones, ¿verdad?
—Por supuesto que no –respondí–. Soy una persona mucho más fuerte mentalmente que usted, a pesar de su charla de carácter quirúrgico.

Luego le serví un maravilloso té con pastas y no dejó ni las migas. Creo que ninguna otra mujer había logrado que Malcolm comiera de su mano, y, por tanto, se mostraba agradecido.

—Me siento completamente feliz aquí con usted –comentó mientras se recostaba ahíto en su sofá–. Pensé que verla con frecuencia me llenaría la vida de problemas y preocupaciones, pero por el contrario me tranquiliza. ¡Qué le parece! He sido absolutamente franco con usted, terriblemente franco, posiblemente más de lo que debería. Ojalá usted hiciera lo mismo conmigo y me dijera cuáles son exactamente sus sentimientos hacia mí.
—Haré todo lo posible, pero mientras no me comprenda usted a mí no entenderá mi manera de sentir.
—Usted me dijo que era como otra Ella –algo inhumana– pero resulta que es condenadamente humana, y eso es justo lo que me encanta de usted. No le importa que use este lenguaje, ¿verdad? Es sólo una forma de hablar.
—Hablar es una valiosa válvula de escape. Hable cuanto le apetezca.
—Para mí es una novedad. Siempre he estado más callado que un muerto, sobre todo en lo que respecta a asuntos de verdadera importancia y ahora veo que ha sido un error. Debería haber maldecido como una verdulera y darle puntapiés al mobiliario. A decir verdad, lo hago a veces por cosas sin importancia. Soy un maldito viejo gruñón, ¿sabe?, sólo que no me muestro así con usted. ¡Pero, vaya, estamos hablando de mí en vez de de usted! Venga, vayamos al grano y dígame lo que quiero saber.
—¿Quiere saber cuáles son mis sentimientos hacia usted?
—Sí. No tengo ni la menor idea; tan sólo que es usted terriblemente buena conmigo.
—Tendré que empezar por el principio para que lo entienda. Yo sabía que necesitaba trabajar con alguien. Sabía que al comienzo no importaba que esa persona fuera o no de mi agrado: no tenía que

pensar en mis sentimientos, sino únicamente en el trabajo. Pero también sabía que si el trabajo iba bien, me encariñaría con el hombre con el que trabajara; y, una vez más, tampoco tenía que pensar en mis sentimientos, y llevo tanto tiempo autodisciplinándome que sinceramente no pienso en ellos. Me estoy apegando mucho a usted, Dr. Malcolm, pero mi felicidad no depende de usted. En cambio, tengo la impresión de que usted sí se está volviendo muy dependiente de mí.
—Sí, terriblemente dependiente. No importa. Continúe.
—Desde luego, eso es un eslabón débil en la cadena. Pero trabajaremos esa fase y la superaremos. Sé que no tendré que pararle los pies ni rechazarle, ni temer las consecuencias que pudiera tener para alguno de los dos que se sienta tan apegado a mí.
—¿Quiere decir que espera que supere el afecto que siento por usted?
—No, no es eso. Pero tengo la esperanza de que al final llegue al mismo lugar en que yo me encuentro para que pueda sentir cariño por mí sin sentirse dependiente ni tampoco posesivo.
—Por supuesto, eso que dice se escapa a mi comprensión; al menos, de momento. Desde luego, es posible que cambie. Estoy completamente dispuesto a concederme ese margen. Pero mientras tanto debo confiar en su palabra.
—Quiero que llegue a ese punto en que pueda amarme con libertad, felizmente y de manera no posesiva; y estoy dispuesta a pasar con usted por las difíciles etapas intermedias hasta que llegue ahí.
—Creo que se equivoca un poco al juzgar la naturaleza humana masculina; pero, ya le digo que estoy dispuesto a mantener una actitud abierta. Al parecer lo que usted pretende es que me convierta en una especie de él-Ella, ¿no es así?
Ambos nos echamos a reír. Noté que la risa de Malcolm se iba pareciendo cada vez menos a un gruñido. Su voz también estaba dejando de ser áspera e iba transformándose en un agradable barítono.
—¿Le gusto, señorita Le Fay? Dígamelo.
—Sí. Me gusta muchísimo. Creo que es usted un encanto. En realidad, le he hecho a usted un hueco blando y mullido en mi corazón.
Por un momento, se quedó en silencio.
—Desde luego no me estaba refiriendo a eso –dijo al fin.
—¿A qué se refería entonces?

—No se preocupe. No importa. Creo que es mejor dejarlo estar.
—¿Se refería a si me atrae como hombre?
—Sí, eso es. ¿Le atraigo?

Reflexioné un instante y Malcolm interpretó mal mi silencio
—No, por supuesto que no. ¿Cómo iba a hacerlo? Quería una respuesta y ya la tengo.
—No, aún no le he respondido —repliqué—. Estaba tratando de pensar bien lo que iba a decirle para que sonara comprensible. Sentirse atraída por usted como hombre es algo completamente distinto a sentirse ligada a usted como amiga y tener plena confianza en usted como compañero de trabajo, y ambas cosas las siento. Yo comprendo lo que quiere decir y trato de darle una respuesta sincera que no le confunda en ninguno de los dos sentidos.
Encuentro sumamente atractiva su dinámica fuerza interior porque es muy interesante. Podría usted proporcionar extraordinarias experiencias y dentro de mí hay una buena dosis de la Eva impenitente para sentir la tentación de experimentar con tales experiencias, aunque sé que no debo hacerlo por el bien del trabajo con el que estoy comprometida. Al igual que usted, yo también tengo miedo de dejarme arrastrar por la tentación, y es probable que eso me impida hacerme una idea clara de lo que siento por usted. Yo soy, tanto por mi carácter como por mi formación, absolutamente reservada e independiente y, sin embargo, tengo necesidad de usted.
—Me alegra oír eso —respondió Malcolm en voz baja—. Significa mucho para mí.
—Definitivamente no estoy enamorada de usted pero, en cambio, me agrada que usted lo esté de mí. Yo alimento el amor que siente por mí, si le interesa saberlo. Me proporciona energía y me mantiene joven. Algunas personas dirían que soy una mujer vampiro, pero siempre pondré sumo cuidado en no extraerle demasiada energía, pues por nada del mundo le haría daño. Me deleita verle venir aquí y relajarse en paz y contento.
Pero todo eso no es sentimiento personal, que es lo que usted en realidad desea saber. Me ha hablado como si ninguna mujer pudiera sentir algo por usted, y eso no es cierto. Tal vez no para una mujer superficial, pero para una mujer que tenga ojos en la cara usted posee un extraño atractivo. También una extraña belleza, esa clase de be-

lleza que tiene por función el equilibrio entre la fortaleza y la pura buena forma física. No tiene un rostro hermoso pero sí una magnífica cabeza, si entiende la diferencia. Y creo que a nadie, ni siquiera a un tonto, le pasaría inadvertida la belleza de sus manos. Son las manos más hermosas, en el sentido literal del término, que jamás he visto en un hombre. Me imagino que también sería un magnífico espécimen si se desnudara. La fortaleza de sus hombros lo delata.
Pero eso sigue sin responder a su pregunta. Sí, usted me atrae pero con una extraña atracción-repulsión mucho más poderosa que la simple atracción. En el fondo, me inspira un poco de miedo, si bien no por ello me gusta menos –de hecho ocurre lo contrario. Supongo que será una reliquia de los tiempos en que le conocí como sacerdote sacrificial. Sinceramente, no creo que sea otra cosa.
—¿No cree que se deba a la manera de seguirla por el dique?
—No lo creo, pues en rigor me pareció más bien un cumplido.
—Bueno, pues ya hemos presentado nuestras credenciales –dijo Malcolm arrellanándose en su sofá con las manos detrás de la cabeza y los pies cerca de la lumbre, en posición casi horizontal.
Aunque sus modales eran deplorables, no podía acusársele de ningún delito.
—¿Le he dicho lo que deseaba saber?
—Sí, creo que lo ha hecho, pero carezco de las luces suficientes para comprenderlo.
—¿He herido sus sentimientos, amigo mío?
—Un poco. Pero lo tengo bien merecido. Qué importa. Al menos sé a qué atenerme.

Me levanté y me situé detrás de su sillón, e inclinándome sobre él, le acaricié la mejilla con mi mano.
—¿Sirve esto para sacarle la espina? –pregunté.
Malcolm puso su mano sobre la mía y la apretó con más fuerza.
—Serviría para sacar cualquier espina –repuso.
Pasaron los minutos y ninguno de nosotros se movió. Por fin, habló Malcolm:
—Creo que me he mostrado condenadamente desagradecido por no ser de mi agrado lo que ha dicho. Porque, desde luego, lo que yo quería que dijera es que siente por mí lo mismo que yo siento por usted, aunque sabía perfectamente que no. Menos mal que ha sido

así. Es obvio que tendría que haberme largado en ese caso. Este lugar se habría puesto al rojo vivo. De este modo, podré ser feliz con usted a mi extraña manera. Le prometo que no le daré mucho la lata si no tiene inconveniente en que pase por aquí de vez en cuando. Es todo cuanto necesito –esa pequeña dosis vitamínica que sirve para mantener la salud. No hace falta mucho, pero si esa pequeña cantidad no se recibe uno no se encuentra bien. Usted es una persona extraordinariamente comprensiva que parece saber darme justo lo que necesito. Alguien como usted es una bendición del cielo para cualquiera en mi situación. ¡Que Dios la bendiga por ello! ¿Por qué está ahí de pie todo el tiempo? Se va a cansar. Venga y siéntese en el brazo de mi sofá. ¿O acaso no quiere hacerlo?

Me senté tal como me rogó que hiciera y apoyó en mí su cabeza, olvidándose del eterno cigarrillo.

—Pensé que no le importaría –dijo. Y así, Malcolm y yo, pasamos la tarde. Él no habló ni se movió en ningún momento.

Cuando dieron las once, me levanté.

—Váyase a casa a descansar —le dije—. Mañana le espera una larga jornada.

Malcolm también se levantó. A decir verdad, creó que se había quedado dormido.

—Me siento como una batería que ha sido puesta en carga. Sólo con estar así junto a usted han desaparecido todas las arrugas de mi alma. Se me acercó y pensé que iba a besarme, pero yo no quería eso; y estaba segura de que él tampoco en momentos de más calma. No deseábamos mantener ese tipo de relación si íbamos a trabajar juntos.

—Ahora, salga corriendo como un buen chico –le dije, tocándole suavemente la mejilla con mi mano para quitarle el mal sabor de mi rechazo–. Que Dios le bendiga –añadí.

—Ciertamente, lo ha hecho —respondió— y dando media vuelta, se marchó.

Transcurridos diez minutos, sonó el teléfono.

—¡Oiga, tengo que contárselo! ¡Me van a nombrar F.R.S.! He encontrado la carta al volver a casa. Es el único título que me faltaba – poseo todas las distinciones extranjeras, menos ésta. Supongo que ha debido de estar muy disputado.

—¡Oh, Malcolm, cuánto me alegro! –exclamé. Y es que me alegraba mucho más que si me lo hubiesen concedido a mí.

—¿De verdad se alegra tanto? —tronó la voz al otro lado del teléfono—. Eso me importa mucho más que el nombramiento. ¡Lilith, la quiero muchísimo!

Y se oyó un clic. Había colgado el teléfono.

CAPÍTULO XIII

PASÓ algún tiempo antes de volver a ver a Malcolm. Y aún así seguí oyendo su voz: esa voz ronca y áspera que perdía su dureza y se hacía más profunda y vibrante cuando estaba en mi compañía. Hallábame sentada a la lumbre, con la camarera al lado, esperando que Malcolm se presentara en cualquier momento, cuando sonó el teléfono. Lo descolgué y escuché su voz. Tenía un tono muy seco y demasiado formal, y una marcada aspereza.

—Llamo para decirle que me será imposible pasar por su casa esta tarde. Me acaban de avisar por teléfono que vaya a ver a mi esposa. Creo que está muy grave.
—Cuánto lo siento —le respondí; ¿qué otra cosa podía decir?
—Gracias. Sabía que lo entendería. Pasaré a verla cuando regrese.
—¿Cree que estará fuera mucho tiempo?
—No tengo la menor idea. Supongo que varios días. Me quedaré allí hasta que todo termine –de un modo u otro.
—¿Tan mal se encuentra?
—Ha sufrido una apoplejía, según me han dicho, pero no sé cómo ha podido ocurrir. No puedo decir nada más hasta que no llegue allí. Adiós. Debo coger el tren enseguida.
—Adiós.

¿Era éste el mismo hombre que la noche anterior me había dicho: 'Lilith, la quiero muchísimo'? Una sola palabra de su esposa bastó para que la balanza se inclinase del otro lado. Me sentí algo molesta con él, pero comprendí la razón psicológica de aquella actitud: cómo, para un hombre de su carácter, las obligaciones han de anteponerse a los sentimientos; Malcolm puso el dedo en la llaga de su naturaleza al afirmar que le encantaba martirizarse. La razón que le hacía sentirse fuertemente atraído por mí era la misma que le obligaba a alejarse más aún cuando la llamada de su lealtad cobraba prioridad. De todos modos, sabía que acabaría volviendo a mí: el alma, lo mismo que el cuerpo, puede morir de inanición.
Me senté a coser mis vestidos iridiscentes y a esperar. Entonces se me ocurrió la idea de empezar a coser la túnica de Malcolm. Era una túnica de magia y brujería, pero no vi ninguna razón para avergon-

zarme de ello. Pasaron cinco días sin saber nada de él y sin rastro psíquico "en la línea". Me había abandonado del todo. Le echaba de menos más incluso de lo que hubiera imaginado. Me preocupaba, pues sabía que estaba pasando un mal trago. Entre nosotros existía ese vínculo de empatía que siempre crea el trabajo de magia, y me daba mucha lástima. Me resultaba imposible sentirme contenta y permanecer indiferente sabiendo que Malcolm estaba sufriendo.
Luego, una noche, llamaron a la puerta. Era él, sin abrigo y sin sombrero.
—¡Válgame Dios! –exclamé– ¿De dónde viene?
—Hace varios días que he regresado –respondió.
Caía una lluvia fina y menuda y traía su espeso y áspero pelo ligeramente mojado por el calabobos. Se pasó un pañuelo por la cabeza y advertí que había encanecido considerablemente y un color ceniciento ensombrecía su rostro.

—¿Cómo se encuentra? –le pregunté.
—Fatal. ¿Es demasiado tarde para una taza de té y algo de comer? No he tomado prácticamente nada en todo el día.
—¿Ha sido el hambre lo que le ha impulsado a visitarme?
—Creo que sí. Ha sido una tontería no venir antes y dejar que me ayudara como sé que puede hacerlo. Me sentí mejor en el mismo instante en que empecé a bajar las escaleras para venir a verla.

¿Habría muerto su esposa? Pero como llevaba una corbata de color y estaba segura de que Malcolm era muy meticuloso para estas cosas, deduje que aún estaría viva y, presumiblemente, fuera de peligro pues había regresado. No le hice preguntas, tan solo le preparé un poco de té y algo caliente que tomar, y le dejé comer y fumarse un cigarrillo en silencio.
Finalmente, habló:
—No le importará que esta noche no le cuente nada, ¿verdad? No es que no quiera hacerlo, es que no me encuentro con ánimo en este momento. Lo he pasado bastante mal.

—Amigo mío –le dije–, puede contarme tanto o tan poco como le plazca, y jamás le interrogaré. Así es como yo entiendo la amistad.

Permanecimos sentados en silencio largo rato. La lámpara principal no estaba encendida y la única iluminación procedía de las lámparas de lectura y del fuego de la chimenea, así que los rincones del salón eran invisibles. No podía verle la cara cuando se arrellanó en su hondo sillón; lo único que distinguía eran sus descomunales y desparramados pies a la luz de la lumbre. Sin embargo, por la manera en que caían y apoyaban sobre la alfombra, sabía que estaba reventado de cansancio. ¿Qué podría haber llevado a aquel hombre hecho de hierro y tralla a tal estado de agotamiento?
—Quiero que me cante como lo hizo la otra noche –exclamó.

Me levanté del sillón y me coloqué frente a él, de espaldas a la chimenea; mas no alzó la vista. No obstante, levanté los brazos y comencé a realizar los movimientos rituales al iniciar el canto. Malcolm permaneció escuchando cubriéndose el rostro con la mano.

Comencé por el canto nostálgico del alma que añora los valles de la Arcadia.

> Oh, gran dios Pan. Regresa de nuevo a la tierra,
> Acude a mi llamada y muéstrate a los hombres.
> Pastor de cabras, en el sendero de la silvestre colina.
> Conduce a tu descarriado rebaño de la oscuridad al día.
> Los caminos del sueño y de la noche, en el olvido sumidos han quedado;
> Los hombres buscan en ellos la luz que sus ojos han perdido.
> Abre la puerta, la puerta que no tiene llave,
> La puerta de los sueños por donde a ti llegan los hombres.
> ¡Oh, pastor de cabras, oye mi súplica!

—La puerta de los sueños –dijo Malcolm sin levantar la cabeza–. Sí, eso es. Yo conozco ese camino, ¿no es cierto, Lilith?
—Sí –respondí–. Lo conoce porque nunca lo ha olvidado. Algún día le hablaré de sus encarnaciones pasadas y entonces comprenderá muchas cosas.

—Siga cantando un poco más. Cánteme esas canciones que sabe sobre Isis y la luna.
Así que le canté la canción que invoca a la diosa y la que hace a la sacerdotisa; y sobre el camino que el hombre recorre por el nebuloso sendero secreto hacia el sacrificio a fin de conferir poder a la sacerdotisa.
—Oiga, Lilith, ¿se acuerda del sueño que tuve del estanque y la estalagmita de la cueva? ¿Es eso lo mismo que el pozo secreto que hay junto al árbol sagrado? ¿Acaso el ciprés y la estalagmita son la misma cosa?
—Sí.
—Y las aguas de Perséfone –¿son las aguas de la vida?
—Sí.
—Pero, ¿por qué? Yo pensaba que ella era reina de los muertos y del mundo inferior.
—También es la reina de los que aún no han nacido.
—¿Era ella la enorme imagen que vi?
—No. Esa era Binah, la forma primordial de Isis; la segunda imagen que vio, la imagen negra pero hermosa, era Perséfone.
—Yo la vi a usted como Perséfone.
—Sí, exactamente. Yo había celebrado el ritual de Isis con usted hasta el nivel de Perséfone. Por eso me he aparecido ante usted como Perséfone.
—¿Qué hace Perséfone conmigo?
—Es la reina de los no nacidos. Yo le hice retroceder hasta su niñez, y aún más atrás en el tiempo. Hice que fuera como un no nacido para que descansara.
—Esa es la psicología de la demencia precoz.
—Y es una psicología segura y fiable, Rupert. Si las personas retornaran a Perséfone cuando lo necesitan, no enfermarían de demencia precoz. Es algo que aparece cuando la vida resulta demasiado difícil.
—He estado muy cerca de ello estos últimos días. De hecho, creo que en realidad la he sufrido. Después las nubes se despejaron un momento y eché a correr hacia aquí. Si me hubieran encontrado por la mañana como estaba esta noche, me habrían llevado al psiquiátrico.
—Usted recuerda las palabras del ritual –'Son los muertos vivientes que se han quedado huérfanos de la Gran Madre'. ¿No es eso demencia precoz? ¿Los muertos vivientes?

—Así parece.
—Y ahora, en la vida real, usted ha celebrado el ritual de Perséfone conmigo. Se ha guarecido en el refugio de mi aura. Muy pronto, cuando esté descansado, le daré a luz y volverá al mundo para reanudar su vida. Pero, antes de que yo pueda hacer eso, tiene usted que volverse como el no nacido.
—Sí, lo sé. Rendimiento absoluto. A eso es a lo que no quería enfrentarme y por lo que caí tan bajo.
Se giró hacia un lado en su sillón, flexionó las rodillas contra su pecho, cruzó los brazos apoyando cada mano en un hombro e inclinó la cabeza sobre ellos. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?
—¿Ha visto alguna vez un feto, Lilith? He estado en esta posición fetal todo el día, sin deseos de moverme. Nada parecía importar. Luego, de pronto, sentí una tremenda añoranza por usted y abandoné esa postura y salí corriendo sin más, pues me asusté al recordar que había visto gente en manicomios adoptando esa postura.

¡Escuche, Rupert! –le dije– e inicié el canto de poder:

Soy la estrella que surge del mar,
El mar de la penumbra.
Traigo sueños que rigen el destino de los hombres.
Traigo las mareas lunares a sus almas,
Las mareas que fluyen, refluyen y vuelven a fluir;
Que fluyen, refluyen y vuelven a fluir alternativamente;
Esos son mis secretos, y me pertenecen.

Yo soy la Mujer Eterna, soy ella–
Las mareas de las almas de todos los hombres me pertenecen.
Las mareas que fluyen, refluyen y vuelven a fluir;
Las mareas secretas y silenciosas que gobiernan a los hombres;
Ellas son mi secreto, y me pertenecen.

De mis manos el hombre toma su destino;
El tacto de mis manos confiere serenidad.
Estas son las mareas de la luna, que me pertenecen.
Isis en el Cielo, en la tierra, Perséfone,
Diana de la luna y Hécate,
Isis con velo, Afrodita que nace del mar,
Todas ellas soy yo y a todas se ve en mí.

La luna llena brilla clara en el medio cielo,
Oigo las palabras de invocación, y aparecen
Shaddai el Chai y Rhea, Binah, Ge,
A la llamada del sacerdote acudo.

—Ese no es el nivel de Perséfone –dijo Malcolm.
—No –respondí yo.
Permaneció en silencio un instante y, finalmente, dijo:
—Lo que usted afirma es totalmente cierto y yo lo sé. Mi destino está en sus manos, pero no soy libre de tomarlo – ¡No soy libre, Lilith!
Las últimas palabras sonaron como un grito de dolor.
—El alma nunca está atada, Rupert.
Le hablé despacio y tratando de tranquilizarle, pues no se encontraba en situación de perder la cabeza.
—¿Quiere decir que si mi alma fuera libre, no importarían mis obligaciones legales y morales?
—El único vínculo en los planos internos es la función. ¿Está usted en contacto con su esposa en los planos internos?
—No.
—Entonces, puede ejercer rectitud sin perder su libertad interior.
—No sé si la estoy entendiendo.
—No se preocupe ahora de eso. Confíe en mi palabra.
—De acuerdo –hubo una pausa, y luego dijo–: Es la primera vez que acepto el diagnóstico de alguien sin verificarlo. Cánteme otra vez, Lilith. Eso me ayuda más que hablar. No logro entender lo que me está diciendo.
Así que volví a cantar para él el canto del sueño de Perséfone, pero esta vez incluí el final que Malcolm aún no conocía.

Húndete cada vez más en lo más profundo
Del sueño eterno y primigenio.
Húndete, permanece inmóvil, olvida y desciende
Hasta el corazón más secreto del interior de la tierra.
Bebe de las aguas de Perséfone,
Del pozo secreto junto al árbol sagrado.
Aguas de vida y fuerza y de luz interior–
Gozo eterno nacido de las profundidades de la noche.
Asciende después, fortalecido de vida y de esperanza renovadas,
Renace de la oscuridad y de la soledad.
Bendecido con la bendición de Perséfone,
Y la fortaleza secreta de Rhea, Binah y Ge.

Malcolm fue abandonando su posición fetal y acurrucada.
—Definitivamente, mi estado ha mejorado –comentó–. Llevo todo el día tumbado en esa posición sin importarme nada y ahora me duele todo el cuerpo. Ese canto tiene mucha fuerza, Lilith. He podido visualizar todo cuanto iba diciendo y al llamarme usted tuve que acudir. No podía yacer desplomado por más tiempo. Y *sentí* ese gozo, Lilith. Creí que nunca volvería a sentirlo, pero no fue así. Escuche... voy a contarle lo que sucedió en Worthing la semana pasada. Quiero contárselo. Quiero que lo sepa. Cualquier otra persona pensaría que soy un monstruo, pero usted me entenderá. Usted no cree que deba culparse moralmente a un hombre por lo que siente, ¿verdad? Lo que cuenta es lo que hace, ¿no es cierto? No puede evitar sentir de ese modo. Yo, al menos, no puedo, y es inútil fingir lo contrario. Es algo que sale de lo más profundo de mí y tengo que sobrellevarlo lo mejor posible.
Esto fue lo que sucedió:
Recibí una llamada de larga distancia, justo cuando me disponía a venir a verla, informándome de que mi esposa había sufrido un derrame cerebral y que no creían que pasara de aquella misma noche. Si hubieran llamado sólo cinco minutos después me habrían hallado fuera de casa, en su compañía, y sin saber dónde localizarme.
Pues bien, me fui derecho para allá y logré llegar a tiempo. Le dije a usted por teléfono que no comprendía cómo podía haber sufrido una apoplejía, porque precisamente su problema es que siempre ha tenido la tensión baja, y estaba en lo cierto. No fue un derrame cerebral sino una embolia. Sin embargo, tenían razón en temer que no pasara de esa noche porque avanzaba muy deprisa. Sólo había una opción: operarla. No era una buena opción, pero iba a morir de todos modos y decidí dar mi consentimiento. El doctor Jenkins, su médico, coincidió con el diagnóstico que yo le señalé, pero estaba en contra de operar. Sin embargo, le hice buscar un cirujano y tenía que conseguir a alguien de la localidad, pues no había tiempo para acudir a Londres.
El cirujano se opuso a la operación; primero, porque no creía que fuera a resistirla y, segundo, porque carecía de experiencia en operaciones cerebrales. Sin embargo, accedió con la condición de que yo asumiera la responsabilidad y le fuera dirigiendo. A mí eso no me importaba. Es uno de mis cometidos ya que conozco el cerebro hu-

mano mejor que cualquier cirujano. La operación se inició a las nueve en punto de aquella misma noche. Éramos un equipo improvisado: el cirujano que iba a intervenir no estaba especializado en operaciones cerebrales; yo mismo tampoco soy cirujano; Jenkins tampoco era anestesista propiamente dicho, utiliza la anestesia como complemento; la enfermera no había presenciado una intervención desde que hizo las prácticas, y la operación se estaba llevando a cabo en un domicilio privado. Y, a pesar de todo, salió a pedir de boca. A la mañana siguiente ya estaba fuera de peligro –al menos, eso pensaba yo, pero me quedé veinticuatro horas más a petición de Jenkins, y cuando me marché ella ya estaba incorporada en la cama y con sus periquitos correteando sobre ella.
Y, bueno..., volví a mi habitación con la intención de dejar el equipaje, tomar un baño y pasar a verla a usted, cuando de pronto estalló la tormenta. Supongo que fue la atmósfera de mi cuarto –ahora que usted me lo ha señalado, empiezo a darme cuenta de lo que son los ambientes. Fui allí cuando tuve que deshacer mi hogar, y he pasado muchas veces por ello –me refiero a la depresión y todo eso; supongo que son tan sépticas psíquicamente como los quirófanos en los antiguos hospitales anteriores a los días de Lister. Sea como fuere, descendí como si estuviera petrificado. No puedo decirle cuál fue el recorrido, Lilith. Tenía una sensación de repugnancia de lo más desagradable.
Ya lo ve, lo único que tenía que hacer era quedarme calladito unas horas y todos mis problemas se habrían resuelto. Todos se oponían a la operación: Jenkins no la consideraba posible; el cirujano no quería arriesgarse; la enfermera odiaba tener que asistir a ella; su acompañante se comportó como una desquiciada, llamándome animal, carnicero y Dios sabe cuántas cosas más. No habría despertado ningún odio si hubiese mantenido la boca cerrada y la hubiese dejado morir. En realidad, Jenkins llegó a decirme que no me resultaría nada agradable verla morir en la mesa de operaciones. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer sabiendo que tenía una oportunidad? ¿Acaso iba a negársela? Lilith, ¿me considera usted un loco?
—No –respondí–. Muy al contrario. Nunca he visto nada más grande que esa operación.
—Me alegra oírle decir eso. Creo que no habría podido volverle a mirar a la cara nunca más si me hubiese respondido otra cosa –podía

sentir que las sombras se cernían otra vez por un momento. Sí, supongo que fue algo grande dadas las circunstancias –demasiado grande para mí, de todos modos. Mordí más de lo que podía masticar. En ese momento no lo sabía; en realidad, me sentía muy satisfecho conmigo mismo. Fue una joya de operación –una auténtica pieza de museo– no hubo nada que detuviera al cirujano –no me acuerdo de su nombre, pero fue bueno. No pudo ser mejor –es extraño que no me acuerde de su nombre. Me sentía completamente satisfecho con todo hasta que regresé a mi alojamiento, y fue entonces cuando sufrí esta sensación de repulsa. ¡Lilith, cuando pienso que podía haber cometido un homicidio! Ya no valía la pena seguir maldiciendo, pero si la hubiese tenido allí la habría matado. Y si usted hubiera estado allí, querida, tampoco habría podido responder de lo que la hubiera pasado. En ese momento, yo no era humano sino un ser desalmado. Aún no he salido del horror que siento hacia mí mismo. Por suerte no duró mucho tiempo. Algo cedió dentro de mí y quedé completamente tranquilo y lejano, y todo pareció irreal y onírico. Carecía por completo de sentimientos, lo que parecía ser una bendición, pero ahora veo que no era así. La ausencia de dolor era una señal de peligro, igual que lo es en otros estados.

No sucedió nada. Me levanté y me fui a la cama como de costumbre. Incluso me afeité. Pero no comí nada: no sentía necesidad de tomar alimento. Me encontraba perfectamente sin él. Y constantemente parecía sentirme cada vez más y más lejos e importarme cada vez menos. Supongo que no me habría importado desvestirme y quedarme en la cama mucho más tiempo, pero caí desplomado sobre la silla cuando, de pronto, vi ante mí el rostro de usted, y experimenté la primera ligera sensación desde que tuve la crisis nerviosa. Y con la sensación llegó una súbita chispa de comprensión y supe que estaba en peligro. Sabía que estaba a un paso de la locura. No me detuve a coger el sombrero ni la gabardina –también me dejé las luces encendidas– Lo único que hice fue salir disparado de la silla y bajar corriendo las escaleras. No sé si alguien me ha visto, pero por su bien espero que no. Usted no me ha visto en mis peores momentos. Era muy distinto a como era cuando llegué aquí. Lo peor ya ha pasado, pero ¡Dios santo, Lilith, me siento destrozado! Menos mal que me ha cogido usted a tiempo, querida; si llego a pasar otra noche más a solas, mi caso no habría tenido solución. ¿Cree que podrá ponerme en marcha de nuevo? En este momento, me siento como si lo único

que fuera capaz de hacer es quedarme aquí tumbado, cerca de usted. Si la dejara, volvería a hundirme. En el nombre de Dios, ¿qué va hacer usted conmigo?

—Le mantendré aquí, y me haré cargo de usted hasta que se restablezca del todo.

—Pero, eso es imposible. Se armaría un escándalo.

—No si usted no lo arma. Por mi parte, puede estar tranquilo.

—¿Y qué pasará con Meatyard?

—Él mismo es un escándalo andante y no se preocupará; de todos modos, está muy apegado a nosotros. Se imaginará lo peor y estará encantado.

—Lilith, no quiero ponerla en esa situación. Tengo la impresión de que me paso la vida tratando de hacer lo correcto y dando la imagen de todo lo contrario. Las pruebas circunstanciales nunca funcionan conmigo. Francamente, no puedo quedarme en su casa.

—¿Ah, no? Espere y verá.

—¿Dónde voy a dormir?

—En mi templo.

—¿En su templo?

—Sí. ¿Ha oído alguna vez hablar del sueño del templo?

—No, nunca. ¿Qué es?

—Supongo que usted lo llamará hipnotismo, pero es diferente. Yo no utilizo mi mente para dominar la suya sino para dirigirla. No le guío como hacen los pastores ingleses con sus rebaños: le dirijo como lo hacen los pastores orientales. Yo misma salgo a los planos internos y hago que me siga; y, del mismo modo, le traigo de vuelta.

—¿Igual que antes?

—Sí, igual que antes; solo que esta vez iremos más lejos; su túnica ya está lista –levanté la masa de terciopelo negro del costurero que tenía junto a la rodilla–, recién terminada; la he acabado esta mima tarde –del envoltorio saqué el fastuoso tocado de plata–. Tome esto –le dije– y vaya al cuarto de baño a ponérselo. No tenemos sandalias, así que tendrá que ir descalzo. En el templo no se puede entrar con nada que pertenezca a la vida diaria –todo ha de dejarse atrás– 'Sumérjase, olvide, permanezca inmóvil y distánciese.

Malcolm se levantó de la silla baja donde estaba sentado y tomó las ropas de mis manos. No las miró; tan solo permaneció de pie sosteniéndolas con la vista fija en mí.

—¿Ha hecho usted esto para mí?
—Sí.
Reparó en las largas costuras.
—¿A mano?
—Sí.
—¿Las ha magnetizado?
—Se han ido magnetizando mientras las confeccionaba.
—¿Debo desnudarme del todo y ponérmelas directamente sobre la piel?
—Exactamente.
—De acuerdo. –dijo. Y colgándose los ropajes del brazo caminó hacia el cuarto de baño con un movimiento muy distinto al del hombre que, una hora antes, había cruzado el suelo de la estancia con paso torpe e indeciso.
Yo, por mi parte, también me dirigí a mi dormitorio para cambiarme. Volví al salón y me quedé junto al fuego, esperando a Malcolm. Al poco rato le vi cruzar el bajo y oscuro arco de la puerta junto al presbiterio, acercándose silenciosamente sobre sus pies descalzos hasta situarse frente a mí.
Jamás he visto producirse en ningún ser humano un cambio tan rotundo. Malcolm no era un hombre alto pero sí de fuerte complexión, y la anchura de sus hombros y la amplitud de su pecho le restaban altura y le hacían parecer más bajo de lo que en realidad era. Con aquellas vestiduras parecía dos veces su tamaño natural. La longitud de la túnica le prestaba la altura de que carecía. El tocado de la cabeza la exageraba. Su duro y adusto rostro, tenso por la expectación, visto bajo las severas líneas de la nemyss egipcia, parecía el de uno de los dioses del Averno. Era el arquetipo del hombre primitivo; como si un gorila se hubiese metido dentro de aquellas ropas. Lo único que le faltaba era el ancho cinturón de cuero y el cuchillo de bronce del sacerdote sacrificial. Tuve que armarme de valor para soportar contemplarle, vestido así, en la penumbra de la estancia.
Él me miró. Yo también iba vestida con terciopelo negro y el tocado de plata del lado oscuro del culto.
—Tiene usted el aspecto de la luna cuando sale a medianoche —comentó.
Tomé la delantera subiendo la empinada escalera y Malcolm me siguió en silencio. Había algo lúgubre y terrorífico en el almohadillado

y suave paso de aquellos pies descalzos que venían tras de mí. Me preguntaba con cuánta frecuencia había yo descendido por el largo camino subterráneo desde el templo blanco al negro seguida por aquellos suaves y silenciosos pies. Desde el punto de vista humano, estaba corriendo un gran riesgo con Malcolm. Según él mismo reconoció, había estado al borde de la locura. Si le empujaba otra vez hacia ese abismo, el asesinato habría sido algo misericordioso comparado con lo que me haría a mí. Pero no tenía ningún miedo. En mi mente y en mi cuerpo no existía el más leve vestigio de intranquilidad o tensión. Esta noche, yo era la sacerdotisa de Isis, dueña de todo lo mágico.
Entramos en el templo y, por tercera vez, le levanté la cortina para que cruzara el umbral. Espontáneamente, subió al altar cúbico y colocó las manos sobre él, mirando fijamente a la titilante y débil lámpara. Sirviéndome de unas pequeñas pinzas rituales de plata, cambié la mecha y la llama creció. Con una astilla envuelta en una funda de plata llevé la llama a la lámpara lunar frente al espejo. Después cogí el incienso del calentador y lo transferí al incensario para llenar con su fragancia el templo. Durante todo este tiempo, Malcolm ni siquiera parpadeó. Por último, me acerqué a él colocándome a su lado. Entonces, alzó la vista y me vio reflejada en el espejo, a su lado.
Era una imagen extraña y dramática la que se reflejaba en el espejo que ocupaba todo ese sector de la pared. Enmarcados por los pilares de polaridad, los pilares negro y plata que flanqueaban el altar, permanecimos de pie codo con codo. En cuanto a estatura se refiere, estábamos igualados –pues, para ser mujer, soy alta–, pero, envueltos en aquellos ropajes, uno era ancho y fuerte, el arquetipo de la fuerza primitiva, y el otro delgado y esbelto. El opuesto exacto uno del otro en todos los aspectos del ser.
Malcolm miraba fijamente su imagen en el espejo.
—Sí. Ése soy yo –dijo–. Lo sé.
—La Diosa no tardará en venir; cuando lo haga, pídale fuerza.
—No necesito fuerza, Lilith; tengo de sobra. Lo que necesito es entendimiento. ¿Puedo pedirle eso?
—Claro. Si es que considera que puede soportarlo en este momento. No era yo quién para refrenarlo
—Venga al sofá –le dije–, y me siguió.
Le eché una manta de piel por encima porque, aunque el templo estaba caliente, permanecería allí tumbado varias horas y, así tendido, se

quedaría frío. Dobló las manos sobre su pecho y su aspecto semejaba el de un difunto dentro del ataúd. Si algo le ocurría allí, me preguntaba cómo le explicaría al juez por qué Malcolm iba vestido sólo con aquella túnica, pues siempre existe la posibilidad de que ocurra algo en los viajes astrales –En ocasiones, la persona sale y no vuelve.

Esta vez no acerqué el taburete para situarme detrás de su cabeza, sino uno de los tronos porque también yo tendría que permanecer allí durante horas y necesitaba algo donde poder apoyar la espalda. Malcolm dio un respingo cuando me vio levantarlo.

—¿Por qué no me ha dejado que hiciera yo eso? –exclamó.

Pero nunca se me hubiera ocurrido. Estaba en posesión de la fuerza para el ritual y levanté el enorme sillón como si se tratara de una banqueta para los pies.

El incienso ardía ininterrumpidamente. Las mechas recién encendidas habían dejado de llamear y nosotros estábamos listos para nuestra vigilia. Saqué la mano y golpeé con suavidad nueve veces sobre un gong en forma de varilla que colgaba de un lado del altar. Oí responder a las campanas astrales y supe que Malcolm también las había oído por el respingo que dio. Nuestras miradas se encontraron en el espejo.

—Es usted la Diosa –dijo– ¿Debo rogarle a usted?

Me sobresalté. No se llevó a cabo ninguna invocación de apertura y, sin embargo, Malcolm ya había entrado en comunicación con sus contactos. El uso de la mujer real como diosa es alta magia tántrica, y poco frecuente, pero no podía negársela.

—Trabaje en el espejo –fue todo cuanto dije. Nuestras miradas se cruzaron nuevamente.

—Usted es Ella, y yo lo sé. Aunque me lo niegue, lo sé. Para mí no es una mujer en absoluto, sino la diosa; y yo la venero, la adoro, porque soy libre de hacerlo. Sólo le pido una cosa: entendimiento. Démelo y yo pondré la fuerza.

Se quedó callado, mirándome fijamente a los ojos en el espejo. Luego, habló de nuevo.

—Deseo saber cómo ocurrió todo. Quiero comprenderlo. ¿Por qué estoy esclavizado? ¿Es por mi culpa?

Permaneció observándome en el espejo y yo penetré con percepción absoluta en el interior de su alma.

—Los sacerdotes son hombres diferentes –oí que decía mi voz–. Tenían que ser segregados para poder desempeñar su función. El modo de segregarlos era tan bueno como cualquier otro.

—¿Saldaré algún día la deuda que tengo con mi esposa y seré libre?

—Ya no existe ninguna deuda. Ha sido saldada en los últimos días.

—Pero, ¿eso no significa que sea libre para tomarme la justicia por mi mano?

—No, no significa eso. Espere. Pronto lo comprenderá. Pero los sacerdotes nunca son libres. Están sometidos a Isis. Cambiará un deber por otro.

—¡Nada me gustaría más! –pude oír en la voz de Malcolm un crecimiento vital. Vi algo moverse dentro del espejo y supe que la diosa estaba hablando. Un halo de luz empezó a extenderse sobre su superficie. Yo tengo que imaginar que la Diosa está detrás de mí cuando habla, así que me levanté de mi sillón, di la vuelta y me coloqué a los pies de Malcolm, de espaldas al espejo.

—Es usted Ella –exclamó Malcolm, mirándome fijamente a los ojos.

—Lo soy –repliqué; y alzando los brazos, le mandé la fuerza. Él levantó los brazos del pecho y lo recibió.

Conservamos esa postura durante algún tiempo, con las palmas de las manos enfrentadas, a casi dos metros de distancia, con la fuerza entre nosotros rígida como una vara sólida. Era claramente visible incluso con los ojos físicos.

—¿Es tu voluntad entregarte sin reservas? –pregunté.

—Lo es –replicó él sin vacilar.

—¿Dejarás que te tome y te utilice, sin pedir nada a cambio?

—Sí.

—Muy bien.

La fuerza empezó a aumentar lentamente para propiciar la magia mayor. Hasta ese momento, yo había utilizado a Malcolm como fuente de energía, extrayendo magnetismo de él de manera que yo pudiera disponer de energía suficiente para desempeñar mi función; pero ahora, una vez conseguido esto, empecé a transmitir magnetismo a la Diosa y a Su forma creada como yo la visualizaba, y entonces la fuerza empezó a penetrar en la forma –esa fuerza procedente de lo que Isis representa: la fuerza de la luna y el lado lunar de las cosas, y lo que la luna representa. La imagen fue haciéndose más viva por sí sola. Luego, la forma de obsesión más extraña se fue superponiendo

a mí lentamente, y, ya fortalecida por el ascenso del magnetismo de Malcolm, la recibí, de modo que me convertí en Isis momentáneamente (este es el antiguo trabajo de templo que por lo general se desconoce), y Malcolm se encontró cara a cara con la Diosa que era y no era yo a un tiempo.
Mi consciencia pareció quedar en suspenso en el fondo, en algún lugar de la forma de la Diosa, y, sin embargo, yo era Ella y compartía Su consciencia. Toda la tierra parecía mía y todo el cielo estrellado la esfera en la que me movía.

Por la expresión de su rostro comprendí que Malcolm había percibido la transformación. Y, lentamente, se fue incorporando hasta quedar sentado sobre el sofá.
—Es usted Ella –dijo en voz baja–. Siempre lo he sabido.
—¡Soy Ella! –respondió una voz que no era la mía– ¡Pregunta y responderé!
Malcolm se quedó rígido, contemplando ensimismado la forma que tenía ante sí. Nunca había experimentado tales manifestaciones y, por tanto, no sabía cómo tratarlas, pero la franqueza y la integridad de su naturaleza le sirvieron de guía.
—¿Quién eres? –preguntó.
—Soy Isis, la Luna –fue la respuesta.
—¿Qué implica eso? –Malcolm ya no estaba sobrecogido por el desconcierto; su mente estaba funcionando y él estaba definiendo a Isis y viviseccionándola.
—Yo soy la fuerza negativa del Universo, representado así para ti mediante el acto de la magia.
—¿Eres en realidad como yo te veo?
—¿Hay algo que sea en realidad como se ve?
—No, desde luego que no. Comprendo. La psicología de la vista es aplicable a la visión, y luego a la psicología del sueño, ¿es correcto?
—Lo es.
—Entiendo.
—Tómame, pues, y utilízame. ¿Qué es lo que deseas?
—Deseo entendimiento.
—El entendimiento viene con el trabajo. ¿Qué más quieres?
—Deseo... –Malcolm se agitó inquieto y vaciló– Deseo lo que desean todos los hombres normales. ¿Te pido eso?

—Sí. Yo soy quien lo concede, pues soy Todas las Mujeres... ¡Recibe la bendición de Isis!

Una luz plateada y cegadora inundó toda la estancia y se desvaneció. Cuando hubo desaparecido la Diosa ya no estaba allí, pero yo sí estaba –en el poder– como sacerdotisa de Ella. Mi personalidad humana había desaparecido por completo, y yo era mi yo superior y una sacerdotisa –la sacerdotisa– la gran suma sacerdotisa, y como tal también bendije a Malcolm.
—Usted se ha sacrificado y ha servido –la Diosa no lo olvidará y le corresponderá.
—¿Cómo va a corresponderme? Lilith, ¿cómo me corresponderá? –gritó Malcolm, el hombre, de pronto.
—A Su tiempo. A Su manera. A través de los canales que Ella elija; pero esté seguro de que le corresponderá. –Me aferré a la magia con todas mis fuerzas, negándome a consentir que aquello fuera a parar al nivel personal. Malcolm se tranquilizó y recobró su autocontrol e inclinó la cabeza.
—Estoy en Sus manos –exclamó–. Toma lo que desees. No pido nada.
Luego, descendiendo otro grado de energía, me situé ante él en mi propia persona, pero como todas las mujeres, pues en virtud de mi condición de mujer soy parte de Isis, como lo son todas las mujeres; y lo bendije como todas las mujeres podrían bendecir a sus hombres si supieran cómo hacerlo, haciéndoles llegar el poder de la luna en virtud de su condición de mujer.
Yo era el arquetipo de mujer respaldada por mi Diosa; y frente a mí se hallaba él, el arquetipo de hombre, que me necesitaba. Y le canté la Canción de la Compasión de Isis. Es un canto extraño, engendro de la magia; es muy antiguo y sólo las sacerdotisas pueden cantarlo.

¡Perséfone, oh Luna del deseo de los hombres,
Tu luz que brilla tenuemente ilumina con el frío fuego de la luna!
Perséfone, Perséfone,
Luna de la noche, te añoramos,
En el espacio exterior los manantiales de la existencia brotan;
Con el vaivén de las mareas la vida en torrentes por los cielos corre.
Y en el corazón de los hombres despiertan los dormidos fuegos–
Tú eres la Reina de los sueños y de los deseos.

Perséfone, Perséfone,
¡Luna de la noche, vamos hacia ti!

La pasión del canto iba en aumento y pude sentir que Malcolm vibraba con ella. Entonces, cambió el motivo: ahora el poder estaba siendo traído hacia la tierra.

La luna cabalga alta y clara,
Oh, hermosura, acercáte, acércate;
Hacia los hombres solitarios en los solitarios caminos
Desciende en el sueño de plateado halo.
Perséfone, Perséfone,
Todo al fin volverá a ti.

Oí un sonido semejante a un sollozo procedente de Malcolm quien extendió los brazos hacia mí. Me fui a él porque algo humano había que darle a aquel hombre para que no se desmoronase. Me agarró y me apretó contra él en una especie de agonía. Fue algo terrible. Sentí cada uno de sus músculos rígidos y en tensión. Al poco tiempo cayó hacia atrás, exhausto, jadeando y lleno de sudor, y yo cogí mi pañuelo de suave chiffon y se lo pasé por la cara. Él permaneció en silencio con los ojos cerrados, y luego una de sus manos trató de palparme como hace un niño. Cogí su mano y me senté a su lado en el borde del sofá.
Y así fue como dio comienzo la vigilia del sueño del templo. El gran trono no me servía de nada. Tenía que aguantar erguida, sin respaldo, en una especie de crucifixión de tensión muscular. Era el Asana[1] del sacrificio indirecto. Transcurrido algún tiempo, los músculos se agarrotan, se vuelven rígidos y lo peor llega a su fin –hasta que hay que volver a moverse al acabar. Siempre he notado que estas posiciones extrañas y de inmovilidad son necesarias para traer el poder, y que el poder obtenido es proporcional al dolor que causan las posturas. Yo soy muy flexible y muy fuerte, y puedo aguantar más que la mayoría de las personas al estar habituada a estas cosas, pero son un auténtico calvario.
Al principio no podía concentrarme por los temblores de la tensión, pero mis músculos no tardaron en quedarse agarrotados y mi mente liberada. Malcolm dormía plácidamente como un niño: sus ataques habían cesado por el momento. Tenía el rostro fruncido y cansado, y sin embargo parecía tranquilo. Yo le contemplaba.

[1] Asana: posturas de meditación del yoga

Pensé en la absoluta inutilidad, despilfarro y locura del sacrificio que la moralidad convencional le había exigido. A nadie beneficiaba que este hombre sacrificara su virilidad en un altar vacío, y el agravio a él causado era cruel, pues el lado amoroso de la vida no es un ideal sino una función. Pensé en la castración de los sacerdotes de Attis, en las ligaduras con que ataban los pies de las mujeres chinas; en las cabeceras de los bebés pieles rojas, y en todas las torturas inútiles, sin *sentido e interminables infligidas por las supersticiones y los* convencionalismos de la humanidad, de los cuales nuestra moralidad ortodoxa es uno de los peores, y con el poder de la magia que estaba sobre mí en ese momento maldije en la cara a nuestro moderno Moloc y le golpeé en sus pies de arcilla, y lo que hice entonces porque me había conmovido el sufrimiento de Malcolm lo hice mágicamente por todos los hombres en su misma situación, en sus variables grados de frustración y de inanición, pues así es como se opera con la magia. Lo que hice entonces, en aquellas horas de intensa fuerza y emoción, allí arriba en la oscuridad del templo de la luna mientras fuera discurría el río desbordado, entró en la mente grupal de la especie para que actuara de fermento, porque sabía que lo haría cuando llamé a Malcolm al ritual. Hoy el mundo goza de libertad gracias a lo que yo hice aquella noche, pues se abrió la primera pequeña fisura en el gran muro y las fuerzas iniciaron su avance canalizando y erosionando en su discurrir, hasta que pronto la fuerza de las aguas llegó a desbordarse como cuando revienta una presa y desaparece toda resistencia.
Así pasó la noche, y la Diosa me visitó como le había visitado a él, y una vez más gocé de una renovada visión de Ella. Cuando Malcolm dijo que yo era Ella, estaba equivocado y en cambio tenía razón. Todas las mujeres somos Isis, e Isis es todas las mujeres, ya que Su poder se manifiesta a través de ellas en su grado correspondiente. Unas transmiten más y otras menos, pero ninguna, a menos que lo inhiba deliberadamente, carece de él. Una sacerdotisa adiestrada como yo lo transmite en toda su plenitud. No todos los hombres pueden soportarlo; necesito hombres fuertes a mi alrededor, como Malcolm, que le permitan penetrar con toda su fuerza. Es algo grande y glorioso que otorga salud al alma. Los griegos crearon un dios de él al que llamaron Dionisos; pero después del éxtasis viene la tranquilidad, que es la bendición de Isis. No sé como algunos pueden alegar que es malo algo que proporciona una paz tan profunda.

CAPÍTULO XIV

NO sé qué se le pasó a Malcolm por la imaginación cuando despertó por la mañana y se encontró en el templo conmigo al lado, pues también yo estaba dormida y entumecida en mi Asana, muy erguida y sin un respaldo en que apoyarme. Lo primero que percibí fue que él ya se había incorporado en el sofá y que me miraba ensimismado.

Me resultaba prácticamente imposible moverme por mí misma, así que Malcolm tuvo que sostenerme y ayudarme mientras trataba de desentumecer mis agarrotados miembros. Su gentileza fue para mí una bendición y sus conocimientos evitaron que sufriera gran parte del dolor que se siente al salir de un Asana. Músculo por músculo, fue eliminando la rigidez de mis miembros a base de friegas y masajes. Por fin, cuando ya fui capaz de moverlos con libertad, me puse en pie, y, apoyando mis manos sobre sus hombros, le pregunté:

—Bueno, ¿cómo está? ¿Qué tal le ha ido?

—Querida –respondió él–, todo ha ido bien. He sido bendecido y usted lo sabe, pues conoce a quien lo ha hecho —Y, despegando mi mano de su hombro, la besó.

Tal vez muchas mujeres no hubieran considerado a Malcolm una persona romántica siendo un hombre casado, de mediana edad, con el pelo canoso, fornido y rechoncho, y de toscos modales; pero para mí, en aquellos momentos, dándome las gracias a su modo, triste y melancólico, poseía un encanto y una nobleza que brillaban como una gran luz en medio de la oscuridad.

Le conduje hasta la pared de la cara Oeste y allí descorrí una cortina, dejando al descubierto una ventana que había mandado abrir para ventilar el lugar. Subimos la persiana y, ante nosotros, apareció el río resplandeciente por la luz matinal. Malcolm rió entre dientes y señaló con la mano la lejana fachada del otro lado del río, donde dos ventanas aún iluminadas emitían un incongruente resplandor en la atmósfera gris de la mañana.

—Me he dejado las luces encendidas –exclamó– ¡Menuda bronca me espera cuando vuelva!

El sol ya se iba elevando sobre el claro cielo y el agua empezaba a

emitir destellos. La marea había descendido, pero, a juzgar por el estado de la calle, comprendimos que la riada había llegado hasta la misma puerta de la casa durante la noche, mientras guardábamos la vigilia del templo. Existe una curiosa afinidad entre las fuerzas lunares y el agua; todavía no he visto hacer magia lunar sin que intervenga el elemento agua de un modo u otro.

Luego nos encaminamos al piso de abajo. Malcolm fue delante para echarme una mano, pues aún estaba muy entumecida; pero cansándose pronto de avanzar tan despacio y tan trabajosamente, me cogió en brazos sin pedir permiso y me llevó en volandas el resto del recorrido. Cuando me dejó sobre el sofá, junto a la chimenea, se inclinó hacia mí tanto que pensé que pretendía besarme; sin embargo, en vez de eso, se irguió de nuevo y se quedó mirando fijamente la lumbre durante varios minutos. Después, se alejó con dirección al cuarto de baño sin mediar palabra, volviendo a aparecer al poco rato, vestido, afeitado e impasible para encontrarse de cara con Metyard, quien le guiñó un ojo en señal de aprobación.

Malcolm se puso rojo como un tomate, y por un momento creí que iba a sacudirle; pero Meatyard, haciendo caso omiso del peligro, empezó a poner la mesa para los dos. Malcolm recobró la compostura, se acercó a mí y me miró con ojos angustiados, y al ver que yo sonreía él también lo hizo, aunque con una mueca de indignación. ¡Pobre hombre! ¡Era tan inocente de toda ofensa como un nonato! Pero, como él mismo había observado, las apariencias siempre apuntaban en su contra.

Insistí en que solicitara unas vacaciones en el hospital. ¡Bien sabe Dios lo bien merecidas que las tenía! Y durante las dos semanas siguientes pasó todos los días en mi compañía, trabajando conmigo cada tarde y durmiendo en el gran sofá del salón. Entretanto, a instancias mías, su apartamento fue redecorado y amueblado por completo. Prescindimos de todos aquellos muebles tan viejos y horrorosos, y encargamos otros nuevos elegidos por mí. Ni que decir tiene que nunca me dejé ver por la patrona de Malcolm, aunque supongo que sospechaba mi presencia. Los hombres como Malcolm no suelen obrar grandes cambios estéticos sin algún tipo de influencia externa. No obstante, él se encontraba mucho más a gusto con una buena cama y una chimenea moderna, y luces adecuadamente apantalladas, y empezó a disfrutar más de sus pertenencias.

Noche tras noche trabajábamos juntos y yo le fui introduciendo en el arte de la magia. A Malcolm no le costaba trabajo concentrarse pues tenía una mente bien disciplinada; la visualización también le resultaba fácil por lo acostumbrado que estaba a hacer diagramas a sus alumnos: tampoco le inquietaba entregarse a las fuerzas pero no podía o no se atrevía a dejarse llevar por mí. Conseguir que separase la mujer de la sacerdotisa era lo más difícil del mundo. Si el tronco del árbol joven se tuerce, torcido quedará irremisiblemente cuando crezca, y eso le había ocurrido a Malcolm a causa de la venganza. Una y otra vez intentaba hacerle comprender que debía tratarme como a una paciente más y que yo haría lo mismo con él, pero todo era inútil. A Malcolm le asustaban las emociones; no se daba cuenta de que es posible mantener las fuerzas en el astral y manejarlas allí. A mí me recordaba a un caballo que teme cruzar un puente que cruje por si no aguanta el peso. No se daba cuenta de la fortaleza, exactitud y precisión de los trabajos astrales en manos expertas. La terrible conciencia puritana, la cosa más ignorante en la tierra de Dios, había deformado su mente y era la ortopedia espiritual la que le devolvería a la naturalidad.

Sólo después de una paciencia infinita y de hablar con franqueza y sin rodeos cayó en la cuenta de que sexo y pecado no son sinónimos. Creo que lo único que le hizo entender que el sexo es una función fisiológica con resultados psicológicos fue su formación científica. Entonces, y sólo entonces, se atrevió a mirar con ojo crítico el código al que llevaba encadenado desde niño. Sin embargo, una vez llegado al punto de poder analizarlo, las cosas se sucedieron más deprisa, pues la mente de Malcolm era científica por naturaleza y, aun a su pesar, no podía evitar mirar los hechos cara a cara.

—¿Considera usted que mi lealtad ha sido una pérdida de tiempo? –me espetó un día; porque era de todo menos reservado.

—Creo que probablemente eso le ha enseñado mucho –repliqué–. Hoy no estaría trabajando conmigo si no hubiera pasado por tan dura disciplina, pero no creo que le haya procurado el menor beneficio a su esposa.

—No, eso mismo pienso yo. Podía haber tenido media docena de queridas y ella habría seguido sin comprender y en nada habría alterado su situación económica. ¿Me cree un loco, Lilith?

—¿Recuerda la historia del ateniense que erigió un altar al Dios Desconocido? Usted ha adorado un ideal; se ha sacrificado a él sin reservas; eso no puede caer en saco roto en los planos internos y debe de haber generado energía. Pero creo que ha estado ciego, amigo mío, aunque no haya sido así en otros aspectos. Y digo ciego porque de niño le pusieron anteojeras a su mente. Ahora se las han quitado y queda por ver si tendrá el valor de obrar en consecuencia.

—La falta de valor nunca ha sido una de las muchas debilidades que se me atribuyen.

—De todos modos, imagino que sí le falta valor en este asunto.

Pensó durante un instante.

—Si, eso creo yo. Es la única cosa de mi vida que me ha hecho vacilar. Debería haberme enfrentado a ello hace años y ser justo conmigo mismo y con Eva. Si hubiera dado un corte limpio, la herida ya estaría curada.

Reflexionó durante un momento y, al fin, habló como para sus adentros.

—¿Quién puede erigirse juez en estos asuntos? ¿Acaso está justificado alguna vez que uno se tome la justicia por su mano?

—Ahí estriba la dificultad —respondí—. Resulta bastante sencillo legislar para un mundo perfecto, pero el mundo en que hemos de vivir no lo es. Si todos nos tomáramos la justicia por nuestra mano cuando nos viniera en gana, pronto no quedaría en pie ni una sola ley. Mientras existan leyes tendremos que respetarlas y esperar a alcanzar otras cimas en otras vidas, que es donde tenemos ventaja los que creemos en la reencarnación. Pero si bien es posible conservar una ley tonta, no hay razón para que la respetemos; aunque tengamos que agachar la cabeza ante una *fuerza mayor*, no hay razón para que sometamos también nuestra mente. Los mandatos de la reina no rigen en los planos internos, en los cuales gozamos de libertad.

—¿Libres de hacer lo que nos plazca...?

—No. Eso nunca. No existe tal cosa como libertad absoluta; sólo existe la libertad absoluta con respecto al derecho de elegir el código por el que uno se regirá. Libertad de pensamiento, Rupert –libertad de distinguir al ídolo del Dios verdadero. Libertad de reconocer un código social como código social y no como la Palabra del Señor. Libertad de buscar a Dios a su modo, amigo mío, y no a la manera de los demás. Libertad de cortar con los convencionalismos y centrarse en lo fundamental.

Quizá no logre hacer todo eso en esta vida –me refiero a ser libre como lo soy yo, que llevo muchas vidas hollando el Sendero–, pero al menos sí podrá iniciar el camino. Al menos sí podrá alcanzar la libertad intelectual que no permita a ninguna autoridad anular la verdad. Y recuerde que donde acabe en esta encarnación comenzará en la siguiente, y que cualquiera que sea el terreno conquistado no será más que un rastro entrecortado para los que vengan detrás de usted.

—La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia –dijo Malcolm–. Y de buena gana sería yo uno de ellos. Lo llevo en la sangre porque mis antepasados fueron covenanters; pero ¿puede en algún caso estar justificado ofrecer en sacrificio a otra persona? ¿Estaría justificado que yo sacrificase a mi esposa, por ejemplo?

—Existe algo llamado justicia abstracta, Rupert. Tenemos la obligación de ser justos con nosotros mismos además de generosos con los demás. El matrimonio es la única forma contractual en que la ley obliga a un servicio personal, y en eso creo que se equivoca: un servicio que no se hace voluntariamente no es nunca satisfactorio. Por otro lado, el matrimonio es también la única forma contractual en la que la deserción de una de las partes no libera automáticamente a la otra. ¿Cómo vamos a esperar que lo que funciona mal en todas las demás relaciones humanas funcione bien en esta en particular? Por supuesto que no. Y por eso hay tanta felicidad de baja condición, aparte de los muchos restos de naufragios esparcidos por todo el mundo.

—Las iglesias no estarían de acuerdo con usted.

—Las iglesias pueden hacer lo que les venga en gana. Sólo a ellas incumben las condiciones que impongan para admitir a los miembros de su confesión. Donde yerran es cuando utilizan su influencia para legislar a personas fuera del ámbito de su confesión. La Historia no ha visto buenos resultados cuando la religión ha interferido en la política. ¿Sabía usted que hubo un tiempo, en Salt Lake City, en que era obligatorio darse a la poligamia si uno podía permitírselo, y que se imponían fuertes castigos, tanto en este mundo como en el otro, si se permanecía fiel a una sola esposa? El estado no tiene derecho a tratar de ningún asunto salvo el de la ley de contrato en la legislación matrimonial; debería haber libertad de conciencia en lo que atañe tanto a este asunto como a otros. ¿Cómo puede el concienzudo católico crear leyes para el concienzudo

mormón, ambos hombres profundamente religiosos cada uno según su entender, y ambos completamente seguros de que Dios está de su lado? ¿Y quién puede erigirse juez entre ellos? ¿La Iglesia anglicana instituida por ley...? ¿Las diversas confesiones protestantes que se instituyeron a sí mismas...? ¿O el grueso del electorado a quien no le preocupa ninguna de estas cosas y que, en un solo voto y en las mismas elecciones, tienen que decidir sobre una miscelánea de asuntos sociales, política exterior, economía y la reforma de la ley de divorcio?

—Esto me supera, Lilith. No sé. No puedo juzgar. Estoy demasiado implicado personalmente para ser imparcial. ¿Qué habría hecho usted de haber estado en mi lugar?

—De haber estado en su lugar, tendría también su carácter, y, por lo tanto, probablemente habría hecho lo mismo que usted. Pero si me pregunta qué debería hacer en este momento, dados su carácter y circunstancias, le aconsejaría que no hiciese nada en el plano físico, que se distanciara de su personalidad. Retírese a su yo superior que continúa viviendo eternamente en todas sus encarnaciones y trate de ocuparse de los principios fundamentales y adaptarse en consecuencia; una vez adaptado, descubrirá que las cosas se resuelven por sí solas en el plano físico. Ésa es la magia mayor.

—¿Y cuál es la magia menor?

—Lo que hacemos con nuestras mentes a la luz de la magia mayor.

—¿La que ha estado enseñándome?

—Sí.

—¿Es que la magia mayor no funciona sin todo eso?

—Funciona, pero muy despacio y no en esta vida probablemente.

—¿Perjudicaré a mi esposa si hago lo que me aconseja?

—No, no afectará a su esposa porque no trabajará con nadie salvo consigo mismo. Nadie puede prever cómo se despejará el camino; puede que lo haga modificando sus circunstancias o tal vez mudando sus sentimientos; pero desde luego se producirán cambios, pues estos medios ponen en movimiento grandes fuerzas y son fuerzas de derecho fundamental –nosotros no nos tomamos la justicia por nuestra mano ni perfilamos en modo alguno los resultados. Sin embargo, voy a decirle algo que debe saber para su información, Rupert: cualquier alteración que se produjera en sus circunstancias, no afectaría a nuestra relación.

El rostro de Malcolm sufrió un extraño cambio al oír estas palabras. Por un instante, hubo un destello de algo salvaje y luego una mirada de alivio.

—Me alegro de que me diga eso, Lilith –dijo–. Me ha aclarado muchas cosas.

—No le ha aclarado nada, Rupert –repliqué yo–. Yo puedo ser una mujer libre, pero usted, a menos que cambie, jamás será un hombre libre.

Pareció desconcertado.

—Yo nunca me he casado –continué–, y jamás me casaré. ¿Por qué iba a hacerlo? Mi tarea no consiste en traer almas a este mundo.

—Comprendo –respondió Malcolm–. Usted es una sacerdotisa, diferente a los demás.

—Sí –apostillé–. Eso es. Soy una sacerdotisa diferente a los demás.

Las cosas empezaron a marchar mucho mejor después de aquella charla. Aunque Malcolm lo habría negado enérgicamente, era un hombre religioso por naturaleza, y la vida no tenía ningún sentido para él a menos que pudiera relacionarla con las verdades fundamentales. Yo le comprendía porque soy del mismo natural. Ninguno de nosotros habría podido encontrar satisfacción en algo que consideráramos equivocado o fútil. Aunque mi código no coincidiese con el del mundo no dejaba de ser mi propio código, y ¿quién juzgará al siervo de otro hombre? Que cada cual rinda cuentas a su amo. Pecar contra el Espíritu Santo significa infringir el propio código, o al menos eso pienso, y yo misma he visto descender el poder de Dios en forma de llama de fuego.

Así que cogí a Malcolm de mi mano, dejando que resolviera su problema a la luz de la magia mayor, pues eso es algo en lo que nadie puede interferir, y en lo que nadie puede ayudar –pues toda alma recorre ese camino en solitario– sino enseñándole el uso de la magia menor que hace efectiva a la mayor, cuya carencia explica por qué tantas veces hemos de esperar hasta que Dios quiera que nuestras plegarias sean oídas.

Tienen que perdonarme si hablo en clave sobre estos asuntos, pero no hay otro modo de hacerlo. Sin embargo, lo que no puedo explicar puedo describirlo y contaré lo que hice con Malcolm.

Noche tras noche, durante aquellas merecidas vacaciones del hospital, hice que Malcolm realizara conmigo un ritual sencillo y antiguo pero eficaz, el ritual de apertura de las puertas que permite el paso a otro plano, o a otro estado de consciencia, según como uno utilice los términos –pues un plano es un estado de consciencia y un estado de consciencia es un plano.

Le enseñé el modo de salir –el viaje imaginario que acaba en el astral; y, en mi compañía, le mandé hacerlo todas las noches, tumbado en el sofá y mirando el espejo, hasta que se familiarizó con el método y pudo pasar por el sendero solo; y, lo más importante de todo, regresar por el mismo camino. Los planos internos se hicieron reales para él y dio por cierta su existencia, y aprendió a valorar la naturaleza de éstos basándose en sus propias reacciones.

En cierta ocasión se volvió hacia mí y exclamó:

—Me está haciendo soñar un sueño artificial. Esto no es real.

—Es real para usted, y es verdadero para usted. ¿Qué más quiere? –le respondí.

—Pero, no es real. –protestó–, me estoy engañando a mí mismo.

—Es verdadero en su plano –respondí–, y ese plano es el de la causalidad. No sabemos cómo funcionan estas cosas; lo único que sabemos es que funcionan. Lo que uno crea dentro de su imaginación es un canal de energía. Cuanto más real le parezca, con mayor potencia trabajará, y todas las cosas que yo hago y que usted tilda de teatrales están únicamente diseñadas para hacérselo ver cómo real.

Así que hablé con él, le enseñé, dejé que se fuera acostumbrando a las cosas, y esperé. Nos describíamos mutuamente nuestras visiones –las visiones que yo construía y las que él veía, repasando una y otra vez las mismas cosas, hasta que se hicieron completamente familiares para ambos. Esta es la puesta en escena del trabajo mágico que crea el templo astral. Nuestro templo ya estaba construido, aunque Malcolm creía que todo era imaginario, y estuvimos listos para comenzar la siguiente etapa –la etapa de convertirle en sacerdote. La gente intenta hacerse sacerdote por su cuenta con el fin de ser digno del templo, pero debe ser justo al revés: crear primero el templo y luego al sacerdote. Y hay buenas razones que lo justifican.

También enseñé a Malcolm alquimia mística, es decir el yoga de Occidente. Le enseñé a recoger las energías del centro de la tierra y

hacerlas ascender por la columna vertebral. Éstas forman la base de todo lo que sigue. Sólo las personas que logran hacer esto pueden practicar la magia. En el mundo occidental, operamos con un árbol; en Oriente, operan con flores; pero en realidad es lo mismo.

Malcolm me comentó una vez:

—Sólo hay una cosa que no gusta de usted, Lilith, y es ese algo de crueldad que advierto en su naturaleza.

—Hace juego con mis dientes de tigresa –le respondí– ¿Le gustaría ser operado por un cirujano blandengue y que empleara un instrumental poco afilado?

—No. –respondió.

Pero aún tenía que aguardar el momento oportuno y no me atreví a mostrar mis cartas a Malcolm; era preciso dar tiempo a su lenta progresión hacia el entendimiento.

¡Me pregunto que diría si usted supiera –pensé– lo despiadada que soy en realidad y la naturaleza de los riesgos que estoy corriendo!

Hay en mí una paciencia y una tenacidad incansables. Puedo insistir y persistir incesantemente, y esa es la magia más poderosa que existe. No tenía ninguna prisa, pues todavía quedaba muchísimo trabajo por hacer con Malcolm antes de estar listos para pasar a la etapa siguiente. Tenía que hacerle recordar sus vidas pasadas. Eso es importante en magia porque un hombre que recuerda sus vidas pasadas tiene a su disposición muchos recursos. También necesitaba enseñarle el arte del Poder de la Serpiente –muy poco conocido en Occidente–, en el que soy experta, lo cual ocurrió cuando tuvo que ocurrir. Yo sabía que aquello podría suceder en cualquier momento cuando le dije a Malcolm que ningún cambio en sus circunstancias produciría cambio alguno en nuestras relaciones. Una mañana se presentó a mí con una carta en la mano y me pidió que la leyera. Mientras lo hacía, no dejó de pasear agitadamente de un lado a otro de la estancia. Llevaba el matasellos de Worthing y supuse que debía de ser de la acompañante de su esposa. Decía que la señora Malcolm había ido mejorando mucho, pero que su mejoría se había visto interrumpida por una recaída de su flebitis. Sin embargo, afirmaba que no había motivo para preocuparse, pues se trataba de un ataque muy ligero, y que el Dr. Jenking no creía necesario que Malcolm fuese a verla.

Le devolví la carta sin comprender qué parte de su contenido le había inquietado de ese modo.

—¿Qué debería hacer, Lilith?

—Siga el consejo del médico que la está tratando –le respondí–. Y, si eso no le satisface, pida una segunda opinión. Pero no vuelva a asumir usted esa responsabilidad. Sería pedirle demasiado a cualquier hombre.

Pareció aliviado. Él, la persona más dogmática, autoritaria y engreída de la tierra en cuestiones médicas, se mostraba muy agradecido de que yo le dijera qué hacer en sus asuntos personales.

—Llame por teléfono si está preocupado –añadí.

Levantó el auricular y marcó el número de teléfono. En unos instantes, como por uno de esos milagros maravillosos que opera mi magia, estaba hablando con la acompañante de su esposa.

Por supuesto yo sólo oía una parte de la conversación, pero no resultaba difícil darse cuenta de que Malcolm estaba hablando con una idiota, y, por si eso fuera poco, con una idiota testaruda. Al parecer, habían prescindido de los servicios de la enfermera porque la señora Malcolm no quería tener extraños a su alrededor, y tanto la empleada doméstica como su acompañante se consideraban a sí mismas perfectamente competentes para llevar a cabo cualquier tarea de enfermería que fuera necesaria. Sin embargo, Malcolm no las consideraba competentes en absoluto y no se anduvo con rodeos para decírselo a la cara; y sin dejarse impresionar no obstante por la imbécil a quien yo podía oír gemir al otro lado del hilo telefónico.

Al final, Malcolm acabó colgando de golpe el teléfono.

—Bien –exclamó–, Jenkins está dispuesto a mantenerla a flote sin una enfermera cualificada. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Enfréntese a Jenkins –le dije.

Hizo una segunda llamada, pero Jenkins no estaba disponible y tuvo que dejar un mensaje. Malcolm recorría toda la habitación como un león enjaulado. Yo seguía sin comprender a qué venía tanto revuelo.

Al poco rato, sonó el teléfono devolviendo la llamada y se precipitó hacia el auricular. Pero, una vez más, oí el mismo gimoteo gorjeante al otro lado del hilo en vez de los tonos graves de una voz masculina.

Malcolm colgó el auricular y vino hacia mí junto al fuego.

—Mi esposa dice que tiene plena confianza en el Dr. Jenkins y que se niega a solicitar una segunda opinión. ¿Qué hago ahora, Lilith? ¿Presentarme allí y armar un jaleo?

—No –le respondí– ¿Por qué iba usted a hacer eso? Es obvio que son

bastante felices a su manera y que usted no es bienvenido. ¿De qué le serviría imponerles su presencia?
Malcolm apoyó sus manos sobre la repisa de la chimenea y permaneció ensimismado contemplando el fuego.
—¿Por qué ese maldito idiota de Jenkins no da la cara? –preguntó.
Pero esa era una pregunta que yo no podía responder.
—Lilith, debería ir allí. Me marcho. Adiós.
Y sin darme tiempo ni siquiera de levantar la mano para despedirle, dio media vuelta, salió de la habitación y, acto seguido, se oyó un portazo.
Sentí una inmensa preocupación por él. Tuve la impresión de que se le habían vuelto a cruzar los cables como la ultima vez y, entonces, no quedaría mucho de Malcolm. Pero nada podia hacer salvo esperar.

A la mañana siguiente, antes de ponerme en pie, sonó el teléfono. "Tiene una llamada de Worthing" se oyó al otro lado del hilo telefónico. Esperé y una voz susurró:
—¡Se ha ido, Lilith!
Me quedé tan perpleja que no pude hablar durante unos instantes, y entonces volvió a oírse la voz de Malcolm, muy agitada y nerviosa.
—Lilith, ¿está usted ahí?
—Sí, estoy aquí. Es que la noticia me ha dejado tan turbada que no sé que decir. ¿Qué ha ocurrido?
—Una embolia... igual que antes; pero esta vez ha afectado al corazón. Se acabó... se ha ido... todo ha terminado...
—Querido amigo –respondí–, ¿hay algo que yo pueda hacer por usted? Sabe que haré todo cuanto esté en mi mano, ¿verdad? Puede confiar en mí.
—Sí, lo sé, Lilith. Es en usted en quien confío. No sé donde estaría ahora si no. Lo único que me mantiene en pie es el recuerdo de usted. Esto ha sido un duro golpe para mí, ¿sabe? Me ha afectado mucho más de lo que esperaba.
—Es comprensible.
—El funeral se celebrará el jueves, a las once de la mañana. Piense en mí en esos momentos, ¿quiere, Lilith? No va a resultar fácil.
—Estaré con usted –le aseguré.
—Regresaré en el tren de la tarde. ¿Puedo pasar a verla?
—Por supuesto. ¿Quiere dormir aquí esa noche?

—No lo sé. No si me siento igual que ahora. Estoy algo afectado, ¿sabe? Tengo la sensación de que me he comportado como un animal, y todas esas cosas.
—Amigo mío, ¿quién podría haber hecho más que usted?
—Le aseguro que no lo sé. Supongo que me estoy comportando tontamente, pero no puedo evitarlo. Adiós. Acuérdese de mí el jueves, ¿quiere?

¡Para que luego digan que las mujeres somos irracionales! Pero ahí estaba Malcolm, destrozado: él y su mala conciencia que a nadie aprovechaba y que a él le había causado una pena de muerte..

CAPÍTULO XV

CUANDO llegó el jueves decidí que no debía dar a Malcolm ocasión de volver a su apartamento sin verme antes, pues ignoraba qué ideas podrían pasársele por la cabeza estando allí solo. Así que cogí mi cupé negro y me dirigí a la estación, con tiempo suficiente para esperar la llegada de los primeros trenes que, razonablemente, pudieran ser considerados 'de la tarde'. Mas en ninguno de ellos llegó Malcolm. Supuse entonces que tal vez habría comido en la casa, a su regreso del funeral, y que llegaría en el siguiente tren o en algún otro posterior, pero no ocurrió así. Telefoneé a mi casa para ver si se había recibido alguna llamada de Malcolm, y el señor Meatyard me confirmó que no; así que me fui preparando para estar en vela y aguardar la llegada de un tren tras otro a medida que anochecía, decidida a que me encontrase allí aunque tuviera que esperar hasta el primer tren de la mañana.

Finalmente, poco antes de medianoche, llegó un tren que venía con retraso y vi bajar de él a Malcolm.

Llevaba el sombrero calado hasta las cejas, el cuello de la camisa subido hasta las orejas, y él mismo portaba su equipaje. Pensé que en toda mi vida había visto un rostro con una expresión más lúgubre y severa; incluso yo, que le conocía bien, casi tuve miedo de acercarme. Me fui hacia él y le llamé por su nombre. No me oyó. Corriendo un gran riesgo, me atreví a sujetarle por un brazo. Se dio la vuelta enojado, pero, al verme, se contuvo y sus ojos reflejaron una expresión de desconcierto.

—¡Lilith! ¡Está usted aquí! ¿A qué ha venido?

—*He venido con el coche a recogerle. No quería que se fuera a casa* solo. Venga a comer algo conmigo antes de hacer cualquier otra cosa.

—¿Pero, cómo sabía en qué tren llegaría?

—Usted me dijo que en un tren de la tarde.

—Pero, ¿no llevará esperando aquí desde entonces?

—Pues sí.

—¡Ay, Dios!

Y cogiéndose de mi brazo, me siguió hasta el coche. Fue entonces cuando supe que todas las barreras que hubiera levantado su mala conciencia habían sido derribadas.

Mientras abría la portezuela del vehículo, musitó:

—¿No sé qué decir, Lilith? ¿No sé cómo agradecerle esto?

Subimos al coche y le llevé a casa.

Aunque pareciese natural verle de nuevo sentado en el gran sillón, existía entre nosotros cierta tensión y se le veía abstraído. Ni siquiera estaba fumando. Llevaba puesta una corbata negra, pero esa es la desventaja que tiene el hombre a la hora de guardar luto y exhibir sus emociones. Las mujeres sabemos sacarle más partido a esas situaciones; en cambio, un hombre con corbata negra tiene un aspecto verdaderamente lastimoso.

Así que le dejé allí sentado, como era su costumbre, rumiando sus pensamientos hasta que quisiera darles salida.

—Tengo algo para usted –dijo al fin; y, alargando el brazo, dejó sobre mis rodillas un viejo joyero que previamente le había visto sostener en la mano cuando íbamos en el coche.

Retrocedí instintivamente. No me seducía la idea de que me entregara las joyas de su esposa cuando su cuerpo aún no se había enfriado.

Malcolm percibió mi ademán y añadió de inmediato.

—¡No se preocupe! –replicó–. A ella no le gustaban y nunca llegó a ponérselas. Sencillamente las guardé en la casa porque creí que estarían más seguras que en mi apartamento. Pertenecieron a mi madre.

Volviendo a coger el joyero, lo abrió y comprobé que contenía finísimas amatistas de gran tamaño y anticuados engastes, además de cuarzos amarillos, ágatas, y otras piedras preciosas similares. Entonces comprendí que, con lo poquita cosa que la señora Malcolm debió de haber sido, no se las llegara a poner; en cambio a mí me venían de perlas y conjuntaban maravillosamente con mis túnicas. Así se lo manifesté a Malcolm e hice que el timbre de mi voz dejara traslucir el placer que sentía con la esperanza de apartarle así de sus devaneos. Resultó eficaz y su placer, al ver el mío, iluminó aquel lúgubre rostro alejando parte de la adustez que reflejaba.

—Me ha costado lo suyo conseguir estas cosas para usted –dijo–. Eso es lo que me ha retrasado. Jamás soñé que estuviera esperándome en la estación; A decir verdad, ya me había hecho a la idea de que sería demasiado tarde esta noche para pasarme por su casa, y eso me horrorizaba, para serle sincero. Pero no iba a regalar estas cosas que quería para usted así tuviera que descender por ellas al mismísimo infierno. Y bien cerca he estado de él. ¿Sabe lo que hizo esa desgra-

ciada..., la acompañante de mi esposa? ¡La había convencido para que testara a su favor! La pobre Eva no tenía nada que dejar en herencia, pero al parecer eso no les importaba a ninguna de las dos. ¡A la señorita Nesbitt le dejó la casa y los muebles, y todas sus ropas, así como la renta vitalicia que percibe de mí! En realidad le ha dejado todo, excepto un pequeño legado personal que ha ido a parar a unos viejos amigos, y la ordenó que cuidase de la criada, con lo cual ésta naturalmente se alió con ella.

¡Dios mío! ¡Vaya lío que se armó! –continuó diciendo– Ella se había agenciado un abogado de poca monta, si es que de verdad lo era, para hacer el testamento, y se presentó en el funeral y luego volvió a casa con nosotros. No me imaginaba quién diablos podía ser aquel tipo; creí que se trababa de un empleado de la funeraria: tenía toda la pinta. Después de la comida, leímos el injusto testamento. Le dije al abogado que no fuera ridículo. No me importaba que la señorita Nesbitt se quedara con las ropas –a mí no me servían para nada–, y con los muebles si lo deseaba –pues tampoco me servían de nada–, e incluso estaba dispuesto a dejarle algo en calidad de pensión; pero no iba a conservar la casa, tenía pensado venderla y deshacerme de ella. Entonces el abogado empezó a tratar de sobornarme. ¡Me preguntó cómo creía yo que afectaría a mi carrera profesional si se supiera la historia de mi matrimonio! Le agarré del pescuezo y de los pantalones, y le eché a patadas al jardín; luego lo lancé por encima de la verja a la calle –ni siquiera me molesté en abrirla. Tal vez reciba una citación por agresiones o tal vez no; yo imagino más bien que no. Él tendrá motivos más que sobrados, pero yo también los tenía para echarle a patadas, y además, lo mismo que yo, tiene que pensar en su reputación profesional. De todos modos, por el momento, no quiero oír hablar más de ese tipo.

Luego volví a la casa y le dije a la acompañante de mi esposa que cerrara el pico y no hiciera tonterías si quería recibir una pensión; entonces empezó a gimotear, a gruñir y a despotricar todo lo que pudo, pero al final acabó callándose. Después fui a buscar las joyas, pero no estaban donde yo las había dejado: habían forzado la cerradura no hacía mucho. Le pregunté dónde estaban y me dijo que mi esposa se las había regalado a ella. Le respondí que aquello no era posible porque no eran de Eva y le ordené que las sacara amenazándola con avisar a la policía si se negaba a hacerlo. Ella siguió en sus trece

y telefoneé a la policía. El sargento se presentó en la casa y ambos subimos a su habitación y las sacamos del armario, donde las tenía escondidas entre unas prendas de ropa interior. El sargento quería arrestarla allí mismo, pero yo le dije que no, que aquella mujer era tan insensata que probablemente lo había echo todo a buena fe. Y, en realidad, pienso que así fue. Era el abogado quien estaba detrás de todo este embrollo.

Entonces, Jenkins me telefoneó para que pasara a verle cuando acabara su consulta. Pero yo no deseaba prolongar por más tiempo mi estancia allí; estaba cansado y hasta la coronilla de todo el asunto, y quería regresar con usted, pero él insistió: dijo que quería verme expresamente, así que no me quedó más remedio que esperar. Le dije a las mujeres que me preparasen algo de cenar y se negaron, así que me enfadé mucho con ellas. Me temo que tuvieron que oír algunas palabras malsonantes de mi boca. Finalmente, prepararon algo de comida, pero tan asquerosa que resultaba incomible, y la arrojé contra el suelo. Luego fui a ver a Jenkins y estuve recetando por él mientras él acababa una intervención. Hace años que no receto nada: espero que no se muera nadie.

¡Resulta que hubo una desinformación malintencionada, Lilith! Al parecer Jenkins nunca llegó a recibir mi mensaje. Ellas sabían que él me llamaría a casa, así que llamaron allí y la señorita Nesbitt cogió el teléfono, y jamás dijo una palabra a nadie, sino que se dirigió directamente a mí y me dijo que no se deseaba una segunda opinión. Según parece, Jenkins protestaba continuamente por la decisión de prescindir de la enfermera; no estaba tan loco como para pretender que unos aficionados trataran una flebitis, pero Nesbitt le dijo que a mí me dolía hacer ese gasto y que se las apañara como pudiera. Tengo la impresión de que le contaron una sarta de mentiras sobre mi brutalidad, que creyó en aquel momento, pero que empezó a cuestionarse a la luz de los acontecimientos posteriores. Hizo el mismo comentario que usted sobre lo importante que había sido la operación.

Entonces me dijo –¡Santo Dios! ¿Por qué no me lo diría antes?–: "Creí que usted lo sabía". Imagínese, Lilith, ha sido mi especialidad toda la vida distinguir los trastornos nerviosos funcionales de los orgánicos, y jamás se me ocurrió sospechar de Eva. No había absolutamente ninguna razón que nos hubiera impedido llevar una vida de matrimonio normal. No digo que fuera todo un engaño; porque había

un fuerte componente de auténtica histeria, si es que existe tal cosa, pero hizo de su salud un pretexto para deshacerse de mí. Y su acompañante, que en cierto modo se había encaprichado de ella, se deleitaba convirtiéndola en una inválida. Jenkins repetía que haría todo cuanto pudiese para sacarla adelante, pero todo fue en vano. Evidentemente, Eva pensaba que si se recuperaba yo querría que se comportara como una verdadera esposa para mí, y prefirió impedirlo quedándose postrada en cama. Imagínese, Lilith, todos estos años –para ambos– ¡Qué acuerdo tan grotesco y disparatado! ¡Y a eso lo llaman sagrado matrimonio, y moralidad y pureza! Me siento un imbécil, Lilith. Así es como me siento.

Se quedó sentado mirando fijamente el fuego. Yo no dije nada. No creo que me hubiera oído de haberlo hecho. Me preguntaba hasta qué punto Malcolm se hallaba afectado, ahora que se había dado cuenta de que su conciencia le había traicionado. Era bastante probable que su reacción fuera del extremo opuesto.

Finalmente, hacia las dos de la madrugada, dijo:

—Usted me dijo que ningún cambio en mis circunstancias afectaría a nuestra relación. ¿Se le pasó por la imaginación algo como esto cuando hizo esa afirmación?

—Sí. Estaba segura de que su problema se resolvería. Para mí tenía el aspecto de un asunto zanjado. No sabía cómo, pero sí que el camino acabaría despejándose para usted.

—¿Me hizo esa advertencia para que no sufriera una decepción? Porque usted sabía que si no, vendría directamente a pedirle que se casara conmigo. Así que, según parece, todavía sigo siendo esclavo, Lilith. Libre de la ley terrenal pero esclavo de su voluntad.

—No es esclavo de nadie sino de usted mismo, Rupert. Usted no ha cambiado aunque lo hayan hecho sus circunstancias.

—Imagino que se refiere a que soy como uno de los pájaros de mi esposa –que llevo tanto tiempo enjaulado que no sé volar ahora que me han dejado en libertad. Lilith, le voy a decir algo que le va a extrañar: sé que no se casará conmigo, pero ¿tiene algún inconveniente en que la ame?

—En absoluto –respondí.

—¿Cuáles son sus sentimientos hacia mí? Me gustaría que fuera completamente sincera conmigo; así sabré cómo organizar mi vida.

—Tengo dos clases de sentimientos hacia usted: uno como mujer y otro como sacerdotisa. Como mujer, le tengo mucho cariño; entre nosotros fluye una profunda simpatía, pero creo que haría un marido terrible, Rupert, y aunque fuera de las que se casan jamás me casaría con usted.

Como sacerdotisa –no es fácil hacérselo entender, trataré de explicárselo: como sacerdotisa, yo sé que es usted un sacerdote, que tengo que trabajar frente a usted, me guste o no, y trabajaría aunque fuera el mismísimo Diablo venido del Infierno. Usted es un sacerdote porque proporciona la clase de energía adecuada y porque posee la fuerza necesaria para manejar la energía. Yo trabajo con la energía, Rupert, no con usted.

Sin embargo, también existe entre nosotros un vínculo al haber sido sacerdote sacrificial. Su voluntad era mágica y murió una muerte mágica, por la voluntad de poseerme. Eso es lo que le ha llevado a ser lo que es. En sentido estricto, no posee el grado para estar donde está, y esa es una de las cosas que nos están perjudicando. Tengo que domarle, como si dijéramos; adiestrarle e iniciarle antes de poder utilizarle.

—¿Cómo es que llegó a fijarse en mí? Eso es lo que nunca he podido comprender.

—Conozco a los míos. Sé quiénes pertenecen y quiénes no; quiénes están en mi Rayo y quiénes no lo están. Y sé lo que está latente en su mente subconsciente aunque usted no lo sepa.

—Y, dígame, ¿qué ve en mí?

—Veo dos cosas: una de ellas es la capacidad de entregarse desinteresadamente; la otra, un excedente de energía vital, un excedente que le ha estado haciendo añicos a usted por no darle salida. Yo puedo drenar mágicamente esa energía y utilizarla, y usted será más feliz por ello.

—¿Y cómo se propone conseguir eso?

—¿Siente usted una emoción fuerte hacia mí?

—Sí.

—Entonces, la fuerza de sus sentimientos lo proyecta.

—¿Y si yo no me hubiera enamorado de usted por propia voluntad, me habría atraído deliberadamente?

—Sí. Sirvo a fines que no son los míos. Incluso habría llegado a hacer eso para favorecerlos.

—¿A sangre fría?

—No hay otra manera de hacer que la magia funcione.

—Entonces, ¿lo único que le mueve hacia mi persona es una desalmada política?

—Me mueve una desalmada política hacia usted de la cual no obtendré beneficio alguno, pero hay algo más que eso, Rupert. ¿Cree que podría trabajar con usted como lo hago si no fuéramos afines? La magia engendra afinidad. ¿Cómo se imagina entonces que la energía pudiese fluir de usted a mí sin que hubiera un flujo de retorno inverso, de mí hacia usted.

—Incluso así, a mí me parece una proposición desalmada. No comprendo nada de esas fuerzas de que habla. Yo amo espontáneamente, y la quiero con todo lo que hay en mí. No puedo evitarlo. Daría igual que me odiara y me echara de aquí a patadas. No podría dejar de amarla. Usted me fascina. Todo lo que hace me fascina: cada uno de sus gestos, cada movimiento, los contornos de su cuerpo, la gracia con que lleva sus vestidos, el brillo de sus joyas. Y esta casa me fascina –todo lo de usted–, hasta el río me fascina porque lo relaciono con su persona. No es sensualidad: eso nunca ha sido un problema en lo que concierne a usted, ¡al menos hasta ahora! Ambos hemos sido más que precavidos. Es una especie de glamour que nutre mi alma, y como mi alma está nutrida, mi cuerpo puede arreglárselas. Además, no sé como describirlo pero usted me maneja muy bien. Nunca me ha despedido de aquí ni una sola vez sin sentirme inundado por una gran marea de felicidad. No sé cómo lo hace, pero lo hace.

—Eso –le respondí– es mi magia. ¿Nunca se le ha ocurrido, Rupert, que entre un hombre y una mujer son posibles otras relaciones aparte de la que normalmente pasa por sexo?

—No puedo decirle que sí, pero sé que entre usted y yo existe una extraña relación que, al mismo tiempo, es y no es sexual. Sé lo que podría llegar a sentir por usted si me dejara llevar; y, normalmente, creo que me sentiría agitado por no hacerlo, pero no lo estoy. ¿Por qué? ¿Será tal vez el arte de su magia?

—Sí, lo es.

—¿No nos estaremos pasando de la raya y apartándonos demasiado de lo común?

—No. El barco en el que navegamos es seguro.

—Sí, por supuesto. La vela sólo da un impulso. Un ligero movimiento de timón y marcamos un nuevo rumbo. Ya la pillo. Pero usted corre riesgos, ¿verdad, Lilith?

—Mi trabajo consiste en correr riesgos, igual que un cirujano. Ambos tenemos instinto de cirujano, Rupert. Por eso nos compenetramos tan bien en la magia.

—¿Eso cree? Me temo que no comprendo las cosas lo suficientemente bien como para saber si es o no de ese modo. Lo único que sé es que soy feliz a su lado. Lilith, me gustaría que me dijera, con toda sinceridad, lo que trata de hacer y cuál es realmente el objetivo que persigue conmigo. Ya es hora de hablar claro. Antes no era libre de hacer preguntas ni de responderlas. Había cosas de las que era mejor no hablar, dada mi situación. Eran razonables mientras permanecieran intangibles, pero si hubiese intentado definirlas o quitar la venda con la que usted las cubría, creía que causaría problemas y no me atrevía a arriesgarme. Tal vez supiera más de lo que usted piensa; tal vez haya más que saber de lo que imagino; pero, de todos modos, ha llegado el momento de entrar en el sancta sanctorum, Lilith; de atravesar el velo negro del que me hablaba y que me hizo ver. No lo exijo como derecho; ni siquiera lo estoy pidiendo como favor: sólo le estoy diciendo que es así y creo que usted lo sabe.

—Así es si eso es lo que piensa, Rupert. Si sabe lo suficiente para hacer una pregunta de esa naturaleza, tiene derecho a una respuesta. Pero antes, dígame. ¿Cómo concibe usted el sancta sanctorum?

—Lo concibo como una habitación vacía. Creo que tiene el techo abovedado y ventanas ocultas en lo alto del tejado que pueden abrirse para dejar pasar la luz de la luna. Su forma la imagino ovalada.

—No, no es ovalada sino ovoide. ¿Se da cuenta de que el templo de la luna tiene la forma de la cruz ansada? –el Signo de la Vida- El Patio del estanque de Lotos es el larguero con el gran pilón al pie; la Sala de las Esfinges es el travesaño, y el sancta sanctorum es la anilla. Ahora que conoce sus rasgos formales puede moverse por él durante la visión. Pero, dígame: ¿a qué propósito cree usted que obedecen las ventanas de la cúpula?

—Para que entre la luz de la luna. Creo que trabaja con la luz de la luna de alguna manera, y que tengo que ayudarla.

—Sí, eso es correcto. ¿Y qué hago con la luz de la luna y por qué?

—Vaya, ahí me ha pillado, Lilith. No sé lo que hace con la luz de la

luna, ni cómo lo hace, ni por qué. En cambio, sé que no puede hacerlo sola, que me necesita a mí.
—A usted o a otra persona.
—Sí, supongo. Si no fuera yo sería otro. Yo no significo para usted lo que usted significa para mí.
—Rupert, no estoy siendo cruel con usted deliberadamente, pero no puedo, no me atrevo, a negar la ley de mi ser. Si osara depender de usted, le perdería. Mientras pueda trabajar con usted de forma impersonal, a sangre fría, podré darle mucho; pero si alguna vez consintiera en implicarme con usted en lo personal, la magia se rompería y supondría el fin de todo.
—Muy bien. No lo comprendo pero lo acepto. Me basta con que usted lo diga. Me ha dado mucho, muchísimo, mucho más de lo que merezco, y no quiero estropearlo por tratar de obtener demasiado. Olvide mi lapsus y háblame de la luz de la luna.
—No puedo decirle muchas cosas sobre la luz de la luna porque no es mucho lo que se conoce. Lo único que puedo contarle es que hay cuatro cosas: el espacio, el sol, la luna y la tierra. La fuerza nace en el espacio, aunque se desconoce cómo; del espacio pasa al sol, y el sol la transmite a este universo. Todos los planetas la reciben, cada uno según su especie y, luego, continúan transmitiéndola –en eso se basa la astrología. Yo soy una sacerdotisa de la luna, sin embargo, y sólo me interesa el poder de la luna. Recibo la energía de la luna –la recibo desde atrás, principalmente en la nuca. En cambio, usted la recibe del sol, al que mira de frente. En el plano físico, usted, como hombre, es positivo, y yo, como mujer, soy negativa, receptiva; pero, en los planos internos, en magia, la polaridad se invierte: yo soy positiva y usted negativo, y necesita de mi influjo para hacerle activo y creativo. No obstante esto, recuerde que es siempre el polo negativo el que realiza el trabajo –el positivo sólo proporciona el estímulo. En el plano físico, usted también puede producir vida por medio de mí, y en los planos internos yo sólo puedo producir vida a través de usted. La posición se invierte. Yo jamás produciré vida en el plano físico; todas las sacerdotisas de la luna deben ser estériles, por eso no me casaré: no tendría objeto alguno. Mi labor se desarrolla en los planos internos y atañe a la vida de la especie humana. Debo hacer ciertas cosas y yo soy el canal de la acción; ahí es donde requiero su ayuda. Deben hacerse –una vez– en realidad, para que la magia se opere en

el plano físico. Se construyen las imágenes, se enfocan las fuerzas en los planos internos, pero para lograr su manifestación en el plano físico han de realizarse una vez en la realidad.
—¿Y qué papel desempeño yo en todo esto, Lilith?
—En primer lugar, yo utilizo su magnetismo para complementar el mío. Llevo haciéndolo desde hace algún tiempo, por eso se ha sentido más apaciguado y satisfecho, pues le sobra mucha vitalidad y no sabe qué hacer con ella, y eso le destroza. Con la que yo le substraigo construyo lo que se llama mi personalidad mágica; me convierto en lo que imagino ser. Y eso no puedo hacerlo únicamente con mi vitalidad, porque la vitalidad de uno sólo es suficiente para la personalidad normal y, para crear una personalidad mágica es preciso tomarla prestada de otra persona.
—¿Cómo lo hace?
—Pronto se lo mostraré. Usted me la cede con el fuerte afecto que me profesa, pero hay una manera de crear, una manera mágica, que le mostraré a su debido tiempo.
—Me alegra saber que hago algo. Hay un instinto terriblemente poderoso en mi interior de derramar mi vida por usted. No sabría describirlo: de entregarme, de hacer que me tome. Siempre creí que era el hombre quien deseaba poseer a la mujer, pero en mi caso no, pues soy yo quien desea que usted me posea.

Era lo ultimo que uno podía esperar oír de aquel hombre tan dinámico y rudo; pero he notado que los hombres más posesivos son los más debiluchos. Están tan acostumbrados a que les dominen que necesitan compensarlo alimentando su autoestima en el secreto reino del amor. A un hombre como Malcolm, que domina automáticamente por simple peso específico, le gusta ser dominado por la mujer a la que ama.
Y siguió hablando:
—Me he acostumbrado a prescindir toda mi vida de lo que la mayoría de los hombres consideran imprescindible. No creo que la abstinencia física me haya causado ningún daño en particular, pues ella misma se encarga de solucionarlo con mayor o menor automatismo. Lo que he sentido más profundamente es una especie de vacío mucho más difícil de describir. No es simple soledad porque lo experimento aun acompañado de una multitud de estudiantes que se agol-

pan a mi alrededor y que aguantan mis sermones; lo siento tratando con seres humanos todo el día hasta que me harto de verlos y añoro estar a solas. Después de todo, los seres humanos son mi profesión, y bien sabe Dios que me he hartado de ellos. No es falta de compañía: la gente está más que encantada de escuchar lo que tengo que decir; sólo tengo que hacer señas con un dedo para que se incorporen y me supliquen. Si quisiera, me invitarían a cenar todos los días de la semana, aunque le cueste creerlo, por ver mi fea cara y oírme ladrar, pero le doy mi palabra de que así es.

Vaya si lo creía. Era un hombre de una personalidad muy dinámica y las personas así son siempre interesantes. Si él decidiera mostrarse más agradable, sería mucho más requerido socialmente porque era en extremo ilustre.

Y, continuó:

—Hubo un tiempo, cuando era más joven, en que sentía esa soledad con tal agudeza que me iba a sentar en los salones de té y lugares así para estar con gente. Y aquí viene lo gracioso del asunto, Lilith, porque uno podría pensar que iba allí para hacerle ojitos a las mujeres, pero no. Iba para ver a las parejas besuquearse, lo cuál me procuraba una extraña satisfacción, como si dejaran un poquito de sus emociones para mí. Dejé de hacerlo finalmente porque me parecía algo degradante, y creo que cometía un error. Que yo sepa, no perjudicaba a nadie y desde luego a mí me ayudaba. Ahora, en su terminología, usted me diría que las parejas me cedían magnetismo cuando se estaban besando y que yo la absorbía telepáticamente.

—Telepáticamente no. Ese término queda reservado para las comunicaciones astrales. Usted captaba el magnetismo magnéticamente, emitiendo largos procesos de su aura y absorbiéndolo.

—Entonces, ¿por qué no lo hacemos continuamente de forma automática en el autobús, en el metro y en sitios así?

—Porque para hacerlo es preciso sintonizar con la longitud de onda de la persona. No es algo automático. Además, tiene que haber respuesta. Nada se obtiene de alguien que no es consciente e indiferente.

—Entonces, ¿cómo podía yo establecer comunicación con las parejas de enamorados? Puesto que, desde luego, no eran conscientes de mi presencia, no teniendo ojos más que el uno para el otro.

—Una persona que despierta sus emociones abre su aura y emite

emanaciones. Supongo que usted, imaginariamente, se identificaba con el amante de la muchacha, y así, como si dijéramos, se insinuaba dentro de su atmósfera.

—Sí, supongo que así era. ¿Pero no es eso un sucio ardid?

—No resulta en absoluto aconsejable. Hay mejores maneras de obtener los mismos resultados.

—¿Y son ésas con las que usted opera?

—Sí.

—¿Quiere que yo haga con usted lo que hacía con las parejas de enamorados? ¿Entablar con usted una relación imaginaria, no física?

—Ése es precisamente el experimento que deseo hacer con usted.

—Pero, ¿cómo acabará todo esto? Quiero decir para nosotros, para usted y yo. Le tengo muchísimo cariño, ¿sabe?

—Nos ocuparemos de eso cuando se presente el problema. Ya le he dicho que en magia siempre hay una válvula de seguridad.

—Me alegra oírlo. Creo que íbamos a necesitar esa válvula de escape no tardando mucho si yo diera rienda suelta a mi imaginación. Hubo un tiempo en que me asustaba terriblemente perder la cabeza por usted, meter la pata (mezclando metáforas) y disgustarla de tal manera que usted se volviera en mi contra y no quisiera saber nada de mí, y perder incluso lo poco que tengo. Me daba un miedo aterrador, Lilith, y eso era lo que me hacía mostrarme tan distante e indiferente con usted. No es que a mí no me apeteciera ser receptivo, es que no estaba seguro de saber cuándo parar una vez empezado.

—Es la presión que le empuja lo que le asusta, ¿verdad, Rupert? ¿El impulso de toda su Naturaleza?

—Sí, eso es. Mis intenciones no podían ser mejores, pero no estaba seguro de poder llevarlas a cabo. La Naturaleza podía resultar demasiado fuerte para mí. Ya le dije en cierta ocasión que si usted me daba el pie yo me cogería la mano.

—Si usted y yo nos pusiéramos a tontear aquí en el sofá, sí: Pero en el ritual eso no funciona así: es impersonal; es pura energía y en absoluto dentro del plano físico. Lo físico es sólo el resultado final al que nunca nos permitiremos llegar. Cuando usted y yo trabajamos juntos en un ritual, usted es el arquetipo de hombre y yo el de mujer: Isis y Osiris, si lo prefiere. La energía pasa a usted desde el sol, y de usted a mí, y de mí al alma grupal de la especie humana, para volver de nuevo al sol. O, en el flujo inverso, ya que se trata de una corriente

alterna: de la luna a mí, de mí a usted, y así al alma grupal, para regresar de nuevo a la luna. Lo que yo le hago a usted, se lo hago a todos los hombres; y lo que usted recibe de mí, lo recibe de la mismísima Isis, la Gran Diosa, pues yo soy Su sacerdortisa y usted representa al pueblo. ¿Comprende lo que le digo?

—No del todo. Supongo que debe ser algún tipo de telepatía.

—Consideraremos la telepatía el factor activo, pero es algo más que eso. Estamos haciendo telepatía con la mente grupal de nuestra especie, pero transmitiendo fuerzas cósmicas. Piense en ello de esta manera, Rupert. Yo soy lo que soy por ser mujer; y soy mujer en virtud del principio femenino de la vida que me formó y se expresa a través de lo que forma. Sin embargo, otra parte de ese principio femenino sirve para el mantenimiento de las formas que lo expresan, y las sacerdotisas de la Luna sabemos hacer que se manifieste en su forma pura, sin diluir por la materia, y lo llamamos fuerza de la luna.

Esto era lo que se practicaba en los templos de la Gran diosa en la Antigüedad. Aún hoy se sigue practicando en India; es lo que ellos denominan Tantra. Siempre que se adora a una diosa, las fuerzas con las que se trabaja son las de la luna, y revisten gran importancia. Precisamente la falta de ellas es lo que está provocando el fuerte desequilibrio de nuestra actual civilización. Los católicos lo compensan en parte adorando a la Virgen María –Stella Maris, o Estrella del Mar. ¿Y qué es ella sino Venus Anadiomenes, la Venus nacida de la espuma del mar? ¿Y quién es Regina Coeli sino Ella, la Luna? Si desea comprender el paganismo, estudie el catolicismo, su descendiente directo, plus ça change, plus c'est la même chose. Los países latinos no tienen los mismos problemas de sexo que nosotros.

—Bueno, no sé, querida. A mí me da la impresión de que estamos jugando con fuego.

—¿No se diría lo mismo de Watts, cuando le echaba carbón a su máquina de vapor? No hay que tener miedo de estas cosas.

—Pero vamos a ver, Lilith, si jugamos con fuego y las cosas escapan a nuestro control, ¿cuál sería esa válvula de seguridad de la que siempre está hablando?

—Descargaríamos a tierra la energía y asunto concluido, pero sería el final de la magia. La magia sólo puede generarse bajo presión, como el motor de vapor. Por eso los sacerdotes tienen que aprender a controlar su poder.

—Pero, ¿y si no me hubiera liberado, Lilith? Porque no lo estaba cuando comencé este trabajo. Usted no contaba con la muerte de mi esposa.

—Yo nunca he sido de esas que valoran la virtud de una mujer más que el equilibrio mental de un hombre. Incluso habría hecho saltar el fusible si hubiese sido preciso.

Malcolm se sentó en silencio a contemplar la lumbre.

—Siento que diga eso –irrumpió al fin.

—¿Por qué? ¿Me tiene por eso en más baja estima?

—No, en realidad no. Desde luego atenta contra mis convicciones, pero entiendo que es algo que cae por su peso. Sin embargo, exige una gran responsabilidad por mi parte. Tal vez habría venido a suplicarle de no haberlo sabido –y lo consideraría correcto si la hubiese logrado persuadir. Pero ahora –no, no debo hacer saltar el fusible, sería un acto de cobardía. Tengo que seguir adelante con ello.

—Se da cuenta de que le estoy ofreciendo a usted en sacrificio, ¿verdad?

—Sí, y hay algo dentro de mí que le agrada. Es como sacar lo más grande que llevo dentro; me está haciendo sacar toda mi fuerza, y eso me gusta, Lilith.

Se puso en pie y estiró sus músculos, hinchando los grandes bíceps bajo las mangas de la camisa. Luego, de pronto, se volvió hacia mí y exclamó de nuevo, con vehemencia: "¡Me gusta, querida, me gusta! Y ya no tengo miedo de usted tampoco. Me importan un bledo las consecuencias; ¡correremos los riesgos que haga falta!" Vi entonces centellear sus ojos.

Luego, dirigió la vista al otro lado de la habitación, hacia el gran ventanal en el que los arcos de piedra ya no se mostraban grises sobre un fondo oscuro, sino oscuros sobre un fondo gris.

—¡Ha amanecido! –exclamó- ¡Dios mío, ha amanecido! Llevamos hablando toda la noche y me siento tan fresco como si acabara de despertar. Salgamos a contemplar el amanecer sobre el río.

Añadí más carbón a la lumbre para contrarrestar el frío que traeríamos al volver; me eché por encima mi abrigo de piel, y salí con Malcolm a la silenciosa calle, iluminada por el gris de la mañana, cubierta por la fina bruma del agua teñida del frescor del alba.

El sol aún no había aparecido sobre el horizonte, pero el cielo de poniente empezaba a clarear. En el Este aún podía verse una estrella baja. Paseamos despacio sobre el empedrado de la calle –empapado de rocío– hasta alcanzar el embarcadero en ruinas, y allí nos detuvimos a contemplar el río. La marea estaba subiendo y el agua hacía grandes remolinos alrededor del viejo muelle. Reinaba un profundo silencio en aquel amanecer envuelto en niebla –un silencio increíble en una gran ciudad. Sólo el río tenía vida.

—¿Alguna vez ha sentido –me preguntó Malcolm, colocando su mano sobre mi brazo- como si el río fuera una especie de naturaleza elemental en medio de esta gran ciudad?

—Ya lo creo que sí –respondí-, por eso me vine a vivir junto a él. Debo tener contactos naturales. La única vez en que pueden tenerse aquí en Londres es cuando sopla un fuerte vendaval; es entonces cuando los arrastra el viento. ¿Ha advertido alguna vez –añadí- la diferencia entre la atmósfera de Kensington Gardens y la de Hyde Park, tan sólo separados entre sí por una valla? Uno está rodeado de oscuridad hasta el amanecer, y el magnetismo terrestre tiene ocasión de brotar durante las horas de oscuridad; pero Hyde Park lo mantienen en vela con farolas y nunca tiene oportunidad de recuperarse. Daría lo mismo que lo asfaltaran, porque todo el magnetismo está en la tierra.

—No –dijo Malcolm- nunca lo he notado. Me temo que no me fijo en esa clase de cosas. Ni sabía que existían. Pero le voy a decir en qué sí me he fijado: en la atmósfera que envuelve a su dormitorio. ¡Dios mío, qué potente es! Su casa es como un faro, Lilith. Mucho antes de saber de su existencia, solía contemplarla desde la otra orilla del río. Atraía mi atención sin saber por qué. Por supuesto, debí haberla visto antes con todos los años que llevo viviendo en Grosvenor Road, pero nunca antes reparé en ella.

—Atraerá a otros además de a usted, Rupert, a medida que la energía empiece a brotar.

—Sí, supongo que así será. Tendré que irme preparando entonces para tomar asiento en la fila de atrás. No puedo esperar tenerla para mí solito indefinidamente, no es usted de esa clase de personas. Demasiado llamativa. Pero tenga por seguro que voy a sacar el máximo partido de usted mientras la tenga.

Malcolm se rió y yo me di la vuelta para mirarle. Jamás he visto a ningún ser humano sufrir un cambio tan radical. Era un hombre completamente diferente. Sus extraños ojos claros, que siempre habían semejado los de una serpiente, tenían un brillo especial. Había una rojez saludable bajo su palidez; su pelo rojo estaba alborotado. En realidad, sin lugar a dudas, estando allí de pie, riéndose, en aquella luz que se hacía cada vez más clara, tenía un aire dionisiaco. Y, sin embargo, ¿qué se había operado en aquel hombre sino un cambio de actitud? Nada que yo hubiera puesto, ...nada.

Le hice volver la espalda al plateado río y que regresara conmigo a la casa. Yo tenía frío incluso con mis pieles, y él, sin sombrero y sin abrigo, no tardaría en quedarse helado de pies a cabeza si le dejaba juguetear como le pedía su estado de ánimo, porque en ese momento carecía de sentido común. Una vez más apoyó su mano sobre mi brazo, y juntos nos volvimos –Malcolm con un estado de ánimo pletórico. Pensé en aquel rostro fruncido que había visto entre el cuello subido de la chaqueta y el sombrero calado hasta las cejas unas horas antes en la estación, y no puede por menos que maravillarme de aquel milagro.

La caldera estaba baja y los radiadores no darían mucho calor hasta que el señor Meatyard echara más carbón dentro de una hora, así que llevé el desayuno junto al hogar del salón, y lo preparé allí mismo. Hice bollitos con mantequilla y mermelada a la soda, sobre una plancha apoyada sobre las brasas, pues andaba escasa de pan, y sobre un grill eléctrico enchufado a una lámpara corriente hice huevos con beicon, y luego café en una cafetera eléctrica. A Malcolm le encantaban, y puso el mayor interés en el procedimiento; se colocó el plato sobre las rodillas y se puso a comer como un colegial. La incongruencia de la situación me sorprendió de pronto y le pregunté cuántas cartas había recibido en total a su nombre. Respondió que no lo sabía y pidió otro huevo.

Después, se echo en el sofá, le arropé con una manta y se durmió. Yo me retiré a mi dormitorio para dormir un poco también, pero antes de echarme en la cama subí las empinadas escaleras que conducen al templo para volver a darle las gracias a la Gran Isis, porque la primera fase del experimento había salido bien y la siguiente estaba preparada. Me sentía muy cansada, pues las últimas horas había tenido que soportar mucha tensión y mi magnetismo había pasado de mí a

Malcolm, pero presentía que debía hacer aquel peregrinaje.
Arriba, en el templo, hacía una temperatura agradable y reinaba la oscuridad y el silencio, y olía a humo de incienso. Estaba lleno de presencias; casi era posible ver las misteriosas formas con los ojos. Eran casi tangibles.
Parecían dar vueltas y vueltas en una incesante procesión, y a medida que pasaban el Este, un miembro, un rostro o un trozo de tela de su vestuario casi se materializaba. Era la danza de Devas, la cual se celebraba al amanecer. El poder elemental se encontraba aquí y ahora con toda su fuerza.
Apoyé mis manos sobre el altar y pensé en la luna astada, y la Gran Isis vino a mí. Sentí Su presencia detrás de mí, como siempre, pues así es como viene a las mujeres. Devolví las gracias, mirando en el espejo y viendo allí mi propia cara, pues yo soy Ella cuando soy Su sacerdotisa.
Le di las gracias por el éxito que hasta ese momento había coronado mi trabajo; le rogué me diera fuerzas y entendimiento para continuarlo; y le pedí que bendijera a mi sacerdote. Y mientras pensaba en él durmiendo en la habitación del piso de abajo, arropado con mi capa, me llegó una oleada de ternura tan intensa que me alarmó. No debo alentar ese tipo de sentimientos por mi sacerdote, pensé, o echaré a perder toda la magia; y entonces se me ocurrió que sólo así podría hacer magia con él: esa magia que debía realizarse por medio de un solo hombre a favor de todos con el propósito de aliviar la dolorosa carga de un mundo que ha olvidado la santidad de la Gran Astada.

TERCERA PARTE

LA PUERTA SIN LLAVE

Llegó el momento y te golpeó el silencio con su advertencia.
La transformación y la oscuridad cayeron sobre los hombres que de ti cayeron;
De oscuridad tú saciaste, velada de luz, la mañana.
Hasta que el alma del hombre levante los ojos y vea.
Hasta que el alma sorda y muda recupere de nuevo la vista y el habla,
No debe el hombre venerar la luz de la vida interior.

Swinburne

CAPÍTULO XVI

NADA diferenciaba al hombre que había vuelto de vacaciones del que se marchara un mes antes, salvo la corbata negra con el nudo mal hecho. Y, sin embargo, todo el mundo en el hospital sabía que algo en él había cambiado: su rostro semejaba una máscara, como siempre, e igual de seco su discurso, mas sus alumnos ya no le rehuían como quien va a ser pisoteado por los cascos de un caballo salvaje.

Malcolm estaba haciendo una demostración de un caso de parestesia en las extremidades, con la finalidad de enseñar a sus alumnos a distinguir una parálisis histérica y de entumecimiento de otra de origen orgánico; cómo en un caso la insensibilidad al dolor acababa en una línea recta que recorría de un lado a otro el miembro, sin relación con ninguna estructura anatómica, y cómo en el otro caso seguía el recorrido de un nervio determinado.

—¿Cuál es la causa, señor? –inquirió un estudiante de tercer año, sin darse cuenta de que la pregunta más simple es a menudo la más difícil de responder. Malcolm le miró, pasándose ambas manos desde la frente hasta la nuca por su pelo rojizo y canoso, con el característico gesto que tantas veces imitaran sus alumnos.

—Pregúnteselo a los de ahí al lado –respondió sacudiendo la cabeza en dirección al ala del edificio donde se encontraba el departamento de clínica psiquiátrica, una reciente innovación con la que él mantenía una enemistad perpetua y con la que se mostraba escandalosamente grosero.

—Sí, señor, ya lo sé. Pero, ¿cómo funciona eso? ¿Por qué no siente nada a pesar de no existir ninguna lesión orgánica?

Malcolm miró a la congregación de estudiantes que esperaban boquiabiertos oír sus palabras. Luego, con el rabillo del ojo, miró de nuevo a la paciente que le observaba con un aire de suficiencia, triunfante y ligeramente furtivo, y cogiendo la venda que él la había quitado de los ojos, volvió a ponérsela alrededor de la cabeza como si fuera un maniquí de cera. Entonces, con la misma aguja con la que había realizado antes la prueba de insensibilidad sobre la piel, pinchó con fuerza en el aire a unos quince centímetros de la mano insensibilizada –acción que fue recompensada con un fuerte grito. Él pidió disculpas a la indignada paciente, que ahora se frotaba la mano

que estaba a quince centímetros de distancia cuando le dieron el pinchazo, y miró a los alumnos quienes le devolvieron la mirada con la boca abierta de asombro.
—¿Ha leído usted alguna vez a Gruney y Podmore, sobre los 'Fantasmas de los Vivos', señor? –dijo una voz procedente del fondo del aula.
Malcolm dio un salto como si a él mismo le hubieran dado un alfilerazo.
—Sí –respondió.
Alumnos y profesor se miraron mutuamente de nuevo. Malcolm recorrió con la mirada cada una de las caras. La mayoría de ellas embobadas, salvo una nada despreciable minoría que mostraba despierto interés.
—Sí –respondió lenta y reflexivamente al tiempo que desataba la venda del sujeto carne de cañón patológica que tenía al lado–. Sí, lo he leído y merece la pena.
—Yo también –replicó una voz que salía amortiguada de debajo de los pliegues de la venda que distraídamente había dejado caer sobre la nariz de la paciente.
—Ah, sí, ¿no me diga? –contestó Malcolm, retirando rápidamente la venda y mirando a la paciente por primera vez como si se tratara de un ser humano.
—Sí –repitió esta con orgullo–, y yo soy un ejemplo.
Los alumnos se rieron, pero el profesor no lo hizo. Se quedó mirando a la mujer, tirando despacio de la venda que sostenía entre las manos.
—¿Y qué se siente? –preguntó.
—Es como bajar en un ascensor.
Los alumnos se rieron otra vez.
Malcolm tocó ligeramente la mano paralizada.
—Yo en su lugar no le daría demasiada importancia –dijo. Los ojos del médico y de la paciente se encontraron.
—¿Piensa usted que ha sido eso lo que lo ha producido? –preguntó la mujer.
—Sí –fue la respuesta.
Los alumnos se quedaron pasmados.
—Gracias, doctor, tendré presente su consejo –replicó la paciente.
Al finalizar la clase, el alumno que había mencionado lo de los "Fantasmas de los Vivos" se le acercó. Ningún alumno hubiera hecho eso

antes, y el hombre de más edad sintió un súbito y secreto placer.
—¿Ha conocido algún caso de proyección astral, señor?
—Sí – respondió Malcolm- ¿Y usted?
—Sí.
Ambos se miraron.
—¿Y qué se siente? –dijo Malcolm
—Lo mismo que describió la paciente.
Se dieron la vuelta y caminaron juntos lentamente hacia la puerta. Malcolm hizo algo que nunca había hecho antes: apoyó su mano sobre el hombro del joven estudiante.
—¿Cómo empezó a hacerlo? –preguntó.
—Empecé cuando mi madre estuvo enferma por última vez. Me encontraba fuera de casa en ese momento, pero la vi con tanta claridad como ahora le veo a usted, y cuando salió fui tras ella.
Sus ojos se volvieron hacia la corbata de Malcolm, pero no quiso preguntarle.
—No. En mi caso no fue así –respondió Malcolm.
Y despidiéndole con una ligera palmada en el hombro, le dijo:
—Escriba sus experiencias. Me interesan esas cosas.
Al cruzar el amplio patio interior en dirección a la verja, advirtió con otra intensa sensación de placer que había habido un extraño sentimiento de simpatía, casi de intimidad, entre él y el alumno, entre él mismo y la paciente. Nunca antes había experimentado tal cosa, y sintió como si algo hambriento en su interior estuviera siendo alimentado como lo hacía Lilith Le Fay –del mismo modo aunque en menor grado– y le proporcionara una sensación de bienestar y de satisfacción con la vida para la que él había sido un extraño; y de pronto le pareció que su trabajo merecía la pena más que nunca.

Su avance se vio interrumpido por los semáforos del cruce cuando se dirigía a la estación de Metro. Un coche deportivo se detuvo a su lado. Malcolm miró y vio al volante al más irresponsable de sus dos auxiliares de clínica, al cual desollaba sistemáticamente a diario. El joven sonrió.
—¿Le llevo a algún sitio, señor?
Era la primera vez que se oía una frase como esa en todos los anales del hospital.

Hasta el joven se maravilló de no ser hombre muerto tan pronto como salieron las palabras de su boca, pero el terror del hospital se instaló en el confortable asiento envolvente antes de que pudiera darse a la fuga, y el paseo a casa se animó haciendo comentarios relacionados con las prestaciones de varias marcas de coches deportivos biplaza que al parecer el estudiante de Medicina tenía en mente adquirir. Además, el joven se quedó muy intrigado cuando su pasajero le pidió que le dejara en el Puente Lambeth, en vez en la famosa pensión de Grosvenor Road. Le observó cruzar el puente como si diera comienzo el paseo anual a Brighton, y siendo joven y procaz, adivinó que se había equivocado menos de lo que imaginaba.

Malcolm caminaba deprisa, pero en su entusiasmo parecía ir por delante de su propio cuerpo. Era como un hombre hambriento que ha encontrado comida. No sabía qué era lo que Lilith le daba, pero era algo que nutría toda su naturaleza. Cuando volvía de su casa, estaba contento, satisfecho, listo para volver a su trabajo con interés; feliz de pensar que ella constituía el trasfondo de su vida; sin embargo, transcurridas unas horas, empezaba a añorar su presencia, y ahora, que ya habían pasado veinticuatro, sentía como si le arrastraran con anzuelos prendidos de sus entrañas. Era puro gozo, pero tan fuerte la atracción que resultaba dolorosa.

Bajó rápidamente la calle que ya le parecía tan familiar y, torciendo la esquina, vio la fachada de la iglesia iluminada tal como tantas veces la viera desde el otro lado del río; ahora sabía que era bienvenido allí, y, por un instante, le pareció imposible que un sueño así se hubiera hecho realidad.

Pasó los pequeños y cuidados chalets con sus blanqueados peldaños y sus cortinas de encaje. Parecían pertenecer a otro mundo, a otra época. Era el mundo en el que él había vivido hasta que conoció a la mujer de sus sueños; un mundo en el que había sido un esclavo encadenado sin esperanza ni respiro. Ahora todo eso quedaba atrás; ya no pertenecía a ese mundo; había acabado con el cautiverio, aunque no sabía cómo. Desde luego no debido a la muerte de su esposa. Como decía Lilith, eso no cambiaba nada interiormente. El cambio se había producido dentro de él antes de su muerte, lo cuál simplemente había empujado a la superficie lo que había estado sumergido.

Y aún quedaban más cosas por venir. Todavía tenía que cambiar mucho más antes de estar donde Lilith Le Fay quería que estuviera, y

él aguardaba ese cambio con la impaciente certeza con que sabía que el sol saldría por la mañana.

Delante de él, descollando sobre los pequeños chalets revestidos de estuco, se alzaba la fachada gótica de la iglesia, y su gran ventanal del lado Oeste débilmente iluminado con la tamizada luz interior. Sabía que sería bienvenido dentro de aquella luz cálida y difusa; y que le aguardaba un buen fuego y un enorme sillón de bien mullidos cojines. Sabía que allí se hablaría de cosas profundas y raras que hacían rebullir su imaginación y le aceleraban el pulso, y que evocarían imágenes en su mente. Olería a incienso y lucirían vivos colores y el brillo de tapices de seda en las sombras; así como blandas y gruesas alfombras bajo sus pies y grandes extensiones de oscuro parquet que hacían reflejos acuosos. Habría libros en todas la paredes; libros extraños, raros; libros que la mayoría de la gente no sabía que existieran; y cuadros que servían de entrada a otro mundo, al mundo de los sueños.

Y ella –la mujer a quien acudía– sabía exactamente lo que necesitaba. Jamás le daba de comer hasta que no había descansado, porque sabía que no lo aceptaría. Habría té, caliente y aromático, y un cigarrillo, y una charla plácida y nada sistemática en la calidez de su presencia; se quitaría de encima el cansancio como quien se quita una capa, y volvería a estar animado, a tener hambre y a querer cenar.

Luego habría una comida, con todo preparado y sin aglomeraciones, una comida con ingredientes aparentemente sencillos y, sin embargo, una obra de arte. Él, que nunca en su vida había dado importancia a la comida, pues se alimentaba básicamente de bocadillos, había despertado al hecho de que comer era una de las artes comparable al de la apreciación musical. Su temperamento austero le hizo rechazarlo al principio, pero una vez habituado, le cogió gran afición.

Sabía que le esperaban varias horas de felicidad absoluta; pero también sabía que algún día, de alguna manera, todo debía acabar a pesar de ignorar cómo y cuándo.

Cortó la esquina de la calle y se encontró ante la pesada puerta tachonada de clavos y coronada con un arco. Lilith nunca permitía que limpiaran la puerta y tanto ésta como el resto de la fachada estaban cubiertas con una capa del hollín de Londres que parecía proteger el lugar de las miradas indiscretas. Por fuera, formaba parte del distrito

y pasaba inadvertida. Aquella puerta se abriría en un minuto y daría paso a otro mundo. Alzó el pesado aldabón con forma de anilla y dio los tres golpes con que siempre anunciaba su llegada. Luego se volvió y echó una mirada a la calle por la que había venido y, al otro lado del río, vio la umbrosa silueta de su casa envuelta en la oscuridad. Mientras esperaba se preguntaba si le abriría Meatyard o Lilith, y se contuvo hasta ver quién lo hacía.

La puerta se abrió antes de lo que suponía, y el hombre con aspecto de gnomo y orejas de murciélago le dio la bienvenida. Sufrió una decepción porque a él le gustaba que fuera Lilith quien le abriera; pero, por otro lado, le gustaba verla de pie, alta, erguida y hermosa, junto a la chimenea al atravesar la enorme amplitud del suntuoso salón. Quizá, después de todo, mereciera la pena anteponer la recepción en la puerta a fin de disfrutar de la experiencia de acercarse a la expectante Lilith, y sentir cómo la atmósfera de su presencia se iba haciendo cada vez más intensa.

El hombrecillo le franqueó el paso hasta el salón interior, y cuando se volvió después de cerrar las puertas, vio, tal como ya sabía, la alta y esbelta figura de la mujer que le esperaba; pero, al contrario de cómo sucedía en sus ensueños, se sintió, como siempre, presa de una asfixiante timidez. Cruzó a grandes pasos el amplio parquet y sus pisadas resonaron como una piedra que se arroja al agua, rompiendo el silencio de la sala. Se acercó a la mujer que le esperaba y se detuvo impotente. Malcolm deseaba cogerla de la mano, pero no pudo hacerlo. Quería decirle lo feliz que era de estar allí, pero no le salían las palabras. Se había visto a sí mismo mientras se hacía el nudo de la corbata aquella mañana; tenía la corbata deshilachada y el cuello desgastado. Su rostro lleno de arrugas y feo y mal encarado; sus modales, se lo decían en todas partes, eran destemplados. ¿Cómo iba a agradar a esta hermosa mujer y conservar la amistad que tan generosamente le había brindado? ¿Por qué lo había hecho? No lo sabía. Aquello escapaba a su comprensión. Era sólo saber que ella extendería una mano y le atraería hacia sí a través del abismo lo que le permitía enfrentarse a la agonía que sufría cada vez que volvía a ella después de una ausencia.

Aquella mano firme y blanca adornada con extraños anillos se extendió y él la acogió en la suya. Durante un instante permanecieron así

sin hablar, mas la helada y retorcida emoción que le ahogaba fue disminuyendo, relajándose y fluyendo hacia la mujer.

—¿Cómo está? –le preguntó ella con sus ojos sonrientes y una voz profunda y aterciopelada de contralto que tanto le gustaba a él.

—No puedo estar más feliz de volver a verla –respondió Malcolm, estrechándole las manos en las suyas.

Luego vinieron el té y los cigarrillos, así como la calidez y tranquilidad junto al fuego. Él se arrellanó en el hondo sofá, entre los cojines, a observar la lumbre, sintiendo que ella estaba a su lado. Y, de pronto, le volvió el ánimo y se sintió con deseos de hablar y de contarle cosas; y su complejo de inferioridad se desvaneció –temas como el de su reputación internacional y el F.R.S. o el F.R.C.P. no tenían cabida en sus pensamientos, sólo pensaba en sí mismo como una bestia torpe y fea que todo lo hacía siempre mal– hasta que las cosas empezaron a cambiar y descubrió que su virilidad y amplitud de miras, y la alegría que había hecho a los hijos de la mañana gritaban juntos. Luego dejó atrás el mundo y se adentró en una nueva vida y una nueva personalidad, y sintió en su interior el amanecer de nuevos poderes –y todo esto era obra de la magia de Lilith Le Fay, a quien el mundo que él había abandonado llamaría perversa.

Él la miraba allí sentada, tranquilamente, a la luz de la chimenea, con su perfil ligeramente asirio vuelto hacia él, sus manos largas y blancas con sus grandes anillos apoyadas sobre los brazos del sillón, y sus pies con las pantuflas plateadas descansando sobre el borde del ancho hogar. Ella era el ser más hermoso que había visto en su vida. Ni las grandes obras pictóricas ni las grandes piezas musicales podían comparársele. Lilith le había enseñado el significado y el valor de la belleza, cómo ésta enriquece el alma, y él había aplicado la lección a su relación.

Había renunciado a su consultorio de los sábados por la mañana y estaba libre hasta el lunes. Ella nunca le decía de antemano lo que pensaba hacer, pero Malcolm tenía la impresión de que sería algo importante. Sabía que había luna llena, que la marea estaba alta y que se acercaba el Equinoccio Vernal, y una duda anticipadora le asaltaba. Nunca estaba realmente a sus anchas con Lilith Le Fay excepto cuando trabajaba en los extraños ritos en los que se estaba haciendo

rápidamente experto. Pronto su magia podría compararse a la de ella. Ya sabía cómo traspasar energía, y cómo recibirla cuando ella se la enviaba a él. Ojalá pudiera vencer la timidez que sentía con ella y sentirse completamente relajado y seguro de sí mismo y de ella – ¡Cuántas posibilidades se abrirían entonces! Y precisamente esta noche, cuando él sabía que ocurriría el acontecimiento más importante, sufría uno de esos ataques de timidez.

La mujer que estaba sentada en silencio al otro lado de la chimenea era bien consciente de ello. Pero podía ver el corazón del hombre y de ninguna manera estaba inquieto; ella sabía, no obstante, muy bien que su timidez y su desconfianza en sí mismo hacían el trabajo mágico incierto e impedían que la energía brotase como debía. Si él hubiese sido del todo implacable o carente de escrúpulos o se encontrara absolutamente seguro de su técnica y se hubiera mostrado impersonal con ella, todo habría funcionado con soltura; era la conciencia de Malcolm lo que le hacía cobarde, eso que ella siempre había temido que ocurriese.

¿Cómo iba ella a derribar la barrera de estas inhibiciones y liberarle sin soltar sobre él una avalancha de emociones? Si ella alguna vez le hiciera perder la cabeza, la vida le resultaría insoportable a menos que se entregara a él, y eso estropearía la magia, pues sólo se puede hacer magia bajo tensión. Lo único que podía hacer es lo que había hecho ahora: utilizarle de un modo atrevido y despiadado, aunque en el fondo le diera lástima. Era lo mejor, porque casarse con Malcolm estaba descartado y un affaire no le satisfaría.

Habría sido la cosa más fácil del mundo derribar la barrera que les separaba eligiendo la vía directa; lo único que tenía que hacer era extender su mano y acariciarle; pero habría que considerar las posibles reacciones, y éstas no eran aceptables para aquel hombre. Ella debía permitirle seguir luchando lo mejor que pudiera y confiar en que las inhibiciones fueran disminuyendo a medida que la energía fuese brotando en el ritual. Después de todo era la mejor forma de trabajar, la manera en que siempre había trabajado en los templos antiguos, donde se llevaba a las sacerdotisas de la Casa de las Vírgenes con el único propósito del ritual. Lilith no podía hacerle feliz como hombre y hacer magia con él al mismo tiempo.

Ambos compartieron la frugal merienda que les estaba permitida cuando había trabajo a la vista, y luego volvieron a acomodarse junto

al fuego a tomar café y fumar un cigarrillo. Y allí, sentados bajo la débil luz de las lámparas de lectura, los silencios fueron haciéndose más prolongados entre ellos hasta que ambos acabaron contemplando el fuego de la chimenea, ajenos el uno al otro.

CAPÍTULO XVII

AL fin habló la mujer:
—A esta hora debe de estar subiendo la marea –comentó–. Creo que se espera una riada. He visto sacos de arena apilados a lo largo de todo Grosvenor Road.
El hombre se puso en pie y la miró.
—También está saliendo la luna –añadió Lilith–. No tardará en iluminar los tejados y alumbrar la sala con su resplandor.
Esperaron en silencio otra media hora, y luego un halo plateado comenzó a aparecer en la parte superior del ventanal del Este; un largo rayo de luz penetró extendiéndose como una balsa sobre el oscuro y reluciente suelo.
—La energía está empezando a concentrarse –dijo Lilith Le Fay–. Vayamos a vestirnos.
Sin decir palabra, el hombre se dirigió al espacioso cuarto de baño revestido de mármol negro y reluciente plata que tanto atrajo su atención la primera vez que lo vio. Allí, el falso cuello de camisa y la corbata, los zapatos y el resto de las prendas, no tardaron en formar un desordenado montón de ropa, y él se situó, tal como Dios lo trajo al mundo, frente al gran espejo. Contemplóse con ojo crítico, y pensó que tenía un aspecto considerablemente mejor sin ropa que vestido. Había adquirido experiencia con el desnudo en la sala de disecciones, y evaluaba su cuerpo con ojo de anatomista más que de artista, pero lo que vio le satisfizo: era un buen espécimen de animal humano. Le atraía su propia fortaleza.
Se le ocurrió que la mujer del piso de arriba podría estar haciendo una inspección similar ante el otro gran espejo mientras se desvestía y se preparaba para el rito, pero, apresuradamente, apartó de su mente tales pensamientos. Sin embargo, la mente es un órgano más rebelde que la lengua, y aunque Malcolm pudiera refinar e intelectualizar sus ideas, éstas seguían retozando alrededor del mismo asunto.
—¡Qué extraordinariamente opuestos somos en todos los aspectos! –pensó mientras se ceñía la túnica–. Yo soy rubio y ella morena; yo fornido y ella esbelta. Yo soy rudo donde los haya y ella es todo sofisticación. Yo soy una especie de gorila y ella... -no, ella no es ninguna de las cosas con que suele compararse a las mujeres. Es más bien como un halcón o como una serpiente o como un leopardo.

Malcolm miraba pensativamente su rostro mientras retocaba los pliegues del tocado que se había colocado en la cabeza.
—Soy el sacerdote masacrador, desde luego –pensó- ¿Cómo diablos vamos a lograr mantener la paz, ella y yo? Ella es todo lo que yo no soy.
Se agachó para atarse las correas de las sandalias doradas alrededor de sus nervudos pies; luego, levantándose de nuevo, volvió a mirarse en el espejo.
—Sí. No cabe duda. ¡*Soy* el sacerdote! –se dijo al ver ante sí una imagen que semejaba la encarnación de la implacable energía elemental.
—Soy un tipo primitivo –pensó– ¿Será esa la razón por la que a ella le soy útil? Creo que así es.
Luego, dando media vuelta, cruzó la puerta que llevaba al dormitorio vacío de la mujer a quien amaba.
Se detuvo y miró a su alrededor, observando las lujosas sedas.
—La propia esencia de la feminidad –pensó– y, sin embargo, ella no es totalmente femenina de ninguna manera. Tiene algo extrañamente masculino.

Malcom sentía en sus pies la blandura de la blanca y espesa alfombra rodeando las sandalias de tiras mientras caminaba hacia el armario del rincón que ocultaba la entrada a la zona escondida del edificio.
—¿Cómo habría sido yo –se preguntaba mientras subía las escaleras– de haber recibido otra educación? ¿Y si no hubiese tenido conciencia ni me hubiera importado hacer cualquier cosa por conseguir lo que yo quisiera? ¿Y si en asuntos amorosos me hubiese conducido con la misma inflexibilidad que en mi trabajo? ¿Hasta dónde habría llegado y por qué tipo de experiencias habría pasado? ¿En qué clase de hombre me habría convertido? Supongo que muy distinto del que soy ahora. ¡Maldita sea! ¡He tirado por la borda la mitad de mi vida!
Era por naturaleza hombre malhumorado y agresivo, acostumbrado a enfrentarse a todo el mundo y a cualquier dificultad que se cruzara en su camino. En cambio, no se atrevía a desatar las fuerzas ocultas que tanto le aterraban. Sabía que Lilith Le Fay no le temía a ningún hombre, a ningún dios o diablo, y que se enfrentaría sin miedo a los demonios de Malcolm, y que, de hecho, los pondría a su servicio, pero él rehuía soltarlos sobre ella. Sin embargo, en todo momento

supo que con lo que ella quería trabajar era con la fuerza elemental que él llevaba dentro, y que si no la liberaba él no le sería de ninguna utilidad.

Cruzó el cuarto vestuario y vio, sobre una silla, una reluciente túnica gris perla cuyos pliegues ocultaban parcialmente un montón de chiffon y encaje. Ahora, por primera vez, al ver aquel fardo de ropa fue consciente de hasta qué punto ella era capaz de despojarse por completo de su personalidad humana cuando asumía la túnica simbólica y se mostraba sólo como la suplantación de una fuerza. Así, y sólo así, era como ella deseaba verle a él; pero Malcolm no sabía cómo separar la una de la otra. Le resultaba imposible. Aquella mujer significaba muchísimo para él.

Llamó suavemente a la puerta del templo; ésta se abrió y vio el brazo de Lilith Le Fay sosteniendo la cortina para facilitarle la entrada. Entró, se dirigió al altar y se colocó de espaldas a ella, con las manos apoyadas sobre el mantel de terciopelo negro que cubría el altar, dentro del pequeño círculo de luz que formaba la lámpara.

—¡Son manos de estrangulador! –pensó mientras las miraba. Advirtió que los Pilares del Equilibrio habían sido desplazados y situados a ambos lados de él.

Oyó sonar nueve suaves campanadas y el blando frufrú de los ropajes cuando la mujer pasó a su lado, mas no levantó la vista. Entonces, dos manos aparecieron junto a las suyas bajo el mismo círculo de luz.

No eran en modo alguno manos delicadas a pesar de sus largos y ágiles dedos. Habían sido despojadas de los bizarros anillos que habitualmente las adornaban y las uñas tampoco tenían esmalte. Eran sólo unas manos de mujer, blancas y fuertes.

Luego la mujer dio un paso atrás y apartó las manos del altar; él hizo lo mismo tal como requería el ritual; y, también tal como lo exigía el ritual Malcolm levantó la vista y miró a Lilith a los ojos.

Eran unos ojos resueltos y de una relajada inexpresividad. Nada en ella delataba la presencia de la mujer humana: era la sacerdotisa a secas. Sólo le importaba una cosa, la extraña fuerza a la que servía y ser consciente de ello despertó en Malcolm una súbita oleada de intensa amargura. ¿Por qué tanta frustración y privación de la vida? Él, como hombre, tenía derecho a vivirla como tal por el mero hecho de

ser un hombre. La vida le debía muchas cosas y él se las reclamaba. Ya había sufrido demasiados rechazos y frustraciones por culpa del código social. Él deseaba a una mujer –a esa mujer- y pretendía conseguirla si podía. Cierto salvajismo básico despertó en él, algo que siempre supo que estaba ahí y que reconocía como peligroso, tanto para él como para ella. Lo había utilizado antes en sus confrontaciones científicas, pero nunca en las personales y, por supuesto, jamás con una mujer. Pero ahora eso se había soltado y él lo estimulaba porque estaba harto de frustraciones y rechazos, y repudiaba el código que los imponía.

Se le había olvidado todo lo referente al ritual. No era un ritual sino una realidad. La mujer que tenía en frente al otro lado del altar representaba todo cuanto faltaba en su vida. Ya no era la señorita Le Fay, a quien profesaba gran respeto, ni la Lilith a quien amaba; sencillamente era una mujer que representaba a todas las mujeres. Ella tenía en su mano todo lo que una mujer puede dar o negar a un hombre, y él representaba a todos los hombres que habían sido burlados, frustrados y tratados injustamente por el egoísmo, la ignorancia y la cobardía de las mujeres, y ella no sólo iba a compensarle por sus propias injusticias sino también por las de todos los hombres frustrados. Había en él una feroz rebeldía dispuesta a luchar, y a seguir luchando, contra lo que él consideraba falso e injusto. Lo que había de natural en él poseía unos derechos frente a la sociedad, y ésta los había defraudado y a él le había confundido, así que acabó rebelándose.

Los niveles primitivos, arquetípicos y subliminales de la consciencia habían emergido a la superficie y hecho causa común con su mente racional, y su inteligencia estaba al servicio de sus impulsos subconscientes. Era un ser poderoso y elemental; hombre primigenio en armonía con la Naturaleza, con el impulso de toda la vida que había en él. Mirándolo desde un punto de vista, Malcolm se había abandonado por completo y era una bestia tan peligrosa como a la que cualquier mujer podría enfrentarse a solas en una casa vacía; pero mirándolo desde otro punto de vista, él estaba trayendo el fuego del cielo y, como siempre, era un fuego robado.

Sus ojos pálidos y curiosos brillaban como un ascua en aquel rostro con aspecto de máscara en cuya pálida piel ya comenzaba a refulgir el sudor. Eran los ojos de un loco o los de un guerrero vikingo a pecho descubierto. La mujer que le observaba desde el otro lado del

altar le vio llevarse la mano a la cadera y sabía que buscaba el cuchillo de bronce que debería pender de un ancho cinturón de piel ciñendo su cintura, y también sabía que los niveles de consciencia estaban fusionándose –El Malcolm subliminal y superliminal en ese momento podría ser una bestia peligrosa, pero también un poderoso mago. Conocía, además, esa línea que separaba una horrible experiencia a manos de Malcolm y un poderoso acto de magia y decidió correr el riesgo.

Malcolm y la mujer se observaban entre sí como dos duelistas. La energía había pasado ya al nivel personal y en ese nivel había de ser manejada, recogida, estabilizada y retornada de nuevo al plano. Ella le veía desplazarse centímetro a centímetro hacia la izquierda y sabía que dentro de un minuto tendría que correr alrededor del altar para tratar de escapar. Si ella hablaba, rompería el hechizo, el hechizo del afloramiento primitivo, y llevaría al hombre a la normalidad, pero no deseaba romperlo, por eso no habló, En vez de eso, ella misma comenzó lentamente a acercarse al altar para que este quedara entre ellos; su titilante luz y la ascendente aguja de incienso formaban una efectiva barrera contra la marea de fuerza elemental que ascendía de las profundidades a través de los canales abiertos por las desatadas pasiones de Malcolm.

Ahora habían intercambiado los lugares y ella se encontraba en el lado Oeste y él en el lado Este, de espaldas al gran espejo. Cuando entró en el Este, el lugar del sacerdote, se produjo en él un cambio; pareció como si los diferentes niveles de su consciencia entraran en foco a la vez y quedaran unidos, de modo que el pasado volvía a vivir en su alma y el futuro estaba a la vista; Malcolm era el sacerdote marginado que había sido, y el gran adepto que sería, y el adepto se había edificado sobre el marginado.

Tal como ya sucedió una vez, la mujer a quien amaba estaba a solas con él en el sancta sanctorum, oculta a los ojos del profano por el velo que Isis siempre corre en Sus acciones; pero esta vez él no había entrado como un ladrón en la oscuridad de la noche, sino que estaba allí por requerimiento de la Diosa, por derecho, en el lugar que le había sido asignado, realizando el trabajo que se le había encomendado. Era un trabajo terrible, sacrificial, pero él lo haría de un modo aséptico, con las manos limpias.

Tenía –lo sabía– que descender a los infiernos y desatar las fuerzas elementales que proporcionarían la fuerza motriz para la magia; tenía que hacerlo como hombre y como sacerdote, pues ambos son inseparables en magia, confiando en la mujer que tenía frente a él al otro lado del altar, la suma sacerdotisa, para manejar las fuerzas desatadas y mediante su conocimiento y poder transmutarlos en magia en un arco superior.

La miró a los ojos a través del humo del incienso que ascendía del altar y vio que estaban fijos y serenos: parecía como si Lilith estuviera inmersa en un núcleo de calma, en el corazón del ciclón que él había soltado sobre sí mismo y sobre ella. Ella se mantenía firme sobre sus pies entre los pilares del equilibrio, suspendida y tranquila, con las manos descansando levemente sobre el altar, con las palmas hacia abajo, mientras que las de él se apretaban contra éste como si estuviera a punto de saltar. Ella no le estaba ayudando con la magia de los elementos: esa era tarea suya como sacerdote sacrificial; Lilith, como sacerdotisa, aguardaba a que él llevase a cabo su papel y le entregase las fuerzas que Malcolm había invocado desde las profundidades.

La sala se había desvanecido a su vista y ahora Malcolm se encontraba en la cueva de la Isis Negra, realizando el gran rito que sólo se celebraba una vez cada cuatro años. Puede que la gente llamara a esto magia negra, pero él sabía que eso no era malo aunque sobre el altar yaciera un hombre muerto, tan solo era fuerza elemental bruta. Si lo hubiesen dejado en ese nivel habría sido malo, pero no lo dejarían allí; la suma sacerdotisa le sustituiría y ocuparía su lugar, y transmutaría la fuerza, y la llevaría consigo hasta el templo de la Gran Isis, donde fluiría a través de la cortina del sancta sanctorum como un rayo de luna, y vivificaría la forma momificada de la Diosa que yacía entre las esfinges, pues así es como se hace la magia, y por lo tanto el sancta sanctorum queda vacío.

La mujer que le estaba observando vio producirse el cambio en él y se preparó para recibirlo. También la mente de Lilith retrocedió al oscuro templo de la cueva y al lóbrego y marginado sacerdote que la había deseado y que se había destruido a sí mismo por conseguirla. Él reunía todos los ingredientes de la grandeza, y tanto ella como el gran sumo sacerdote así lo reconocían, a pesar de no ser aún el momento oportuno.

Luego su mente se abrió a otra escena que ella nunca antes había contemplado: la escena de la tortura en la cual, por medios mágicos,

su espíritu había sido invocado para enfrentarse al hombre que la causó la muerte, y forzar una confesión. Pero en el sumo sacerdote había más comprensión que en los jueces, y él y ella, mirándose mutuamente a través del cuerpo del hombre atado con correas a la mesa de tortura acordaron que llegaba el momento fijado. Y en la mente de Lilith apareció otra escena de un extraño contraste –la consulta de la calle Wimpole que Malcolm había abandonado, porque finalmente había entrado en la otra vida después de largas horas de tortura; a ella le pareció que la recapitulación se había llevado a cabo y que a partir de ese momento daba comienzo la magia.

Sabía que Malcolm había pasado a otro nivel de consciencia, y que él ya no era consciente de la habitación salvo en un estado hipnoide. El papel de ella, que tenía a su cargo el control del rito, consistía en mantenerse firme en el plano físico y manejar las fuerzas. Lilith miraba aquellos ojos fijos en los suyos con hipnótica intensidad. El rostro del hombre no parecía de carne y hueso sino una máscara de alabastro con unos ojos brillantes incrustados en ella; ya no era en absoluto un hombre fuera de sí sino el mismísimo sacerdote. Sencillamente no era él mismo obteniendo lo que deseaba: era un ritualista en un rito que representaba algo mayor que él, que representaba a todos los hombres a quienes la vida había tratado injustamente como lo había hecho con él, y que estaba rompiendo aquella esclavizada independencia mediante su personalidad mágica. Aquello que Malcolm estaba experimentando había sido conectado, mediante el conocimiento de la mujer que le estaba utilizando, con las fuerzas cósmicas y, de ese modo convertido en magia. Lo que estaba sucediendo era primitivo, arcaico, terrible y, sin embargo, tan sagrado y espiritual a su manera como cualquiera de las virtudes teológicas. Constituía los cimientos esenciales sobre los que se edifica la estructura de la vida, sin los cuales ésta no podría existir, por mucho que se ignore; y ella, una mujer, tenía que reconocer su validez.

Ella colocó las manos a ambos lados de la lámpara del altar y Malcolm, alargando las suyas, tomó a Lilith por las muñecas. Ella se encontró mirando de cerca aquellos ojos brillantes, pálidos e inexpresivos. Ahora no había escapatoria: Malcolm la había cogido para hacer con ella lo que quisiera; pero entre ellos estaba la fuerza sagrada de la llama y la aguja ascendente del incienso: el rito era sagrado.

Lilith no tenía miedo, solo la sensación de una tremenda tensión, y

podía ver que Malcolm no albergaba dudas ni inhibiciones. Sin embargo, su gran experiencia le decía que la magia debía operarse en el plano astral y que si se llevaba a cabo en el plano físico quedaría cortocircuitada y anulada. Se preguntaba si Malcolm sabía esto, y advirtió que era imposible que lo supiera con su mente consciente, pero que, junto con el recuerdo de encarnaciones pasadas, el conocimiento podría conservarse en su subconsciente y orientarle. Y como *pasaban los minutos y él no hacía movimiento alguno, ella tenía cada* vez más certeza de que Malcolm estaba operando desde los niveles arcaicos, y que los recuerdos arcaicos guiarían a las energías elementales que estaban emergiendo en su interior.

Mientras observaba esto, el espejo pareció abrirse y surgió otro mundo en el que ella y el sacerdote que tenía delante eran vastas formas de luz, cuyos pies se perdían en las oscuras y caóticas profundidades y sus cabezas en el espacio estrellado. Entre ellos, con los brazos extendidos y las manos enlazadas, se situaba la tierra a modo de altar. Malcolm sostenía delicadamente las muñecas de Lilith, y ella, a su vez, rodeaba también las de él con sus manos. Así permanecieron mientras las fuerzas se arremolinaban a su alrededor. Ella era consciente del pulso rítmico del espacio; un lado de su mente le decía que era el pulso de Malcolm lo que percibía, y el otro que era la vibración del ritmo cósmico; también sabía que no se trataba de dos cosas sino de una sola, y que el pulso sanguíneo del hombre se había hecho uno con la fuerza primordial.

Luego le pareció que ambos se elevaban en el espacio hasta que el altar formado por la tierra dejó de interponerse entre ellos; había a su alrededor un halo de luz plateada, como el cerco que forma la luna y Lilith supo que se trataba del magnetismo que Malcolm emanaba.

Después, en el plano terrestre, ella vio el doble etérico del hombre proyectarse desde su forma física y situarse ante ella, cara a cara; al acercársele, Lilith sintió su plateada frialdad y empezó a fundirse con ella. La había absorbido y se habían convertido en uno solo. En la visión que compartían ambos se hallaban suspendidos en el espacio plagado de estrellas. Era como si ella se hubiera elevado con unas poderosas alas, arrastrando al hombre consigo como hacen las abejas en su vuelo nupcial.

Luego, la tensión fue decreciendo, la fuerza disminuyó y, rápidamente regresaron de nuevo a la tierra. Vio que Malcolm apoyaba sus

manos sobre el altar y que de su mentón caían gotas de sudor. Poco a poco, las fuerzas le fueron abandonando y cayó de rodillas, apoyándose con una sola mano y cubriéndose el rostro con la otra. Ella se acercó al altar y le agarró por los hombros sosteniéndole mientras se desplomaba. Durante unos instantes, Malcolm permaneció en la postura del gladiador moribundo, y, finalmente, le falló el apoyo del codo y quedó completamente tendido en el suelo. Lilith sabía muy bien que no estaba muerto, pero cualquier otra persona se habría preguntado si aún quedaba en él un hálito de vida.

Con mucha calma, ella fue disponiendo sus miembros como si le preparase para el enterramiento, y se sentó junto a su cabeza y la apoyó en su regazo. Colocó las palmas de sus manos a cada lado de su rostro y se sentó a esperar como lo hacen los dioses hindúes. El hombre apenas parecía respirar. La mujer parecía conservar todas sus fuerzas. En aquel lugar secreto reinaba un silencio absoluto

Lenta y gradualmente, fue sintiendo cómo la vida volvía a fluir por aquél cuerpo que descansaba sobre sus rodillas. Sabía que Malcolm ahora dormía y que despertaría al amanecer.

Pasaron las horas sin que se oyera ningún ruido ni se produjera movimiento alguno en la silenciosa sala. El incienso se había consumido del todo y las lamparillas ardían con una débil llama. Por último, el suave murmullo de los remolcadores que silbaban en el río rompieron el silencio; el hombre tuvo un leve estremecimiento y la mujer siguió esperando.

Malcolm suspiró y cambió de postura; luego volvió a quedar tranquilo pero ella sabía que estaba despierto y que era consciente de lo sucedido. Lilith se preguntaba si sabría que tenía la cabeza apoyada sobre su rodilla. Después, un par de manos se alzaron y cubrieron las que habían sostenido su cabeza toda la noche.

—Usted me ha enseñado el camino hacia la Puerta sin Llave –balbució Malcolm.

Ella no replicó, pero le respondió con una leve presión de sus dedos sobre su mejilla. La quietud volvió a la sala, mas era una quietud viva.

Al fin habló el hombre, una vez más de regreso a la tierra.

—No puedo permanecer así indefinidamente, ¿verdad, Lilith? Tengo que moverme alguna vez. Pero requiere un gran esfuerzo. Creo

que he estado fuera muy lejos. Y usted, querida, ¿cómo se encuentra?

—Bien –replicó ella–, pues he llevado a cabo lo que estaba planeado.

—Tenía la impresión de que así había sido –dijo él–, y eso ya no me preocupa.

Despacio y de mala gana, se fue incorporando hasta quedar sentado y se giró para mirar a la mujer que tenía detrás, la mujer que, aún sentada como una diosa hindú, no se había movido.

—¿Qué tal le ha ido? –preguntó él.

—Bien –volvió a responder ella.

—Puede ser, pero ha pagado por ello. Ha pagado el precio de toda esta noche de trabajo, Lilith.

—Lo mismo que usted.

—Sí, los dos hemos pagado nuestro precio. Acepto que haya que pagar por estas cosas. No me molesta, y supongo que a usted tampoco. Tiene el aspecto de haber sufrido una fuerte hemorragia, Lilith. He visto enfermos después de una operación importante con mejor cara que usted. Déjeme atenderla. Estoy empezando a recobrar fuerzas por momentos.

Malcolm se levantó y, dando la vuelta por detrás de donde ella estaba sentada como lo había estado toda la noche, erguida y sin apoyar la espalda, la rodeó con sus brazos.

—Apóyese en mí –le dijo. Ella le sonrió e hizo lo que le pedía. Él bajó la cabeza para mirarla.

—Dios mío, cómo está cambiando – exclamó–. Parece tan serena y encantadora.

—También yo estoy volviendo a la vida –respondió ella.

—Ya lo creo. Nunca he visto a nadie recuperarse tan deprisa. Cuando desperté me parecía usted una momia, Lilith. Ahora, en cambio, tiene el aspecto de una jovencita. Ya sé que no lo es, pero lo parece. Tiene la frescura de una flor cubierta de rocío.

Al momento, ella alivió el peso de su rodilla.

—Yo también he de despertarme –exclamó Lilith. Con desgana, Malcolm soltó su abrazo y la ayudó a levantarse.

—He pasado por una experiencia –dijo el hombre–, que espero no vuelva a repetirse jamás.

—No, no volverá a repetirse –replicó la mujer–. Hemos llevado a cabo la primera parte del trabajo que nos disponíamos a hacer, y se ha terminado.
—Consummatum est –desechemos el vaso vacío –comentó el hombre–. Lo sé y soy plenamente consciente de ello. Me alegro mucho de que haya tenido éxito, querida; y me alegro mucho de haberle sido útil.
—¡Dios le bendiga! Ha sido una experiencia fantástica que no hubiera querido perderme.
Lilith miró a Malcolm fijamente a los ojos durante unos instantes sin decir nada. Luego, comentó:
—Tengo que darle las gracias. Hemos llevado a efecto lo que habíamos previsto. Hay algo presente en el mundo que antes no estaba, y se irá desarrollando por sí solo a su modo.
—Es hora de que me vaya, ¿verdad? –dijo el hombre.
Lilith vaciló y, dándose la vuelta, se quedó mirando el gran espejo como si éste se abriera a otro mundo y ella entrara en comunicación con lo que allí dentro se movía. Malcolm tuvo una visión momentánea de estrellas en movimiento sobre un fondo índigo y rayos de luz intercalados. Finalmente, ella se volvió hacia él, como si hubiera recibido consejo de aquello con lo que había estado en íntima comunicación.
—No quiero que sea desgraciado –dijo ella.
El hombre no respondió; en su lugar se quedó mirándola en silencio. De algún modo imposible de definir parecía distante y abstraído, como si ya hubiera separado su espíritu del de ella.
Lilith dio media vuelta y volvió a mirar dentro del espejo, como si lejanas imágenes se hicieran visibles entre las sombras; y mientras el hombre la observaba, ella parecía hacerse inmensa, sin forma, primordial, como la mujer tallada en roca dura de su sueño. Por un momento se desvaneció, disolviéndose en esa forma nubosa. Luego, sus ojos recuperaron el foco y los contornos de la realidad volvieron a hacerse visibles. Sin embargo, parecía diferente. Los contornos eran más perfilados, los colores más brillantes que en la realidad. Era como si la silueta de Lilith formara un contorno luminoso; sus largos y sueltos ropajes caían con las líneas rectas de la túnica sacerdotal y su cabeza sobresalía con una majestuosidad que no necesitaba de tocados para conferirle un carácter regio y sacerdotal.
—Jamás he pertenecido a ningún hombre y jamás perteneceré –dijo ella con tranquilidad–, aunque haya conocido a muchos hombres.

Me han llamado la Harlot Cósmica y la Virgen Eterna. Ambas cosas pueden decirse con veracidad de mí, pero no es posible esperar que lo entienda –para usted yo soy la mujer a quien ama. Y yo también le amo a usted, a mi manera, pero soy una sacerdotisa distinguida, no del todo mortal. Tengo dos caras: la de la mujer que se sienta a coser y a charlar junto al fuego de la chimenea, y la de la que sube aquí arriba y opera con rituales mágicos.
Yo puedo hacer que su virilidad se vea realizada –más de lo que pueda creer o soñar, aunque no me posea. Me gustaría enseñarle lo que una mujer puede ser para un hombre, porque lo merece. Lleva hambriento mucho tiempo –Una extraordinaria vivacidad iluminó el rostro de la mujer irradiando una oleada de magnetismo–. Me encantaría mostrárselo, Rupert, pues es mucho lo que yo sé.
El hombre guardó silencio.

—¿Recuerda la historia de Eros y Psique? Es una historia verdadera, Rupert; sumamente verdadera. ¿Recuerda las condiciones que puso Eros? Dijo que la visitaría de noche, en la oscuridad, y que ella jamás debía verle el rostro. A ella le estaba permitido abrazarle pero no intentar poseerle. Y eso es lo que nos ocurre a nosotros los iniciados. No somos iguales que los nacidos una sola vez, pues pertenecemos a Otro Lugar. Nosotros vivimos en el Yo superior. La persona que conoce como Lilith Le Fay es sólo una pequeña parte de mí. Es mi persona, la máscara que yo me pongo como lo hacían los actores griegos para representar su papel en las obras de teatro sagradas. Mi personalidad es la máscara que yo misma me he fabricado para el papel que me toca representar en esta obra, que también es sagrada. Pero usted no lo comprende, Rupert, porque vive en su yo inferior y desconoce 'el largo viaje del alma'.
Debe confiar en mí. Cada uno de nosotros, usted y yo, debe respetar las leyes de su propia naturaleza. Nadie puede actuar de otro modo sin engañarse a sí mismo. Usted tiene que vivir en este mundo, y yo tengo que vivir en dos mundos, y esto es lo mejor que puedo ofrecerle –Yo copularé con usted de otro modo: yendo y viniendo a mi manera. Yo, que soy todas las mujeres, puedo ocuparme de la virilidad que hay en usted y satisfacerla y, más que satisfacerla, puedo llevarla hasta la divinidad. ¿Se contentará con eso, Rupert?

—No lo sé, Lilith, no lo sé –no pretendo ser un iniciado. Simplemente la quiero y deseo ser feliz con usted, eso es todo.
—Yo le haré feliz, pero no debe tratar de poseerme.
—La posesión para algunos hombres es un fuerte instinto. Así es como conciben el amor.
—Pero es un concepto equivocado. Nadie puede poseer a otra persona sin destruirla. Por eso los matrimonios son tan provisionales. Uno sólo se satisface parcialmente y el otro queda medio destruido. Aprendamos a amar como lo hacen aquellos que se han salido de la Rueda del Nacimiento y la Muerte.

Con un intenso brillo en los ojos, ella le tomó por los hombros:
—¡Haga esto por mí, Rupert! Es la siguiente fase del trabajo mágico –la siguiente cosa que hay que hacer que se manifieste. Hágalo conmigo y no tendremos que separarnos todavía.
Él la miró cansado.
—Dudo que aún me queden fuerzas para continuar, Lilith –respondió.
—¡Sí que le quedan! –exclamó la mujer con sus chispeantes ojos y sonrojadas mejillas– Este le proporcionará fuerza lo mismo que el otro le proporcionó paz. Hágalo conmigo. Todo saldrá bien. Confíe en mí. Lo sé.

El hombre dudó unos instantes, y luego exclamó:
—Querida, haré cualquier cosa que me diga, sabe que lo haré –dijo reclinando la cabeza sobre el hombro de la mujer y ella le sostuvo.

CAPÍTULO XVIII

MALCOLM pasó su jornada laboral en el hospital como aturdido. Si la tierra se hubiera abierto bajo sus pies no se habría sentido más desconcertado. En su fuero interno, nunca hubiera imaginado que la mujer a quien amaba fuera a hacerle aquella extraña proposición. Suponía que debería estarle agradecido por ello, y en cierto modo lo estaba, pero por otro lado le asustaba.
Lilith Le Fay era una mujer muy hermosa, sofisticadísima y con mucha vitalidad; estaba completamente emancipada y poseía una experiencia de la vida sobre la que él consideraba mejor no hacer preguntas. Y Malcolm se preguntaba si él, hablando en plata, sería capaz de dar la talla o si sería candidato a una morrocotuda desilusión motivada por una causa exactamente opuesta a la original.
Reconocía la inevitabilidad de un factor animal en su propia naturaleza. Una vez lo consideró como algo que tenía que vencer; ciertamente, como algo que debía estar bajo el control absoluto de la voluntad. Creía que el hecho de no poder vencerlo se debía a una voluntad dividida –era sólo por una estrecha mayoría, no por voto unánime, por lo que él hollaba el camino angosto. El amor ideal, en su opinión, sería aquel que trascendiera los sentidos, y aunque reconocía esto con franqueza era incapaz de alcanzar tales cotas. Sin embargo creía que, en la legalidad del contrato matrimonial, un hombre decente estaba obligado a mantener sus tendencias animales dentro de ciertos límites.
Aunque él personalmente no recordaba los días anteriores a la anestesia, había trabajado como alumno con hombres que sí lo hacían, y que solían obsequiar a los estudiantes con historias de los viejos tiempos en que a los celadores del hospital se les cogía por su fortaleza y los cirujanos no se quitaban sus levitas para operar. A la luz de su experiencia posterior, le parecía que este estado de cosas no se había extinguido de ningún modo, y que la analgesia para la concepción se necesitaba con tanta urgencia como para el parto. Si el matrimonio había supuesto un duro golpe para su novia, para él había supuesto una desilusión y le había dejado una cicatriz tan grande como a ella. Era un hecho aceptado que el desarrollo cerebral del hombre civilizado había aumentado el tamaño de su cabeza hasta el punto de que su venida al mundo constituía un problema mecánico nada despre-

ciable; a Malcolm le parecía que, de manera similar, la mujer se había elevado a un nivel superior a la Naturaleza, mientras que, lamentablemente, el hombre no había conseguido evolucionar. En consecuencia, el hombre tenía que arrastrarla hacia abajo o ella tenía que arrastrarle a él hacia arriba, y, que él supiera, la víctima tenía que arreglárselas como pudiera.

Sospechaba con sagacidad que Lilith Le Fay no tenía la más mínima intención de cogerle de su impenitente cuello y elevarle hacia el cielo; que ella consideraba todos esos intentos energía mal empleada y se proponía reunirse con él en su nivel. Esto le preocupaba enormemente, pues temía que ella no se diera cuenta de en qué nivel tenía que buscarle. Tenía la ingenua esperanza de que con la llegada de un ángel a su casa las bestias salvajes con las que había luchado tan virilmente abandonaran Éfeso para siempre y se hicieran un ovillo frente a la chimenea, pero Lilith le propuso ponerlas en libertad. Lejos de aprovecharse de su recién hallada libertad, sin embargo, todas ellas parecían yacer muertas de susto en el fondo de sus jaulas.

Malcolm estuvo muy tentado de pararse a tomar una copa en la primera taberna por la que pasara en el trayecto del hospital a su casa. Una vez más caminaba por el dique en la oscuridad, siguiendo el sendero que le había apartado tanto del camino trillado de la vida normal a la que él estaba seguro de no poder regresar, y que lo mejor sería seguirlo hasta el final. Este pensamiento le confería cierto valor, y cuando llegó al puente Lambeth, lo cruzó.

En respuesta a su golpe de aldabón, la puerta se abrió y, enmarcada por su arcada, apareció Lilith Le Fay. Su cabello, que hasta ahora había llevado recogido a modo de diadema alrededor de su magnífica y altiva cabeza, formaba ahora un lazo griego sobre la nuca; tampoco sus ropas eran las de rico terciopelo y brocado con que Malcolm estaba acostumbrado a verla vestida sino de relucientes pliegues de chiffon, como las nubes que cruzan por delante de la luna, y a través de cuya envolvente neblina él podía ver su ropa interior plateada. Verdaderamente esta noche ella era la sacerdotisa de la luna. Él se sentía como Acteon, con los perros esperando a su alrededor.

Al descubrirse la cabeza, la luz de la lámpara le iluminó el rostro. Lilith le miró con sus penetrantes ojos y, luego, tomándole de los hombros, le hizo mirarla de frente.

—¿Se encuentra bien? –le preguntó.

—Perfectamente –replicó él, obligándose a mirarla a los ojos. He tenido un día muy duro en el hospital, ¿sabe?

Ella no respondió; en vez de eso le soltó, dio media vuelta y le precedió en dirección al gran salón, dejando que él la siguiera a su antojo. La única cosa que le hacía a Malcolm soportar en cierta manera aquella situación era la certeza interior de que de algún modo Lilith Le Fay le ayudaría a reponerse.

Deteniéndose en la alfombra junto a la chimenea, él la contempló enmudecido mientras ella se volvía para mirarle.

Ella le puso otra vez una mano sobre el hombro y le preguntó:

—¿De qué se trata, Rupert?

Él sonrió irónicamente.

—Creo que soy un imbécil –respondió.

—Creo que sí –contestó ella y, esbozó una suave sonrisa. Luego, sacudiendo ligeramente su hombro, le invitó a sentarse–. Le iré preparando una taza de té –dijo.

Malcolm se dejó caer desplomado en el sillón, casi desapareciendo entre los cojines de sus espaciosas profundidades; luego sacó la inevitable cajetilla de cigarrillos Players y ella le dejó allí fumando mientras preparaba el té.

Una divertida sonrisa se dibujó en los labios de Lilith mientras manipulaba la tetera. Realmente Rupert era una persona de lo más desconcertante. Ella había visto una representación de Hamlet con ropas actuales, sin que ninguno de los actores tuviera parecido con su papel, y Rupert Malcolm, ya fuera como gran científico ya como gran amante, era invariablemente igual de incongruente. Dondequiera que estuviese, hiciera lo que hiciese, era siempre auténticamente él mismo, porque jamás se le ocurría ser otra cosa, y se consideraba un hombre muy corriente, salvo cuando se enfurecía y se lanzaba de pronto a una cruzada con desenfrenada agresividad y a pecho descubierto.

Observándole mientras se bebía el té en lo que podría haber pasado por un malhumorado silencio –aunque ella sabía no era más que inquietante preocupación–, se dio cuenta una vez más de hasta qué grado admitía el código que le tenía atado; y vio con más claridad que nunca cómo la humanidad forja sus propias jaulas con su esclavitud interior. Malcolm era legalmente libre, y apenas si podía sentir obligación moral alguna hacia una mujer que se había fingido enfer-

ma durante veinte años a su costa; y, sin embargo, ahí estaba él, el típico viudo, guardando luto a la querida difunta que no fue querida para él lo más mínimo y quien, para todos los efectos, en realidad se había ido hacía veinte años. Lilith Le Fay miraba maravillada a aquel hombre.

Como si leyera sus pensamientos, Malcolm dijo:
—¿Se da usted cuenta de que todavía no hace una semana que mi esposa ha muerto?
—Sí –replicó Lilith. Y no añadió ningún otro comentario, pues decidió no enseñar sus cartas. Tenía la impresión de que Malcolm estaba utilizando a la mujer recién fallecida como una especie de carabina
Lilith se sentó, con la barbilla apoyada en la mano, a contemplar el fuego de la chimenea mientras Malcolm sorbía lentamente su tercera taza de té. Ella se debatía entre el deseo de darle un buen trato y la imposibilidad de ignorar que su trabajo con él aún no había terminado; Lilith aún no podía deponer sus armas y entrar en la paz sabática. Si ahora abandonaba a Malcolm a sus propios mecanismos, éste volvería a caer en su antigua, lamentable y rutinaria existencia, y a ella le dolía pensar que pudiera llegar a hacerlo.
Lilith tuvo la sensación de que nunca habían estado tan distantes desde el día en que él la miró enojado tras su mesa de despacho en Wimpole Street, cuando ella utilizó sus conocimientos para dominarle –por el bien de Malcolm y por el de la Gran Isis, que le necesitaba. Había sido utilizado y ahora había que compensarle. Le había obligado a servir en contra de su voluntad; y también en contra de su voluntad debía llevarle a buen puerto.
Ella contemplaba su tosca cabeza vista de perfil. Malcolm parecía más que severo taciturno. ¿Qué sentido tendría aventurarse otra vez con él? Sin embargo, de alguna manera, no podía dejar las cosas inacabadas. Los fines han de perseguirse con ahínco para que no causen problemas.
Entonces, tomando una repentina resolución, exclamó:
—¡Venga, vayamos a la adoración!
Malcolm levantó la vista bruscamente, volviendo de algún lejano lugar como un buceador que emerge a la superficie; desvaneciéndose el malhumorado aspecto a medida que el ánimo volvía a iluminar su rostro. Ahora sólo parecía preocupado e inseguro de sí mismo.

—¿Qué quiere hacer? –repuso él– Creí que ya habíamos terminado del todo.
Parecía desconfiado y algo asustado, pero Lilith decidió no dar explicaciones; en vez eso, se levantó y a Malcolm no le quedó más remedio que seguirla. Con un gesto le indicó que se dirigiera al cuarto de baño, el lugar donde debía cambiarse de ropa.
Con reticencia y resentimiento, igual que un muchacho al que van a propinar una paliza, se quitó las ropas y las arrojó sobre una silla, se estremeció y se puso la túnica. Sin mirarse en el espejo, se colocó el tocado de plata sobre la frente y subió impasiblemente las largas escaleras, sin mirar a izquierdas ni a derechas.
Esta vez, cuando llegó a la entrada del Templo, no había ninguna Lilith Le Fay para levantarle la cortina; él mismo tuvo que apartar sus pliegues. Entró y la vio tendida e inmóvil sobre el altar de los sacrificios, obligándole de este modo a que ocupara su puesto en el lugar del sacerdote.
Malcolm se quedó mirándola, huraño y con el ceño fruncido; ella le devolvió la mirada impasible como una esfinge. Pero no era a él a quien miraba sino, por encima de su hombro, al espejo que tenía a su espalda. Por el aspecto de sus ojos, comprendió que estaba viendo algo en su interior que no era de este mundo, algo que debía estar sucediendo pues tenía movimiento. A salvo de su penetrante mirada, observó detenidamente el rostro de Lilith.
Por un instante, la odió. Su piel de magnolia, la belleza de sus ojos negros y su pelo moreno le martirizaban. Los echaba de menos, pero tenía la sensación de que se desmoronarían con sólo tocarlos. En realidad, Malcolm estaba tan dividido en su autoimpuesto ascetismo como lo estaba en sus apetitos. Pero la mujer no le observaba a él: miraba con atención otra cosa con la que estaba manteniendo una estrecha comunicación mental.
Poco a poco el hombre se fue dando cuenta, atormentado y frustrado, de que sólo tenía que permanecer callado y dejar que las cosas fueran sucediendo. No estaba en su poder el hacer nada; estaba tan frustrado por sus propias inhibiciones como lo había estado por sus circunstancias, y con un súbito y fugaz momento de comprensión, entendió la veracidad de las palabras de Lilith: "No cambiaría nada aunque quedara libre".
Aquellas palabras habían resultado abominablemente ciertas y lo supo

con amargura. Pues que él quedara libre no había alterado la actitud de ella hacia él; ella podía haber hecho exactamente lo mismo que estaba haciendo ahora tanto si él fuera libre de ofrecerla el matrimonio como si no. Sintió rencor. La muerte de su esposa debería haber cambiado todo; y, en cambio, no había cambiado nada. Apretó la mandíbula y miró con resentimiento a Lilith Le Fay.

Mas su resentimiento pronto se tornó melancolía, y le pareció que se hallaba prendido a ella con sus ojos como alguien que se está ahogando se aferra a una roca; y de nuevo tuvo la impresión de que ella estaba en estrecha comunicación con algo, y que era algo con lo que se esperaba que cooperase. En un abrir y cerrar de ojos, se dio cuenta de que el trabajo de la nueva fase ya había comenzado, y durante un segundo retrocedió como un caballo asustado. Luego, se tranquilizó. Que viniera lo que hubiera de venir –él no sabía cómo funcionaba aquello, ni qué era acertado o equivocado mirándolo desde ese punto de vista. Pero de una cosa sí estaba seguro: que Lilith Le Fay no estaba buscando el mal. La había visto hacer cosas extrañas más allá de lo imaginable, atrevidas más allá de la temeridad, pero todas habían resultado bien. Él confiaba en ella, pues todavía no le había decepcionado nunca ni creía que fuera a hacerlo ahora.

Podía sentir los prolegómenos de la acumulación de fuerza. La magia estaba empezando a operar. Él estaba situado en el lugar del sacerdote, y cualquiera que fuera esa fuerza desconocida, tenía la intención de operar a través de él. Malcolm se tranquilizó y esperó. El único modo era dejarla trabajar. Él no tenía que hacer nada. Se trataba de una fuerza natural y le utilizaría a él, su canal natural; todo cuanto necesitaba hacer era dejarse utilizar.

Se concentró en la idea de la pasividad, de ofrecer un canal abierto a aquello que vendría hacia él por detrás y que, a través de él, pasaría a ella. La Gran Naturaleza se estaba acercando, la marea estaba subiendo por el canal designado.

Luego, por primera vez, se supo parte de la Naturaleza. Tal cosa nunca había entrado en su cabeza antes, a pesar de sus estudios de anatomía comparativa. Sabía que, en lo más hondo de su ser, había un nivel que nunca se había separado del alma terrenal, lo mismo que la imagen de la mujer primordial del Templo Negro nunca había sido esculpida en la roca viva sino unida a ella a lo largo de su espina dorsal, y él sabía que también él, a nivel de la columna, pertenecía a

la Naturaleza, y que a través del canal de esa alargada oquedad (la columna vertebral) la Naturaleza le utilizaría, y que él se entregaría por entero a Su poder.

En un santiamén, sintió fusionarse los niveles; que lo que antes conocía como puramente físico era también espiritual. La fuerza fue ascendiendo desde el nivel espinal al cerebral rebasando lo fisiológico. Luego notó que ascendía otra vez de nivel, y abandonaba el campo de la fisiología para adentrarse en lo que la trasciende. Una visión de esferas estrelladas parecía dar vueltas a su alrededor. La habitación se había desvanecido. Lilith se había transformado en Isis –y él mismo era la fuerza de la Naturaleza que ascendía de las profundidades primigenias para fertilizarla. Malcolm ya no era un hombre, sino una fuerza. Formaba parte de la vida terrena y la Naturaleza se estaba manifestando a través de él; tampoco Lilith era una persona, sino el objetivo de la fuerza –eso era todo. Era muy sencillo. La fuerza había tomado el mando de la situación, No había pensamiento alguno ni sentimiento alguno, salvo la terrible presión de la fuerza que utilizaba su organismo como canal de manifestación. Cuanta menos personalidad hubiera en éste tanto mejor. ¡Deja que la fuerza haga su trabajo!

Fue como ser alcanzado por un rayo. La fuerza llegó y pasó, y mientras sus reverberaciones se iban perdiendo en el espacio, a medida que las nubes se abrían, vio ante sus ojos el rostro de Lilith Le Fay, pero joven y encantadora, y la contempló como Adán debió de contemplar a la recién creada Eva cuando fue despertado de su profundo sueño y la encontró a su lado.

El paso directo de la fuerza había arrastrado consigo todas las obstrucciones, bloqueos y marañas de su naturaleza, lo mismo que una bomba de agua a presión limpia un canal atascado. La fuerza había subido de un nivel a otro, desatascando el canal a su paso. Malcolm era un hombre completamente re-hecho. No sabría decir cómo ni por qué. Lo único que sabía era que, exhausto pero en paz, estaba dispuesto a dar gracias al cielo en cuanto recuperase sus fuerzas, y que su mente tenía la lucidez cristalina del espacio iluminado por la luz del sol.

Miró fijamente a Lilith y se preguntó qué le habría parecido a ella todo esto. Jamás la había visto con un aspecto tan encantador. La distancia que normalmente la velaba había desaparecido, se había

derretido, y sentía que su naturaleza estaba abierta a él, que no existía entre ellos ninguna línea divisoria. Sus almas ya no eran dos círculos unidos por sus periferias, sino dos centros de radiación cuyos rayos se encontraban y se mezclaban. Fue la sensación de las barreras derribadas lo que le causó más honda impresión. En ese momento, no había ninguna línea de demarcación entre ellos: el paso directo de la fuerza la había barrido por completo. Había pasado de él a ella, ambos la elevaron al nivel humano, y volvió otra vez por donde había venido.

Malcolm vio cómo el sentido del pecado, por el que se aconseja el matrimonio como remedio, impedía el paso directo de la fuerza, y, confinando la fuerza a sus niveles inferiores, impedía para siempre que alcanzara sus aspectos divinos, y haciéndola retroceder demasiado pronto, la cortocircuitaba para que nunca pasara en su totalidad del hombre a la mujer y no se derribaban las barreras: con amargura nos volvimos a abrazar –como un solo alambique.

En un abrir y cerrar de ojos, llegó el conocimiento. Más tarde, pensaría en este como ideas, pero ahora él simplemente sabía, aunque no tuviera palabras para expresarlo.

Lilith se acercó y se situó junto a Malcolm; le cogió la mano y ambos miraron dentro del espejo. Nada se veía ahora en la oscuridad cristalina de sus profundidades que se prolongaban en el lejano espacio de otra dimensión; en cambio, al hombre le pareció que se abrían a un mundo interior y que, una y otra vez, por obra de la misma magia, podían volver a abrirse y a reabrirse. El mundo de los sueños y el mundo de la vigilia convergían en aquel umbral, y él ahora conocía el secreto de morir.

Porque en los grandes momentos de la vida cruzamos el umbral en una especie de trance, descrito por quienes lo han conocido como una muerte menor. Cuando santa Teresa se desvanecía en la Unión Divina, cuando Keats examinaba por primera vez el Homero de Chapman, cuando los vikingos saltaban sin protección y desenfrenado coraje a la batalla, conocían esa muerte menor y su iluminación. Quien nunca haya experimentado este flujo del alma en alguna experiencia trascendental carece de la clave de la Vida.

LA FILOSOFÍA ESOTÉRICA DEL SEXO Y EL MATRIMONIO

Dion Fortune

Libro de texto básico de Dion Fortune sobre la psicología del amor y las relaciones, explica los factores universales que gobiernan la interacción entre lo masculino y lo femenino, desde el nivel «inferior» al «superior» de los Siete Planos. Con misteriosa intuición y práctica experiencia psicológica Dion Fortune expone con claridad los principios de polaridad que subyacen en todas las relaciones entre los hombres y las mujeres.

LA SACERDOTISA DEL MAR

(Novela)

Dion Fortune

Quizás ningún otro ocultista del siglo veinte ha sabido combinar tan bien conocimientos prácticos de magia con un entendimiento tan claro de psicología como lo ha hecho Dion Fortune en esta obra. Ésta, y sus demás novelas marcan un zénit de su labor literaria y una introducción a las antiguas enseñanzas de lo oculto.